EXCAVANDO LA VERDAD

Rodrigo P. Silva nació en Belo Horizonte, Rep. del Brasil, en 1970. Estudió Teología y Filosofía, y además obtuvo una maestría en Teología Histórica y un doctorado en Teología Bíblica. También realizó estudios de posdoctorado en Arqueología Bíblica en la Universidad Andrews, Estados Unidos. Participó de excavaciones en Israel, España, Sudán y Jordania. Actualmente, enseña en la Universidad Adventista de San Pablo (UNASP), en Engenheiro Coelho, San Pablo, Rep. del Brasil.

Participar de una excavación arqueológica es una experiencia que produce mucha emoción. Es como abrir un antiguo baúl, y encontrar fotografías y objetos de alguien a quien amas, pero que hace mucho tiempo no ves. Monedas, lámparas y trozos de cerámica son solamente algunos de esos recuerdos que nos traen a la memoria la historia bíblica y nos ayudan a sentir que todo lo que está en ella es real.

Pero, la arqueología va más allá de la aventura. Es la ciencia que tiene por objetivo recuperar el ambiente histórico y la cultura de los pueblos antiguos, a través de excavaciones y por medio del estudio de documentos dejados por ellos. Este libro trata, de modo especial, sobre la arqueología de Medio Oriente, que ha contribuido al estudio de la Biblia y la confirmación de muchas historias reunidas en ella.

El equilibrio adecuado entre el rigor científico y la emoción de los descubrimientos, que el autor narra en detalle, pues él mismo participa del trabajo de campo, hace de este libro una lectura tanto placentera como informativa.

ISBN 978-987-567-887-3

aces

EXCAVANDO LA VERDAD

RODRIGO P. SILVA

230.1
S581
2012

RODRIGO P. SILVA

La arqueología y las increíbles historias de la Biblia

EXCAVANDO LA VERDAD

Propiedad de la

BIBLIOTECA

del

INSTITUTO ADVENTISTA
JUAN B. ALBERDI 1001
L. N. Alem - Misiones

930.1 S.581 15161

Sección | Autor | Tomo | Ejemplar | Inventario

Rodrigo P. Silva

Instituto Juan
Código Nº 1001
BIBLIOTECA
CC. 6 - (3315)

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste,
Buenos Aires, Rep. Argentina

Excavando la verdad
Rodrigo P. Silva

Título del original: *Escavando a verdade. A arqueologia e as incríveis histórias da Bíblia*, Casa Publicadora Brasileira, Tatuí, São Paulo, Brasil (2007).

Dirección y traducción: Walter E. Steger
Diseño de la tapa: Nancy Reinhardt
Diseño del interior: Verónica Leaniz
Ilustración de la tapa: Shutterstock

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición
MMXII – 4M

Es propiedad. © 2007 Casa Publicadora Brasileira.
© 2011 Asociación Casa Editora Sudamericana.
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-567-887-3

Silva, Rodrigo P.
Excavando la verdad / Rodrigo P. Silva / Dirigido por Walter E. Steger. - 1ª ed.
- Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2012.
176 p. ; il. ; 21 x 14 cm.

Traducido por: Walter E. Steger

ISBN 978-987-567-887-3

1. Arqueología bíblica. I. Steger, Walter E., dir. II. Steger, Walter E., trad. III. Título.
CDD 930.1

Se terminó de imprimir el 12 de enero de 2012 en talleres propios
(Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total* o *parcial* de esta publicación
(texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea
electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

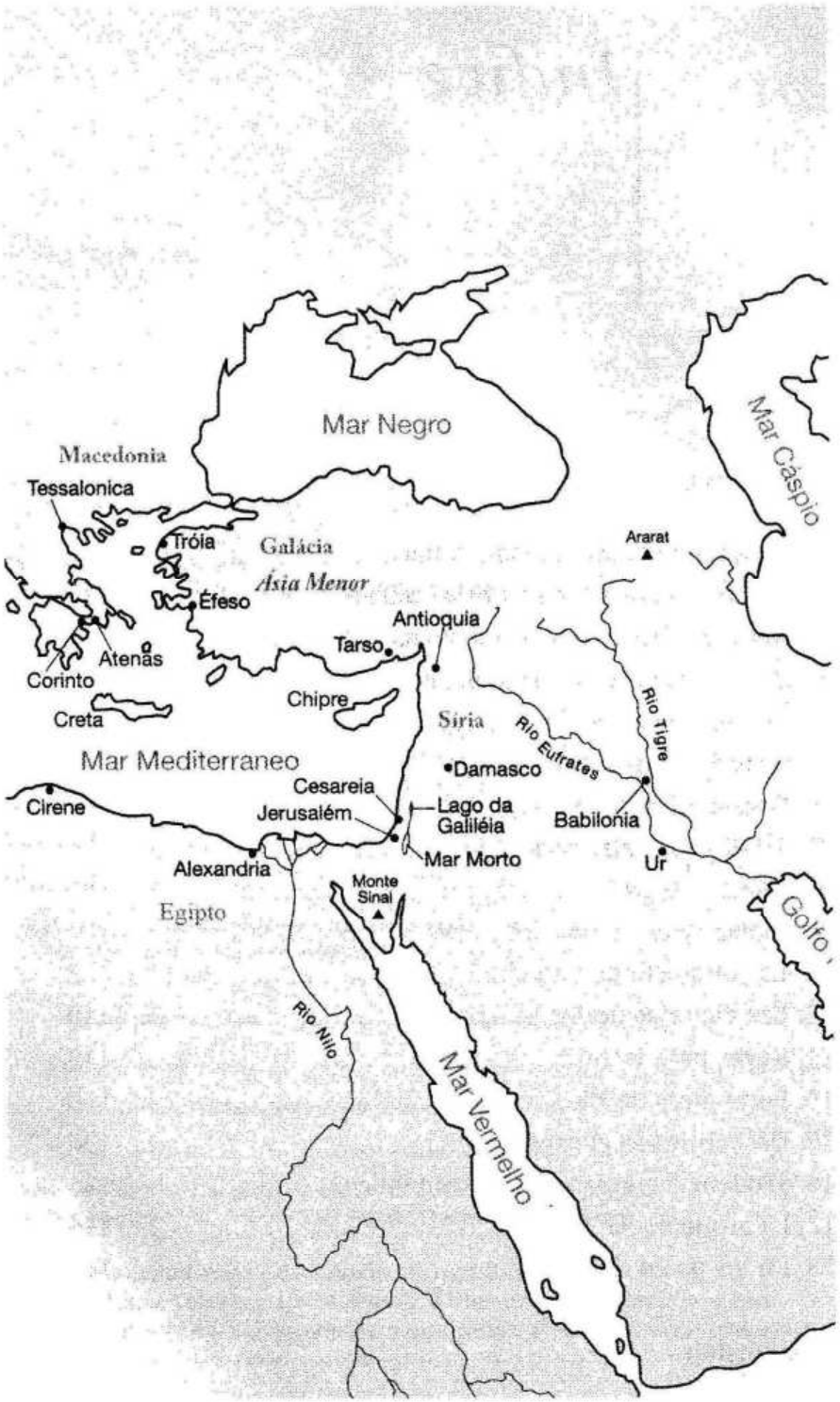
-104753-

Índice

Introducción 5

1. Historia de la arqueología bíblica 7
2. ¿Podemos creer todavía en la Biblia? 15
3. Nociones básicas de arqueología 25
4. Cómo son datados los hallazgos 33
5. Las huellas de Adán 44
6. Historias importantes 51
7. Testimonios del diluvio 61
8. Babel y los patriarcas 70
9. José en Egipto 81
10. Moisés y el éxodo 92
11. La conquista de Canaán 102
12. Las victorias de Josué 110
13. Reyes para Israel 119
14. Portavoces de Dios 130
15. Descubriendo el cautiverio 136
16. ¿Podemos confiar en el texto bíblico? 146
17. La arqueología y Jesús 156
18. En los pasos del Maestro 165

Conclusión 175



Introducción

¡Participar de una excavación arqueológica es una experiencia que produce mucha emoción! Es como abrir un antiguo baúl y encontrar fotografías y objetos de alguien a quien amas, pero que hace mucho tiempo no ves. Monedas, lámparas y trozos de cerámica son solamente algunos de esos recuerdos que nos traen a la memoria la historia bíblica y nos hacen sentir que todo lo que está en ella es real.

Fue justamente para compartir con el lector un poco de esa "emoción arqueológica" que escribí las páginas que siguen. No se trata de un libro técnico, mucho menos exhaustivo. Aquí hablaremos sobre las evidencias del Antiguo Testamento y de la vida de Jesús en el Nuevo Testamento.

Tal vez el lector se sorprenda con el uso repetido de expresiones como "posiblemente", "puede ser que" y otras similares, utilizadas con frecuencia en este libro. Pero, no te asustes, el lenguaje académico es así, no gusta de muchos dogmatismos. Y, al tratarse de una obra de divulgación, debe optar por el uso comedido de los conceptos y de las interpretaciones.

La arqueología, como sabrás, es una rama de la ciencia que intenta recuperar el ambiente histórico y la cultura de los pueblos antiguos, a través de excavaciones y por medio del estudio de documentos dejados por ellos. En términos disciplinarios, es importante diferenciar la arqueología histórica (y, especialmente, la "bíblica") de aquella llamada por algunos *arqueología prehistórica*, cuya designación más apropiada sería paleología o paleontología. La primera tiene que ver con el conocimiento científico acerca de las antiguas civilizaciones, mientras que la otra se interesa más por aquellas formas de vida llamadas "primitivas", que desde otra perspectiva podrían llamarse "precatastróficas" o "prediluvianas", pues vivieron antes del gran diluvio que cubrió toda la Tierra. Su itinerario, por lo tanto, es marcado por el estudio de rocas, fósiles y evidencias que apuntan a un catastrofismo universal, responsable, incluso, por la extinción de los dinosaurios.

Este, por lo tanto, no es un libro de paleontología. No discute el tema de los homínidos, ni entra en el debate entre el Creacionismo y el Evolucionismo de las especies. El objetivo es mostrar cómo la arqueología de Medio Oriente ha contribuido al estudio de la Santa Biblia y a la confirmación de muchas historias encontradas en ella.

Wayne Jackson ya había sistematizado muy bien las cinco principales contribuciones de la arqueología en relación con la Biblia, en sus más de dos siglos de existencia. Jackson afirma:

"La ciencia de la arqueología es una gran benefactora para los estudiosos de la Biblia. La arqueología ha: (1) ayudado en la identificación de los lugares y el establecimiento de fechas, (2) contribuido para mejorar el conocimiento de las antiguas costumbres y los idiomas oscuros, (3) arrojado luz sobre el significado de numerosas palabras bíblicas, (4) aumentado nuestro entendimiento sobre ciertos puntos doctrinarios del Nuevo Testamento, (5) silenciado progresivamente a ciertos críticos que no aceptan la inspiración de la Palabra de Dios".[1]

Al leer este libro, podrás ver con detalle cada uno de esos elementos y, principalmente, cómo ayudan a confirmar la veracidad del texto profético. Es claro que no se puede, a través de la arqueología, determinar conceptos doctrinarios como la divinidad de Cristo o la futura resurrección de los muertos. Esos son elementos que requieren fe. Tampoco se trata de decir que la arqueología "confirma" la Biblia, en el sentido de ser superior a la Revelación. A fin de cuentas, la mayor confirmación debe provenir de Dios, que es el verdadero autor de las Escrituras, y no de cualquier estudio humano.

Pero la arqueología contribuye a nuestro intelecto y nos ayuda a encontrar evidencias que demuestran aquello que creemos. El raciocinio aquí es muy simple: si la historia que presenta la Biblia es real, ¡la teología que está detrás de ella también lo será!

Más importante, entonces, que descubrir la historia de Dios, es descubrir al "Dios de la historia" y verificar que él es tan real, que casi se lo puede tocar.

Referencias

[1] Wayne Jackson, *Biblical Studies in the Light of Archaeology* (Montgomery: Apologetics Press, 1982), pp. 4, 5.

Historia de la arqueología bíblica

CAPÍTULO 1

Decir exactamente *cuándo* comenzó la arqueología bíblica no es tarea fácil. En realidad, desde los primeros siglos de la Era Cristiana ya había varias personas que se aventuraban en el arte de sacar de la tierra tesoros relacionados con la historia de la Biblia. Sus métodos, sin embargo, eran un tanto cuestionables. No poseían una técnica formal y el fervor eclesiástico les hacía ver cosas que no existían. Helena, la madre del emperador Constantino, fue una de esas "pioneras" (si es que podemos considerarla así). Ansiosa por "redescubrir" los lugares por donde Jesús anduvo cuando estuvo en esta Tierra, Helena partió, a los 78 años de edad, rumbo a Palestina. Pero, los relatos de su viaje están repletos de leyendas y episodios que confieren poca o ninguna credibilidad a sus supuestos hallazgos.

No se sabe con certeza cuál fue su participación real en la identificación de ciertos lugares bíblicos, pero el hecho es que algunas iglesias fueron construidas por orden de ella para marcar, por ejemplo, el lugar del nacimiento de Cristo en Belén y el de su agonía en el Monte de los Olivos.

Los textos de Eusebio de Cesarea,[1] historiador oficial de Constantino, cuentan parte de ese emprendimiento de excavaciones. Sin embargo, fue sobre la base de sus narrativas que posteriormente surgió una tradición medieval que ligaba el descubrimiento de los lugares santos con la presencia de Helena en Jerusalén. Según decían, una revelación divina la hizo encontrar el lugar del Calvario. A medida que quitaban los escombros, las marcas de la crucifixión y la cueva del Santo Sepulcro iban surgiendo a la vista de todos. Entonces, súbitamente, alguien descubrió un pozo maloliente en el que había tres cruces. El obispo Macario, que acompañaba el proceso por mandato de Constantino, oró a Dios para que revelara cuál de esas cruces era la cruz de Cristo. Entonces, trajeron a una mujer enferma y la hicieron recostar sobre cada una de las piezas de madera. Cuando su cuerpo tocó la tercera, ella fue sanada y, así, entendieron que se trataba de la legítima cruz de Cristo.

La Piedra Roseta

Fue recién a partir de finales del siglo XVIII que la arqueología de las tierras bíblicas pasó a tener criterios de mayor rigor científico. Todo comenzó con lo que parecía ser el mayor fracaso de las conquistas napoleónicas: su derrota en la campaña de Egipto (1798-1799). Con el propósito de interceptar la ruta comercial de Inglaterra con el Oriente (India), Napoleón planeaba invadir Egipto y convertirlo en colonia francesa, desde donde pudiera atacar a los ingleses.

A pesar de no haber tenido mucho éxito en sus planes, Napoleón llevó de vuelta a París una gran colección de piezas antiguas que sus hombres habían encontrado, y eso provocó una efervescencia académica en torno al Antiguo Egipto. Es que en medio del ejército francés había un verdadero "batallón" de 175 científicos e historiadores que tenían a su cargo la tarea de mapear y describir el territorio egipcio, tanto para fines académicos como militares. Sus anotaciones y diseños fueron compilados y se transformaron en una enciclopedia de 24 tomos, titulada ***Déscription de l'Egypte*** [Descripción de Egipto] (1809-1813). Esa obra sirvió de "trampolín" para toda la arqueología moderna, incluso la egiptología.

Autor

***Piedra** Roseta, descubierta en Egipto por soldados de Napoleón, en 1798.*

En medio del vasto tesoro de antigüedades que los soldados de Napoleón desenterraron, estaba una placa de basalto trilingüe con inscripciones en jeroglífico (solo se preservaron 14 líneas), demótico (32 líneas) y griego (52 líneas). El extraño objeto fue encontrado por un oficial francés en la ciudad de Rachid (Roseta), que está ubicada al oeste del Delta del Nilo, y fue entregado posteriormente al ejército inglés como despojo de guerra. En virtud de esto, el famoso descubrimiento, que sería conocido como la "Piedra Roseta", fue transferido a Inglaterra y hoy puede ser visitado, no en Francia, sino en el Museo Británico, en Londres.

Lo irónico, sin embargo, es que terminó siendo un francés, Jean-François Champollion, el responsable de la interpretación y traducción del hallazgo. Partiendo como base del griego, que ya era conocido y fácilmente traducible, Champollion entendió que se trataba de la misma inscripción en tres idiomas y, de ese modo, creó la clave que permitió descifrar la antigua lengua de los egipcios (jeroglífica y demótica).

Moisés seguramente aprendió a hablar en egipcio y a escribir en jeroglíficos, dado que, según el testimonio de Hechos 7:22, "fue enseñado [...] en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras". Esta fluidez para hablar en egipcio, claramente, fue perdida luego de los cuarenta años que pasó en el desierto de Madián, pues, según las Escrituras, Moisés llegó a ser "torpe de lengua" y necesitó la ayuda de su hermano como intérprete delante de Faraón (Éxo. 4:10-17).

El jeroglífico que aparece en la piedra era la forma más antigua de escritura en egipcio, utilizada antes de la primera dinastía.[2] Entonces llegó el demótico, una forma más simple de escribir, popularizada cerca del año 700 a.C.[3] Después de eso, ambos sistemas de escritura caerían en desuso y su significado quedó completamente perdido hasta los días de Champollion.

Gracias al trabajo de ese filólogo, se supo que el texto era un decreto de los sacerdotes de Menfis en el que conferían honras divinas a Tolomeo V, Epífanes (195 a.C.). Esto sucedió poco tiempo después de que Egipto había perdido el control de las tierras de Palestina.

Para los que se interesaban en las historias bíblicas como el éxodo y la peregrinación de los hebreos rumbo a la Tierra Prometida, tal descubrimiento significaba la clave de acceso a un pasado remoto que, gracias a las excavaciones arqueológicas, podría llegar a ser accesible y comprensible a los que vivían cronológicamente distantes de aquellos fantásticos acontecimientos. Así, el hallazgo de la Piedra Roseta puede ser considerado como el inicio histórico de la arqueología bíblica moderna.

Un despertar religioso

El descubrimiento realizado por los oficiales de Napoleón ocurrió en medio de un clima de bastante entusiasmo en relación con el estudio de las Escrituras cristianas. Con el aprisionamiento y el destierro del papa Pío VI (ocurridos justamente en 1798), eruditos de toda Europa se sintieron libres para estudiar y predicar las doc-

trinas bíblicas sin el riesgo de ser perseguidos como herejes por el Santo Oficio. De ese modo, el final del siglo XVIII se caracterizó por un gran despertar religioso que invadió toda Europa y los Estados Unidos. Las iglesias protestantes, sintiéndose compelidas a la actividad misionera, fundaron escuelas y sociedades bíblicas, para sustentar las misiones y distribuir ejemplares de la Biblia en todo el mundo.

El escepticismo, aunque defendido ardorosamente desde la llegada de las corrientes iluministas, ya enfrentaba el cuestionamiento de otros intelectuales que, aunque reconocían las exageraciones de la eclesiología medieval, continuaban creyendo en un Dios creador y en la confiabilidad histórica de las Sagradas Escrituras. Galileo, Copérnico, Leibnitz y Cuvier son solamente algunos de los muchos académicos que se declaraban fervorosos cristianos, a despecho de las críticas racionalistas de su tiempo.

Un hecho curioso, que ilustra el clima de aquella época, sucedió con Voltaire, un deísta que, aunque no se proclamaba ateo, era anticristiano y crítico absoluto de la historicidad bíblica. Enemigo intelectual de Isaac Newton y Blaise Pascal (que también habían defendido la fe cristiana), Voltaire llegó a definir la Biblia como una creencia anticuada, que desaparecería en menos de un siglo. Por ironía de la historia, 25 años después de su muerte, ocurrida en 1791, ¡su casa fue comprada por la Sociedad Bíblica de Ginebra y transformada en un depósito de Biblias!

Con el avance de las diversas actividades misioneras, creció la demanda por nuevas traducciones que alcanzaran a pueblos distantes, y eso provocó un retorno al estudio de las lenguas bíblicas originales. Una consecuencia de eso fue la búsqueda de una mayor interacción con el ambiente geográfico en el que todo sucedió. De ese modo, la arqueología fue una ciencia que llegó justo para atender la demanda de los nuevos tiempos.

Corrida arqueológica

El despertar provocado por los hallazgos egipcios hizo que muchos eruditos y aventureros se embarcaran en una verdadera corrida por el "oro arqueológico", que tal vez no traería riqueza material, pero revelaría un inestimable tesoro: la comprensión más clara de las Escrituras judeocristianas.

El mundo respiraba una atmósfera de grandes revoluciones en la ciencia, la industria, la sociología y los estudios de la historia humana. El tiempo parecía acelerado y los eventos ocurrían rápidamente, cambiando, en un corto plazo, los rumbos de la civilización occidental. Era como si la Providencia divina estuviera cociendo la trama y la urdimbre de los acontecimientos, a fin de dar al mundo un redescubrimiento de las verdades bíblicas.

En ese afán, las demás tierras de Medio Oriente serían el próximo destino de los que estaban ávidos por nuevos descubrimientos. Y la Providencia no los dejó sin recompensa. En ese tiempo no había sistema de pasaportes, visas o demasiadas burocracias gubernamentales. Oriente vivía en relativa paz y era prácticamente un desierto, sin grandes metrópolis o edificios que ofrecieran obstáculo físico para las excavaciones. El pueblo era, en su mayoría, formado por nómades (beduinos) y su tradición oral ayudaba bastante en la búsqueda de las antiguas localidades. El paisaje, modificado solamente por las gigantescas dunas, permaneció intacto a lo largo de los tiempos, de modo que la respuesta para las antiguas preguntas parecía finalmente estar por todas partes. Bastaba con excavar un poco, y milenios de historia surgían majestuosos a la vista de todos.

Pero, no todo era color de rosas. Ladrones de sepulturas y comerciantes de antigüedades se transformaron en los primeros enemigos de la arqueología bíblica. Su falta de escrúpulos e interés meramente comercial hizo que muchos de los hallazgos se perdieran o fueran destruidos para siempre. Después llegaron los conflictos armados y la comprensible desconfianza de los pueblos orientales en relación con Occidente, que no siempre representó bien el cristianismo que profesaba. El resultado fue que, a pesar del gran aporte que aún presta la arqueología al estudio de la Biblia, lo que se descubrió hasta hoy no llega al cinco por ciento de lo que podría haber sido descubierto. La avaricia, los prejuicios, la ignorancia y la deshonestidad fueron, y continúan siendo, los peores enemigos de este tipo de investigación.

Finalmente, a Palestina

De todos los territorios que comprenden el mundo bíblico, la región de Israel (que en esa época era totalmente denominada Palestina) fue el centro de mayor atención, tanto para los árabes como para los judíos y los cristianos. Es que allí está la ciudad de Jerusalén, reconocida mundialmente como el centro de las tres grandes religiones monoteístas de la humanidad: el islamismo, el judaísmo y el cristianismo.

Para los musulmanes, allí fue el punto de partida de la peregrinación del profeta Mahoma rumbo al Paraíso; para los judíos, fue la ciudad del rey David y el lugar donde Isaac casi fue sacrificado; y, finalmente, para los cristianos, es el territorio sagrado de la muerte y la resurrección de Jesús.

Desde el período de las Cruzadas, Jerusalén ya era blanco de

militares y peregrinos que, aunque no tuvieran un propósito "arqueológico", revolvían la tierra en busca de reliquias que pudiesen ser vendidas como objetos sagrados. Muchos nobles de Europa compraban estos artefactos, pues se creía que eran "mágicos", que tenían el poder para curar y, además, le conferían al propietario el perdón por centenares de pecados.

La disputa por objetos provenientes de Tierra Santa era incontrolable. Solamente la colección de Federico el sabio, príncipe de Sajonia (1486-1525), contaba con más de 19 mil piezas, entre las cuales se destacaban: una rama de la zarza ardiente, cenizas del horno de fuego donde estuvieron los amigos de Daniel, leche del seno de María, una pluma de la paloma del Espíritu Santo y trozos de la cuna de Cristo,[4] por citar algunos ejemplos. Una exposición pública de esos artefactos en 1516 garantizaba, a quien pagara el ingreso, una reducción de la pena en el purgatorio que pasaría de 1.902.207 años a solamente 270 días. Oponiéndose a ese sistema, Lutero llegó a ironizar ante sus alumnos en Wittenberg, según un diálogo sugerido por Eric Till,[5] que los coleccionistas habían traído tantos huesos de santos a Europa que, "solamente en España, ¡pueden ser vistos los cuerpos de 18 de los 12 apóstoles!"

Con todo, a pesar de los excesos, no se puede negar que hubo también casos excepcionales de viajantes que les dieron más importancia a los aspectos geográficos y científicos que a la efervescencia contemplativa de los peregrinos y de los cazadores de reliquias. Por ejemplo, podemos mencionar relatos como los del médico Leonard Rauchwolf (1575), o del investigador Jean Zuallart (1586), que fueron, sin duda, valiosas contribuciones para los estudios posteriores.[6]

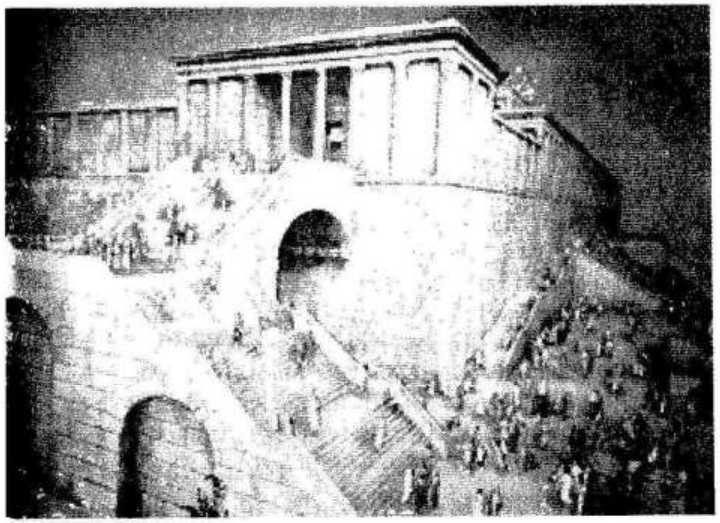
Al finalizar la Edad Media, con la progresiva declinación de las reliquias y las peregrinaciones, un vigor más científico comenzó a ser visto gradualmente en los relatos de viajes realizados a Palestina. El resultado fue la producción de importantes tratados utilizados hasta hoy para comprender, por ejemplo, la topografía de la región. Un marco significativo de esa nueva etapa fue la obra de Hadrian Reland, titulada ***Palestina ex monumentis veteribus illustrata*** [Iluminados por las tumbas de los antiguos palestinos], publicada en 1709.[7]

Pero fue solamente en 1838 que el explorador estadounidense Edward Robinson revolucionó la exploración de Palestina, inaugurando propiamente la investigación arqueológica en ese lugar. Conociendo bien varias lenguas semíticas, principalmente el árabe, Robinson y un amigo recorrieron varias veces toda la región, identificando lugares históricos (principalmente en Jerusalén) y desenterrando importantes estructuras. Fruto de su trabajo fueron los descubrimientos

de los muros que rodeaban Jerusalén en el siglo I d.C., y el arco que hoy lleva su nombre y que, en los días de Cristo, se encontraba sobre el acceso al atrio del Santuario.

En los años siguientes, se fundaron organizaciones científicas importantes, patrocinadas por europeos y estadounidenses, cuyo objetivo era profundizar al máximo el conocimiento arqueológico de la región. Entre las entidades inauguradas, se encuentran: la Palestine Exploration Fund [Fondo para la Exploración de Palestina] (1865), la American Palestine Exploration Society [Sociedad Estadounidense de Exploración Palestina] (1870) y la École Biblique de St. Étienne [Escuela Bíblica de St. Étienne] (1892), que se constituirían como la base de importantes escuelas que todavía existen en la actualidad.

Los resultados, al principio, fueron más modestos de lo que se esperaba. Sin embargo, el carácter pionero de esos emprendedores debe ser felicitado, pues sus investigaciones abrieron el camino para importantes estudios posteriores.



Todd Bolen/BiblePlace.com *El Arco de Robinson fue una de las pocas cosas que quedaron del antiguo Templo judío. Esta es una reconstrucción de él, tal como era en los días de Cristo.*

Por último, este historial no podría dejar de citar la figura ilustre de William Foxwell Albright (1891-1972), uno de los mayores arqueólogos de todos los tiempos.[8] A pesar de que adhería a una corriente humanista, Albright era un profundo defensor de la historicidad bíblica. Se transformó en el fundador de una importante escuela de historiografía y en el padre de los orientalistas modernos. Hoy, lamentablemente, con el creciente aumento de autores que niegan la acción directa de Dios en la historia, algunos lo catalogan como un "académico obsoleto". Sin embargo, muchos de sus descubrimientos e interpretaciones continúan insuperadas en nuestro tiempo. En última instancia, se trata de un hombre que recibió nada menos que treinta títulos de doctorado honoris causa y trabajó durante sesenta años en el departamento

de Asiriología de la famosa Universidad Johns Hopkins, en Baltimore, Estados Unidos. De todas sus contribuciones, ninguna fue mayor que la de mostrar a un mundo escéptico la confirmación de la historia bíblica que vemos a través de los hallazgos de la arqueología.

Divulgação

William Foxwell Albright, uno de los mayores arqueólogos del siglo XX.

Referencias

[1] Eusebio, *Vida de Constantino* 3.26, 42-47, en *A Select Library of Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, Henry Wace y Philip Schaff, eds. (Oxford y Nueva York: Parker and Company, 1890), t. 1, pp. 527, 530, 531.

[2] Convencionalmente, la primera dinastía se fecha en el año 3100 a.C., pero hay autores que ponen en duda esta cronología. Ver: F. Manfred Bietak, "Problems of Middle Bronze Age Chronology: New Evidence from Egypt", *American Journal of Archaeology*, 4 (1984), pp. 471-485.

[3] Aunque el demótico esté debajo del jeroglífico en la Piedra Roseta, es importante declarar que uno no siguió inmediatamente al otro. Entre ambos estuvo la forma hierática, que floreció en la 12ª dinastía. Allan Gardner, *Egyptian Grammar: Being an Introduction to the Study of Hieroglyphs* (Oxford: Griffith Institute, 2005), pp. 9-11.

[4] Sam Storms, *A Vida de Lutero*, disponible en: http://www.estanabiblia.com.br/index2.php?option=com_content&do_pdf=1&id_385, consultado el 11 de enero de 2006.

[5] Director de la película *Lutero*. Comentarios de Joe Isenhower Jr. en *The Canadian Lutheran* (octubre de 2004), p. 9.

[6] Armando Rolla, *La Bibblia di fronte alle ultime scoperte* (Roma: Edizione Paoline, 1961), p. 10.

[7] *Ibíd.*

[8] Su vida está muy bien documentada en el libro de Leona G. Running y David Noel Freedman, *William Foxwell Albright: A Twentieth-Century Genius* (Nueva York: Morgan Press, 1975).

CAPÍTULO 2

¿Podemos creer todavía en la Biblia?

Hasta mediados de la década de 1970, había un razonable consenso entre los especialistas en Medio Oriente de que la Biblia era una fuente histórica confiable, especialmente en cuanto a los orígenes del pueblo hebreo. Se sabía que la arqueología proporcionaba confirmaciones indiscutibles del relato de las Escrituras y la oposición de algunos académicos, generalmente sin conocimiento arqueológico, no pasaba de alguna voz aislada.[1]

Albright, el ya mencionado príncipe de los arqueólogos modernos, escribió en 1949 que, gracias a los hallazgos arqueológicos, "las informaciones históricas de la Biblia se muestran tan confirmadas que superan mucho las ideas de cualquier moderno estudioso de la crítica, que tiende constantemente a equivocarse hacia el lado de la Alta Crítica".[2]

Más recientemente, sin embargo, ese escenario de optimismo en relación con la Biblia parece haber cambiado. Basta con ver algunas declaraciones como la del historiador Stephen Strauss, en 1988: "Los arqueólogos, ahora, generalmente están de acuerdo en que sus descubrimientos [...] han producido un nuevo consenso acerca de la formación del antiguo Israel, lo cual contradice partes significativas de la versión bíblica".[3]

¿Qué habrá sido lo que provocó ese cambio de entendimiento en relación con las Escrituras? ¿Deberían los cristianos temer declaraciones como esas, que parecen desautorizar el relato bíblico? ¿Existe un "consenso" arqueológico actual que desmiente la Biblia? Muchos autores incrédulos insisten en pregonar el fin de la era Albright, en la cual la arqueología, de hecho, confirmaba las Escrituras. Pero, si analizamos las bases del debate en las últimas décadas, veremos que las cosas no son tan así.

A pesar de la escasez de bibliografía existente en lengua española, podemos citar una importante obra de los años 1970, el libro *La historia de Israel*, escrito por John Bright,[4] un conocido profesor del Union Theological Seminary [Seminario Teológico Unión], de

Richmond, Virginia, Estados Unidos.

En el prefacio de la tercera edición en inglés (1981), el autor ya lamentaba la creciente existencia de controversias donde antes había consenso.[5] Su desahogo se refería a una serie de cuestionamientos a la arqueología bíblica que provenían especialmente de las escuelas alemanas. Era, como mínimo, irónico que el mismo país que albergó a Lutero y sus ideas de *Sola Scriptura* se hubiera transformado en el mayor productor de corrientes liberales y cuestionadoras del relato bíblico.

Después de la muerte de John Bright, una cuarta edición fue lanzada, con un apéndice añadido escrito por William Brown, que pretendía presentar una actualización de la investigación de la historia de Israel. En sintonía con lo que ya había observado Bright, Brown también escribió que:

"Los trabajos arqueológicos actuales sobre el llamado período 'bíblico' sirio-palestino han sufrido una transformación dramática por divorciarse genéricamente de la preocupación por demostrar la historicidad de las tradiciones bíblicas".[6]

Desde entonces hasta hoy, el grupo de cuestionadores de la historicidad bíblica ha aumentado y organizado encuentros académicos, siempre apuntando a una propuesta "revisionista" que pretende volver a presentar los hechos antiguos, corrigiendo o desmintiendo la narrativa de las Escrituras. En los Estados Unidos, existe el Jesus Seminar [Seminario Jesús], que se reúne periódicamente para cuestionar la autenticidad de los evangelios; y en Europa está el European Seminar for Historical Methodology [Seminario Europeo para la Metodología Histórica], cuyo propósito es reescribir la historia de Israel, descartando la Biblia como fuente confiable.

Maximalismo versus minimalismo

Esta controversia generó dos posturas conocidas en el medio académico como maximalista y minimalista. Por la primera se entiende aquella visión tradicional que se siente suficientemente satisfecha con las evidencias ya desenterradas y no cuestiona la Biblia con solamente basarse en lo que todavía no fue encontrado. La segunda, minimalista, tiende a suponer que todo lo que no está minuciosamente corroborado por evidencias contemporáneas a los eventos relatados debe ser corregido o abandonado.

En otras palabras, no basta con que la Biblia diga que hubo un profeta llamado Isaías. Si no hallamos nada de aquella época (fuera del texto bíblico) que mencione explícitamente el nombre de ese personaje, su historicidad debe ser automáticamente cuestionada. Es más coherente suponer que se trata de un mito. Imagine ahora que ese mismo razonamiento fuera aplicado a los libros de la historia general que poseemos en nuestras bibliotecas. Es muy probable que el noventa por ciento de lo que conocemos tenga que ser revisado o cuestionado por los críticos minimalistas. A fin de cuentas, nadie, hasta hoy, ha encontrado un testimonio arqueológico contemporáneo que confirme, por ejemplo, la historicidad de Sócrates. Fuera de los escritos griegos de sus discípulos (Platón, Aristófanes y Jenofonte), nada hay que pruebe su existencia y su martirio. ¿Sería, por lo tanto, un mito la historia de ese filósofo?

Código N° 1501
BIBLIOTECA
CC. 6 - (3315) Leandro N. Alem - Misiones

Por cierto, ¿sabías que hasta las fuentes históricas más famosas acerca de Alejandro Magno están basadas en documentos bastante tardíos? No hay registros del siglo IV a.C. que confirmen su presencia o la de su ejército en la India o, siquiera, que mencione su existencia y sus hechos. Las fuentes más antiguas sobre la vida de Alejandro que conocemos datan de entre 300 y 800 años después de su muerte.[7] Además, muchas de esas fuentes son reconocidamente mitológicas y no están preservadas en los manuscritos originales, sino en copias tardías posteriores al siglo II d.C. ¿Por qué, entonces, decir que Alejandro es histórico pero Abraham es un mito?

No pensemos, sin embargo, que este debate sea algo nuevo. Basta con mirar un poco la historia, después del Iluminismo alemán del siglo XVIII, y revisar las tesis de la Alta Crítica[8] presentadas en Tübingen por Ferdinand C. Baur (1792-1860) y en Göttingen por Julius Wellhausen (1844-1918). Influenciados por la filosofía dialéctica de Hegel,[9] estos autores insinuaban, entre otras cosas, que Pablo no fue el autor de la mayoría de las epístolas que llevan su nombre, que el Evangelio de Juan sería un seudoepigráfico del siglo II d.C., que el Pentateuco no pasa de una compilación tardía de textos hecha a partir del siglo VI a.C. y, finalmente, que la narrativa de los evangelios no es una fuente histórica confiable acerca de Jesucristo.

En ese tiempo, Europa pasaba por una tremenda sobrevaloración del racionalismo aplicado a cualquier forma de comprensión sobrenatural de la historia. Un concepto muy difundido era: No existe un control divino de los acontecimientos; todo está en las manos de los hombres y el destino del mundo es decidido por gobernantes comunes. La razón humana se tornó, entonces, en el patrón definitivo y la fuente de conocimiento, mientras que la Biblia, registro infalible de la revelación divina en la historia, pasó a ser considerada una colección de mitos, sin ningún valor histórico.

Lo extraño es que todo ese intelectualismo arrogante de los pensadores europeos no pudo librar a su continente de la Primera y la Segunda Guerra Mundial. El "superhombre" de Nietzsche idea-

lizó un sistema sin Dios en el que él mismo controlaría su propio destino. Pero, como un niño mimado que huye de casa, bastó la primera sensación de hambre para que la humanidad descubriera que no tiene autonomía sobre las riendas de la historia. Necesitamos a Dios, y ¡eso es un hecho!

Pero el hombre moderno tiende a ser obstinado en su tozudez. A pesar de los fracasos racionalistas vistos en la Posmodernidad (crisis ecológicas, desintegración de las familias, relativización de la verdad, etc.), muchos todavía insisten en comportarse como herederos intelectuales del Iluminismo. Leen la Biblia con los anteojos del escepticismo y enseñan al pueblo a hacer lo mismo.

Los minimalistas de hoy repiten las mismas tesis del criticismo alemán, olvidándose que, en el pasado, los intelectuales de Tübingen tuvieron que revisar algunos posicionamientos antibíblicos que terminaron desmoronándose a la luz de las evidencias arqueológicas. Veamos dos casos ilustrativos:

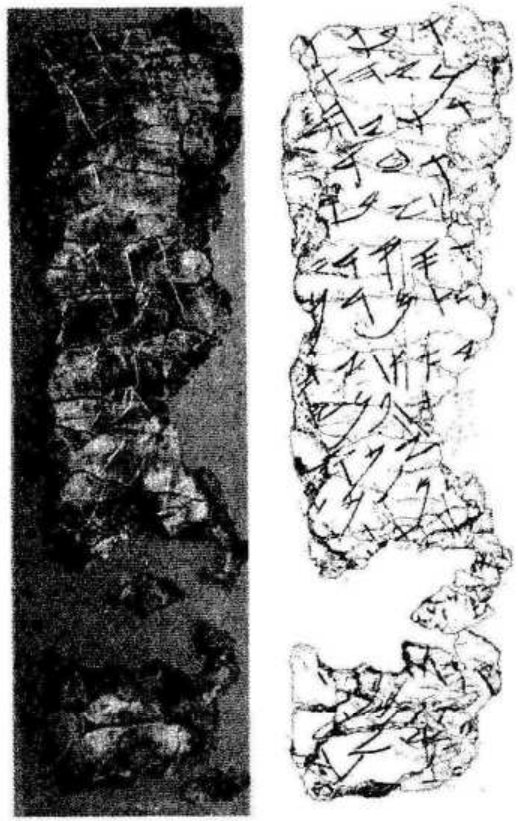
En el auge del movimiento de la "desmitificación" de la Biblia, que pretendía purificar racionalmente todo lo que no era considerado histórico en las páginas del Libro Sagrado, los críticos enseñaban que el arte de escribir no se difundió entre los israelitas sino a partir del siglo X a.C., en los días de David. Hasta esa época, la tradición y la legislación de Israel habrían sido solamente orales, de modo que Moisés no pudo haber escrito nada del Pentateuco. Argumentaban que, debido a que la escritura conocida en el tiempo de Moisés era jeroglífica y pictográfica, no poseía vocabulario suficiente para un texto tan rico como el Génesis.

Las excavaciones, sin embargo, habrían de demostrar lo contrario. Hoy, todos sabemos que la escritura era mucho más antigua de lo que se pensaba. Comenzó casi mil años antes que Moisés. El descubrimiento de vastas bibliotecas anteriores al tiempo de Abraham en Uruk, Lagash, Ur, Kish, Babilonia y otras ciudades, demostró que ya por el tercer milenio antes de Cristo los sistemas gráficos estaban en uso corriente, produciendo libros, anales y documentos que hacían perfectamente posible la autoría mosaica del Pentateuco.

Wellhausen y sus discípulos también afirmaban que el Pentateuco, en su mayoría, era una compilación de textos tardíos posteriores al siglo IX a.C. Esa teoría es comúnmente denominada por los teólogos como la hipótesis documentaria. Sustenta que algunos pasajes, como los capítulos iniciales de Números 1:1 a 10:28 (técnicamente llamados documento Sacerdotal [P]), no habrían sido escritos sino hasta después del cautiverio babilónico, que terminó en el año 539 a.C.[10] Su autor, por lo tanto, habría sido Esdras y no Moisés. Así, los críticos entendían que la Biblia era una producción literaria mucho más reciente que la fecha sustentada por la posición tradicional.

Aunque no hubiera una evidencia concreta para fundamentarlas, esas declaraciones se transformaron en el elemento central de muchos comentarios bíblicos producidos en Europa y también en los Estados Unidos. Sin embargo, en 1979, el arqueólogo israelita Gabriel Barkay descubrió, en una tumba del valle de Hinom, un adorno de plata minúsculo que contenía letras hebraicas antiguas. Los distintos métodos de laboratorio y de paleografía fecharon al objeto, con seguridad, por lo menos, 650 años antes de Cristo. Es decir, bastante tiempo antes del inicio del cautiverio.

Esto, aparentemente, no tendría nada de extraordinario, salvo el descifrado de las letras hebreas impresas en el objeto, que sacudió las bases del mundo académico. Se trataba de la bendición sacerdotal de Números 6:24 al 26 con el nombre sagrado de Dios (Yahweh) perfectamente escrito en tres líneas diferentes. Para muchos críticos, esa porción del Pentateuco era parte del documento Sacerdotal y no podría haber sido producida antes del cautiverio babilónico, porque suponían que fue solamente la experiencia del exilio la que propició su composición.


Divulgação

Amuleto de plata que contiene el texto hebreo de Números 6:24 al 26 (siglo VII a.C.).

Bastó, por lo tanto, con un pequeño adorno acuñado por un antiguo artesano para mostrar que, nuevamente, los presupuestos minimalistas estaban equivocados. El amuleto era de una época en la que los descendientes de David todavía estaban en el poder y, a esa altura (es decir, en el período del primer Templo), el texto ya era conocido para el pueblo. La hipótesis documentaria de Wellhausen claramente fue obligada a sufrir algunas revisiones, y hoy es notoria la falta de consenso entre los especialistas del método crítico sobre dón-

de comienzan y terminan las tales fuentes documentarias que se presupone que estarían relacionadas con la compilación del Pentateuco. Como concluyó correctamente Edward Mack, ex profesor del Union Theological Seminary [Seminario Teológico Unión], de Richmond, Virginia: "La variedad de opiniones es tan grande en la actualidad que ya no se puede hablar de 'crítica', sino en realidad de 'críticas' del Antiguo Testamento [...]. La unidad de los críticos todavía es un sueño".[11]

Los rumbos del debate actual

Hallazgos que ponen en jaque a los cuestionadores de la Biblia crean, no pocas veces, situaciones de descontento para los críticos. Hasta los mismos autores que simpatizan con Wellhausen, como Sayce y Hommel, fueron obligados cierta vez a admitir en un congreso de arqueología que, para vergüenza de muchos, la pala de los arqueólogos tiene el "mal hábito" de estar siempre del lado de la tradición y nunca de la crítica. Por increíble que parezca, cuando el asunto se trata de la Santa Biblia, la arqueología no parece descubrir nada que concretamente se pueda presentar como una contradicción al Antiguo Testamento. Por el contrario, cuanto más se excava, más la arqueología confirma al Antiguo Testamento.[12] Y eso no puede tildarse como algo tendencioso, pues no todos los arqueólogos de la época eran creyentes, ¡algunos dudaban hasta de la existencia de Dios mismo!

Con todo, ejemplos como esos no parecen intimidar a académicos actuales como Israel Finkelstein y Neil A. Silberman, cuyo libro fue traducido al español bajo el título: ***La Biblia desenterrada***.[13] Basados en argumentos del silencio y en la ausencia de un cuadro más completo (pues la mayoría de los elementos todavía están perdidos), los autores construyen un escenario enteramente hipotético que ignora el relato testimonial de las Escrituras y las evidencias encontradas hasta ahora. Su "reconstrucción de los hechos" niega hasta la misma historicidad del reino unido de Israel y de la figura del rey David. Suponen que los israelitas solamente fueron un conglomerado tribal cananeo sin ninguna expresión social y que jamás habrían partido de Egipto en dirección a la Tierra Prometida. Veamos las conclusiones en sus propias palabras:

"El proceso descrito aquí es, en realidad, el contrario del que encontramos en la Biblia: la aparición del primitivo Israel fue el resultado del colapso de la cultura cananea, no su causa. Y la mayoría de los israelitas no llegó de fuera de Canaán, sino que surgió de su interior. No hubo un éxodo masivo de Egipto. No hubo una conquista violenta de Canaán. La mayoría de las personas que formaron el primitivo Israel eran gentes del lugar –las mismas a las que vemos en las tierras altas a lo largo de las edades del Bronce y el Hierro–. En origen, los primeros israelitas fueron también –ironía de ironías– ¡cananeos!"[14]

De hecho, no poseemos un elemento de evidencia para cada frase escrita en la Biblia. Nadie encontró todavía una piedra que se refiera al rey Saúl o una tableta acadia que cite al profeta Daniel entre los sabios de Babilonia. Tampoco tenemos en Egipto ningún papiro que mencione a un gobernador hebreo llamado José. Pero no debemos apresurarnos a concluir, con eso, que la Biblia es mitológica o inexacta en su narrativa. Pasaron más de mil años hasta que el arqueólogo Franck Goddio pudo encontrar el palacio de Cleopatra y realmente confirmar que ella existió en la historia. Hasta entonces, los historiadores dependían de relatos antiguos cuya precisión también podría ser cuestionada. ¿Cuántas veces perdemos cosas en nuestro hogar y pasamos meses sin encontrarlas? Hasta que, en una bella mañana, en que generalmente estábamos buscando otra cosa, encontramos el antiguo objeto que estaba perdido. ¿Sería lógico, durante el período de la "desaparición", simplemente creer que ese objeto nunca existió? Es claro que no. ¡La desaparición no es señal obvia de la inexistencia!

Guerras, superposición de estratos geológicos, ladrones de tumbas y la misma acción del tiempo hicieron que gran parte del material histórico se perdiera para siempre. Entonces, ¿quién tendría más crédito ante una sentencia forense? ¿El autor del Éxodo, que vivió en la época y se declara testigo presencial de los hechos mencionados allí, o Finkelstein, que intenta reconstruir la historia milenios después de que ocurra?

En mi opinión, el relato bíblico tiene más elementos a su favor que la teoría de los minimalistas. Si alumbramos las "reconstrucciones" hipotéticas que intentan desmentir las Escrituras con el reflector del escepticismo, haremos que esos autores experimenten la amargura de sus propias concepciones. Al fin y al cabo, ¿cómo puede alguien ser tan detallista en la presentación de una historia de la cual no formó parte e, incluso, negarse a oír a los testigos? Sus declaraciones serían, como mínimo, dudosas.

Es más, ¿dónde están los hallazgos que confirman, por ejemplo, que el éxodo nunca ocurrió? Supongamos que los africanos hayan producido un libro sagrado que dice que los negros alguna vez fueron esclavos en la China y que fueron ellos los que construyeron la Gran Muralla China, y esa historia fuera una mentira; ¿qué deberíamos esperar? Lo obvio: una versión china contemporánea que desmintiera ese relato, especialmente si terminara contando

la derrota de los guerreros imperiales de Xian al morir ahogados, mientras que los negros escapaban ilesos bajo el mando de un profeta de Dios. Ningún chino permitiría la propagación de un mito africano en el que su pueblo figurara como verdugo y perdedor, a menos que, claro está, aquella historia fuese verdadera y no hubiera forma de esconder los hechos, pues todos los contemporáneos se habrían enterado de ellos. Entonces sí, ¡el silencio sería la mejor estrategia!

Por lo tanto, la falta de documentos egipcios que describen el éxodo o niegan su ocurrencia favorece más el relato bíblico que la versión minimalista. Egipto, si hacemos memoria, continuó como un poderoso imperio durante el cautiverio babilónico (época en que, según esos autores, el relato del éxodo habría sido forjado). ¿Por qué, entonces, permanecerían en silencio ante la propagación de esa historia? ¿Por qué no la desmentirían? Los minimalistas nunca pudieron presentar un solo texto antiguo, incluso de entre las bibliotecas enemigas de Israel, que desmintiera una afirmación histórica realizada por la Biblia.

No es de extrañar que ellos mismos se contradigan tanto en sus opiniones y "reconstrucciones" de la historia. Aunque algunos minimalistas describan a los israelitas como oriundos de las montañas, otros insisten en que todo comenzó en los valles de Canaán. Para determinado grupo de autores, los orígenes de Israel estarían en una rivalidad tribal entre pueblos cananeos; pero, para otros, todo se desarrolló en medio de una "retirada pacífica" o un "nomadismo interno", completamente desprovisto de conflictos tribales.[15] Como sucedió con la escuela de Wellhausen, nuevamente vemos disolverse la idea del consenso en medio de las relecturas del minimalismo.

Actualmente existen autores que llegan a proponer el fin de la expresión "arqueología bíblica". Argumentan que eso podría ofender al pueblo árabe, que no se sentiría bien en ayudar a confirmar otro libro sagrado que no sea el Corán. Hasta puede ser que por una cuestión de prudencia evitáramos el uso de esa expresión en zonas de conflicto. Pero, el problema es que los mismos proponentes también desacreditan que se pueda encontrar algo que valide el texto bíblico. Además, ellos sugieren alternativas dudosas o poco expresivas, como "arqueología de Palestina", "arqueología siriopalestina" o "arqueología de oriente".

Este debate en torno a la nomenclatura ideal llegó a tener su auge a través de un artículo de H. Shanks, editor de la ***Biblical Archaeology Review*** [Revista de arqueología bíblica],[16] que, lamentablemente, no parece haberle puesto fin a la cuestión. Por otro lado, además, independientemente del nombre que se le quiera

dar, todavía persiste ante nosotros el hecho de que la arqueología ha ofrecido un apoyo tremendo a la confirmación, el estudio y la comprensión de la Santa Biblia.

Para evitar fantasías mayores, sería importante conocer cómo funciona el trabajo arqueológico. Se trata de una metodología seria, compleja y con inmensos desafíos. No responde a todas las preguntas, pero es una excelente herramienta para la fe. A fin de cuentas, lo que se descubre no son las piezas de un relato impersonal, sino los fragmentos de la acción de Dios en la historia humana.

Referencias

[1] Thomas Davis, "Faith and Archaeology: A Brief History to the Present", *Biblical Archaeology Review* 19 (1993), pp. 54-59.

[2] W. F. Albright, *The Archaeology of Palestine* (Hardmondsworth, Inglaterra: Penguin Books, 1949), p. 229. La Alta Crítica fue una posición académica en contra de la veracidad histórica de la Biblia que comenzó a ser defendida más seriamente durante los siglos XVIII y XIX. En la última mitad del siglo XIX, el crítico de la Biblia Julius Wellhausen popularizó en Alemania la teoría de que los primeros seis libros de la Biblia, incluyendo Josué, fueron escritos en el siglo V a.C., es decir, cerca de mil años después de los acontecimientos descritos allí. Esa teoría fue presentada en la 11ª edición de la *Enciclopedia Británica*, publicada en 1911, que explicaba: "El Génesis es una obra posexílica, compuesta por una fuente sacerdotal posexílica (P) y por fuentes anteriores no sacerdotales, notoriamente diferentes de P en lenguaje, estilo y punto de vista religioso".

[3] Stephen Strauss, citado por Jesse Long Jr., "Archaeology in Biblical Studies", *Gospel Advocate* 12 (1992), pp. 12-14 (cursiva añadida).

[4] John Bright, *La historia de Israel* (Bilbao, España: Desclée de Brouwer, 2003).

[5] John Bright, *History of Israel* (Filadelfia: Westminster Press, 1981).

[6] William Brown, "Uma Atualização na Pesquisa Histórica de Israel", en John Bright, *História de Israel* (San Pablo: Pauhis, 2003), p. 553, nota 1.

[7] Las fuentes históricas más antiguas que mencionan a Alejandro Magno son: *Anabasis de Alexandre*, escrita por Arriano Jenofonte (*c.* 90-170 o 96-160 d.C.), Quinus Curtius (fecha incierta, aunque los especialistas señalan que no es anterior al siglo V d.C.), Plutarco (*c.* 46-100 d.C.), Justino (*c.* del siglo II d.C.) y, finalmente, Deodoro (*c.* siglo I d.C.).

[8] Ver nota 2.

[9] P. C. Hodgson argumenta que Baur había producido sus ideas antes de conocer las obras de Hegel. Sin embargo, Edwin Yamauchi está en desacuerdo con ese pensamiento, al declarar que la filosofía de Hegel ya había sido difundida en Alemania mucho antes de que Baur comenzara a exponer su tesis, y que la semejanza de pensamiento entre él y el filósofo sería mucho más que una simple coincidencia. Ver P. C. Hodgson, *The Formation of Historical Theology: A Study of F. C. Baur* (Nueva York: Harper and Row, 1966), y E. Yamauchi, *Las Excavaciones y las Escrituras* (Buenos Aires: Casa Bautista de Publicaciones, 1977), p. 202.

[10] Ver S. R. Driver, *An Introduction to the Literature of the Old Testament* (Nueva York: Meridian Library, 1957), pp. 60, 61. En cuanto a la fecha de producción del documento Sacerdotal posterior al cautiverio, ver Antonio Fanuli, "As 'tradições'

nos libros históricos do AT. *Novas Orientações*", en *Problemas e Perspectivas das Ciências Bíblicas*, Rinaldo Fabris, ed. (San Pablo: Ed. Loyola, 1993), p. 13; Oswald T. Allis, *The Five Books of Moses* (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1949), p. 17.

[11] Citado por William C. Kerr, *Alta Crítica: Avanços e Recuos*, texto presentado en el I Congreso de Cultura Religiosa, realizado en enero de 1940, del cual poseo una reproducción xerográfica, p. 174.

[12] *Ibíd.*, p. 201.

[13] Israel Finkelstein y Neil A. Silberman, *La Biblia desenterrada: Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados* (Madrid, España: Siglo XXI Editores, 2003). El título original en inglés es: *The Bible Unearthed: Archaeology's New Vision of Ancient Israel and the Origin of Its Sacred Texts* (Nueva York: The Free Press, 2001).

[14] *Ibíd.*, p. 121.

[15] Un buen resumen de las posturas actuales puede ser encontrado en Airton José da Silva, "A História de Israel na Pesquisa Atual", en Jacir de Freitas Faria [org.], *História de Israel e as Pesquisas Mais Recentes* (Petrópolis, RJ: Editora Vozes, 2004), pp. 43-87.

[16] Hershel Shanks, "Should the Term 'Biblical Archaeology' Be Abandoned?", *Biblical Archaeology Review* 7 (1981), pp. 54-57.

Nociones básicas de arqueología

CAPÍTULO 3

Si alguien desea realmente hacer enfadar a un arqueólogo, es muy simple. Basta con comparar su trabajo con el de Indiana Jones o con el del héroe de la película "La momia". Estas visiones de Hollywood pueden haber hecho bastante propaganda y provocado una avalancha de vocaciones arqueológicas. Sin embargo, el cuadro cinematográfico distorsionó mucho la realidad de lo que significa trabajar en un campo de excavaciones.

Explosiones, romance aventurero, tesoros escondidos, mafias, etc., generalmente no forman parte de la vida cotidiana de la mayoría de los arqueólogos. Sus instrumentos son otros y sus enemigos no son miembros de una orden secreta. Son conocidos mundialmente, pero luchan con la falta de dinero para financiar proyectos, exceso de burocracia en detrimento de la cultura, fraudes, etc.

No todos los arqueólogos trabajan en excavaciones. Tal vez la mayoría jamás haya participado de una excavación, a no ser aquella de las prácticas durante los estudios universitarios. Su trabajo tiene más que ver con el laboratorio y consiste en analizar lo que los demás encontraron. Así, tenemos, por ejemplo, los técnicos en datación radiométrica, que trabajan con la física; los lingüistas o paleolingüistas (también llamados filólogos), que trabajan descifrando y montando textos escritos en idiomas antiguos; los directores de museos, que catalogan réplicas y originales de artefactos para la exhibición al público; los académicos, que enseñan y sistematizan los hallazgos, relacionándolos; y, finalmente, los papirólogos, cuya especialidad es la preservación, identificación y publicación de antiguos manuscritos, en algunos casos, ¡con más de cuatro mil años de existencia!

Muchas personas también confunden la figura del arqueólogo con la de un cazador de dinosaurios. En realidad, pocos arqueólogos tienen relación alguna con esa área, que pertenece más a la paleontología y a la geología. Como dice Alfred Hoerth, profesor emérito del departamento de Arqueología del Wheaton College [Uni-

versidad de Wheaton]: "En realidad, el arqueólogo generalmente sabrá muy poco acerca de geología. Su interés en las rocas solamente ocurre cuando estas pueden proveerle alguna información concerniente a las habilidades o actividades de pueblos antiguos [...]. Fósiles y mastodontes pertenecen a los tiempos prehistóricos. [Por lo tanto] un arqueólogo, cuyo interés está más [direccionado] a los períodos históricos [...] generalmente puede reconocer los tipos básicos de animales a partir de lo que quedó de un esqueleto, aunque los excavadores modernos usan especialistas para este tipo de estudio más preciso".[1]

Trabajo de campo

Un trabajo serio de excavaciones cuesta mucho dinero y trabas en muchas burocracias. No alcanza, como suponen algunos, con colocar una piqueta en la mochila, tomar un vuelo hasta Tel Aviv, Israel, y entonces comenzar a hacer agujeros por todas partes, trayendo a casa aquello que se encuentra.

Las dificultades comienzan al escoger el sitio (lugar para la excavación). El Oriente Medio de hoy es un territorio con muchas metrópolis. Jerusalén, por ejemplo, está creciendo rápidamente. Cada vez que tenemos la oportunidad de volver allí, nos sorprendemos por la existencia de algunos edificios más que los que habíamos visto en años anteriores. Como todo gran centro urbano, ese crecimiento no siempre se da de modo controlado, y es difícil para las autoridades administrar la eterna lucha entre los modernos emprendedores inmobiliarios y los especialistas del departamento de antigüedades, que desean, a toda costa, salvar un sitio más antes que verlo transformarse en los fundamentos de un condominio residencial.

Cierta vez, conversé con un ingeniero civil que admitió una práctica condenable a la vista de cualquier historiador: ocultar evidencias arqueológicas. Dado que el embargo de la obra produce pérdidas económicas en un emprendimiento inmobiliario, muchos constructores prefieren no informar a las autoridades el descubrimiento accidental de un sitio arqueológico ubicado en el mismo lugar en el que pretendían construir un edificio. "La indemnización es muy reducida" dicen ellos, "¡y no llega a cubrir los costos operacionales de la construcción!" Por eso, muchas estructuras de la antigüedad continúan permanentemente perdidas bajo las toneladas de cemento de una modernidad que no cesa.

Con todo, todavía quedan buenas sorpresas, y muchas de ellas vienen de personas ajenas al ámbito, sin preparación arqueológica.

Son agricultores, beduinos y gente común, que ejercen una profunda ciudadanía al comunicar a los arqueólogos que encontraron, por ejemplo, una pequeña estatua cuando araban su propiedad.

Fue exactamente así que se descubrió la bella estatua de Venus de Milo, con sus novecientos kilos del mármol más puro. Un desconocido hacendado griego de la isla de Milos, en el archipiélago de las Cícladas, la encontró por accidente, en 1820, cuando caminaba rutinariamente por su plantación. Lamentablemente, una milicia francesa estaba allí en ese momento, haciendo que el bello ejemplar fuese a parar al Museo del Louvre, para tristeza de muchos moradores de las islas griegas.

Los famosos manuscritos del Mar Muerto también tuvieron una ventura parecida. Fue la rutina normal de un joven beduino al buscar algunas cabras que se habían perdido lo que reveló al mundo la más fantástica colección de manuscritos bíblicos descubierta hasta la actualidad.

Recientemente, en octubre de 2005, un grupo de trabajadores halló en el suelo de una cárcel de máxima seguridad en Megido, Israel, un mosaico que pudo haber pertenecido a una de las más antiguas iglesias cristianas descubiertas hasta el momento en territorio israelita. Yardena Alexandre, comisionado por el Gobierno para anunciar el descubrimiento, dijo que "este puede ser uno de los más importantes hallazgos de la historia del cristianismo antiguo".[2]

En una situación como esa, en la que algo fue encontrado por accidente, la tarea del arqueólogo normalmente comienza por investigar la superficie del lugar, en busca de trozos de cerámica o de pequeños objetos, no percibidos por la mirada distraída, que pueden proveer pistas de dónde comenzar la excavación. Es claro, sin embargo, que no todos los lugares podrán ser excavados, por los motivos mencionados anteriormente. Así, el arqueólogo debe trabajar con una lista de prioridades, hecha a partir de lo que se pretende descubrir en ese lugar.

El siguiente paso es reunir una serie de especialistas que puedan contribuir para ese proyecto. Algunos probablemente no serán arqueólogos. Si, por ejemplo, el lugar presentara indicios de poseer esqueletos humanos, será muy útil un especialista en medicina forense, para determinar el sexo, la edad y la causa de muerte de las personas sepultadas allí.

A continuación siguen las que tal vez sean las partes más difíciles de un emprendimiento: autorización gubernamental y financiamiento. El procedimiento varía de un país a otro, pero la mayoría posee un departamento de Antigüedades que gestiona la autorización y fiscaliza los trabajos de campo. En Israel, el órgano respon-

sable por ese servicio es el Israel Antiquities Authority [Autoridad de Antigüedades de Israel], que emite, incluso, el documento de permiso para que alguna pieza sea retirada del país permanentemente o por un tiempo específico.

Normalmente, las piezas no muy raras, como lámparas, monedas, trozos de arcilla y otras, son liberadas y pueden hasta ser adquiridas en anticuarios que las venden por un precio nada módico. El problema es el contrabando y el mercado negro, que comercializan artefactos excavados clandestinamente o robados de excavaciones en curso. El contrabandista retira lo hallado de mano de técnicos experimentados para colocarlo en el anaquel de un coleccionista acaudalado que, muchas veces, ni sabe la importancia de aquello que guarda en la sala de su mansión. Por eso, los gobiernos de países que poseen ese tipo de tesoro en su suelo son cada vez más rigurosos en la concesión de licencias para trabajos arqueológicos en su territorio.

En cuanto al apoyo financiero, puede venir de fuentes públicas, pero generalmente es de iniciativa privada. Los países de Oriente Medio gastan mucho en acciones militares y los gobiernos extranjeros no siempre se interesan por financiar un proyecto de investigación cuyos resultados (los hallazgos arqueológicos) quedarían en el exterior. Así, no les queda otra opción, a los escasos arqueólogos bíblicos, que contar con el apoyo de universidades, empresarios u organizaciones no gubernamentales como la Biblical Archaeology Society [Sociedad de Arqueología Bíblica], que también vive de las donaciones de miembros beneméritos.

La vida diaria en la excavación

En general, la mayoría de los directores de excavación son también profesores que enseñan en el período lectivo y excavan durante las vacaciones de verano (que en el hemisferio norte ocurre entre mediados de junio y septiembre). Alumnos de distintas universidades participan como voluntarios, pudiendo obtener créditos académicos y hasta lograr un título de especialización expedido por una universidad local. En algunos casos, se ofrecen cursos intensivos en ese período, seguidos por la práctica de campo, para aquellos que no pueden asistir con regularidad a un curso de arqueología.

El trabajo es bastante arduo y comienza bien temprano, antes del amanecer. La primera vez que participé de una excavación en Sha'ar Hagolan, en el norte de Israel, quedamos en un *kibutz* (granja colectiva) que tenía sauna y piscina, pero no recuerdo un solo día en el que haya podido utilizarlos. La camioneta (*cherut*)

generalmente nos pasaba a buscar alrededor de las 4 de la mañana y solo nos llevaba una parte del camino. Después teníamos que caminar unos dos o tres kilómetros de desierto hasta el lugar del sitio, donde se ofrecía una comida liviana. Inmediatamente después de algunas indicaciones, comenzábamos los trabajos de campo.

Un *contenedor* colocado allí antes de nuestra llegada guardaba las herramientas necesarias: martillos, cintas métricas, espátulas, palas, piquetas y otros utensilios utilizados en esas actividades. En cada sitio se realizaban las excavaciones, mayormente, en demarcaciones de cinco metros cuadrados de superficie. En esa área, se delimitaban espacios cuadrados que podían variar en número y tamaño de acuerdo con la naturaleza del lugar o la cantidad de personas para el trabajo. Ese modelo facilita tremendamente el control de las profundidades y el mapeo del campo con sus estratos de superposición específicos.

Los trabajadores generalmente se turnan para realizar las distintas actividades. Un grupo excava el agujero mientras el otro barre delicadamente el sector en el que hay indicios de objetos. La tierra recogida va en baldes a las manos de otro grupo que trabaja en los cernedores seleccionando cuidadosamente lo que se puede descartar y lo que puede ser un pedazo minúsculo de cerámica o moneda del tamaño de un botón. Recuerdo haber encontrado la cabeza de una estatuita rara (que hoy se expone en el museo local) cuyo tamaño era menor que mi dedo pulgar.

Cada tanto, se retira una muestra de la tierra excavada, para su análisis. Se deben observar atentamente los cambios que puedan indicar una superposición de capas que ayudarán en la identificación y la datación de los objetos. Cualquier alteración, por ejemplo, en el color o en la dureza del suelo puede ser una pista de un cambio de nivel o de la presencia de algún objeto. En ese momento, la atención y la concentración deben ser máximas, pues un golpe distraído puede destruir un monumento que comienza a aparecer.

Alrededor de las 9 de la mañana, nuestro trabajo era interrumpido para un rápido desayuno de media hora. Después, se retomaban las actividades hasta el mediodía, cuando todo era recogido y regresábamos al *kibutz*. El sol, a esa altura, se vuelve casi insoportable y enseguida nos dimos cuenta de que las insistentes recomendaciones para el uso de protector solar y constantes sorbos de agua no son una exageración. En un ambiente seco como el de Medio Oriente, la insolación y la deshidratación son fenómenos muy fáciles de ocurrir.

Después del almuerzo, recomienzan las actividades, esta vez en el laboratorio móvil montado donde estábamos hospedados. Es hora de lavar las piezas que salen sucias del suelo desértico de la

región. Algunas piezas de cerámica eran casi irreconocibles en su estado de suciedad; pero, cuando las limpiábamos utilizando solamente agua y pequeños cepillos suaves, algunas nos sorprendían con la belleza de sus diseños coloridos, espléndidamente preservados después de milenios bajo tierra.

Juntar las piezas parecidas, intentando recrear un vaso que ahora estaba quebrado, es un verdadero trabajo de rompecabezas. En ese sentido, nuestra tarea solamente era recoger las piezas en bolsas de plástico, debidamente etiquetadas, y enviarlas a otro laboratorio, donde los especialistas en restauración realizan la difícil tarea de rearmar la pieza en su forma original, como era antes de romperse. Luego, su próximo destino será un museo, donde podrá ser vista por personas de todo el mundo.

Pero el trabajo no termina allí. Durante el período lectivo, los datos obtenidos en los campos son divulgados entre los especialistas que intercambian información y escriben artículos científicos publicados en revistas académicas indexadas en un índice mundial. La recopilación de esos artículos, vistos a la luz de lo que ya se obtuvo hasta el momento, genera libros, conferencias y tesis defendidas en universidades del mundo entero.

Todo estudiante universitario sabe que el conocimiento académico es dinámico y cíclico. Algunas opiniones, hoy descartadas, pueden ser exaltadas mañana y otras, defendidas hoy, pueden ser cuestionadas en el futuro. En algunos casos, la contribución arqueológica puede llegar años después de que el material fue extraído de la tierra. Por ejemplo, ha habido tabletas con inscripciones cuneiformes,[3] encontradas en Irak, que permanecieron durante años en el sótano del Museo Británico antes de que un especialista tuviera tiempo y recursos para traducirlas.

Ciudades cubiertas

La excavación de ciudades antiguas es otra tarea que puede llevar décadas para ser concluida. Tuve la oportunidad de participar en una excavación en la ciudad de Clunia, España, cuyos trabajos ya duraban 35 años. Cuanto más ambicioso sea el proyecto, más largo será su proceso.

En primer lugar, hay tres modos de clasificar las ciudades: Tell (cuando se refiere a sitios con nombres árabes), Tel (para sitios de nombres hebreos) y Khirbet. Las dos primeras designaciones se refieren a ciudades que, antes de la excavación, se encontraban completamente cubiertas por una colina de escombros que se formó a lo largo de los años. Y la última (Khirbet) se refiere a aquellas ruinas que todavía permanecen visibles por encima de la tierra,

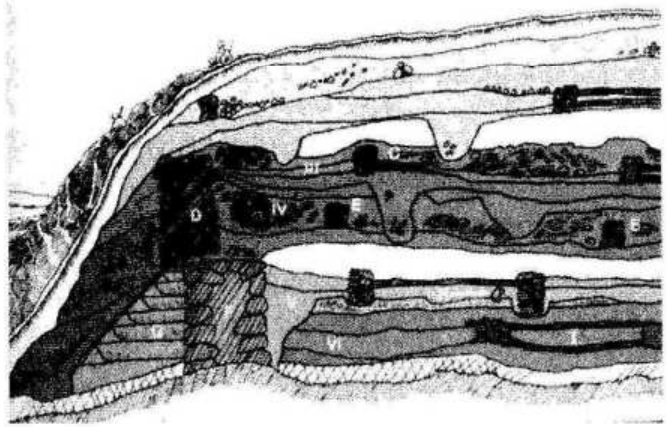
incluso antes de la llegada de los excavadores. Khirbet significa "ruina de piedras".

Muchos Tel(l)s fueron ignorados a lo largo de los siglos porque se creía que eran una colina natural y nada más. Ocurre que las influencias geológicas pueden alterar bastante una región. La erosión, la sedimentación, las acciones eólicas y las inundaciones son solamente algunos de los muchos fenómenos que modifican drásticamente un paisaje a medida que pasa el tiempo.

Los pueblos del antiguo Medio Oriente, especialmente aquellos anteriores al siglo IV a.C., tendían a construir sus ciudades sobre colinas que disponían de nacientes de agua, para abastecer a la población. El posicionamiento elevado los ayudaba a prepararse para eventuales ataques, dado que la llegada de los ejércitos enemigos podía ser vista desde lejos y la presencia de una naciente de agua en una región minimizaba el sufrimiento durante un sitio enemigo o una sequía prolongada.

Por cuestiones económicas, las poblaciones que llegaban después aprovechaban los cimientos de la ciudad anterior y construían sus casas encima de ellos. Si el proceso de demolición se repetía una o más veces, el resultado era una elevación del nivel del suelo una vez que los escombros de construcciones pasadas se habían asentado, para servir de base para las nuevas edificaciones.

Reconstrucción de un Tel cananeo con sus diversos niveles de ocupación



Los quiebres entre los niveles de ocupación muestran cómo el Tel fue formado y por qué objetos encontrados en un nivel ayudan a determinar su datación (aunque algunas veces un mismo nivel pueda tener objetos de dataciones diferentes).

Después de muchos siglos de abandono, cuando la tierra sedimentada llega a cubrir las construcciones, lo que encontramos en el lugar es una colina (Tel) repleta de capas de construcción civil (o estratos), cada una de un período diferente. Para estudiar ese fenómeno, los arqueólogos trabajan en un ramo de la geología conocido como estratigrafía. Ese mapeo de las capas ayuda, pos-

teriormente, en el proceso de datación de las estructuras encontradas allí.

Así, lejos de ser una aventura cinematográfica, la arqueología es un trabajo serio, muchas veces monótono y que exige bastante concentración. Pero todavía queda lugar para el romanticismo, especialmente en aquellos que se empeñan en la arqueología bíblica.

Tomar en las manos una moneda o una lámpara de los días de Cristo y saber que usted es el primero, en dos mil años, en colocar las manos sobre ese objeto, produce mucha emoción. La mente no logra esconder el éxtasis de preguntarse si la última persona que tocó ese objeto no habrá conocido personalmente a algún contemporáneo de Cristo o al mismo Señor en persona. Es como si la historia se volviera a repetir, aunque de un modo mucho más concreto, tomada de la tierra por la pala de un soñador.

Referencias

[1] Alfred J. Hoerth, *Archaeology and the Old Testament* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1998), p. 15.

[2] Scott Wilson, "Discovery Made at Israeli Prison", en http://www.washingtonpost.com, consultado el 30 de octubre de 2005.

[3] El cuneiforme es un antiguo tipo de escritura que se caracteriza por la forma de pequeñas cuñas grabadas en la arcilla todavía mojada que era cocida en seguida y almacenada como documento. Ese proceso contribuyó mucho a la preservación de textos antiguos con más de cuatro mil años de existencia.

CAPÍTULO 4

Cómo son datados los hallazgos

Instituto Juan Bautista Alberdi
Cadete Nº 1201
BIBLIOTECA
CC. 6 - (3315) Leandro N. Alem - Misiones

Existen dos preguntas que generalmente surgen cuando se trata el asunto de la datación de los hallazgos históricos. La primera, y la más común, es: ¿Cómo se procesa el sistema de datación para saber que tal pieza tiene realmente todos los años que los arqueólogos le atribuyen? La segunda, de interés mayor entre los religiosos, es: ¿Cómo armonizar la historia bíblica, que demarca la existencia de la humanidad en poco más de seis mil años, con la historiografía convencional, que establece la Edad de Piedra y del *homo habilis* en, por lo menos, 1,4 millones de años?

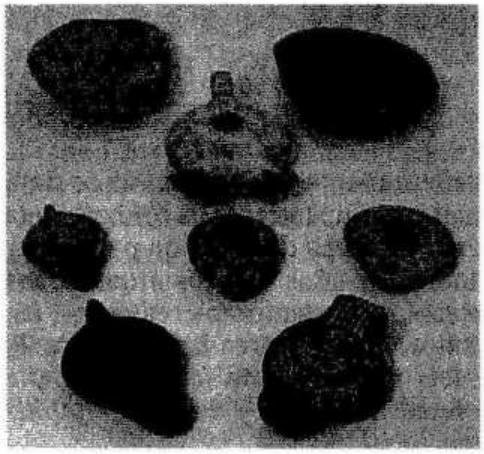
De un modo general y bastante simplificado, es posible decir que existen dos métodos de datación en arqueología. Uno, basado en técnicas relativas; y otro, en absolutas. La diferencia entre ambos está en el grado de certeza de laboratorio que se le atribuye a uno y a otro. Las técnicas absolutas son consideradas más precisas que las relativas. Con todo, a pesar de la seriedad con que se emprenden esos estudios cronológicos, los dos métodos tienen elementos abiertos que admiten cierto grado de cuestionamiento e intuición.

Técnicas relativas

Entre las técnicas relativas, tenemos la *estratigrafía* y la *seriación*. La primera se basa en la superposición de estratos de un Tel(l) que se formó a lo largo de los años. Lo que está en las capas superiores es, lógicamente, más reciente y lo que está en las bases es más antiguo, pues ya existía cuando lo de arriba se formó. La segunda se basa en la eventual alteración que algunos objetos sufren de una generación a otra, como es el caso de las monedas y de la cerámica en general, que reciben nuevos formatos a medida que pasan las generaciones. Sería como las alteraciones que los nuevos modelos de automóviles reciben cada año. Cualquier persona que sea apasionada por los automóviles puede decir el año de fabrica-

ción de un automóvil con solamente observar el modelo. Lo mismo sucede, por ejemplo, con las lámparas de aceite que eran utilizadas en determinada época. Observe, en la foto colocada más abajo, la disposición de las siguientes lámparas de aceite. Cada una posee un formato y pertenece a un período diferente, que va desde los días de Abraham hasta el período bizantino (siglo IV d.C.).

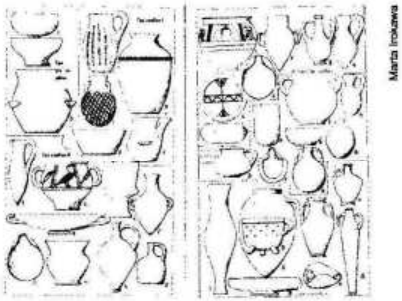
Roy Ernesto Schwantes



De arriba a abajo: las dos lámparas de más arriba pertenecen al período de bronce (que corresponde a la era patriarcal). La que se encuentra en medio de ellas (con lugar para dos llamas) es del período helenístico (siglo IV a.C.). Las tres más pequeñas del medio son del siglo I d.C., mientras que las dos últimas pertenecen al período Bizantino.

Imagine que un esqueleto humano fuese encontrado en una tumba de la antigüedad y junto a él estuviera una bolsa de monedas que contiene la efigie de Tiberio César y un pote de arcilla como los que utilizaban los romanos para almacenar vino. Esos elementos ya ofrecen una fuerte pista de que ese hombre probablemente vivió cerca del siglo I d.C., cuando Roma todavía estaba en su apogeo y las monedas e Tiberio circulaban por el territorio del Imperio.

Maria Irokawa



Los diferentes tipos de cerámica indican diferentes épocas.

Técnicas de datación

Hay varias técnicas consideradas absolutas y que son menos conocidas, como el arqueomagnetismo, la datación astronómica y la resonancia paramagnética nuclear. Pero vamos a hablar de los más conocidos para el público en general: la *dendrocronología* y el *C-14*. Estos son los más citados en revistas populares y documentales de televisión.

La dendrocronología es una de las pioneras entre las técnicas de datación más elaboradas y fue desarrollada en 1901 por el astrónomo Andrew Ellicott Douglas. Él se basó en el hecho de que los árboles desarrollan anillos concéntricos que son indicadores de ciclos solares. Así, los árboles ubicados cerca de grandes sitios arqueológicos ayudarían en la datación de los elementos encontrados allí. El punto defectuoso de ese sistema es la dependencia y relativa confianza en una vegetación de larga vida que está ubicada naturalmente bajo el efecto de lluvias torrenciales típicas de un evento climático local y no globalizado, lo cual haría inadecuado el sistema en ciertas partes del mundo, especialmente las más desérticas como Medio Oriente.

La técnica del *radiocarbono*, surgida al final de la década de 1940, fue considerada uno de los métodos más revolucionarios de datación del mundo científico. En esencia, lo que hace esta técnica es utilizar la cantidad disponible de carbono 14 en los organismos vivos como un medio para medir el tiempo. Su pionero fue el estadounidense Williard Libby, que creó un sistema de datación capaz de ser aplicado en cualquier resto de material orgánico: madera, huesos, petróleo, residuos vegetales, etc.

En síntesis, el proceso funciona así: las plantas absorben el carbono 14, juntamente con el carbono 12 no radiactivo, directamente de la atmósfera. La cantidad es más o menos igual. Los animales y el ser humano comen las plantas y, con eso, terminan absorbiendo estos dos tipos de átomos de carbono.

Sucede que el C-12 es estable, pero el C-14 no. Es radiactivo y se desintegra para formar el nitrógeno 14. La tasa media de desintegración es de 13,6 átomos por minuto por cada gramo total de carbono. En una persona, en promedio, se desintegran 170 mil átomos de C-14 por minuto. Esa pérdida, por lo tanto, es equilibrada cuando nos alimentamos de vegetales que obtuvieron esos átomos de la atmósfera. Un león, por supuesto, no come vegetales, pero se alimenta de animales herbívoros que tenían el átomo de carbono en su cuerpo debido a las plantas que comieron y, así, su cuerpo también adquiere esos átomos aunque mantenga un régimen carnívoro.

Lo que descubrió Libby, por lo tanto, es que todas las criaturas vivas mantienen una cantidad de C-14 en equilibrio con la que está disponible en la atmósfera, pues la reposición es constante a través de la alimentación. Sin embargo, cuando un organismo muere, cesa la actividad alimentaria y la reposición no ocurre más. Entonces, la proporción de C-14/C-12 comienza lentamente a disminuir. En alrededor de 5730 años, la mitad de los átomos de C-14 dejará de existir en el organismo muerto, lo que se conoce como "media vida". A partir de ahí, cuanto menos C-14 quede en el organismo, más antiguo es.

Al comparar el total de C-14 de un organismo muerto con el total de C-12, es posible estimar cuándo murió. En el caso específico de la arqueología, ese método sería eficaz, por ejemplo, en la datación de la madera de un barco, de una hoja mezclada con arcilla en

una pieza de cerámica, o en un tejido encontrado en una momia.

La datación por C-14 se expresa generalmente en años anteriores o posteriores a la "era presente" (en inglés BP, *Before Present* [Antes del Presente]), que, por mera conveniencia, fue estipulada en 1950. Un hueso humano, por ejemplo, puede ser datado en 2000 ± BP, lo que sería entre 2.100 y 1.900 años antes de 1950, es decir, con cien años más o menos de margen de error.

Una limitación del C-14, tal como es presentada por Taylor y Webster, es que el método se basa en un presupuesto imposible de probar: que la proporción de C-14 en relación con el C-12 de la atmósfera ha permanecido constante a lo largo de todo el tiempo de la escala del C-14. Si en el pasado hubo cualquier alteración atmosférica en el planeta, el método se vuelve ineficaz para organismos que hayan muerto antes o durante el cambio.[1]

Además, en la actualidad, se cree que el total de C-14 presente en la atmósfera y que no fue absorbido por los organismos vivos ha variado a lo largo del tiempo. Esto pudo haber sido por causa de la contaminación, o tal vez por los cambios en el polo magnético de la Tierra. Muchos reconocen que la relación C-12/C-14 puede variar en función de la intensidad del magnetismo terrestre. Cuanto más fuerte sea el magnetismo de la Tierra, menos C-14 será formado, y el magnetismo ha sido alterado incluso en épocas recientes, necesitando así una calibración de los resultados.

Note la declaración del profesor António João Cruz, doctor en Química de la Universidad de Lisboa. Después de presentar los cálculos usados en el conteo del carbono, concluyó:

"Por lo tanto, la determinación de la edad t (expresada en años) se limita a la determinación de A_0 y A. Sin embargo, en la práctica, el problema no es tan simple como aparenta.

"En primer lugar, hay problemas por el hecho de que la radiación correspondiente a la actividad A es menor que la radiación de fondo.

"En segundo lugar, es necesario reconocer que la concentración de ^{14}C en la atmósfera es constante en el tiempo y el espacio, y que la proporción de ^{14}C es la misma en cualquier ser vivo. Solamente así es posible determinar A_0, la actividad correspondiente a la radiación debido al carbono 14 en el momento de la muerte.

"Aunque en el inicio los presupuestos teóricos sobre los que se asienta el método eran aceptados, no lo son en este momento. De acuerdo con estudios basados en la dendrocronología, no se puede aceptar la constancia de la concentración de carbono 14 en la atmósfera y en los seres vivos. Luego de la 'primera revolución del carbono 14', en 1945, llegó una 'segunda revolución' en 1967, fecha a partir de la cual las dataciones realizadas por el carbono 14 pasaron a ser calibradas.

"Esa calibración se volvió particularmente importante sobre todo para materiales con una edad superior a los tres mil años.

"A pesar de la existencia de las curvas de calibración, todavía hay algunos problemas importantes por resolver. Uno de los principales es, sin duda, que la curva de calibración puede presentar, para una misma fecha de radiocarbono, más de una fecha calibrada".[2]

Por lo tanto, aunque se trata de un método serio, el C-14 no está exento de errores, presupuestos o dogmas. En 1969, en Uppsala, Suecia, se llevó a cabo el Symposium on Radiocarbon Variations and Absolute Chronology [Simposio sobre variaciones de radiocarbono y cronología absoluta]. T. Säve-Söderbergh e I. U. Olsson, dos respetadísimos especialistas del área, introdujeron su discurso con las siguientes palabras:

"El método de datación con C-14 fue discutido recientemente en el simposio sobre prehistoria en el Valle del Nilo. Un famoso colega estadounidense, el profesor Brew, resumió para los presentes la actitud común entre los arqueólogos en relación con este método: si una fecha de C-14 sustenta nuestra teoría, la colocamos en el texto. Si es parcialmente contraria a nuestra idea, la colocamos en una nota al pie. Y si es completamente diferente de la fecha que presentamos, entonces simplemente no la incluimos".[3]

Periodización de la historia antigua

A fines del siglo XVIII, C. J. Thomsen inició un trabajo de catalogación de las piezas del museo nacional de Dinamarca, que estaban completamente desorganizadas. De repente, se percató de que todos los objetos (es decir, los objetos antiguos fabricados por la mano del hombre) podían ser clasificados según tres tipos de materiales: piedra, bronce y hierro.

Tomados como modelos históricos, esos elementos se convirtieron en un emblema de las tres grandes divisiones dentro de la historia antigua: Período Lítico (o Edad de Piedra), Período de Bronce y Período de Hierro.

Antes de presentar las fechas convencionales para esos períodos, es importante recordar que existen algunas dificultades que deben ser mencionadas cuidadosamente, pues el modelo básico está en conflicto con la cronología bíblica de una creación reciente, con unos seis mil años de historia.

Aunque no tenemos aquí espacio para tratar detalladamente esa cuestión (que requeriría un libro entero), vamos a resumir algunos presupuestos cuestionables que pueden generar una discre-

pancia entre la cronología bíblica y la convencional:

1. Cosmovisión evolucionista: Muchos arqueólogos e historiadores realizan sus investigaciones partiendo de la base de que la teoría de la evolución es un hecho. Entienden que el hombre proviene de un proceso evolutivo, continuo, a partir de formas primitivas. Encuadrar la Biblia en esa cosmovisión es inadecuado, pues su antropología indica una grieta, un salto cualitativo entre la esencia humana y la esencia animal que no puede ser explicado por transformaciones sucesivas, por la diferencia entre ambas.

Ahora bien, para que la evolución se lleve a cabo bajo el modelo en el que es construida, es necesario estirar la cronología humana a más de seis mil años, pues el proceso habría sido lento. Así, dado que el hombre primitivo anterior al *homo sapiens* habría ido perfeccionando sus herramientas de trabajo poco a poco, se supone que demoraría centenares de miles de años hasta que pudiera pasar de instrumentos de piedra astillada a los de piedra pulida y, después, a los de metal. Por eso se calculan grandes distancias entre la Edad de Piedra y la Edad de Hierro.

2. Culturas contemporáneas y no sucesivas: Existe una idea casi convencional (también motivada por la cosmovisión evolucionista) de que dos civilizaciones no podrían ser contemporáneas si una es más avanzada que la otra. El descubrimiento de dos sitios con pocos kilómetros entre ambos hace suponer, al arqueólogo, que el primero es miles de años más antiguo que el segundo y que no existía más cuando el segundo fue formado. Todo, por el simple hecho de que las herramientas encontradas en el primer lugar son de fabricación anterior a las encontradas en la otra excavación.

El problema con ese tipo de abordaje es que es de carácter más filosófico que científico. Además, ignora que incluso hoy es posible encontrar haciendas vecinas con un tremendo abismo tecnológico entre ambas. Mientras que una, por ser rica, posee maquinarias sofisticadas para realizar su cosecha, la otra utiliza la mano de obra humana para hacer el mismo servicio. Siguiendo la misma predisposición arqueológica de la actualidad, sería posible imaginar a un grupo de excavadores del futuro desenterrando ambas haciendas y llegando a la conclusión errónea de que la primera fue construida cientos de años después de que la otra fue abandonada. ¡Eso crearía, en la cronología local, una brecha de tiempo que simplemente no existió!

Por eso, académicos como Richard Thompson y Michael Cremo, de la European Association of Archaeologists [Asociación Europea de Arqueólogos], concluyen que "los preconceptos evolucionistas profundamente arraigados [...] han actuado como filtros del conocimiento". Y, especialmente en este caso, "es imposible atribuir edades a las herramientas de piedra simplemente basándose en la forma que tienen".[4]

Una investigación financiada por la respetadísima British Association [Asociación Británica], en la meseta de Kent, Inglaterra, verificó la presencia masiva de instrumentos paleolíticos en estratos tanto inferiores como superiores de la meseta, lo cual indicaría que continuaron siendo utilizados por mucho tiempo, incluso cuando se creía que habían quedado obsoletos.[5] También en la actualidad es posible encontrar culturas que utilizan instrumentos primitivos considerados de la Edad de Piedra.[6]

3. Falta de datos precisos: La historia antigua es como un juego de rompecabezas del que nos faltan muchas piezas. Períodos más bien conocidos, como el del Imperio Romano, son más fáciles de investigar, pero fechas anteriores al siglo VII a.C. comienzan a presentar lagunas que demandan un relleno hipotético. En ese caso, los eventos más antiguos de Egipto y Mesopotamia no poseen una datación tan precisa como a veces se hace creer. Sus habitantes no contaban el tiempo de acuerdo con los criterios actuales y su concepto de año podía ser demarcado tanto por la Luna como por el Sol o por ambos (calendario lunisolar). Otra forma más localizada podría marcar el inicio del año por un acontecimiento especial, como la muerte de un sacerdote o por el reinado de un monarca. Así, el séptimo año de Hammurabi también es registrado en algunos documentos como "el año en el que Uruk e Isin fueron tomadas".[7]

Otro agravante está en el hecho de que ellos tampoco disponían de una forma de contar el tiempo a partir de un punto de partida común y fijo como nosotros hacemos con la Era Cristiana. Nosotros relacionamos los acontecimientos de modo ininterrumpido con *antes y después* de Cristo. Ellos, no. Una sequía o una inundación podrían marcar, en un documento, el inicio de un conteo que no sería tenido en cuenta en una ciudad vecina cuyo evento clave haya sido la entronización de un monarca local.

4. Cambios de paradigma en las dataciones convencionales: A la luz de lo que ya ocurrió varias veces en la historia de la ciencia cronológica, no debería sorprendernos si algunas fechas divulgadas como convencionales hoy sufrieran alguna alteración. Varias fechas de la historia antigua ya fueron revisadas y modificadas por repetidos especialistas del área.

Petrie y Wooley, pioneros de la egiptología, databan la primera dinastía en cinco mil años antes de Cristo. Hoy, el cómputo más aceptado es el de alrededor del año 3100 a.C. y hay quienes sugieren una fecha aún más reciente.[8] Las dinastías egipcias, dicho sea de paso, son el marco para la cronología del segundo milenio a.C., (incluyendo la mesopotámica) y, por lo que veremos más adelante,

todavía son tema de constantes debates académicos.[9]

En un simposio bastante reciente realizado en Europa sobre cronología e historia, se declaró que hasta el mismo Museo Británico mantuvo durante décadas una serie de tabletas cuneiformes datadas en torno al año 4500 antes de Cristo, pero que el consenso actual no las considera como anteriores al año 2500 a.C.[10] Antes de eso, el ya fallecido Dr. Libby, pionero del método del C-14, declaró en 1956: "El Dr. Arnold y yo quedamos sorprendidos cuando nuestros consejeros de investigación nos informaron que la historia se extendía a solamente cinco mil años. Leemos libros y encontramos declaraciones de que tal y tal sociedad o sitio arqueológico data, por ejemplo, de veinte mil años atrás. Pero aprendemos, abruptamente, que esos números, es decir, aquellas fechas antiguas, no son absolutamente ciertos, pues se basan en el período [convencional] de la primera dinastía de Egipto, que es la fecha histórica más antigua establecida de la que se tiene certeza".[11]

5. *Dataciones anteriores al surgimiento de la escritura:* A pesar de la importancia que tienen los huesos, las herramientas, los adornos y las cerámicas para el estudio arqueológico, es importante mencionar que, en términos de datación antigua (es decir, anterior a la invención de la escritura), su contribución no es conclusiva y está sujeta a nuevas interpretaciones. Hay, por ejemplo, un gran debate abierto sobre la fecha de la destrucción de Jericó, pues su principal evidencia viene de las cerámicas encontradas en el lugar, que son interpretadas de manera diferente, de acuerdo con el especialista que las analiza.

Si quisiéramos evitar errores sistémicos, tal vez deberíamos mantenernos dentro de la cronología que parte de la invención de la escritura hasta el presente. Al fin y al cabo, los documentos escritos son fuentes más seguras que ofrecen, por ejemplo, el testimonio de un eclipse o de un terremoto que, con los instrumentos actuales de estudio de la astronomía y de la sismología, pueden ser identificados con precisión absoluta. Eso nos llevaría a algo en torno al año 2500 a.C., que es cuando comienza la historia registrada por escrito.

Con todo, algunos historiadores no bíblicos, como John G. Read, todavía se muestran cautelosos al afirmar que "las fechas bien autenticadas [en relación con la cronología egipcia] solamente nos permiten retroceder mil seiscientos años antes de Cristo".[12] La razón para este comentario está en que las fechas egipcias con mayor o menor grado de precisión solamente pueden ser trazadas con cierto margen de seguridad hasta la discutible dinastía de Ramsés (1320 a.C.), que llevó a que por lo menos nueve reyes tomaran ese nombre.

Las fechas a partir de ese período son establecidas con base en listas de reyes sumerios, cronología griega y otras fuentes correlacionadas. Pero, para períodos que anteceden a esa época, aumenta considerablemente el grado de incertidumbre. Los egipcios databan los hechos por el reinado de sus faraones; por ejemplo: "Esto ocurrió en el tercer año del reinado de Ahmose". Pero, hoy es sabido que hubo corregencias, de modo que el quinto año de un rey podría también ser su primer año, pues los cuatro anteriores fueron en compañía de su padre, que no había abdicado al trono.

Además, no tenemos el número exacto de reyes que gobernaron en todos los períodos de Egipto. Por razones políticas o religiosas, los escribas muchas veces compilaban las dinastías con una precisión absoluta; pero otras veces, no. Algunas de esas listas sobrevivieron hasta nuestros tiempos y entre ellas podemos citar la Piedra de Palermo, que está en Turín, y la Tabla de Karnak, que actualmente se encuentra en el Museo del Louvre. Sin embargo, ninguna de esas listas está preservada lo suficiente como para solucionar todos los detalles al punto de ofrecer una cronología absolutamente precisa. Tal vez hallazgos futuros podrán ayudarnos; pero, mientras tanto, son estos los elementos que la historia tiene a disposición.[13]

Por lo tanto, teniendo en cuenta los hechos presentados, vemos arriba la tabla cronológica convencional dada por los libros de arqueología, seguida de una tentativa de adecuación a la cronología bíblica.[14] Antes, sin embargo, conviene recordar la hipótesis de que la llamada Edad de Piedra, con todas sus subdivisiones, no sería un período anterior al Bronce, sino contemporáneo a él y posterior a los eventos registrados en Génesis 6:1 a 9:29.

Paleolítico (Antigua Edad de la Piedra Astillada)	1400000-17000 a.C.	
Epipaleolítico/Mesolítico (Período de Transición)	17000-8500 a.C	
Neolítico (Edad de la Piedra Pulida)		
Neolítico A: anterior a la producción de objetos de cerámica	8500-7000 a.C	
Neolítico B: Precerámico	7000-6000 a.C.	
Neolítico Cerámico	6000-4500 a.C.	
Calcolítico/Megalítico/Eneolítico: Producción en masa de enormes monumentos de piedra e inicio de la utilización de cobre o bronce como materia prima (período de transición)	4500-3500 a.C.	
Período de Bronce Antiguo, o Primitivo		
Bronce Antiguo I-A	3500-3300 a.C.	
Bronce Antiguo I-B	3300-3050 a.C.	

Bronce Antiguo II	3050-2700 a.C.	
Bronce Antiguo III	2700-2350 a.C.	
Período de Bronce Medio		
(Bronce Antiguo IV/Bronce Medio I)	2350-2000 a.C	¿Babel?
Bronce Medio II-A	2000-1800 a.C.	Patriarcas
Bronce Medio II-B	1800-1550 a.C.	Hicsos y hebreos en Egipto
Período de Bronce Reciente		
Bronce Reciente I	1550-1400 a.C.	Éxodo hebreo
Bronce Reciente II-A (Período de Amarna)	1400-1300 a.C.	Conquista de Canaán/ Imperio Hitita/Inicio del período de los jueces
Bronce Reciente II-B	1300-1200 a.C.	Período de los jueces
Período de Hierro		
Hierro I-A	1200-1150 a.C.	Período de los jueces
Hierro I-B	1150-1000 a.C.	Fin del período de los jueces
Hierro II-A	1000-900 a.C.	Monarquía unida: Saúl, primer rey. David traslada la capital del reino a Jerusalén y Salomón construye el Templo.
Hierro II-B	900-700 a.C	Monarquía dividida: Judá e Israel
Hierro II-C	700-586 a.C.	Judá
Período Babilónico y Persa		
Período Helenístico A	332-167 a.C.	Conquistas de Alejandro el Grande
Período Helenístico B	167-37 a.C.	Revuelta de los Macabeos
Período Romano	37 a.C.-325 d.C.	Evangelios, Hechos, Epístolas, Apocalipsis, Iglesia primitiva, conversión de Constantino
Período Bizantino	325-1453 d.C.	Romanización del cristianismo

Aunque no se trata de un mapa cronológico libre de cuestionamientos, esta tabla es de gran ayuda para la reconstrucción de los períodos pasados. Usadas con el debido sentido común y dentro de un criterio riguroso, las técnicas de datación constituyen una herramienta importante en la reconstrucción histórica de la antigüedad.

Referencias

[1] E. Taylor, "Cincuenta años de datación por radiocarbono", en *Ciencia de los orígenes*, nº 58, p. 2; C. Webster, "La datación radiométrica ¿es de temer?", en *Ciencia de los orígenes*, nº 60, pp. 5, 6. Para la mención de otros problemas con el método C-14, vea A. Roth, Los *orígenes* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1999), pp. 283-289; H. M. Morris, *Cientific Creationism* (San Diego: Creation-Life Publishers, 1974), pp. 137-148.

[2] Disponible en http://ciarte.no.sapo.pt, visitado el 15 de febrero de 2007.

[3] Citado por Robert E. Lee, "Radiocarbon, Ages in Error", *Anthropological Journal of Canada* 19 (1981), pp. 9-29.

[4] Michael A. Cremo y Richard L. Thompson, *A História Secreta da Raça Humana* (San Pablo: Aleph, 2004), p. 56.

[5] *Ibíd.*, p. 57 en adelante.

[6] David Livingstone, "Was Adam a Cave Man?", *Archaeology and Biblical Research 5* (1992), pp. 5-15.

[7] S. H. Horn y L. W. Wood, *The Chronology of Ezra 7* (Washington, DC: Review and Herald, 1970), p. 15 en adelante.

[8] Además del ya mencionado artículo de Manfred Bietak, tenemos: Byron E. Shafer (org.), *As Religiões do Egito Antigo* (San Pablo: Nueva Alexandria, 2002), p. 245; Paul Johnson, *História Ilustrada do Egito Antigo* (Río de Janeiro: Ediouro, 2002), p. 50; W. A. Ward, "The Present Status of Egyptian Chronology", en *Bulletin of the American of Oriental Research*, Cambridge 288 (1992), pp. 53-66.

[9] Peter James et al., *Centuries of Darkness: A Challenge of the Conventional Chronology of the Old World Archaeology* (New Brunswick: Rutgers University Press, 1993); David Henige, "Generation-Counting and the Late New Kingdom Chronology", *Journal of Egyptian Archaeology* 67 (1981), pp. 182-184.

[10] P. J. Crowe, "Ancient History Revisions: The Last 25 Years", *Proceedings of the 1999 SIS Jubilee Conference*, en *Chronology and Catastrophism Review* (2000), p. 1.

[11] W. F. Libby, "Radiocarbon Dating", *American Scientist* (enero de 1956), p. 107.

[12] John G. Read, "Early Eighteenth Dynasty Chronology", *Journal of Near Eastern Studies* 29 (1970), pp. 1-11.

[13] Para otros detalles y la lista sobre la cronología de los reyes egipcios, ver Paul Johnson, *História Ilustrada do Egito Antigo*, pp. 37, 38.

[14] Las fechas son aproximadas y pueden sufrir una variación dependiendo de la fuente que se elija. Algunos, por ejemplo, colocan el comienzo del Bronce Antiguo en el año 3200 a.C., mientras que otros lo establecen en el año 3500 a.C. Además, el sistema de datación bíblica que aparece en la tercera columna es una "tentativa" basada en la cronología que establece el Éxodo en el año 1445 a.C., en el reinado de Amenofis II, y no entre 1280-1200 a.C., según proponen algunos que lo atribuyen al reinado de Ramsés II.

Las huellas de Adán

CAPÍTULO 5

Imagina la escena: un profesor escéptico desafía a sus alumnos religiosos y les pregunta si alguno de ellos cree en la historia de los tres cerditos y el lobo feroz, como un hecho real. Por supuesto, ninguno afirmaría que ese cuento sucedió de verdad, porque los *lobos y los cerdos* no hablan, no construyen casas ni pueden con un simple soplo derribar una edificación de paja o madera. Es lógico que se trata de una fábula y no de una historia real.

Y ¿en cuanto a la Biblia? podría seguir diciendo el profesor. Sinceramente, ¿podemos considerar *histórica* una narrativa que presenta a una serpiente *que habla* y engaña a una pareja desnuda en un jardín paradisíaco? ¿No parece que ese es un cuento demasiado ingenuo para justificar el inicio de la humanidad?

Al igual que los cerdos y los lobos, las serpientes no hablan ni ofrecen frutos a los que pasan cerca de su árbol. ¿Serían los primeros capítulos del Génesis más parecidos a una fábula que a un relato histórico de los orígenes? Muchos teólogos entienden que sí, que no podemos tomar en serio lo que escribió Moisés. Llegan a sugerir que "debemos dejar esos capítulos afuera de cualquier evento específicamente histórico".[1]

Autores clásicos como C. S. Lewis[2] y Teilhard de Chardin[3] llegaron a suponer que Adán fue el primer ejemplar del *homo sapiens* o de una raza espiritual que llegó como parte de la cadena evolutiva. En otras palabras, proponen una simbiosis entre la Biblia y la teoría de la evolución propuesta por Darwin, lo cual colocaría a Adán como el resultado de las transformaciones sufridas por los homínidos que lo antecedieron. Ese proceso habría demorado millones de años en concretarse.

El gran problema con este tipo de abordaje, que pretende ser una defensa racional de la Biblia, es que sus proponentes se olvidan de que la doctrina de Cristo está edificada sobre el contenido del Antiguo Testamento, que, a su vez, se apoya enteramente sobre el relato del Génesis. Ahora, si la historia del Edén no sucedió en

realidad, entonces la "caída de Adán" no existió y la humanidad no se encuentra contaminada por ningún tipo de "pecado original". Entonces, no existe una transgresión de la cual necesitemos ser redimidos y la muerte expiatoria de Cristo no pasa, en la mejor de las hipótesis, de ser un martirio sin significado.

En busca del Adán histórico

Aunque debemos admitir que la historia de Adán parece un poco extraña para el sentido común (pues en el mundo real no encontramos nada que nos recuerde el ambiente edénico que describe la Biblia), debemos recordar que hasta los mejores abogados no se aventurarían a acusar de "mentirosa" a una persona, solamente porque su declaración refleje un hecho difícil de suceder. La historia de los procesos jurídicos está repleta de casos "extraños" y aparentemente "imposibles" que constituían la más pura verdad. Así, un abogado de experiencia prefiere evaluar de forma neutra todo lo que es dicho en los procesos y entonces buscar fuera de ellos "pruebas" o "evidencias" que declaren en contra o a favor de aquello que fue presentado.

Y no hay mejor argumento a favor de una deposición que la declaración de los testigos. ¿Hay otras personas que vieron u oyeron aquello que se informó? Una persona sola puede mentir o equivocarse al describir algo que no sucedió. Sin embargo, cuando cierto número de personas, sin contacto directo entre sí o con el deponente, afirman básicamente lo mismo que contó él, disminuyen casi a cero las posibilidades de que haya un error sistémico. Aunque se trate de un relato extraño, merece la lógica racional y pudo realmente haber ocurrido en el pasado. Pero, es claro que dos personas jamás cuentan la misma historia o describen el mismo evento de forma idéntica. Existen contradicciones no esenciales que son perfectamente aceptables. Lo importante es que el testimonio sea armonizado sobre las bases que lo sustentan.

Transfiriendo al Génesis los conceptos presentados arriba, pregúntate: ¿hay testigos, fuera de la Biblia, que conformen las bases de lo que describió Moisés? Al fin y al cabo, si Adán realmente existió, estaría en la cima de las genealogías del mundo entero, pues todas las civilizaciones más antiguas procederían genéticamente de él y deberían hacer referencias a ese ancestro en común.

No se debe esperar, sin embargo, que las tradiciones regionales antiguas sean un calco exacto de la narrativa bíblica. La historia nos revela que hubo oleadas de "apostasía" en relación con la teología monoteísta que salió del Edén. En comparación, por lo tanto,

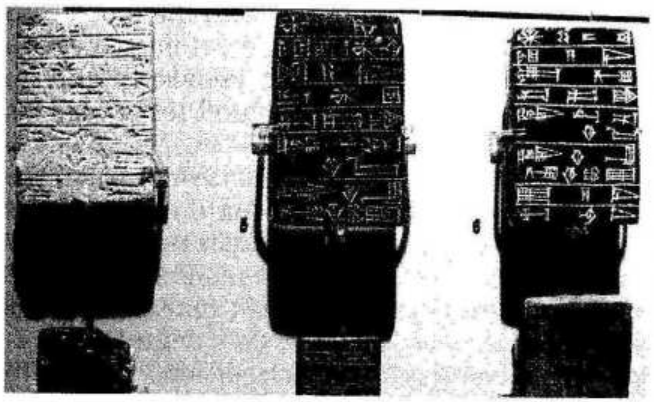
se puede esperar encontrar algún esbozo similar o de elementos antiguos que sobrevivieron al distanciamiento étnico en dirección al politeísmo posterior.

Al investigar, pues, los orígenes de la civilización, hasta el punto más distante que la historia escrita nos puede llevar, llegamos a cerca del tercer milenio antes de Cristo, cuando surgieron los primeros libros de la humanidad. Fueron producidos inicialmente en un sistema de escritura por pictogramas, en el cual las figuras representaban objetos. Después vinieron los primeros trazos de ideogramas, cuando las figuras comenzaron a representar "ideas" y "conceptos". Finalmente, entonces, surgió el sistema de fonogramas, en el cual cada figura representa un sonido.

Como todavía no existía el papel que hoy conocemos, la escritura era realizada en arcilla todavía húmeda y después secada al sol, o en hornos preparados especialmente para ese fin. Este sistema ayudó mucho a la preservación de los documentos, pues una vez seco, el barro escrito puede durar miles de años debajo de la tierra.

Los caracteres eran normalmente trazados a partir de pequeños surcos realizados en la arcilla, que parecían cuñas en miniatura. Por eso, recibieron el nombre de "cuneiforme", es decir, "escritura en forma de cuña".

Curiosamente, los primeros registros escritos de la humanidad fueron producidos más o menos en la misma época, tanto en Mesopotamia como en Egipto. ¿Por qué justamente en esas dos regiones? Probablemente porque fueron los dos centros que más rápidamente se desarrollaron después del diluvio, generando las más antiguas comunidades urbanas de la historia. Allí, la unificación política de los clanes y de las tribus en torno a un sistema religioso/gubernamental (como fue el caso de la torre de Babel) resultó en una sociedad centralizada que se organizó a partir de una estructura bastante compleja. Ese modelo social exigió en poco tiempo la creación de un sistema de contabilidad y


FreeStock.com

Tabletas con escritura cuneiforme datan del tercer milenio a.C.

comunicación confiables que pudieran servir de referencia en el comercio y en la repartición de los bienes.[4]

Así,transcurrieron más de mil años entre ese período y el nacimiento de Moisés. Sin embargo, si la historia que escribió Moisés es verdadera, debemos, obligatoriamente, encontrar a partir de allí las primeras referencias a Adán, ya que este sería, de acuerdo con el Génesis, el progenitor común de todos los pueblos. Y, por increíble que parezca, esas referencias existen y fueron encontradas en una cantidad mayor que lo necesario para validar el texto bíblico.

Orígen común

Miles de tabletas cuneiformes fueron excavadas en la región que comprende la antigua Mesopotamia. Eran recibos, cartas, leyes, documentos de propiedad, etc. Algunas contenían listas genealógicas e historias tradicionales sobre los albores de la humanidad. Al analizarlas, cuál no fue la sorpresa de los arqueólogos al descubrir que muchas tenían semejanzas asombrosas con lo que posteriormente sería escrito en la Biblia.

Una extraordinaria coincidencia fue percibida, por ejemplo, en la forma en que los antiguos documentos egipcios y mesopotámicos llamaban al primer ancestro de la humanidad: *Adamu, Adime, Adapa, Alulim, Alorus, Atum, Adumuzi*, etc. Ahora, ¿no sería razonable suponer que todas esas formas constituyen variaciones ortográficas del mismo nombre, *Adán*? Note que la forma hebrea *'Adam* encaja naturalmente en todas esas variaciones. La semejanza fonética es muy acentuada. Es como si conociéramos a un hombre llamado Juan, pero al que los alemanes conocen como *Johann*; los ingleses, como *John;* y los franceses, como *Jean*. A pesar de las diferencias idiomáticas, existe una raíz temática que permanece en todas las formas de la escritura o de la pronunciación. Una tableta encontrada en 1934 en el sitio arqueológico de Korsabad, a 22 km de Nínive, contiene una lista de reyes asirios que comienza con "17 reyes que vivieron en tiendas", probablemente líderes de pueblos nómadas. Tudia es el primer nombre de la lista seguido por Adamu, que, muy probablemente, sería un título de realeza proveniente de un ancestro famoso, como fue el nombre César para los emperadores romanos. Más adelante, en otra lista, encontramos al 37° rey ,llamado Pazur-Assur. Era uno de los varios reyes nombrados en homenaje a su ancestro Assur, el fundador de Asiria. En Génesis 4:22, encontramos la misma costumbre en uno de los descendientes de Caín que se autodenominó Tubalcaín. Así, es posible que Adamu haya sido un rey que asumió ese nombre en homenaje a

otro Adamu importante que existió antes que él. Y ¿por qué no suponer que sería un homenaje al Adán que vivió en Edén?

Los arqueólogos también descubrieron que por lo menos seis elementos históricos del Génesis podían ser encontrados en las tabletas que fueron traducidas por peritos en paleografía.[5] De manera bastante común, ellas mencionaban:

1. La creación y la desobediencia de una pareja humana que perdió el paraíso.
2. La maldición que siguió a la desobediencia, trayendo la muerte a los habitantes de la Tierra.
3. El inicio de la familia humana marcado por la tragedia de un fratricidio.
4. La humanidad que se volvió malvada y, por eso, fue destruida en un diluvio.
5. La muerte de casi todos los seres humanos, menos algunos que fueron preservados por los dioses.
6. Una confusión de idiomas que esparció a los hombres hacia todos los rincones de la Tierra.

Tradición universal

Estos paralelos literarios derribaron la tesis de que la narrativa del Génesis sería un mito creado por Moisés. Algunos, sin embargo, continuaron negando la historicidad bíblica, sugiriendo, entonces, que esos relatos mesopotámicos eran los originales y que el Génesis sería un plagio de obras literarias ya existentes.

Desmintiendo esa última hipótesis, K. A. Kitchen escribió que "la suposición común de que este relato [bíblico] es simplemente una versión simplificada de leyendas babilónicas es una falacia por sus bases metodológicas. En el Antiguo Cercano oriente, la regla es que los relatos y las tradiciones pueden transformarse (por añadiduras o embellecimientos) en leyendas, pero no lo contrario. En el Antiguo Oriente, las leyendas no eran simplificadas para transformarse en seudohistorias, como ha sido sugerido en el caso del Génesis".[6]

Contrariamente a ser un plagio, el Génesis posee características de ser una "corrección" de aquello que lo antecede. Prueba de esto es el hecho de que, de entre todos los textos, es el único que asume un monoteísmo clásico en medio de las versiones antiguas que preferían atribuir a los "dioses" la obra de creación y juzgamiento del planeta Tierra.

Hasta el mismo Levi-Strauss, que consideraba al relato de la creación como un mito, fue forzado a reconocer que "gran sorpresa y perplejidad surgen por el hecho de que esos temas básicos para

Código N° 1001
BIBLIOTECA
CC. 6 - (3315) Leandro N. Alem - Misiones

los mitos de la creación son mundialmente los mismos en diferentes regiones del globo", principalmente fuera de Oriente Medio.[7]

Si el relato bíblico fuese solamente una reproducción de leyendas culturales de Mesopotamia, no deberíamos encontrar esa misma historia tan largamente enseñada entre pueblos que vivían fuera de las tierras bíblicas y no tenían, hasta donde se sepa, algún contacto con las Escrituras hebreas o con la tradición sumeria. Fue una gran sorpresa para muchos misioneros encontrar entre los aborígenes y tribus aisladas de las Américas, Asia, África y Oceanía tradiciones orales muy similares a la narrativa bíblica. Varios expertos en misión y antropólogos reconocieron la importancia de los paralelos bíblicos en las culturas paganas y los coleccionaron formando libros que se transformaron en *best sellers* en varias partes del mundo.[8]

Al norte de Calcuta, en la India, vivían dos millones y medio de personas conocidas como el pueblo Santhal. Su antiquísima tradición cuenta que un dios llamado *Thakur Jiu* creó al primer hombre del barro y le dio el nombre de *Haram* (note la semejanza fonética con el nombre *'Adam* en hebreo). Después creó a la mujer, que recibió el nombre de Ayo. Ambos fueron colocados en un jardín paradisíaco llamado *Hihiri Pipiri*. Allí, un ser astuto llamado *Lita* hizo cerveza de arroz y la ofreció a la pareja. Desobedeciendo las órdenes divinas, ellos bebieron el líquido, y durmieron. Cuando despertaron, se percataron de que estaban desnudos.

Lejos de la India, encontramos otra tradición remota contada por el pueblo Karen, de Birmania. Está preservada en antiguos himnos que fueron traducidos de un dialecto primitivo a fines del siglo XVIII. Una de las estrofas litúrgicas dice que un dios llamado *I'wa* formó al mundo a partir del agua, y la tierra produjo el fruto de la tentación. Había órdenes explícitas para que nadie lo comiera, pero un espíritu rebelde llamado *Um-kaw-lee* engañó a dos personas haciéndolas probar el alimento de la muerte. Por esa causa, los hombres quedaron sujetos al dolor, el envejecimiento y el castigo.

Estas son solamente dos de las muchas tradiciones semejantes al relato bíblico que pueden ser encontradas fuera de Oriente Medio. Por lo tanto, lo que nos queda es aceptar la hipótesis de que tanto el Génesis como esos mitos (por más distorsionados que estén) proceden de una misma raíz histórica, es decir, la tradición adánica. Todos narran, a su manera, un hecho que realmente sucedió y que quedó marcado, por muchas generaciones, en la memoria de los pueblos. La distorsión, por supuesto, se fue volviendo más acentuada a medida que los descendientes de Adán se sumergían en el politeísmo, perdiendo de vista el aspecto monoteísta de Dios que provenía del Edén.

Referencias

[1] Peter James Cousins, *Ciência y Fé: Novas Perspectivas* (San Pablo: ABU Editora, 1997), p. 174.

[2] C. S. Lewis, *The Problem of Pain* (Nueva York: Macmillan Company, 1960).

[3] Pierre Teilhard de Chardin, *The Appearance of Man* (Nueva York: Harper and Row, 1965).

[4] André Lamaire, "Escrita e Línguas do Oriente Médio Antigo", en A Barucq *et al.*, *Escritos do Oriente Antigo e Fontes Bíblicas* (San Pablo: Paulinas, 1992), p. 13.

[5] Paleografía es el estudio de los registros más antiguos y las formas de escritura de la humanidad.

[6] K. A. Kitchen, *Ancient Orient and Old Testament* (Downers Grove: InterVarsity, 1966), p. 89.

[7] Claude Levi-Strauss, "The Structural Study of Myth", en *Structural Anthropology* (Nueva York: Basic Books, 1963), p. 208.

[8] Un ejemplo es el libro de Don Richardson, O *Fator Melquisedeque: O testemunho de Deus nas Culturas Através do Mundo* (San Pablo: Vida Nova, 1991).

CAPÍTULO 6

Historias importantes

Hay muchos detalles interesantes en las antiguas narrativas orientales que nos hacen acordar el relato bíblico. Esas similitudes, como ya dijimos, evidencian que todas se originan en un mismo episodio que ocurrió de verdad.

Regresando, pues, a los límites geográficos de Medio Oriente, veamos, a modo de ilustración, algunas similitudes entre el Génesis y las antiguas tradiciones egipcias y mesopotámicas anteriores a Moisés.[1]

La creación en Egipto

Varias inscripciones jeroglíficas fueron encontradas en estelas, obeliscos, tumbas, sarcófagos, templos y papiros encontrados en el territorio egipcio y en el sudanés. La mayoría de esos textos fueron catalogados y traducidos, y recibieron el nombre de *The Pyramid Texts* [Los textos de las pirámides].[2] Actualmente, cualquier interesado en egiptología puede leer ese vasto material y tener una idea de cómo los antiguos coterráneos del faraón entendían, entre otras cosas, la formación del mundo.

En realidad, Egipto posee un rico acervo de versiones sobre la creación. Básicamente, presentan los principios de la vida, de la naturaleza y de la sociedad como algo establecido por los dioses, desde la creación de nuestro planeta. Pero, todas comienzan hablando de un tiempo en el que no existía nada. Mencionan una época antes de la historia "cuando el cielo todavía no había llegado a la existencia, la Tierra no había sido formada, los dioses no habían nacido y la muerte no se había vuelto realidad".[3]

Aunque, a diferencia de la teología cristiana, esos textos marcan un "comienzo" para las divinidades, es posible encontrar en la creencia egipcia los vestigios de una visión monoteísta, cuando afirman que hubo en el principio un único Dios, anterior a todos los demás, que creó la Tierra solo a partir de las aguas primitivas

o del caos, exactamente como el Génesis, que también describe a la Tierra como saliendo de un estado caótico simbolizado por las *aguas del abismo*.

Sin embargo, la versión egipcia se refiere al primer Dios con un nombre que el Génesis le atribuye al primer hombre. Es llamado Atum (*también escrito Atam, Aton o Aten*), que es fonéticamente similar al hebreo 'Adam. Allí se ve una corruptela de la tradición adánica original, pues Atum es el disco solar y más tarde el mismo dios-sol. Pero todavía hay espacio para otras similitudes: así como el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas del abismo (como un pájaro que abriga su nido), Atum emerge de las tinieblas caóticas de *Num* (el cielo) como si fuese un pájaro místico (*Bennu*) y vuela sobre Heliópolis, una ciudad antigua cerca de El Cairo, que era vista como territorio sagrado del antiguo paraíso de los dioses.

La historia de *Atum* está muy bien preservada en las paredes internas de las pirámides de los reyes Mer-ne-Re y Nefer-ka-Re, que datan del año 2400 a.C. Así como el Génesis, el texto se ocupa de presentar a los descendientes de Atum, y entre ellos existe uno cuyo nombre es Set. Aunque no tengamos bases absolutas para identificarlo como el Set bíblico, hijo de Adán, es muy curioso que este homónimo egipcio sea descrito como un homicida que, por envidia, mató a su propio hermano, volviéndose negro para siempre.[4]

Sin embargo, la historia que conocemos es bien diferente de esta. Set es el hijo bueno, dado por Dios a Adán para sustituir a Abel, quien fuera víctima de su hermano, Caín. ¿No sería plausible, entonces, suponer que estamos ante otra descripción de los acontecimientos, que los egipcios contaban según la versión de los antiguos descendientes de Caín?

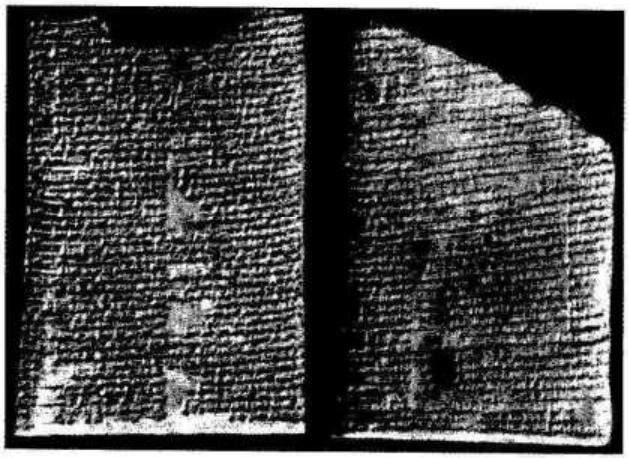
La creación en Mesopotamia

Saliendo de Egipto y yendo a Mesopotamia, encontramos otra gran variedad de mitos, con curiosas semejanzas con otro aspecto de la cosmogonía bíblica. El cuento de *Enki y Ninhursag*,[5] más conocido como el "mito del paraíso",[6] fue escrito en el segundo milenio a.C. En él, los dioses crean los cielos, la Tierra y los seres humanos. Los colocan en el paraíso idílico de Dilman y, para curar la costilla de Enki, hacen surgir a una mujer y le dan el nombre de Nin-ti, cuyo significado sería "reina de los meses", "señora de la costilla" o "aquella que hace vivir".[7] Ahora, Eva también fue creada a partir de una costilla de Adán y su nombre hebreo (*hawwa*) es asociado etimológicamente al verbo "vivir".[8]

El *Enuma Elish*[9] es otro documento importantísimo que también posee muchos paralelismos con el relato bíblico. El texto fue encontrado primeramente en las excavaciones de la biblioteca real de Assurbanipal, que quedaba en la ciudad de Nínive y data del siglo VII a.C. Sin embargo, otros fragmentos más completos fueron encontrados posteriormente en Kish. En total, son siete tabletas que describen la creación del mundo dividida en siete partes (como el Génesis, que la divide en siete días).

Aunque existan divergencias religiosas acentuadas entre la Biblia y la epopeya babilónica, nos detendremos en los paralelismos que nos interesan más:[10]

Enuma Elish	Génesis
"Cuando en las alturas, el cielo no había sido nombrado y la tierra firme abajo no había sido llamada por su nombre [...]"[11]	"En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía [...]"
Un espíritu divino coexistía eternamente con la materia.	El Espíritu de Dios creó la materia de la nada y vivía independientemente de ella.
El caos primitivo (llamado *Tiamat* por los babilónicos) es visto como una figura mitológica envuelta en tinieblas.	La Tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas cubrían la faz del abismo (llamado *Tehom* por Moisés).
La luz emana de los dioses.	Dios dijo: "Sea la luz".
La creación del firmamento.	La creación del firmamento.
La creación de la tierra seca.	La creación de la tierra seca.
La creación de las lumbreras.	La creación de las lumbreras.
La creación del hombre (sexta tableta).	La creación del hombre (sexto día).
Los hombres son creados a partir de la sangre de un sacrificio divino.	El hombre es creado a imagen y semejanza de Dios.
Los dioses celebran la creación (séptima y última tableta).	Dios santifica el sábado (séptimo día) en una celebración por lo que había creado.



Tabletas de Enuma Elish con el relato de la creación.

El primer hombre y su caída

Las tabletas cuneiformes encontradas en Oriente revelaron que, por mucho tiempo, existió en Mesopotamia una historia tradicional acerca de Adapa. Ya fueron encontrados cuatro fragmentos de este relato, tres de ellos provenientes de la biblioteca de Asurbanipal, y el más extenso y antiguo vino de los archivos egipcios de El Amarna, escritos en torno al siglo XIV a.C.[12]

El poema gira en torno a la problemática de la vida eterna, pues, según el relato, el primer hombre, llamado Adapa, recibió gran sabiduría, pero no era naturalmente inmortal.[13] Era, por creación, *el hijo del dios Ea* y moraba en la ciudad sagrada de *Eridu*. Es curioso notar que Eridu y Edén proceden de la misma raíz etimológica, junto con el sumerio Edin o Edenu (que también quiere decir "paraíso" o "planicie"). Coincidentemente, Lucas también establece la genealogía humana a partir de Adán, calificándolo, al igual que el mito de Adapa, como *hijo de Dios* (Luc. 3:38).

La historia sigue diciendo que Adapa vivía en medio de los *Anunnakis*, palabra que trae a la memoria el término *anaquins*, o los gigantes que encontramos en la Biblia. Después presenta su falta al quebrar con la vela de su barco el "ala" del viento sur, impidiéndole soplar sobre la Tierra.

En su juzgamiento ante los dioses, Adapa se rehúsa a alimentarse del pan y del agua de la vida. Esto, en verdad, era una prueba, pues él sabía que no le era permitido participar de un alimento reservado a los dioses. Desconforme, el dios Anu le pregunta: "¿Por qué no has comido ni bebido [del agua de la vida]? ¡Si [así lo haces] no podrás tener la vida eterna!"[14] Esas palabras hacen eco a la misma propuesta de la serpiente al ofrecer el fruto a Eva: "No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él [...] seréis como Dios". También nos recuerda la prohibición divina del acceso del hombre al árbol de la vida eterna (Gén. 3:24).

Adapa es, por lo tanto, elogiado en su actitud al rehusarse a comer del alimento prohibido. Lo único que aceptó de los dioses fue tomar sobre sí un segundo manto, dado para sustituir el primero, que era el manto de la lamentación, y ser ungido con aceite. Esos elementos simbolizan la justicia que es otorgada por otro a aquel que merecía morir. Aunque el Génesis no hable de aceite, trae el tema de las dos vestimentas de Adán, que primero hizo para sí y su mujer vestidos de hojas, y al final es vestido con el segundo manto hecho con la piel de un animal (Gén. 3:7, 21).

En la mentalidad de la época, era fuerte la idea de que la inmortalidad no es algo que nos pertenece naturalmente; es otorgada por los dioses. De la misma manera, en la visión bíblica, el hombre no es creado como un ser inmortal, sino como un candidato a la inmortalidad mediante la obediencia. Con la entrada del pecado perdemos la vida eterna y solamente en Cristo podemos recuperarla.[15]

Con peculiaridades propias de cada poema, esa misma estructura de la creación y la caída del género humano aparece en otras historias esparcidas por el Antiguo Medio Oriente. Y todas poseen semejanzas increíbles con el relato bíblico.

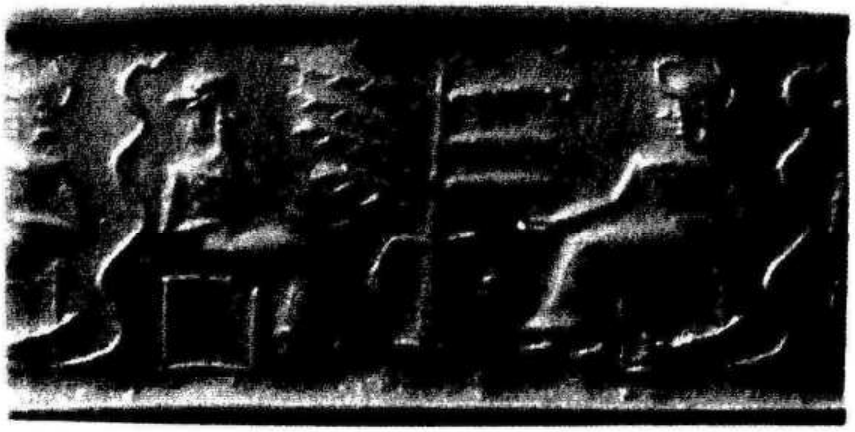
En la historia babilónica épica de Gilgamesh, el legendario héroe sumerio tiene un amigo, Enkidu, que es seducido por una cortesana de la diosa Ishtar y pasa a tener un "conocimiento pleno" (¿sería como el "conocimiento del bien y del mal" mencionado en la Biblia?). Después de eso, Ishtar le declara: "Ahora tú eres un conocedor, Enkidu. Serás igual a dios". Entonces, la diosa improvisa vestiduras y lo viste con ellas.[16]

Sellos cilíndricos

Otra forma de descubrir las ideas mesopotámicas es examinar su arte. Una serie de vasos, estatuas y relieves en piedra nos cuenta la historia del mundo y del pecado, de acuerdo con la óptica de esos pueblos antiguos. Aquí merecen ser destacados los sellos cilíndricos que fueron excavados en Babilonia y que hoy enriquecen las colecciones de varios museos alrededor del mundo.[17] Preparados para deslizarse sobre la arcilla como un rollo compresor, producen, como una fotografía de la época, las escenas o episodios importantes de su historia. Una vez más, muchas de ellas presentan los mismos elementos básicos de la historia del Génesis.

El que aparece en la página siguiente es un sello cilíndrico llamado "de la tentación", que hoy se encuentra en el Museo Británico, en Londres. Data aproximadamente del tercer milenio antes de Cristo y contiene la figura de una pareja sentada frente a un árbol, aparentemente comiendo de su fruto. Note que detrás de la mujer, que está a la izquierda, hay una serpiente que participa de la situación.

FreeStock.com



Sello mesopotámico de la tentación, que data del año 2300 a.C.

Aunque algunos piensan que ese sello era meramente un símbolo del culto a la fertilidad, no es difícil ver en la escena una similitud con la historia de Adán y Eva.[18] Los que objetan el paralelismo entre este objeto y Génesis 3 argumentan que la figura masculina tiene en su cabeza una tiara de divinidad y, por lo tanto, constituiría un dios sentado delante de una mujer devota. Sin embargo, eso no invalida la relación del sello con Adán, que bien podría ser identificado como un ser divino, dado que los sumerios consideraban que el primer hombre era "hijo [directo] del dios Ea". Además, en una cultura patriarcal como la sumeria, es difícil imaginar que una mujer aparecería sola adorando a un dios sin la presencia de su esposo. A diferencia de los griegos, los sumerios no hablaban de dioses que seducían a mujeres, y la que aparece en la escena no se encuentra en ninguna de las posiciones clásicas de adoración. Simplemente, está sentada frente a una figura masculina, sin ninguna evidencia que justifique un culto a la fertilidad.

A continuación, tenemos otro ejemplar muy interesante, proveniente de la antigua ciudad sumeria de Lagash. Una pareja (algunos suponen que es el rey Gudea y su esposa) es conducida de la mano hasta el trono del gran dios Anu, o Enki, pues habían pecado. La posición de sus manos es lo que los babilonios y asirios conocían como *shu'lila*, es decir, "plegaria con la mano levantada", porque eran recitadas como señal de súplica o penitencia, teniendo principalmente la mano derecha a la altura del rostro.

Note que del trono divino fluye el agua de la vida, un emblema que también aparece en Apocalipsis 22:1. Además de eso, el diseño también muestra dos figuras ontológicas que nos llaman la atención: una serpiente cuadrúpeda y un ser divino que parece ayudar a la pareja, como un intercesor delante del dios *Enki*. La mayoría

Maria Ircilowa

Confesión de Gudea y su esposa ante el dios Enki. Detrás de los hombros del intercesor aparece la figura de una serpiente cuadrúpeda.

de los asiriólogos piensa que ambas figuras se refieren a un mismo personaje: el dios *Ningishzida*, en su forma humana, y como una serpiente cuadrúpeda y alada.

Pero, la coincidencia de algunos detalles nos remite una vez más a la trama del Génesis. La serpiente del Edén también podía caminar sobre sus pies y, muy probablemente, podía volar. Solamente después de la caída le fue ordenado arrastrarse y comer el polvo de la tierra (Gén. 3:14).[19] En la Biblia, esa serpiente es la representación máxima de Lucifer, descrito como un querubín que perdió su antigua posición en el cielo. Lo curioso es que, si leemos el mito detrás de Ningishzida, percibiremos que se parece mucho a aquella versión bíblica del ángel caído.

Según las tabletas cuneiformes, Ningishzida era una divinidad sumeria adorada en Gishbanda, cerca de la ciudad de Ur. Aunque era un dios del mundo inferior, también era designado como el [antiguo (?)] guardián del trono divino y el "dios del árbol del conocimiento", pues su nombre, aparentemente, significa: "aquel que produjo el árbol agradable".[20] ¿Podría ese árbol ser otro que aquel al que la Biblia llama "del conocimiento del bien y del mal"? A fin de cuentas, Génesis 3:6 lo describe como "bueno para comer [...] agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría". ¿No estarán ambos relatos, el del Génesis y el de Ningishzida, refiriéndose al mismo elemento?

Representado originalmente por una serpiente (en algunos casos, alada), Ningishzida también es asociado con un dragón con alas, expulsado del cielo. En Apocalipsis 12, un dragón alado también es identificado con la antigua serpiente del Edén que, en ese contexto, es llamada "diablo" y "Satanás".

El ser que toma la mano de Gudea (Ningishzida) también lleva sobre los hombros dos cabezas de dragón con dos cuernos cada una (comparar con Apoc. 13:11). Contrastando con la teología bíblica cristiana, está en el lugar que debería pertenecer a Cristo, el intercesor entre Dios y los hombres. En la óptica cristiana, la serpiente no es de modo alguno la mediadora, sino la que trajo el pecado y la muerte a Cristo, el único Intercesor, y quien lleva en sus hombros la culpa que debería recaer sobre la humanidad pecadora.

En conclusión

Es evidente que las diferencias entre esos mitos y el relato del Génesis son más notorias que las semejanzas. Sin embargo, lo que nos interesa es que existe un claro paralelismo literario, aunque no como mensaje teológico, por lo menos en la estructura y en algunas descripciones muy semejantes.

A la luz de esa evidencia, solamente quedan tres conclusiones posibles: (1) que los escritores mesopotámicos tomaron material de los libros de Moisés; (2) que Moisés basó sus escritos en los mitos mesopotámicos; o (3) que ambos (Moisés y los mesopotámicos) basaron sus escritos en una misma fuente.

La primera opción debe ser descartada, porque la civilización mesopotámica antecede en más de mil años al nacimiento de Moisés. En cuanto a la segunda, recordemos el hecho, ya comentado en este capítulo, de que Moisés tiene características singulares que niegan la dependencia literaria de esos documentos. Pudo haberlos consultado o conocido, pues era un hombre culto, en relación con su época. Sin embargo, si hubo alguna conexión entre el Génesis y la literatura mitológica que lo antecedió, fue solamente para corregir las aberraciones de la mitología anterior y su politeísmo.

Nos queda, entonces, la tercera hipótesis, que es la más razonable desde el punto de vista literario. Hubo un ancestro común a todos los hombres cuyo nombre suena fonéticamente similar al hebreo *Adam*. Él y su esposa no fueron el fruto de una evolución, sino de un acto creador de Dios. Por una desobediencia, ambos pecaron y colocaron a la humanidad en el estado permanente de caos. Sin embargo, es aquí donde se pone de relieve la superioridad del relato bíblico: la provisión divina de un Salvador para redimir a la humanidad. ¡La Biblia es la historia de esa redención!

Referencias

[1] Algunos documentos que mencionaremos, como por ejemplo el Enuma Elish y la épica de Gilgamesh (ambos del siglo VII a.C.), son posteriores a Moisés, pero hoy es prácticamente unánime la opinión de que ese tipo de literatura se remonta a una tradición que proviene del tercer o el segundo milenio antes de Cristo. Ver Alfred J. Hoerth, p. 186. J. M. Durand, "Os Escritos Mesopotâmicos", en A. Barucq [y otros], pp. 142-144.

[2] Ver Samuel A. B. Mercer [editor y traductor], *The Pyramid Texts*, 1952 [copyright no renovado] disponible al público en http://www.sacred-texts.com/egy/pyt/index.htm, visitado el 11 de diciembre de 2005.

[3] *Ibíd.*, Pyramid Text, 1466.

[4] Ver *Ancient Near Eastern Texts: Relating to the Old Testament* [ANET] (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1969), pp. 3-17.

[5] Las transliteraciones de la escritura cuneiforme, cuando no están escritas según la fuente mencionada, siguen las gramáticas de Wolfram von Soden, *Grundriss der Akkadischen Grammatik* (Roma: Pontificum Institutum Biblicum, 1952) y, especialmente, René Labat, *Manuel d'Épigraphie Akkadiene (Signes, Syllabaire, Idéogrammes)* (París: Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1988), 6ª edición.

[6] Ver la traducción al inglés en James B. Pritchard, ANET, pp. 37-41.

[7] Samuel Noah Kramer y John Maier, *Myths of Enki, the Crafty God* (Nueva York: Oxford University Press, 1989), pp. 28-30.

[8] Samuel Noah Kramer, *History Begins at Sumer* (Filadelfia, PA: University of Pennsylvania Press, 1981), pp. 143, 144.

[9] ANET, pp. 61-72.

[10] Este cuadro fue adaptado y ampliado de la tabulación de Gaalyah Cornfield y David Noel Freedman, *Archaeology of the Bible: Book by Book* (Peabody, MA: Hendrickson, 1989), p. 6.

[11] *ANET*, pp. 60, 61, tableta 1, líneas 1, 2.

[12] Ver la traducción al inglés en *ANET*, pp. 101-103, 313, 314, 450, 606.

[13] La idea de que Adapa sería el primer hombre se encuentra en la expresión: "Ea lo creó como un modelo de los hombres" (*ANTE*, p. 101, línea 6). Aquí, la palabra traducida por "modelo" puede ser leída en el sentido de jefe o ejemplo para ser seguido, pero siempre manteniendo la connotación cronológica y moral de "el primero de todos".

[14] *ANET*, p. 102, línea 67.

[15] Por más comparaciones, vea: William H. Shea, "Adam in Ancient Mesopotamian Traditions", *Andrews University Seminary Studies* (Spring 1977), pp. 27-42.

[16] ANET, p. 73, línea 16 en adelante.

[17] Por fotografías y comentarios sobre los diversos sellos ya encontrados, vea A. Kirk Grayson, Grant Frame y Douglas Frayne, eds., *Assyrian Rulers of the Third and Second Millennia BC* (Toronto: University of Toronto Press, t. 1, 1987; t. 2, 1991; t. 3, 1996); Grant Frame, *Rulers of Babylonia: From the Second Dynasty of Isin to the End of Assyrian Control* (1157-612 BC) (Toronto: University of Toronto Press, 1995), t. 2; Dietz O. Edzard, *Neo-Sumerian Period, Part 1: Gudea and His Dynasty* (Toronto: University of Toronto Oress, 1997), t. 3/1; Douglas R. Frayne, *Neo-Sumerian Period, Part 2: Third Dynasty of Ur* (Toronto: University of Toronto Press, 1997), t. 3/2.

[18] T. C. Michell, aunque no acepte la equiparación con el relato bíblico, reconoce que George Smith, que durante muchos años fue investigador del Museo Británico, interpretó que el sello contenía un paralelismo con la historia de Génesis 3. T. C. Michell, *The Bible in the British Museum* (Londres: British Museum Press,

1998), p. 24. Ver también, Federico A. Arborio Mella, *Dos Sumérios a Babel* (San Pablo: Hemus Editora, s.f.), pp. 45, 46.

[19] La idea de una serpiente alada antes del pecado puede ser encontrada en Elena de White, *Patriarcas y profetas* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2008), p. 36.

[20] Joseph Campbell sugiere la traducción "señor del árbol de la verdad". Joseph Campbell, *Occidental Mythology: The Masks of God* (Londres: Penguin Books [Arkana], 1991), p. 9. Otra posibilidad sería "señor del buen árbol". Thorkild Jacobsen, *The Treasures of Darkness: A History of Mesopotamian Religion* (New Haven & London: Yale University Press, 1976), p. 7; Stephen Herbert Langdon, *The Mythology of All the Races: Semitic* (Boston, MA: Marshall Jones Company, 1931), t. 5, pp. 78-90, 178, 179, 284, 285.

CAPÍTULO 7

Testimonios del diluvio

La vida en la Tierra no debió de haber sido nada fácil para Adán y sus primeros descendientes. Especialmente para él y su esposa, que habían conocido el mundo antes del pecado. La naturaleza había sido perfecta y extremadamente bella. Se despertaban sin sentirse mal y caminaban sin sentimiento alguno de miedo. Pero, después la situación cambió, y todo a su alrededor les hacía recordar eso. La tierra comenzó a producir espinos y cardos, la naturaleza parecía contaminada y la muerte, el peor de los enemigos, los amenazaba todos los días.

En la secuencia de los hechos presentados en Génesis, encontramos, después de los primeros capítulos, la narrativa de una inmensa catástrofe que puso fin a casi toda la humanidad. Solamente se salvaron Noé y siete miembros de su familia (Gén. 6-9). Esta fantástica historia también está preservada en varias tabletas mesopotámicas, por lo cual podemos seguir aquí la misma lógica utilizada en relación con la historicidad de Adán, es decir, que esos documentos reflejan un episodio que realmente ocurrió en el pasado de la humanidad.

Lista de reyes antediluvianos

Los escritos de Beroso, un antiguo sacerdote de Babilonia, mencionan una lista de reyes que vivieron antes *del gran diluvio que afectó a la Tierra* (comparar con Gén. 5:1-32). El texto, aunque provenga del siglo III a.C., se basa en tabletas cuneiformes mucho más antiguas que también fueron encontradas y hoy están disponibles, tanto en las lenguas originales como en traducciones especializadas, realizadas por orientalistas de todo el mundo.

Esas listas fueron producidas en un período de aproximadamente cuatrocientos años, que cubren de 2100 a 1700 a.C. En ese intervalo, muchas cosas ocurrieron en Mesopotamia. Ur, la ciudad de Abraham, se transformó en la poderosa capital del Imperio

Sumerio y una verdadera "cultura común" comenzó a esparcirse por todas las ciudades-estado de la región. No es de extrañar que Mário Curtis Giordani se refiera a ese período como un "verdadero renacimiento sumerio".[1] Después de eso, la fuerza política fue transferida a las ciudades de Isin y Larsa, que inician una nueva dinastía bajo el dominio de los amorreos y los elamitas.

Los textos genealógicos, además de fragmentarios, no son uniformes, aunque parecen proceder de una misma fuente más antigua. El más completo de ellos es el Prisma de Weld Blundell, descubierto en 1921 en las excavaciones de Larsa. Por lo tanto, la tarea de los especialistas es intentar rearmar la genealogía original y descubrir los homónimos que pueden estar escritos de manera diferente en las diversas tabletas ya identificadas.

Haciendo un paralelo con la Biblia, hay dos cosas en esas listas sumerias que nos llaman la atención: en primer lugar, la extrema longevidad de los llamados reyes antediluvianos, que, según las tabletas, vivieron miles de años. En segundo lugar, la semejanza lingüística entre varios nombres listados y algunos patriarcas que la Biblia menciona antes del diluvio.

Solamente a modo de ilustración, veamos parte de un texto cuneiforme del segundo milenio antes de Cristo, que contiene la lista sumeria de los reyes ante y posdiluvianos. Este documento sirvió de base para los escritos de Beroso. Los números a la izquierda equivalen a las líneas de la primera columna de la tableta:[2]

1. [Cuando] la soberanía descendió del cielo
2. En Eridu estaba la soberanía.
3. Alulim ejerció
4. la soberanía por 28.000 años
5. Alamar la ejerció por 36.000 años
6. Dos reyes
7. la ejercieron por 64.800 años
8. Eridu fue destruida
9. La soberanía de Badgurgurru
10. fue [...]
11. En Badgurgurru, Emmenluanna
12. ejerció [la soberanía] 43.200 años [...]

La lista continúa presentando una serie de reyes con sus largas soberanías hasta que una interrupción en la línea 40 quiebra la secuencia con la frase: *"y entonces vino el diluvio y cubrió la Tierra"*. A partir de allí, el listado que sigue es formado por los reyes que vivieron *"después de que el diluvio había cubierto [la Tierra]"* (línea 41). Curiosamente, su período de reinado es drásticamente disminuido de varios miles de años a solamente algunos centenares de años. Como ocurre también en las cronologías bíblicas ante y posdiluvianas, en las que el promedio de vida de los patriarcas se va reduciendo paulatinamente de novecientos años a valores menores que un siglo y medio de existencia. Veamos la continuación del texto:

42. La soberanía descendió del cielo
43. La soberanía está en Kish
44. En Kish, Gaur
45. Fue rey
46. Ejerció [la soberanía] por 1.200 años
47. Khulla-Nidada, la divina doncella
48. la ejerció por 960 años.
[Segunda columna]
1. [...] Buum (?)
2. ejerció [la soberanía] por 900 años
3. [...]
4. [...]
5. fueron compañeros
6. Completaron (?)
7. Galumun
8. Gobernó durante 900 años;
9. Zigagib
10. gobernó 840 años
11. A-Ri-Pi, hijo de Mashgag,
12. gobernó 720 años [...]

Aunque la lista bíblica también presenta a los antediluvianos con una expectativa de vida muy superior a la actual, la cifra babilónica que atribuye un promedio de 21 mil años para cada monarca requiere un esclarecimiento.

A los fines didácticos, no nos detendremos mucho en las implicaciones literarias de las diversas listas. Sin embargo, podemos presentar una observación hecha por Alfred Rehwinkel que esclarece considerablemente la problemática. Él menciona a un lexicógrafo griego llamado Suidas, que habría vivido en torno al año 670 d.C. y produjo un vasto diccionario de la lengua griega. En esa obra, el autor comenta que el "saro" (medida cronológica de Babilonia) tendría dos valores: uno, el saro civil, que valía 18,5 años en promedio; y el otro, el *saro astronómico*, que valía 3.600 años.

Así, Rehwinkel supone que los escribas (y especialmente Beroso) le habrían atribuido al saro civil el valor astronómico que generó la cifra exagerada.[3] De hecho, una comparación del primer listado cuneiforme con el de Beroso presenta un progresivo aumento de los períodos. Mientras que las tabletas presentan un total de 241.200 años de reinado antediluviano, ¡Beroso presenta 432.000!

La matemática que Rehwinkel presenta no es difícil de ser com-

prendida. Si, como supone él, Beroso les otorgó a los "saros" el valor astronómico, entonces los 36 mil años de Alamar corresponden en realidad a 10 saros. Y, si cada saro civil equivalía a 18,5 años, Alamar no habría gobernado más que 185 años, que estaría cerca de la edad de Adán cuando engendró a su primer hijo (130 años).

Esa teoría puede no responder a todas las preguntas acerca de esos "reyes", pero provee una buena pista para una comprensión más razonable. Según Rehwinkel, teniendo en cuenta las diferencias numéricas entre la versión samaritana, el texto hebraico masorético y la LXX, la discrepancia entre la Biblia y el texto babilónico sería solamente de 21 años, lo cual es un valor insignificante.[4]

Comparación de los nombres

Más interesante que la comparación de los números es la equiparación fonética entre los patriarcas bíblicos y los nombres que aparecen en los listados mesopotámicos. En el capítulo anterior, ya hicimos una breve referencia al nombre de Adán, que también aparece modificado en esos documentos. Aquí nos detendremos solamente en dos listas (una cuneiforme y la otra de Beroso) y las compararemos con el texto bíblico. La correspondencia genealógica entre ellas no será, por supuesto, absolutamente exacta. No obstante, ¡la semejanza entre algunos nombres es increíble!

Antes, sin embargo, es importante mencionar algunas cuestiones de filología. Todos sabemos que los nombres propios generalmente provienen de raíces etimológicas que son adaptadas a un idioma derivado o a una tonada regional que los modifica. El nombre Jesús en portugués, por ejemplo, que en la región sur del Brasil es pronunciado con una "ê" más cerrada, se transforma, en el nordeste, en Jésus (con un énfasis más abierto en la "e"). Los estadounidenses lo pronuncian de una forma todavía más diferenciada. Ellos dicen algo como *jzeezâz*, con un estiramiento de la "e" y una típica acotación de la última vocal "u" pronunciada como si fuese una "a". Sin embargo, en cualquiera de esos tres casos, la grafía permaneció inalterada. Todos lo escriben como "*Jesus*".

En otros casos, la adaptación del nombre puede requerir una variación mayor de letras o de formato. Tenemos como ejemplo el nombre brasileño "Vagner", que es una pequeña alteración (solamente una letra "V") del alemán "Wagner", que quiere decir "constructor de vagones". Para los angloparlantes, la alteración fue un poco mayor, y "Wagner" se transformó en "Waggoner", aunque la base fonética haya sido la misma.

Algunas similitudes, entonces, no serán tan evidentes a simple

vista como estas que presentamos, y demandan mayor conocimiento técnico para ser percibidas. Si tomamos, por curiosidad, un libro sobre los orígenes y los significados de los nombres, observaremos que "Guillermo" proviene del teutónico "Willihelm", que quiere decir "protector resoluto". Por eso, en inglés, ese mismo nombre se transformó en "William" o "Williams", una grafía completamente diferente, pero proveniente de la misma raíz.

En las lenguas antiguas, el fenómeno lingüístico era el mismo. El dios-sol, por ejemplo, recibía en el antiguo tronco semita el nombre de "Shamash". Pero, el fuerte acento hebreo hizo que el Antiguo Testamento lo vertiese como "Shemesh", como podemos ver en Jeremías 43:13.[5] En el idioma ugarítico, el cambio fue aún mayor, pues el mismo nombre recibió una "p" muda en lugar de la "m", de modo que su vocalización pasó a ser "Shapsh". Eso esclarece la afirmación del capítulo anterior donde decimos que '*Adam y Adapa* serían grafías diferentes para el nombre de Adán.

Teniendo en cuenta estas informaciones, veamos el paralelismo lingüístico entre la lista sumeria, la de Beroso y la de la Biblia:

Lista sumeria cuneiforme (c. 2000 a.C.)[6]	Lista de Beroso (c. 260 a.C.)	Lista del Génesis
Alulim	Alorus	Adán
Alamar	Alaparus	Abel? Set?
Enmenluanna	Amelón	Enós
--------	Ammenon	Cainán
Emmengalanna	Megalaros	Mahalaleel
Dumuzi	Daonos	Jared
Ensipazianna	Euedorachos	Enoc
Enmenduranna	Amenpsinos	Matusalén
Uberratum	Otiartes	Lamec
	Xisouthros	Noé

Es claro que, como ya fue dicho, no todos los nombres de los patriarcas bíblicos poseen una correspondencia clara y libre de cuestionamiento. Incluso los especialistas más renombrados debaten entre sí en cuanto a la grafía y la correlación exacta entre algunos nombres. Para algunos, el nombre Alaparus se habría corrompido y transformado en Abel. Para otros, sería un correspondiente de Set o hasta del mismo Adán.

Sin embargo, a pesar de algunas divergencias, el mundo académico reconoce que algunos pares de nombres poseen una correspondencia muy interesante, que no puede ser ignorada. Veamos algunos casos:

1. Amelón, el tercer nombre de la lista de Beroso, es claramente derivado de Enmenluanna (coincidentemente, el tercero de la lista cuneiforme). Ambas formas parecen provenir de la raíz *amelu*, que significa "hombre" en acadio. Ahora, en la lista genealógica de Adán (Gén. 5:6), el tercer nombre que aparece es el de Enós (en hebreo *enosh*), que también significa "hombre".

2. Ammenon, que no parece poseer correspondiente en la lista cuneiforme, probablemente proviene del acadio *ummanu*, que quiere decir "artífice". Cainán (cuya abreviatura sería Caín) también significa "artífice", o "aquel que trabaja con metales" (una obvia relación temática con el acadio). En cuanto a la falta de correspondencia entre ese término y la lista cuneiforme, debemos recordar que la genealogía de Cristo presentada por Lucas también añade nombres que no aparecen en Génesis 5 o 1 Crónicas 1:1 al 4. Abreviaciones y omisiones voluntarias de algunos nombres no son imposibles de ocurrir en el trabajo del escriba.

3. Dumuzi, que quiere decir "aquel que recibe la vida" o "hijo viviente", parece haber sido modificado posteriormente hasta tomar la forma Daonos, que tendría el mismo significado. Su correspondiente bíblico sería Jared, "aquél que desciende", lo cual, por contexto, también se adecuaría al sentido de "hijo viviente" expresado en Dumuzi.

4. Debido a corrupciones lingüísticas y semánticas, no es difícil suponer que Magalaros se transformó en Mahalaleel y Euedorachos tomó la forma abreviada de Enoc, que aparece en Génesis.

5. Por último, tomando en cuenta que Enmenduranna pueda corresponder al acadio "Utu-sal-elu", no es difícil suponer que ese término más tarde se haya vertido al hebreo como *Methuselah*, o "Matusalén".

Por último, sería interesante recordar que *Eridu* (la primera ciudad del mundo) viene de la misma raíz que la palabra *Edén*. Además, *Badgurgurru*, la ciudad que sigue luego de la destrucción de Eridu, significa literalmente "la fortaleza de los que trabajan con bronce". Ahora, si usted lee Génesis 4:14, encontrará la afirmación de que Caín fundó una ciudad (tal vez la primera fuera del Edén) y le puso el nombre de Enoc. Allí vivían los primeros artífices de bronce que tenían por patrono a Tubalcaín, descendiente directo del primer homicida. ¿Sería Enoc la misma *Badgurgurru* de las tabletas cuneiformes? Es posible y, aunque no tenemos certeza absoluta acerca de todos los detalles lingüísticos de esos documentos,

BIBLIOTECA
CC. 6 - (3315) Leandro N. Alem - Misiones

queda en evidencia el origen común de las tradiciones bíblica y mesopotámica acerca de los orígenes de la civilización mundial.

Y entonces vino el diluvio

La versión más antigua del diluvio que conocemos viene de una tableta bastante dañada que cuenta la historia de cierto héroe llamado Ziusudra. Lamentablemente, falta más del ochenta por ciento del texto y, como resultado, la mayor parte de la historia es oscura y difícil de ser rescatada. Solamente unos pocos pasajes pueden ser leídos con cierto grado de certeza y, por lo que sabemos, se trata del relato de una inmensa inundación que hace mucho tiempo afectó al planeta Tierra, pero Ziusudra logró sobrevivir.

Otras versiones, sin embargo, están más preservadas que esa épica y su hallazgo ayudó bastante en la reconstrucción de los antiguos relatos sumerios acerca del diluvio. El más completo y conocido es la "épica de Gilgamesh". Fue encontrada por Hormuzd Rassam, que sustituyó al pionero Henry Layard en las excavaciones de Nínive en 1852.

Arquivo da Casa Publicadora Brasileira

Decimoprimera tableta de Gilgamesh, con el relato del diluvio. La tableta, que data del siglo VII a.C., fue encontrada en Nínive.

Después de dos años de arduo trabajo desenterrando los restos del palacio de Asurbanipal, Rassam fue recompensado con el hallazgo de la biblioteca real, que contenía más de treinta mil tabletas de arcilla que contenían el conocimiento milenario de pueblos del Tigris y el Éufrates. Aunque esos documentos fueron fechados en el siglo VII a.C., quedó claro que muchos de ellos (incluyendo la épica de Gilgamesh) eran copias de materiales mucho más antiguos, que se remontaban a una tradición del segundo milenio antes de Cristo.

La historia es larga, y lo que nos interesa está en la tableta número 11 de la colección. Allí dice que Gilgamesh tenía un amigo llamado Utnapishtim, que obtuvo la inmortalidad y, al igual que

el Noé de la Biblia, logró sobrevivir a las aguas del diluvio. Había sido advertido previamente, por el dios Ea[7] (señor de las aguas y creador de la humanidad), de que una inmensa inundación vendría sobre los hombres. Así, si quería salvar su vida, Utnapishtim debía construir una embarcación de madera y alquitrán, capaz de cargar la simiente de la vida de cada especie.

Finalmente, el barco fue terminado y Utnapishtim, con todos sus tesoros, subió a bordo con su familia, sus artesanos y los animales que había recogido. Entonces, cerró la puerta y esperó. A continuación, una lluvia torrencial cayó sobre la Tierra durante seis días sin parar. El desastre fue tan intenso que hasta los dioses se asustaron y huyeron a los lugares más altos de los cielos que quedaban en la montaña celeste de Anu. Se encogían como perros asustados.

En el séptimo día después del inicio de la tempestad, el barco encalló en la cima del monte Nissir (en Kurdistán), y allí permaneció durante seis días más. En el séptimo día, Utnapishtim soltó una paloma para ver si las aguas habían bajado, pero esta regresó, pues no había encontrado lugar donde posarse. Entonces, posiblemente algunos días después, soltó un cuervo, que no regresó, pues había encontrado tierra firme.

Seguro de que las aguas habían bajado, Utnapishtim salió del arca con los animales y sus compañeros e, inmediatamente, ofreció un cordero a los dioses, que respiraron el humo del sacrificio y se mostraron satisfechos.

Cuando esta historia fue publicada por primera vez, en 1872, hubo un gran alboroto en Europa, pues recientemente, en 1859, Charles Darwin había publicado la primera edición del *best seller* *El origen de las especies,* que cambió completamente la visión de muchos eruditos acerca del Génesis. Para ellos, toda la historia del diluvio no pasaba de ser un "cuento judaico" y nada más. Sin embargo, estas evidencias extrabíblicas demostraban que el relato de Génesis capítulos 6 al 9 era más universal de lo que se imaginaba y no podía ser, de manera alguna, creación de un autor hebreo.

Otra versión todavía más antigua del diluvio fue recuperada a partir de varios fragmentos encontrados a lo largo de 78 años (1889-1967) en varios sitios arqueológicos de Mesopotamia. Esta evidencia data del reinado de Ammisaduqa, que gobernó Sippar de 1646 a 1626 a.C., y seguramente es anterior a Moisés.

En estos fragmentos, el héroe diluviano no es Utnapishtim (como en Gilgamesh), sino Atrahasis. Como en el otro relato, Atrahasis es avisado por el dios Enki (otro nombre para Ea) de que la Tierra sería destruida por causa del ruido que hacían los hombres y que no permitía que el dios Enlil descansara en paz. Las plagas y el hambre fueron enviadas primero y, finalmente, se derramó un gran

diluvio. Obediente a las instrucciones de Enki, Atrahasis, su familia y varios tipos de animales sobrevivieron a la inundación por medio de un barco que el mismo héroe construyó.

Nótese, por lo tanto, que los sumerios creían que un gran diluvio había ocurrido en un período remoto de su historia. El relato del Génesis no es producto de la imaginación de Moisés. Además de eso, aunque no tengamos espacio para abordar todas las versiones del diluvio, es importante decir que no se trata (como algunos minimalistas hacen suponer) de una mera leyenda mesopotámica copiada por el autor bíblico. Esa misma historia de una inundación universal permea decenas de culturas fuera de Mesopotamia. Los estudios antropológicos están repletos de relatos sobre ceremonias religiosas ligadas a ese acontecimiento que pueden ser vistas en tradiciones milenarias de la India, China, Egipto y México. Tribus africanas y aborígenes (tanto estadounidenses como andinas y brasileñas) también demostraban conocer el hecho de que un día el mundo estuvo sumergido bajo las aguas. ¡Y todo eso antes de cualquier contacto con misioneros o detentores de la tradición bíblica!

Referencias

[1] Mário Curtis Giordani, *Historia da Antiguidade Oriental* (Petrópolis: Vozes, 2003), p. 133.

[2] Seguimos la traducción de S. Langdon, *Oxford Editions of Cuneiform Texts* (Oxford: Oxford University Press, 1923), t. 2, p. 13 en adelante.

[3] Alfred M. Rehwinkel, *The Flood* (Saint Louis, Missouri: Concordia Publishing House, 1951), pp. 166, 167.

[4] *Ibíd.*

[5] Las versiones en español generalmente lo transcriben como "Semes".

[6] La transliteración de los caracteres cuneiformes varía según la edición adoptada. Además, muchas tabletas están dañadas y las partes quebradas están rellenadas con cierto grado de intuición. Así, mientras que Pritchard escribe el nombre del séptimo rey como Ensipazianna, Barton prefiere transliterarlo como Sibzianna.

[7] A veces Ea es llamado Enki.

Babel y los patriarcas

CAPÍTULO 8

La historia general está repleta de evidencias que colocan al monoteísmo, y no al politeísmo, como la primera forma de religión seguida en el mundo. En otras palabras, hubo un tiempo en el que un único Dios era reverenciado por los hombres. Pero eso cambió con el pasar de los años y varias divinidades comenzaron a ser adoradas por las ciudades-estado que se formaron después del diluvio.

Cada clan tenía su dios local y muchas guerras tribales fueron organizadas a partir de la idea de que representaban, en la Tierra, las batallas divinas libradas en el cielo. Ese politeísmo fue el responsable de las primeras distorsiones de la tradición adánica en medio de los pueblos sumerios y egipcios. Desde el punto de vista filosófico, es un milagro que el Génesis no haya sido influenciado por la pluralidad de dioses que lo rodeaba.

Con la construcción de muros en torno a las ciudades, se intensificó todavía más la práctica del henoteísmo, es decir, la creencia en un dios en particular que protegería la aldea y sus moradores contra el ataque de otros dioses.[1] Fue, por lo tanto, en ese ambiente donde surgió la figura de Nimrod, descrito en la Biblia como "vigoroso cazador delante de Jehová" (Gén. 10:9). Él debió de haber sido un eximio guerrero y muy hábil administrador, pues la fundación de por lo menos ocho grandes ciudades está asociada a su nombre (vers. 10-12).

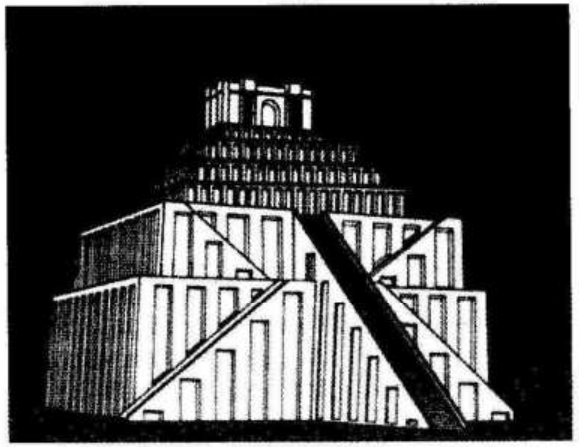
Sin embargo, ninguna ciudad fue más famosa que la primera de la lista: Babel. Nimrod debió de haberse aprovechado de la creciente ola politeísta/henoteísta para ejecutar un estrafalario plan político: fundar un reino unificado por la religión que lo tendría a él mismo como principal monarca. De hecho, una verificación de los documentos de la época demuestra el crecimiento del politeísmo entre los sumerios. Las tabletas cuneiformes más antiguas encontradas en Uruk (la Erec de la Biblia fundada por Nimrod) y Kish mencionan que solamente dos dioses eran adorados en la región: Anu, el señor del cielo, e Inrieni, su consorte. Después pasan

gradualmente a hablar de tres, cuatro, cinco dioses, llegando a un total de 750 divinidades diferentes adoradas solamente en las vecindades cercanas al río Éufrates.

Después del fin de la civilización sumeria, llegando al segundo milenio antes de Cristo, el número de dioses del panteón mesopotámico llegó a cinco mil, lo cual refuerza la urgencia divina en retirar a Abraham de la tierra de sus progenitores y llevarlo a Canaán.

Babel: el encuentro de los dioses

Cada ciudad-estado de Sumeria era gobernada por un *patesi*, que sería al mismo tiempo sumo sacerdote y jefe militar absoluto. Los dioses regionales eran los propietarios de todas las tierras, a quienes los hombres debían servir, siendo las ciudades sus moradas terrenales. Junto a los templos de las ciudades, homenajeando a su dios patrono, eran erigidas enormes torres en forma piramidal llamadas *zigurats*. Eran hechos de ladrillos macizos y servían como santuarios o acceso a los dioses, cuando descendían a la Tierra para visitar a su pueblo.

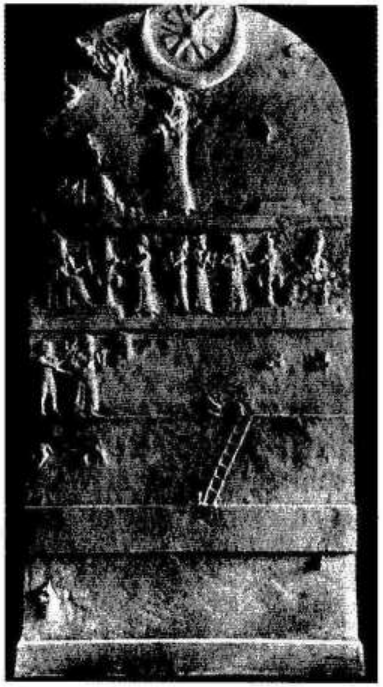

Marie Inokawa

Modelo de un típico zigurat mesopotámico de los tiempos de Babel.

Los zigurats eran, para los sumerios, como una especie de *link* entre el cielo y la Tierra. Las escalinatas que subían desde su base hasta la cima eran un camino de ascenso a los dioses. Probablemente, el sueño de Jacob de una escalera que venía del cielo en dirección a la Tierra tenga relación directa con esa imagen cultural todavía presente en su época (Gén. 28:10-22).

En la página siguiente hay una placa de piedra volitiva que fue encontrada en el templo de Ur-Nammu. Data de más de dos mil años antes de Cristo y contiene el relieve de lo que sería la construcción de un zigurat en homenaje a Nannar, el dios de la luna. El rey aparece en tres escenas, como trabajador junto a un operario, como un benefactor en el segundo piso y, finalmente, como un adorador en la cima de la torre.

Diferentes de los egipcios, los gobernantes mesopotámicos, salvo raras excepciones, no eran considerados como dioses, sino que eran considerados sus representantes e intermediarios. Por lo tanto, su autoridad era divina y no podía ser cuestionada por aquellos que vivían en su jurisdicción.



Museu Britânico-divulgação

Esta estela de Ur-Nammu (c. 2060-1955 a.C.) sugiere la construcción de una torre templo (zigurat). El rey es visto cargando una cesta, ayudando al pueblo y también en la cima adorando al dios Luna.

Nimrod vio, en esa "política divina", la oportunidad de unificar políticamente la región y tener el control sobre las ciudades-estados que vivían en constantes guerras, produciendo sucesivas hegemonías territoriales. Si promovía la paz y conseguía establecerse como el procurador general de todos los dioses, ganaría la confianza del pueblo y obligaría a los gobernantes regionales a prestarle obediencia. Fue tal vez por eso que emprendió el mayor proyecto arquitectónico de todos los tiempos: construir el zigurat más gigantesco de todos: la torre de Babel.

Hasta el nombre del edificio fue escogido a dedo. *Babel* (que los hebreos, a propósito, conocían como Bavel, "confusión") viene del acadio *bab-ilu*, que quiere decir "portal de Dios". Con eso, los constructores querían decir que, mientras que los dioses menores usaban los zigurats locales para comunicarse con el pueblo, el jefe de todos los dioses (Anu o Enlil) usaba el zigurat de Babel para descender a la Tierra. Por lo tanto, todos los pueblos deberían estar allí para adorarlo, aunque fueran devotos de otro dios local, pues su religiosidad personal no los permitiría ausentarse de esta gran colectividad ecuménica que traería la paz y la unión en la tierra de Mesopotamia.

En 1872, George Smith, investigador del Museo Británico, descubrió una tableta cuneiforme que contenía el siguiente relato acerca de la edificación de un zigurat que probablemente podría ser la torre erigida por Nimrod:

"La edificación de esta torre ofendió a todos los dioses. En una noche, ellos [echaron abajo] lo que el hombre había construido e impidieron su progreso. Ellos [los constructores] fueron esparcidos y su lengua se volvió extraña".[2]

Nuevamente, la arqueología encontró una evidencia del relato bíblico, de aquella confusión de lenguas ocurrida en Babel. Algunos minimalistas, por supuesto, intentaron invalidar el hallazgo de Smith y su interpretación. Con todo, especialistas como E. A. Speiser y S. N. Kramer, de la Universidad de Pensilvania, después de estudiar profundamente las tabletas, concluyeron que la narrativa de la torre de Babel "tiene una fuente demostrable en la literatura cuneiforme".[3]

Otro fragmento de la tableta fue descubierto posteriormente, y contiene 27 líneas. El que lo copió y tradujo fue el asiriólogo de Oxford Oliver Gurney. El texto es parte de una carta escrita al "señor de Arrata". El remitente desconocido solicita al rey que le permita ser su vasallo, pues los tiempos estaban muy difíciles. Entonces, le recuerda al monarca que hubo una era de oro en Mesopotamia en la que había "armonía en los idiomas de Sumeria" y "todo el universo, en unísono, [adoraba] a Enlil en una sola lengua [...]".

Actualmente, varios zigurats parcialmente preservados fueron localizados en la región de Irak. Muchos de ellos datan de más de dos mil años antes de Cristo y pueden haber sido construidos en los días de Nimrod. Es difícil saber si alguno de ellos es, quizá, lo que quedó de la torre de Babel. De cualquier manera, es interesante observar que sus ladrillos están cocidos y pegados con asfalto, justamente como la Biblia describe el proceso de construcción de la torre en Génesis 11:3.

La ciudad de Abraham

Autor

Pedazo de ladrillo de un zigurat sumerio del tercer milenio antes de Cristo, con asfalto como argamasa, exactamente como la descripción de Génesis 11:3.

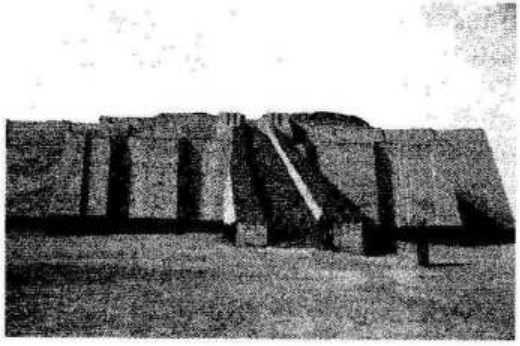
La historia de Abraham comienza en la antigua ciudad sumeria de Ur, que más tarde sería conocida como "Ur de los caldeos". Contrariamente a lo que muchos imaginaban, Abraham no provenía de un clan de pastores nómades, sin cultura. Su ciudad natal era altamente civilizada, y poseía un extraordinario sistema de leyes, economía, religión y arte.

El sitio arqueológico donde estaba la antigua Ur fue excavado entre 1922 y 1934 por una expedición conjunta de la Universidad de Pensilvania y del Museo Británico. El líder del equipo era el inglés Leonard Wooley, que recibió el título de "Sir" directamente de las manos de la reina de Inglaterra.

Intrépido, Wooley trabajaba contra una correntada de críticos que creían que Ur era una ciudad imaginaria, producto solamente de la imaginación del autor bíblico. "Jamás –decían los críticos– existió una ciudad llamad Ur, con las características que presenta la Biblia". En realidad, ellos tenían, aparentemente a su favor, el hecho de que nadie sabía realmente dónde quedaba el hogar paterno del patriarca Abraham.

Arqueólogos ingleses como J. Taylor y H. Rawlinson ya habían presentado sus sospechas de que Ur estaría en la región de la Baja Mesopotamia. Era, por lo tanto, necesario descubrir la ciudad bajo las toneladas de arena del desierto entre el Tigris y el Éufrates. Así, la confirmación absoluta del lugar, para desesperación de los escépticos, terminó siendo obtenida con los trabajos de Wooley, que trajo a la superficie los restos de la antigua Ur, datada en el tercer milenio antes de Cristo.

Muchos tesoros fueron desenterrados allí, pero lo que más impresionó a Wooley fue el descubrimiento de un zigurat que se elevaba sobre una plataforma rectangular de 62,5 por 43 metros. Esa torre-templo, la más grande y mejor preservada de entre las que se han encontrado hasta el momento, fue erigida como tributo al dios Sin, dios de la Luna, que los sumerios conocían como Nannar.



Cortesía do Oriental Institute of the University of Chicago e Freestock

Zigurat de Ur, cuando era desenterrado por el equipo y hoy, completamente visible.

El predio tenía el extraño nombre de Etemennigur, que quiere decir "la casa cuya fundación causa terror", y tenía varios recintos. Basándose en la información de las tabletas cuneiformes que describían los zigurats, Wooley pudo hacer un modelo de cómo habría sido originalmente el templo.

Poseía tres pisos y en la cima se elevaba un pequeño santuario. El conjunto arquitectónico interno era protegido por un revestimiento de 720 mil ladrillos quemados que medían 30 x 30 x 7 cm y pesaban en torno a 15 kg cada uno. La torre maciza, a su vez, fue levantada usando alrededor de 7 millones de ladrillos crudos secados al sol. Cada ladrillo medía 25 x 16 x 7 cm y pesaba cerca de 4,5 kg.

Cada seis hileras de ladrillos, una estera de cañas era colocada de manera entrelazada, junto con una capa de arena, para hacer maleable el edificio durante alguna inundación y no permitir que se rajara cuando estuviera mojado por las aguas de la crecida. Ese procedimiento muestra no solamente una previsión de los arquitectos en cuanto a posibles desbordes del Tigris y el Éufrates, sino también una opción de escape, en el caso de que un diluvio volviera a ser derramado sobre la Tierra.

Aunque no podamos afirmar que algún hallazgo de Ur apunte directamente al patriarca bíblico, es digno de señalar que Wooley descubrió, entre las ruinas de la ciudad, recibos en arcilla con el nombre "Abraham", lo cual indica que ese era un nombre común allí. No es mucho, lo reconocemos, pero es un indicio de que había en Ur por lo menos una persona llamada "Abraham". Además, André Parrot mostró que los nombres de Abraham y Sara también aparecían en documentos de la ciudad real de Mari, a pocos centenares de kilómetros al norte de Ur.

Costumbres patriarcales

Las excavaciones mesopotámicas también ayudaron a identificar el porqué de algunas costumbres "extrañas" mencionadas en el Génesis. Estas costumbres se esclarecen al ser leídas a la luz de la cultura sumeria. Veamos algunos ejemplos:

Sistema de adopción:

Varios documentos encontrados en Mesopotamia demostraron cuán desastrosa era la vida de un matrimonio sin hijos. Llegar a la vejez sin el amparo de un descendiente que, por lo menos, cuidara de los negocios de la familia y del entierro de los padres era motivo de gran desgracia. La legislación local, por lo tanto, establecía recursos legales para salvaguardar a aquellos que, por ventura, no poseían herederos naturales: podían adoptar a un esclavo. El sistema, naturalmente, exigía la redacción de un documento labrado por un juez, ante la presencia de testigos y guardado en un lugar público para ser consultado por los interesados.

Esa fue precisamente la primera actitud "legal" de Abraham

para compensar la ausencia de un hijo. Génesis 15:2 y 3 afirma que había decidido constituir a Eliezer, uno de sus esclavos, como su legítimo heredero. Dios, sin embargo, lo disuadió de esa idea, prometiéndole un hijo, engendrado de su propia simiente.

Leyes matrimoniales:

Sara, creyendo que podía ofrecerle una "ayudita" a la providencia divina, convenció a su esposo de que usara otra estrategia para tener un heredero. Como ella era la parte estéril de la pareja, la ley prescribía que Abraham podía anular el casamiento o tener relaciones con una esclava a fin de que esta quedara embarazada. La esposa, en ese caso, no perdía sus derechos matrimoniales y el hijo que nacía, aunque era legítimo, solamente tendría el derecho a la herencia en el caso que fuese adoptado por el padre. Por lo tanto, una vez que Ismael fue enviado lejos por Abraham, sin ser oficialmente adoptado, no se tornó en heredero del patriarca (Gén. 21:8-21).

Veamos lo que decía el famoso código de Hamurabi, datado entre 1762 y 1750 a.C.:

"Cuando la primera esposa de un noble le engendrare hijos y su esclava también le engendrare hijos, si el padre en vida declarare: '[estos] son mis hijos', refiriéndose a los hijos que tuvo con la esclava, entonces estos serán contados como los hijos de su primera esposa cuando él muera. Y los hijos de la primera esposa y los hijos de la esclava tendrán derechos iguales, salvo el primogénito de la primera esposa, que tendrá la preferencia en la repartición de los bienes.

"Sin embargo, si el padre en vida no declarare: '[estos] son mis hijos', refiriéndose a los hijos que tuvo con la esclava, entonces, después de su muerte, los hijos de la esclava no recibirán su porción de los bienes junto con los hijos de la primera esposa. Tanto la esclava como sus hijos tendrán derecho a la libertad y los hijos de la primera esposa no tendrán el derecho de reclamar a los hijos de la esclava como sus siervos".[4]

Esa costumbre puede parecer extraña a nuestra comprensión, pero debemos recordar que Abraham solamente estaba siguiendo una tradición cultural de la época. ¿Por qué, entonces, Dios no impidió que desheredara a Ismael? Si leemos los mandamientos dados por Moisés, veremos que Dios, lentamente, fue corrigiendo algunas de esas y otras prácticas por medio de las leyes dadas al pueblo hebreo. Al fin y al cabo, la historia nos muestra que los cambios culturales demoran un tiempo en concretarse en la mente de los pueblos, pues la humanidad tiene una gran resistencia a los

cambios de paradigmas, incluso cuando los cambios tienen como objetivo el bienestar de todos.

Leyes de concubinato:

La táctica legal de ofrecer esclavas al marido para aumentar su descendencia o compensar la esterilidad de la esposa puede también ser vista en la competencia feroz entre Lea y Raquel por el amor de Jacob, su marido (Gén. 30:1-26). Contrariamente a lo que podría suceder hoy, no se sentían amenazadas por tener una sierva embarazada de su propio marido, pues los códigos como el de Hamurabi prescribían que una mujer estéril tenía el derecho de ofrecer una esclava virgen a su marido para concebir un hijo a través de ella (una especie de "alquiler de vientre" de aquella época). Con eso se evitaba legalmente que el marido pudiese buscar otra esposa legítima para suplirle de descendientes.[5]

La Biblia incluso revela que ambas hijas de Labán habían recibido de su padre una esclava particular, como regalo de casamiento, que trabajaba como mucama, atendiendo exclusivamente los deseos de su ama (Gén. 29:24, 29). Sin embargo, entre las tabletas legales encontradas en Nuzi, tenemos el contrato de casamiento entre un tal Shennima y su esposa, Kelim-nimu, que también recibió una sierva personal llamada Yalampa. El contrato también prescribía la posibilidad de que Shennima tomara otra mujer por esposa si Kelim-nimu no podía concebirle al menos un hijo a su marido. Lo curioso, sin embargo, es que sería la misma Kelim-nimu la que arreglaría una segunda esposa o concubina para su marido.

"Si Kelim-nimu concibiera [hijos], Shennima no podrá tomar otra esposa, pero si Kelim-nimu no concibiera, ella misma tomará una mujer de las tierras de Lullu y la dará como esposa para Shennima. Kelim-nimu no podrá echar a los descendientes [de la segunda esposa].[6]

Tal vez por eso, Sara, aunque haya escogido a Agar para que concibiera de su marido, no tenía autoridad para echarla con Ismael y, por lo tanto, le pidió a Abraham que lo hiciera. De hecho, en casos especiales como ese, solamente el patriarca de la familia podía despedir, vender o emancipar a un esclavo. Abraham se mostró reticente a atender a su esposa, pues, aunque fuera el líder del clan, tenía ciertas restricciones legales en cuanto a echar a una esclava que le había engendrado un hijo.

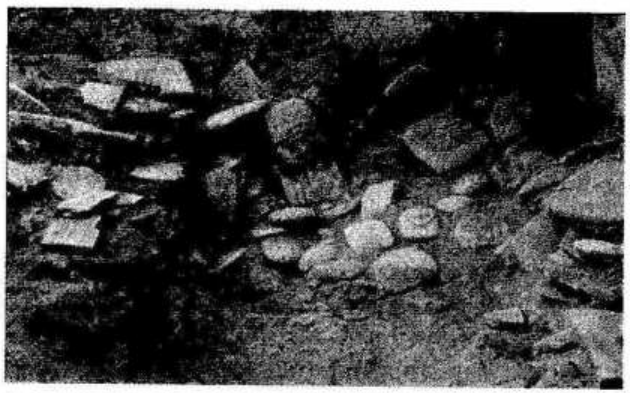
El código de Hamurabi determinaba que cualquier mucama dada por la esposa para concebir de su marido y que sobrepasara su posición de sierva por haber quedado embarazada de él podía,

por ley, ser castigada y marcada como esclava común, pero no podía ser vendida por su ama.[7] En ese caso, es posible que Abraham incurriese en un riesgo legal al atender el pedido de Sara. Por otro lado, los códigos legales como el de Lipit-Ishtar también decían que "si un hombre se hubiera desposado con una mujer que le dio hijos que todavía estuvieran vivos, y si una esclava también le diere hijos, el señor (padre) podrá otorgar libertad a la esclava y a sus hijos [para que] los hijos de la esclava no participen de la propiedad con los hijos [legítimos] del señor".[8]

Títulos de propiedad:

Las tabletas legales desenterradas en Nuzi y Eshuna también presentan otra legislación que ilustra muy de cerca el extraño comportamiento de Raquel al robar los ídolos de su padre con el fin de entregarlos a Jacob. La ley de la época declaraba que, después de la muerte del jefe de la familia, el (o los) heredero(s) legítimo(s) podía(n) tomar posesión de los ídolos de la familia y, a través de ellos, garantizar su participación de los bienes.

Esos ídolos eran llamados *ilani* (dioses), o *terafim*, palabra de significado incierto, pero que se refería a los ídolos portátiles del hogar. Su función legal, en los tiempos de los patriarcas, era la de representar ante el tribunal un título de propiedad, es decir, una escritura de determinada propiedad con todo lo que tuviera: animales, construcciones, manantiales de agua, esclavos, etc. Era responsabilidad del propietario guardar bien sus ídolos para que no fueran robados, bajo riesgo de perder el derecho sobre las tierras. La intención de Raquel al robar los ídolos de su padre era transformar a Jacob en dueño efectivo de todo lo que Labán poseía. Ella estaba profundamente molesta por el hecho de que su padre había engañado a su esposo dándole a Lea como primera esposa en lugar de ella. Por lo tanto, lejos de ser una motivación religiosa, el robo de los ídolos del hogar descrito en Génesis 31:34



Life Time

Tabletas cuneiformes excavadas en Ebla.

apuntaba a una "indemnización forzada" por los indebidos siete años de más que Jacob trabajó enriqueciendo a su suegro.

Historicidad patriarcal

Todos los paralelos históricos entre las costumbres del segundo milenio antes de Cristo y el Génesis mencionados arriba representan solamente una pequeña fracción de lo que se podría mostrar. Hay muchos otros que, si fuesen reunidos, justificarían un libro entero dedicado al tema.

Thomas L. Thompson intentó demostrar, a través de una tesis iniciada en Alemania y concluida en los Estados unidos,[9] que esos paralelos no pueden probar la historicidad de los patriarcas, ni objetar la hipótesis documentaria de Wellhausen. Su argumento principal era que muchas de las costumbres encontradas en Nuzi todavía estaban en vigor en otros pueblos durante el primer milenio antes de Cristo, es decir, posteriormente al período patriarcal. Por lo tanto, no tendría sentido decir que Abraham, Isaac y Jacob fueron personajes reales del segundo milenio antes de Cristo.

Ahora, si estuviéramos en una clase de filosofía, ese sería un buen ejemplo de falacia, es decir, de un error sistémico de lógica que infringe las leyes del raciocinio correcto. Lo que Thompson hizo es tomar dos premisas particulares y querer obtener, a partir de ellas, una conclusión imposible de formalizar. Es como si alguien, estudiando la historia de la fundación de San Pablo (Rep. del Brasil), descubriera que muchas de las costumbres indígenas del siglo XVI, descritas en las cartas del padre Anchieta, siguen siendo practicadas en otras comunidades latinoamericanas en pleno siglo XXI. ¿Sería razonable, con base en ese descubrimiento, concluir que Anchieta nunca existió y que la historia de la ciudad de San Pablo debería ser revisada, pues no sucedió como nos imaginábamos? Claro que no. Ningún historiador serio aceptaría este tipo de razonamiento. No es extraño que la tesis de Thompson haya sido rechazada varias veces en Europa y solamente la logró terminar en una universidad menos expresiva del Estado de Filadelfia, en los Estados Unidos.

Su último libro, *The Mythic Past: Biblical Archaeology and the Myth of Israel* [El pasado mítico: la arqueología bíblica y el mito de Israel], niega prácticamente todo lo que la Biblia describe sobre la historia del pueblo hebreo desde sus orígenes hasta el cautiverio babilónico. Para William Dever, considerado una de las mayores autoridades en Medio Oriente de los Estados Unidos, autores como Thompson pueden ser descritos como los nuevos nihilistas de este

tiempo, pues se basan en nada para negar todo.[10]

A pesar de esa insistencia de algunos en negar la historicidad de los patriarcas bíblicos, los paralelos todavía deben ser considerados, pues son muy evidentes. Abraham, Isaac y Jacob fueron tan reales como Gandhi, Luther King y Santos Dumont. No se pueden negar las evidencias.

Referencias

[1] Jack Finegan, *Myth & Mystery: An Introduction to the Pagan Religions of the Biblical World* (Grand Rapids: Baker, 1997), p. 24.

[2] El texto aparece en Robert T. Boyd, *Tells, Tombs and Treasure* (Grand Rapids: Baker, 1969), p. 65; y Stephen L. Caiger, *Bible and Spade* (Oxford: University Press, 1936), p. 29.

[3] S. N. Kramer, "The Babel of Tongues: A Sumerian Version", *Journal of the American Oriental Society* (march 1968).

[4] *ANET*, p. 173, leyes 170/171.

[5] *Ibíd.*, p. 172, leyes 144 y 146.

[6] *Ibíd.*, p. 220.

[7] *Ibíd.*, p. 172, ley 146.

[8] *Ibíd.*, p. 160.

[9] Thomas L. Thompson, *The Historicity of the Patriarchal Narratives: The Quest for the Historical Abraham* (Berlín: Walter de Gruyter, 1974).

[10] William Deverm, *What Did the Biblical Writers Know & When Did They Know It?* (Grand Rapids: Eerdmans, 2001), pp. 32, 33.

CAPÍTULO 9

José en Egipto

Instituto Juan Bautista Alberdi
Código Nº 1001
BIBLIOTECA
CC. 6 - (3315) Leandro N. Alem - Misiones

La historia de José es una de las narraciones más famosas del Antiguo Testamento. Víctima de sus propios hermanos, su túnica fue rasgada, y fue vendido como esclavo y llevado a Egipto. Una vez allí, fue encarcelado injustamente, pero terminó siendo liberado y promovido a primer ministro, después de descifrar un oscuro sueño del faraón que preveía el hambre en el país. Esa es una historia maravillosa, que muestra la providencia divina en la vida de un hombre sufridor.

Las rivalidades entre José y sus hermanos pueden ser comprendidas a la luz de la poligamia practicada en esa época, especialmente por los jefes tribales nómadas como Jacob. Un hombre que poseía varias esposas era respetado, pues, además de ser padre de una gran prole, demostraba tener recursos para sustentar varias familias.[1] No obstante, Jacob tenía que lidiar con el problema de que cada una de sus mujeres quería que su hijo, y no el de otra esposa, fuera el sucesor del padre como jefe del clan. Debemos recordar que José era hijo de una segunda esposa, así como su hermano menor, Benjamín. Y lo curioso es que el ápice de la rivalidad entre él y sus hermanos parece haber sido por causa de una túnica de muchos colores que Jacob le había regalado.[2] El mismo día en el que vieron a José vestido con el nuevo traje, decidieron que debía morir. ¿Por qué una simple prenda de vestir incitaría tanto odio? ¿Un regalo tan simple podía ser motivo de tanta envidia?

Para nosotros, los occidentales, la trama de este relato puede parecer un tanto confusa. Pero debe ser vista bajo el trasfondo de las costumbres orientales. En una rápida visita a los mercados de Medio Oriente es posible observar las piezas de tejido fabricadas de modo artesanal, como en los tiempos bíblicos. Incluso hoy, en el mundo árabe moderno, se acostumbra dar mucha importancia a los tejidos coloridos, que son un regalo fino para las mujeres. En los tiempos antiguos, sin embargo, los colores y el tamaño de una ropa tenían un significado político mucho más acentuado.

A más o menos cien kilómetros al sur de El Cairo, encontramos un pequeño pueblo llamado Beni Hassan, que queda en la ribera este del Río Nilo. Allí existen varias tumbas antiguas, pertenecientes a gobernantes y políticos que vivieron en Egipto durante la 12ª dinastía (cerca del año 1800 a.C.). Las paredes de cada una de ellas están decoradas con escenas de la vida diaria, y una en especial tal vez nos ayude a esclarecer por qué la túnica de José provocó la ira de sus hermanos.

El diseño encontrado en una de las tumbas, que puede ser visto más abajo, contiene la figura de ocho hombres, cuatro mujeres y tres niños acompañados por animales de carga y guiados por oficiales del Alto Egipto. El texto jeroglífico en el borde superior de la pared da la descripción de un hecho y su significado. Dice que esas personas formaban parte de un grupo de 37 asiáticos que habían venido de la región de Shut (que incluye Canaán) para comprar alimentos de los egipcios. El jefe del grupo se llamaba Abisai, que es un nombre tan semita como Jacob, Benjamín y Judá. Todo el arte de ese período muestra a los egipcios sin barba y a los cananeos con barba. El solo hecho de que descendieron a Egipto para comprar comida valida históricamente la actitud de los hijos de Jacob de ir hasta el territorio egipcio con el fin de comprar alimento, pues había una gran hambre en la tierra (Gén. 42). Pero, lo que nos interesa son las túnicas multicolores que tienen algunos de ellos. Parecen concordar con la traducción de Génesis 37:3, que menciona las vestiduras de José como siendo "de diversos colores".

Caravanas de nómadas semitas yendo a comprar alimento en Egipto. Tumba de Beni Hassan, c. 1800 a.C.

La figura muestra dos tipos principales de vestimenta; los dos son rayados y cada raya tiene un color distinto. También hay diseños dentro de las rayas, lo cual aumenta la originalidad, belleza e importancia de la vestimenta. Ambos representan el tipo de vestimenta que José podría haber usado, según la descripción de la Biblia.

Se añade el hecho de que, además de muchos colores, la túnica de José también tenía mangas largas, según deducen la mayoría de los traductores, por lo cual entendemos que no se trataba de una vestimenta común. Al fin y al cabo, ese no era un tipo de ropa adecuada para el trabajo manual o pastoril.

Además de eso, debemos recordar que los colores, en el antiguo Oriente, eran un artículo muy precioso. Hoy tenemos una miríada de matices, pues desarrollamos nuestra coloración a través de productos químicos que no se destiñen y permiten crear varias tonalidades diferentes. Pero, en la antigüedad la situación era completamente diferente, porque cada tipo de tintura disponible provenía de productos naturales. Así, algunos colores eran más complicados de obtener que otros. Los tonos más raros (y, por lo tanto, más caros) eran el rojo y el púrpura; justamente los colores usados por los viajantes semitas pintados en Beni Hassan.

Cornfield y Freedman[3] sugieren que la vestimenta nueva de José podría haber sido una especie de túnica ornamental usada por sacerdotes y divinidades en el antiguo Medio Oriente. De hecho, hay textos cuneiformes que se refieren a una vestimenta ceremonial llamada *kutinnu pishannu*, que era usada por los gobernantes sacerdotales y puesta sobre las estatuas de las divinidades. Estaban llenas de adornos, que simbolizaban la soberanía de aquel que las vestía. Nótese que su designación en acadio (*kutinnu pishannu*) se parece mucho al término hebreo usado para referirse a la túnica recibida por José. El Génesis la llama *ketonet passim*.

Deducimos, por lo tanto, que tener una vestimenta especial (probablemente teñida de colores costosos y enriquecida de adornos) fue un mensaje para los hermanos de José. Significaba que era el favorito de Jacob para ocupar el patriarcado del grupo después de su muerte. Luego, era de esperar que quisieran librarse de él.

De esclavo a primer ministro

José fue vendido por veinte monedas de plata, y ese es otro detalle que no podemos pasar por alto. En realidad, no eran "monedas" en el sentido actual de la palabra, pues estas no eran usadas antes del siglo VII a.C. Se trataba de "siclos", o "pesos", es decir, una cierta cantidad de metal que era pesado en una balanza y usado en los contratos de compraventa. Pero, lo que nos interesa más es que hay documentos egipcios que revelan que ese era el precio esperado para un esclavo del segundo milenio a.C. Con el paso del tiempo, los precios fueron subiendo a treinta o hasta cincuenta monedas, que era el valor exigido en la época del cautiverio babilónico.

Ahora, si la historia de José hubiera sido forjada tardíamente

en Babilonia, como dicen los minimalistas, era de esperarse que el escriba registrara un valor entre treinta y cincuenta monedas, y no veinte, como vemos en el texto del Génesis. Este es un indicio de que, aunque haya habido pequeñas anotaciones editoriales posteriores a Moisés, el texto refleja básicamente una historia real ocurrida casi mil doscientos años antes del cautiverio babilónico.

Es claro que ni José ni Potifar fueron mencionados en los documentos egipcios encontrados hasta aquí, pero un papiro de aquella época, encontrado cerca de Luxor y que hoy puede ser visto en el Museo de la Universidad de Brooklyn, muestra que el uso de empleados domésticos semitas era muy común en Egipto. El papiro contiene una lista de 79 esclavos que servían en la casa de un comerciante egipcio acaudalado. Donald Wiseman notó que por lo menos 45 de los nombres listados son de la región siriopalestina. Fueron "probablemente vendidos en Egipto como esclavos, al igual que José, cerca de cuarenta años más tarde. Algunos de los nombres suenan legítimamente hebreos, como, por ejemplo, Shifrah y Menahem".[4]

Puede parecer extraño que un extranjero como José asumiera un cargo tan elevado en Egipto, principalmente el de primer ministro. Con todo, existen hallazgos que muestran a hombres semitas, como José, asumiendo elevados cargos en Egipto. En la década de 1980, en Saqqara, los arqueólogos encontraron la tumba de un ex primer ministro llamado Apeal, que no es un nombre egipcio, sino semita. Ese hombre era el primer ministro del Bajo Egipto durante el reinado de Akenaton.

Aquí es importante esclarecer que todo hebreo era semita, pues sus orígenes se remontan a Sem, uno de los tres hijos de Noé. Pero, no todo semita era hebreo, pues había otras etnias que también participaban del mismo tronco, como es el caso de los hicsos, sobre los cuales comentaremos a continuación, y también de los sumerios, de donde vino el patriarca Abraham.

En las famosas cartas de Tel-el-Amarna,[5] donde un rey vasallo pide socorro a Egipto, cierto cananeo de nombre Dudu es referido como el más importante oficial que estaba en la presencia del faraón. Además, encontramos en la misma correspondencia la mención de un alto oficial semita llamado Yanhamu, citado como un administrador que ordenó al pueblo egipcio vender todo lo que poseía y, con el dinero, comprar alimentos que debían ser guardados para un largo período de hambre.

Es claro que el episodio descrito no tiene nada que ver con los siete años de hambre de la historia de José. Se trata de una situación posterior ocasionada por la guerra. Sin embargo, la práctica de Yanhamu pudo haber sido inspirada en la historia de la administración de José, que ciertamente conocía.

Durante mucho tiempo los críticos argumentaron que el ascenso de un semita al poder sería una situación completamente irreal, inventada por el autor bíblico. Hoy, sin embargo, muchos han desistido de ese argumento, dado que las evidencias muestran que era perfectamente normal que un semita ocupara elevados cargos en el Gobierno de un faraón.

El dominio de los hicsos

En el caso de José, su ascenso al poder pudo haberse debido al hecho de que los hicsos estaban en el poder en su época. Formaban un fuerte grupo asiático de linaje semita que, aprovechándose de un período de debilidad, ocuparon Egipto e impusieron su propio gobierno desde cerca de 1640 a.C. hasta alrededor de 1570 a.C.[6]

Deslumbrados por el sistema de gobierno existente en Egipto, los hicsos también se autoproclamaron "faraones" y llegaron a tener dos dinastías solo para ellos, la 15ª y la 16ª. Así, por increíble que parezca, ¡Egipto tuvo faraones de sangre semita, como los hebreos! Solamente después de eso, Ahmose I, un rey de sangre genuinamente egipcia, lideró una insurrección y los derrocó del poder. El mismo Ahmose, por supuesto, se proclamó el nuevo faraón después de la victoria y fundó la temida 18ª dinastía, que habría de esclavizar al pueblo hebreo en los días de Moisés.

La palabra *hicso* es una transliteración tardía adaptada del egipcio *heqaushasut* ("príncipes extranjeros"), con el sentido de "dominadores" (*haq*) que vinieron de afuera (*shasu*)",[7] una referencia a las tribus que habitaban en el desierto del noroeste ocupado por los descendientes de Sem. Hasta donde se sabe, fue Manetón, un historiador egipcio del siglo III a.C., quien los llamó, por primera vez, hicsos, llevando a muchos a creer, erróneamente, que se trataban de "reyes pastores". Sea como fuera, la idea de forasteros incluida en el apodo que les dieron lo hace un rótulo adecuado, considerándose que eran extranjeros que dominaban la tierra del Nilo.

En el período en que los hicsos permanecieron en el poder, mantuvieron algunas tradiciones, pero también trajeron innovaciones de Asia Menor, como la introducción del carro de guerra empujado por caballos, el manejo del arco compuesto y la fabricación de armas de bronce totalmente desconocidas en el Delta del Nilo. Incluso después de haberlos expulsado, los egipcios continuaron utilizando esos instrumentos en su propia cultura, sin importar el hecho de que habían sido importados del extranjero.

Es muy probable que el comienzo de la carrera de José haya

coincidido con el fin de la 14ª dinastía y el comienzo de la dominación de los hicsos, a los que no les habría importado ofrecer un cargo político a alguien que, como ellos, también tenía sangre semita.

Sin embargo, con la pérdida del poder ante las tropas rebeldes de Ahmose I, los extranjeros que habían dominado el país por 150 años fueron perseguidos por el nuevo Gobierno. Los hebreos, por supuesto, que tenían parentesco étnico con ellos, también fueron víctimas del nuevo Estado y fue allí que se estableció la orden descrita en Éxodo 1:8: "Se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José". Aunque se sabía que los hebreos no eran necesariamente hicsos, sino solamente parientes por ascendencia semítica, el nuevo faraón vio en el crecimiento demográfico de esa población la amenaza de tener su tierra nuevamente gobernada por extranjeros, ¡lo cual lo irritó mucho! Como líder, no podía permitir que tal cosa ocurriera. Así, su mejor salida fue esclavizar al pueblo y evitar su crecimiento.

El faraón Tutankamón en su típico carro de guerra egipcio, tirado por caballos. Una novedad traída por los hicsos.

El sueño de faraón

En la historia de José, el rey de Egipto es simplemente denominado "el faraón", sin ningún complemento nominal. No hay identificación alguna que esclarezca de qué faraón se trataba. Eso tal vez se deba al hecho de que la Biblia sigue de cerca la costumbre literaria de los mismos escribas egipcios. Pues, en los tiempos más antiguos, anteriores al siglo IX a.C., el faraón era, muchas veces, aunque no siempre, denominado solamente "Faraón", como si este fuera su nombre propio. Más tarde, sin embargo, esa práctica fue suprimida de las inscripciones y los documentos por causa de la confusión que creaba. Entonces, los escribas hicieron "obligatoria" la identificación del faraón cada vez que se refirieran a su persona.

Nuevamente la Biblia obedece este cambio y, al producir libros posteriores a este período, pasa a identificar al faraón al que se

refiere, por ejemplo: faraón Necao (Jer. 46:2), faraón Hofra (Jer. 44:30), etc. Ese es otro indicio de que la historia de José no pudo haber sido "creada" tardíamente, como proponen los defensores de la Alta Crítica, pues, de lo contrario, identificaría al faraón según la costumbre común después del cautiverio.

En cuanto a los siete años de hambre, mencionados en el texto, es importante decir que, en el antiguo Egipto, hubo algunos períodos de gran escasez, aunque no fueran necesariamente comunes. Por ser una región desértica, su agricultura no era medida tanto por el volumen de la lluvia, sino por la subida o la bajada del Nilo.

A pesar de ser un río tranquilo, que no se asemejaba a la furia fluvial del Tigris y el Éufrates, el Nilo tenía un rendimiento variable, al igual, incluso, que en la actualidad. Entre el período de inundación y seca, el volumen de agua de su lecho podía caer de 106.680 metros cúbicos por segundo a menos de 2.133. Esto, por supuesto, se regularizó con la construcción de diques en Asuán, a partir de 1964, pero antes sus corrientes se comportaban prácticamente de la misma manera que en la antigüedad.

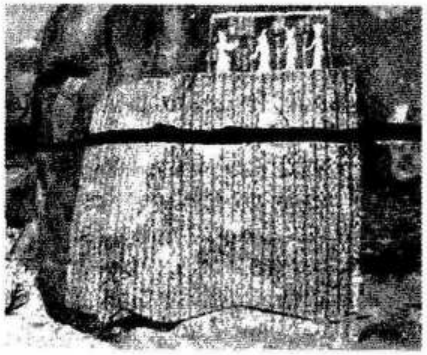
Las aguas se mantenían bajas desde mediados de noviembre (inicio del invierno) hasta mayo, cuando alcanzaba su punto más crítico. A partir de allí, con la llegada del verano y el derretimiento de los hielos del monte Kilimanjaro, el nivel subía abruptamente y continuaba alto hasta el ciclo siguiente. Sin embargo, no siempre fue así. Hubo algunos años en los que el período de baja fue mayor que lo normal y la subida no vino con la abundancia fluvial esperada. Allí, la agricultura quedaba perjudicada y no había cosecha suficiente para abastecer a todo el pueblo. Se iniciaba un ciclo de hambre.

Los antiguos egipcios fabricaron unas construcciones de piedra (nilómetros) en las márgenes del río, para intentar predecir su comportamiento cada año. Pero, ni siquiera eso evitó determinadas tragedias. Tenemos, por ejemplo, un relato escrito sobre la famosa Piedra o Estela del Hambre, descubierta en Sehel, una de las islas amontonadas en la primera catarata del Nilo. El texto data de los días de Ptolomeo V Epífanes (204-180 a.C.), pero hace referencia a un episodio ocurrido 2.500 años antes, en el reinado de Djoser, de la 3ª dinastía.

"Lloro sobre mi trono, todos en el palacio están en angustia [...] porque *Hapi* [el Nilo deificado en forma humana] ha fallado en su tarea. En un período *de siete años,* el grano se volvió escaso y seco [...] todo hombre está robando a su semejante [...] los niños lloran [...] el corazón de los ancianos está carente [...] los templos están cerrados, los santuarios cubiertos de polvo. Todos están en desgracia".[8]

El sueño del faraón mostraba siete vacas gordas seguidas de

siete vacas flacas (Gén. 41:1-36). Esa imagen parece hacer referencia a la diosa Hathor, que era representada por una vaca celestial. Era una de las divinidades más importantes del panteón egipcio, pues, entre otras cosas, era el símbolo de la alimentación.[9] Tal vez sea por eso que había exactamente siete santuarios a lo largo del Nilo dedicados a su gloria y conocidos como "las siete *hatoras*", o "las siete vacas".



Autor

Inscripción en piedra del período ptolemaico, que describe un terrible tiempo de hambre ocurrido en Egipto.

La tumba de Nefertari, en el valle de las reinas, está decorado con el diseño de siete vacas y un toro que celebran la abundancia de alimento traída por Hathor.

En el *Libro de los Muertos*, una famosa obra de literatura egipcia antigua, Osiris es representado en un momento como un inválido, acompañado por siete vacas flacas que serían un símbolo de hambre. Por otro lado, siete vacas gordas diseñadas en un fresco de la 18ª dinastía, preservadas hoy en el Museo de El Cairo, representaban claramente los años de abundancia.

Los siete años de hambre también son mencionados en jeroglíficos diseñados en las paredes de dos templos: el de Edfu (el trono de Horus) y el de Dendera (antiguo palacio de la diosa Hathor, posteriormente asimilada con Isis, la madre de Hórus).

Aunque se traten de referencias tardías y se remonten a acontecimientos cronológicamente distintos de los siete años de hambre interpretados por José, ¿por qué no aceptar la hipótesis de que esas menciones sean recuerdos de aquella tragedia que el folclore del pueblo mezcló con otros acontecimientos? Sea como fuere, las semejanzas con el episodio bíblico son impresionantes.

Existe, además, una inscripción de una tumba mencionada por el egiptólogo Henrich Brugsch que merece ser destacada. Habla de un período de hambre que muy probablemente sería el mismo de la historia de José. Brugsch dice que ese texto fue escrito por orden de un tal Baba, gobernador de la ciudad de El-Kab, al sur de Tebas, que vivió durante la 17ª dinastía (contemporánea de la 16ª dinastía del norte). Ese período, según cierta cronología, podría abarcar parte del tiempo en el que José gobernó Egipto.

El texto revela que lo que hizo el gobernador hebreo por el país, Baba lo hizo por su ciudad, probablemente siguiendo las orientaciones que venían de José. Baba dice: "Yo recogí el maíz, como un amigo del dios de la cosecha. Y, cuando llegó el hambre, castigando [la tierra] por muchos años, distribuí el maíz para la ciudad durante todos los años en que duró el hambre".[10]

¿Será José?

Una serie de excavaciones realizadas desde 1966 por Manfred Bietak[11] arrojó luz sobre lo que, para muchos, habría sido la tumba temporaria de José en Egipto, antes de que sus restos fueran transportados al salir el pueblo hebreo de Egipto (Éxo. 13:19). El lugar contiene las ruinas de la antigua Avaris (hoy Tell el-Dab'a), que era la capital de Egipto en el período hicso.

Un sector especial de la ciudad presenta lo que sería un asentamiento rural sin muros, lleno de pequeños corrales de mampostería ideales para la cría de ganado vacuno y ovino. El esquema del lugar parece indicar una aldea formada principalmente por criadores de ovejas, que vivían en paz en Egipto. ¡Un barrio asiático en las tierras del Nilo!

Las cuadras exhiben cimientos típicos de aquellos utilizados no para sustentar una casa de ladrillos, sino una tienda rectangular común a los nómadas de cultura pastoril. Ahora, la cría de rebaños era la principal actividad de los hermanos de José (Gén. 47:3) y las tiendas fueron la morada de los hebreos desde los días de Abraham hasta el establecimiento de la monarquía en Israel. Los patriarcas son descritos siempre como hombres ricos que vivían en tiendas, e incluso después del establecimiento de los hijos de Jacob en Egipto es posible que esta haya sido aún su costumbre (Gén. 13:2-4; 24:67; 26:12; 31:33; 35:21).

No todos los residentes, sin embargo, vivían en tiendas. El sector asiático de Tell el-Dab'a contenía, en medio de las casas, un pequeño edificio oficial con estructuras bien acentuadas. Era el centro administrativo de la región.

En su interior, había una división de cuatro habitaciones y una tumba familiar perteneciente al dueño de la propiedad. Las excavaciones de esa tumba tardaron cuatro años en ser concluidas (1984-1987). Lo que Bietak descubrió fue bastante sugestivo: dentro de la tumba había una estatua quebrada de color amarillo, con los cabellos atados en forma de hongo (indicativos claros del origen semita del individuo). En su mano tenía el cetro faraónico especial, que nos lleva a suponer que se trataba de alguien muy importante en Egipto, probablemente el primer ministro del rey. El arqueólogo Bryant Wood concluyó que "esta sería la primera evidencia material de la presencia de los hebreos en Egipto"[12] y varios otros autores, inclu-

yendo a Bietak, sostienen que allí estaría la estatua del mismo José cuando estuvo en el poder.

Las muestras de vandalismo que sufrió este hallazgo no son típicas de ladrones de tumbas, sino de políticos del pasado que, para apagar la memoria de un gobierno opositor, raspaban sus rostros y quitabann sus hechos de las inscripciones jeroglíficas. Varios soberanos sufrieron ese tipo de violencia y hoy sabemos que el faraón Ahmose utilizó el mismo artificio para omitir de la historia las glorias del gobierno hicso.

Lamentablemente, no podemos todavía afirmar, fuera de todo cuestionamiento, que esas sean realmente la casa y la tumba real del patriarca José. No obstante, hay varios indicios que apuntan en esa dirección y no podemos descartar la posibilidad de haber encontrado, en Tell el Dab'a, una confirmación arqueológica de la casa de José y su familia en las tierras de Egipto.

Referencias

[1] Jesús, por supuesto, no parece haber aprobado ese tipo de práctica, al afirmar el ideal de la monogamia ante sus discípulos. Esa idea se encuentra en varios pasajes del Nuevo Testamento (Mat. 19:3-9; Mar. 10:1-12; 1 Cor. 6:16; Efe. 5:22-33; 1 Tim. 3:2). Se esperaba la monogamia por parte de los diáconos y otros líderes de la iglesia cristiana, y, además, parecía ser aconsejada en Israel desde los tiempos posexílicos.

[2] Otras versiones en español traducen esta parte de Génesis 37:3 como "túnica especial de mangas largas" (NVI), en vez de "ropa de diversos colores" (RVR). Ambas traducciones parecen posibles al término *pasim*, que todavía es un tanto ambiguo en hebreo. Aparece solamente en Génesis 37:3, 23 y 32, y en 2 Samuel 13:18 y 19.

[3] Cornfield y Freedman, p. 31.

[4] Donald J. Wiseman, *Ilustrations from Biblical Archaeology* (Grand Rapids: Eerdmans, 1958), p. 39.

[5] Para el texto de las cartas, ver ANET, pp. 482-490.

[6] Las dataciones egipcias varían, a veces en décadas, según los autores. Paul Johnson, por ejemplo, coloca la 18ª dinastía comenzando en 1567 a.C., mientras que Byron E. Shafer la establece en 1539 a.C. Los años provistos, por lo tanto, son aproximaciones que no pueden constituir una cronología absolutamente exacta. Ver Paul Johnson, *História Ilustrada do Egito Antigo*, p. 52; y Byron E. Shafer y otros, *As Religiões no Egito Antigo: Deuses, Mitos e Rituais Domésticos* (San Pablo: Nova Alexandria, 2002), p. 246.

[7] Algunos, en el pasado, confundían *shasu* (tierras extranjeras) con *shushu* (pastores); por eso, algunos libros erróneamente traducen hicsos como "pastores gobernantes". Ver M. Brodrick y A. A. Morton, *Diccionario de Arqueología Egipcia* (Madrid: Edimat Libros, 2000), p. 76.

[8] Traducción basada en Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature: A Book of Readings* (Berkeley: University of California Press, 1980), t. 3, pp. 94-100. La parte entre corchetes fue añadida.

[9] Hathor, como símbolo de la alimentación, es, a veces, representada como una figura femenina que amamanta al dios Horus, representante del faraón. M. Brodick y A. A. Morton, *Diccionario de Arqueología Egipcia*, p. 73.

[10] Heinrich Brugsch, *Egypt Under the Pharaohs* (Londres: Trafalgar Square, 1996), t. 1, p. 158.

[11] Manfred Bietak, *Avaris, the Capital of the Hyksos: Recent Excavations at Tell el-Dab'a* (London: British Museum Press, 1996).

[12] Bryant G. Wood, "New Discoveries at Ramesses". Disponible en: http://abr.christiananswers.net/enews/jul2002.html. Visitado el 3 de marzo de 2006.

Moisés y el éxodo

CAPÍTULO 10

La vida de Moisés siempre estuvo rodeada por tremendas manifestaciones del poder de Dios. La zarza ardiente, las plagas de Egipto, la visión de las espaldas de Dios y el cruce del Mar Rojo fueron acontecimientos tan fantásticos que los críticos no tuvieron otra reacción sino seguir el camino natural de la duda: negar su historicidad. Algunos descubrimientos, sin embargo, han echado por tierra las teorías revisionistas del Éxodo.

Uno de los primeros motivos encontrados por los escépticos para dudar del relato bíblico era el hecho de que la historia de Moisés siendo rescatado del Nilo se parecía mucho a la de otros héroes de la antigüedad. El mito de Sargón I, el gran rey de Akkad, es un buen ejemplo. Gobernó Babilonia en la segunda mitad del tercer milenio antes de Cristo y fue un personaje legítimamente histórico, pero con un sorprendente comienzo de vida.

La similitud entre el relato de su nacimiento y la narrativa bíblica acerca de Moisés es tan evidente que algunos concluyen que no se trata de una mera coincidencia. Veamos una porción del texto encontrado en dos copias neoasirias incompletas y un fragmento neobabilónico que estaban entre las tabletas desenterradas en la región de Irak:

"Sargón, el rey poderoso, el rey de Agadé [Akkad], yo soy; mi madre era una sumo sacerdotisa [algunos traducen: "mi madre era humilde"] y no tuvo oportunidad de conocer a mi padre.

"El hermano de mi padre vivía en las montañas [o "amaba las montañas"].

"Mi ciudad es Azupiranu, que está situada en la ribera del Éufrates.

"Mi madre, la sumo sacerdotisa [o: la humilde], me concibió, en secreto me dio a luz.

"[Ella] me colocó en un cesto de juncos y cerró la tapa con betún.

"[Ella] me colocó en el río [Éufrates], que no me sumergió.

"El río me llevó flotando hasta Akki, el regador de las aguas".[1]

Hasta recientemente, muchos entendían que ese mito sería el

texto original que inspiró a los escribas judíos a crear la leyenda de un héroe hebreo. Al fin de cuentas, es un hecho conocido que, en el año 587 a.C., los judíos fueron llevados cautivos a Babilonia. Allí, podrían haber conocido la historia de Sargón, que habría sido añadida a la historia de Moisés después del fin del cautiverio en el año 537/6 a.C.[2]

Pero, si probáramos que la historia original no proviene de Babilonia sino de Egipto, eso cambiaría todo. Dado que, si el texto bíblico fuera un reflejo de un mito babilónico, este deberá ser obligatoriamente el conductor literario de su contenido. Luego, debemos ir directo al texto hebraico y descubrir qué cultura está por detrás de su trama, la babilónica o la egipcia.

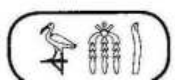
Respondiendo a esa problemática textual, el egiptólogo James K. Hoffmeier, de la Trinity International University [Universidad Internacional Trinidad] (Illinois, Estados Unidos), demostró en una investigación reciente que, contrariamente a lo que se esperaba, el telón de fondo del Éxodo no es ni de cerca un reflejo de las mitologías babilónicas.[3] Su texto original se encuentra permeado de antiguos términos técnicos egipcios que no formaban parte del vocabulario hebreo, mucho menos del babilónico usado después del exilio.

Las palabras clave de la trama, como "cesto", "junco", "papiro", "lino, "ribera", etc., son incuestionablemente egipcias y no era de esperarse que un escriba judío del cautiverio las conociera tan bien. Solo pudieron haber sido escritas por alguien que vivió en las cercanías del Nilo en un período muy anterior al siglo VI a.C.

De todas las palabras, sin embargo, ninguna ofrece mayor pista que el nombre del héroe en sí. Moisés, lejos de lo que debería ser si se tratara de una leyenda semítica, no es un nombre hebreo, sino egipcio. Su raíz está en los verbos *ms-n*, que significa "nacer o nacido de", y *ms(i)*, que quiere decir "engendrar, dar a luz a".[4]

Hoy, la mayoría de los historiadores reconoce la antigua costumbre egipcia de colocar a los niños nombres reales en homenaje a los dioses. Así, los nombres de los nobles eran, en general, la unión de un verbo (generalmente el verbo *ms-n* = nacer) con el nombre de una divinidad. Entre los apellidos de ese tipo, podríamos mencionar: *Ahmose* ("Ah, el dios luna, nació", o "nacido del dios luna"), *Ramose* ("Ra, el dios sol, nació", *Tutmosis* ("Thot, otra forma del dios luna, nació"), *Ptahmose* ("Ptah, el dios creador, nació").

Observe cómo el mismo símbolo para nacimiento (que figura arriba) aparece en los cartuchos jeroglíficos que contienen, por ejemplo, los nombres de Tutmosis III y Ramsés II:

Tutmosis III  *Ramsés II*

Siegfried Julio Schwantes dedujo que la "omisión del nombre de una divinidad egipcia en el nombre de Moisés se explica probablemente por el hecho que él renunció al culto idólatra cuando llegó a la mayoría de edad",[5] por eso su nombre quedó como solamente "*mose*" (Moisés), sin el complemento divino que tal vez existió en su infancia. Esa es realmente una sugerencia bastante plausible, llevándonos a creer que originalmente el líder hebreo tendría el nombre de un dios egipcio unido al suyo, pero renunció a ese complemento al huir al desierto. ¿Quién sabe si ese dios no podría haber sido el mismo Hapi, el dios del Nilo, de modo que su nombre original habría sido Hapimose, con el significado de "nacido del Nilo"? Es claro que se trata de una conjetura y la Biblia no dice nada al respecto, pero, sabemos por otros pasajes que hubo hombres y mujeres que cambiaron su nombre al aceptar la misión dada por Dios. Abram (que pasó a ser Abraham) es un clásico ejemplo.

Sea como fuere, el hecho de que el texto correlacione el nombre de Moisés (en hebreo, *Mōsheh*) con el significado "tomado de las aguas" (Éxo. 2:10) todavía no puede ser explicado con certeza absoluta. Flavio Josefo, historiador judío del siglo I, informaba que *Mō* era el nombre egipcio para el Nilo y *uses* era una designación, también egipcia, para cualquier cosa que fuera "retirada de algún lugar". Así, Moisés significaría "retirado del Nilo".[6] La dificultad, sin embargo, con esta exposición es que desconocemos hoy las fuentes filológicas de Josefo. Lo que se sabe es que, en el panteón egipcio, el Nilo, como ya se dijo, era denominado *Hapi*, aunque corrientemente era también llamado *Itru'*y o, más tarde, *Itru*.

A mi modo de ver, otra hipótesis para explicar la etimología del nombre sería presumir una aproximación fonética del hebreo *Mōsheh* con los sustantivos egipcios *msw* (manantial) y *mw* (agua), pero el juego de palabras todavía sería desconocido.

A pesar de estas dificultades etimológicas, debemos recordar que colocar a los bebés en ríos para dejarlos a la suerte de la providencia divina no era algo tan extraño en el mundo antiguo. El caso de Rómulo y Remo, aunque legendario, confirma, por lo menos, la existencia de una práctica que tal vez explique por qué hay otras historias semejantes a la de Moisés. Los ríos generalmente eran lugares tan sagrados como los templos y las montañas. Así, dejar a un bebé allí, con la esperanza de que los dioses cuidasen de él, no parece ser algo difícil de suceder. En el caso de la madre de Moisés, está claro que su intento era hacer que la hija de Faraón encontrara el cesto y se encariñara con el niño. Hoy sabemos de muchas madres que abandonan a sus hijos en la puerta de iglesias y conventos, pues el ambiente religioso ofrece seguridad para casos como el de ellas. En aquella época, eran los ríos sagrados los que desempeñaban ese papel.

Esclavos hebreos en Egipto

¿Y en cuanto a la presencia de hebreos esclavos en el delta del Nilo? ¿Podemos creer que fueron los descendientes de Jacob los que construyeron algunos de los monumentos encontrados hoy en Egipto? Entre los ciudadanos modernos de El Cairo (en su mayoría musulmanes), resulta una "tontería" suponer tal posibilidad. Cierta vez, hice la prueba de preguntar a un guía de las pirámides de Saqqara cuál era su opinión sobre la posibilidad de que los hebreos hubieran construido algunos de esos monumentos. Su rostro, que había sido alegre durante todo el día, decayó repentinamente y percibí luego que hablar de "historia hebrea" en un ambiente islámico era algo prohibido, incluso tratándose de Egipto, que mantiene relaciones diplomáticas con Israel. Así, me pregunto si el motivo que está por detrás de la negación del Éxodo no será, en realidad, el conflicto árabe-israelita, dado el triunfo hebreo descrito en la Biblia.

Pero el método científico no debe contemplar ningún tipo de xenofobia. Una investigación seria, libre de nacionalismos, debe ser hecha para averiguar la realidad de los hechos que nos interesan. En realidad, debemos admitir que no fue encontrada todavía una mención directa, en las fuentes egipcias, acerca de la opresión de los hebreos o de la historia de Moisés. A fin de cuentas, como dijimos, todavía hay mucho por ser descubierto sobre la misma historia de los faraones. Además, recordemos, existía la práctica de algunos monarcas de apagar los monumentos oficiales, relatos de conquistas que sucedieron antes de su gobierno y, en virtud de eso, mucho fue perdido para siempre. En tanto, existen algunas preciosas evidencias que nos llevan a creer que la Biblia está en lo cierto al contar esa magnífica historia del Éxodo.

El relato de la opresión posee un detalle que no puede ser pasado por alto. El texto bíblico dice que "los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con dureza, y amargaron su vida con dura servidumbre, en hacer barro y ladrillo, y en toda labor del campo" (Éxo. 1:13, 14). Es impresionante ver que hasta hoy los moradores pobres de las márgenes del Nilo mantienen la misma práctica milenaria de producir ladrillos con barro tomado del mismo río, mezclándolo con paja, tal como menciona la Biblia acerca de los hebreos, en Éxodo 5:6.

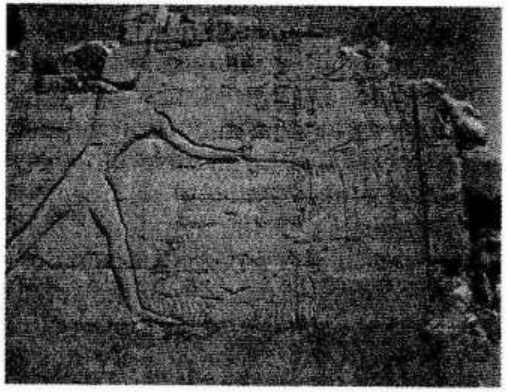
Ese episodio, si no fuera real, solamente podría haber sido creado a partir de cosas que el autor estuviera acostumbrado a ver. Con todo, es significativo el hecho de que la fabricación de ladrillos no era común en Jerusalén, donde las edificaciones eran normalmente hechas de piedra. Lo mismo se puede decir de los babilonios, que,

aunque fabricaban ladrillos, los hacían con técnicas mucho más avanzadas que los egipcios, usando, incluso, hornos elevados a altas temperaturas, que reemplazaban el secamiento de los ladrillos a la luz del sol. Por lo tanto, solo resta sugerir que el autor bíblico describió una práctica que él mismo presenció, no en Babilonia o en Jerusalén, sino en el mismo Egipto.

Las imágenes de la vida diaria egipcia están bien preservadas en varios diseños que decoran las paredes de las tumbas egipcias. Una, en especial, merece ser mencionada. Perteneció a un visir llamado Rekhmire, que vivió bajo el dominio de Tutmosis III, cerca del siglo XV a.C., es decir, cerca de la época del Éxodo. Allí tenemos varias escenas de trabajadores semitas (muchos de ellos, ciertamente hebreos) que están fabricando ladrillos, semejante a lo que describe el relato bíblico. Los capataces egipcios son representados con varas en las manos azotando impiadosamente a los trabajadores esclavos.

Existen diseños ornamentales encontrados en uno de los templos de Tebas, más precisamente en el complejo de Karnak, que muestran la figura de un egipcio que alza con la mano una vara, diciendo a los trabajadores: "¡La vara está en mi mano! ¡No sean perezosos!" En la otra pared, un relieve de Tutmosis III muestra al faraón en persona azotando a un esclavo sirio-palestino (es decir, hebreo) y levantándolo por los cabellos en señal de extrema humillación. El esclavo, que acababa de ser subyugado, levanta las manos implorando misericordia. Fue una escena de esas la que sirvió de impulso para hacer arder la ira de Moisés, llevándolo a matar al capataz egipcio (Éxo. 2:11-15).

Uno de los principales capitanes del faraón Ahmose I, que lideró sus tropas en la guerra contra los hicsos, también se llamaba Ahmose (tal vez en homenaje al rey que tanto admiraba). Su tumba fue descubierta por los arqueólogos y hoy puede ser visitada en el pueblo de El-Mahamid, a pocos kilómetros al sur de Luxor. Las paredes de la tumba siguen la cultura egipcia de describir la vida del muerto y, por lo tanto, están repletas de inscripciones que cuentan las proezas del capitán al servicio del faraón. El texto describe su coraje frente a los enemigos hicsos y relata el nombre de 19 esclavos que le fueron dados por el mismo rey como premio por las batallas vencidas. Lo curioso es que la mayoría de los alistados tienen nombres semitas, por lo no nos parece imposible suponer, con bastante probabilidad de acierto, ¡que se trataban de esclavos hebreos! No podían ser esclavos hicsos (aunque también eran semitas) porque estos, cuando dominaron el Bajo Egipto, adoptaron enteramente las costumbres egipcias. No solamente se autoproclamaban "faraones", sino también adoptaron la religión local, y tomaron nombres totalmente egipcios para sí y para sus hijos. Por lo tanto, los hebreos todavía permanecen como los candidatos más fuertes para la lista encontrada en la tumba de Ahmose.



Arriba: detalle de una pared de la tumba de Menna, escriba de Tutmosis IV, donde un capataz castiga al esclavo delante de un compañero suplicante. Al costado: un relieve de Tutmosis III, en el cual el faraón oprime a los prisioneros sirio-palestinos, tomándolos por el cabello.

Autor

Código Nº 1001
BIBLIOTECA
CC. 6 - (3315) Leandro N. Alem - Misiones

Las plagas

De todas las evidencias que podríamos citar en favor del Éxodo, ninguna es tan espectacular como el testimonio externo de las plagas que ocurrieron en Egipto. Todo indica que esa fue una vejación notoria que quedó registrada por muchos años en la mente del pueblo. Tanto es así que Diodoro Sículo, un historiador griego tardío del siglo I a.C., escribió el siguiente testimonio, que permanece hasta hoy:

"En los tiempos antiguos, hubo una gran plaga en Egipto y muchos la atribuyeron al hecho de que Dios estaba ofendido con ellos por causa de los extranjeros que estaban en su país [...]. Los egipcios concluyeron que, a menos que los extranjeros fuesen echados de su país, ellos jamás se librarían de sus miserias. Además, según nos informaron algunos escritores, los más eminentes y estimados de los extranjeros que estaban en Egipto fueron obligados a dejar el país [...] [por lo tanto] se retiraron a la provincia que ahora se llama Judea. No queda lejos de Egipto y estaba deshabitada en su momento. Los inmigrantes fueron, pues, conducidos por Moisés, que era superior a todos en sabiduría y poder. Él les dio leyes y ordenó que no hicieran imágenes de dioses, pues solamente hay un Dios en el cielo que está sobre todo y es el Señor de todo".[7]

Las ruinas de la ciudad de Avaris también poseen marcas de lo que podrían ser las plagas de Egipto. No obstante, el papiro de Ipuwer, encontrado en Egipto en 1820, es lo que más nos interesa

por su clara conexión con el Éxodo. Inmediatamente después del descubrimiento, fue llevado al museo de la Universidad de Leiden, en Holanda, donde permanece hasta hoy. Su texto, descifrado originalmente por Alan H. Gardner, solamente llegó al público después de 1909 y reveló un contenido sorprendente.

Se trata de un lamento y amonestación ceremonial escrito por un antiguo sacerdote egipcio llamado Ipuwer. Se dirige diversas veces al faraón, cuestionando lo que estaría sucediendo en la tierra del Nilo. Al final, según su declaración: "Los extranjeros [hebreos (?)] vinieron a Egipto [...] han crecido y están por todas partes [...] el *Nilo se transformó en sangre* [...] [las casas] y las plantaciones están en llamas [...] la casa real perdió a todos sus esclavos [...] los muertos están siendo sepultados por el río [...] los pobres [esclavos hebreos (?)] se están volviendo los dueños de todo [...] *los hijos de los nobles están muriendo inesperadamente* [...] [nuestro] oro está en el cuello [de los esclavos (?)] [...] el pueblo del oasis se está yendo, llevándose las provisiones para su festival [religioso (?)]".[8]

Estas palabras nos resultan muy semejantes a las plagas descritas en Éxodo 7:14 al 24, especialmente la primera y la última. La referencia a los esclavos que ahora se van e incluso se llevan algunas riquezas parece reflejar el comentario bíblico de que los hebreos fueron "pidiendo a los egipcios alhajas de plata, y de oro, y vestidos [...] y [los egipcios] les dieron cuanto pedían; así despojaron a los egipcios" (Éxo. 12:35-36).

Papiro egipcio de Ipuwer, que describe varias plagas que cayeron sobre Egipto.

Todavía existe un debate acerca del período al cual las amonestaciones de Ipuwer se refieren. Aunque el manuscrito haya sido escrito durante la 19ª o la 20ª dinastía (1350-1100 a.C.), su original ciertamente pertenece a un tiempo anterior. No es tan antiguo como propone John Wilson (que lo atribuye a antes de 2050 a.C.),[9] ni del período hicso, como hace suponer Van Seters,[10] pero ciertamente en alguna ocasión inmediatamente anterior al Éxodo, cuando las plagas castigaban el delta del Nilo.

Universidade de Leiden

El faraón del Éxodo

Existe un detalle en Éxodo 1:11 que todavía intriga a los investigadores. El texto dice: "[Los hijos de Israel] edificaron para Faraón las ciudades de almacenaje, Pitón y Ramesés". ¿Qué ciudades serían esas? Aunque no exista hoy en Egipto ninguna metrópoli con tales nombres, es cierto que hubo un faraón llamado Ramsés II, que gobernó de 1292-1225 a.C., durante la 19ª dinastía, y construyó una ciudad llamada Pi-Ramsés, o "casa de Ramsés".

Un sitio arqueológico localizado cerca de la década de 1930, en Tanis (actual San el-Hagar), al nordeste del delta, reveló la presencia de enormes edificios y varias estatuas de Ramsés. Desde entonces, los especialistas pasaron a creer que sería esa la ciudad mencionada en Éxodo y que habría sido edificada por los hebreos.

Sin embargo, estudios posteriores debilitaron esa hipótesis. Se percibió que la albañilería, los monumentos y las inscripciones que se desenterraron en Tanis no estaban en su posición original y, además, no coincidían con la estructura que estaba encima de ellos. Por ende, lo más probable es que el templo y los otros edificios no pertenecieran a ese lugar, sino que hayan sido transportados hasta allí, bloque por bloque, en una fecha posterior al reinado de Ramsés II.

Hoy, el consenso en cuanto a la localización original de Pi-Ramsés es identificarla con la moderna Tell el-Dab'a, es decir, el mismo sitio que abriga las posibles ruinas del palacio de José que mencionamos en el capítulo anterior. Está ubicado a treinta kilómetros de Tanis y a menos de tres kilómetros de la ciudad moderna de Khatana-Qantir. De vez en cuando, las excavaciones en el lugar todavía desentierran azulejos relucientemente petrificados y pequeñas estructuras arquitectónicas, pero casi nada está visible por encima del suelo. Solamente para recordar, fue en ese mismo sitio que se localizaba la antigua Avaris, capital de los hicsos durante su permanencia en Egipto.

En cuanto a la ciudad de Pitón, los especialistas creen que sería una derivación hebrea del nombre egipcio Pi-Atum, es decir, "casa de Atum (el dios sol)". Su ubicación es más difícil de ser determinada. Algunos egiptólogos la identificaron, en el pasado, con la moderna Tell el Maskhuta, que queda en la región oriental del delta. Pero incluso hoy no se tiene certeza absoluta sobre su ubicación.[11]

Sin embargo, nos queda un problema: si, basados en Éxodo 1:11, consideramos que Ramsés II es el faraón de la opresión y que su sucesor, Merneptah (1225-1215 a.C.), es el faraón del Éxodo, tendremos un conflicto con el texto de 1 Reyes 6:1, que dice que el cuarto año del reinado de Salomón ocurrió 480 años después de

que los hijos de Israel salieron de Egipto. Sin embargo, aunque esas fechas del período monárquico todavía pueden tener una variación de hasta diez años, el cuarto año de Salomón debe corresponder más o menos con el año 967 a.C., que es la fecha propuesta por la obra clásica de Edwin Thiele *The Mysterious Numbers of the Hebrew Kings* [Los números misteriosos de los reyes hebreos].[12]

Así, sumando 480 a 967 (pues las fechas a.C. están en orden decreciente), llegamos a 1447 a.C. como el año límite para el inicio del Éxodo. Esa no es una fecha exacta, por supuesto. Estudios recientes publicados por E. W. Faulstich (basados en la investigación astronómica de Oliver R. Blosser)[13] han sugerido una conversión de calendarios que retardaría el Éxodo a por lo menos el año 1461 a.C. De todas maneras, ¡es un período muy posterior al reinado de Ramsés II!

A mí modo de ver, una manera simple, aunque no absoluta, de resolver esa aparente incongruencia sería sugerir que la descripción del Éxodo haya recibido un pequeño añadido editorial, en algún manuscrito posterior a Moisés. Eso no es, de modo alguno, una adhesión a la Alta Crítica, sino una admisión de pequeñas anotaciones explicativas que no tuvieron motivo de ser impedidas por la Providencia dado que no maculan el texto bíblico. Deuteronomio, por ejemplo, que describe la muerte de Moisés, ¡ciertamente no fue escrito por él mismo!

Siguiendo esa suposición, creo que el problema queda resuelto si entendemos que un escriba posterior "actualizó" el texto, para indicar que la ciudad que edificaron los hebreos tenía, en la actualidad, el nombre de Ramsés. Un añadido de esa naturaleza no sería de modo alguno un error, si recordamos que nuestros libros de historia convencionalmente dicen que Colón descubrió "América", aunque todos sabemos que en 1492 (fecha en que fue descubierta) todavía no había un continente con ese nombre.

Nuestra conclusión, por lo tanto, es que el Éxodo ocurrió en algún período anterior a 1447 a.C. y los contemporáneos de la historia serían: Tutmosis II, medio hermano y esposo de Hatsepshut, la princesa que adoptó a Moisés, y Tutmosis III, hijo de Tutmosis II, aunque no de Hatsepshut (que, aunque habría engendrado dos hijas, parece no haber tenido ningún hijo varón). Ese posiblemente haya sido un enemigo natural de Moisés, a quien Hatsepshut quería poner en el trono. Sin embargo, con la fuga del hebreo hacia Madián, el camino quedó libre para que ese hijo de Tutmosis II asumiera el trono en lugar de Moisés. Y, por último, tenemos a Amenofis II (también llamado Amenhotep II), el posible faraón del Éxodo, aunque si así fuera, resta conocer la identidad del que se ahogó bajo las aguas del Mar Rojo.[14]

Referencias

[1] *ANET*, p. 119.

[2] Francis D. Nichol, ed., *Comentario bíblico adventista* [*CBA*] (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1994), t. 3, p. 100.

[3] James K. Hoffmeier, *Israel in Egypt: The Evidence for the Authenticity of the Exodus Tradition* (Nueva York: Oxford University Press, 1996), pp. 136-140.

[4] Nuestra transliteración del egipcio sigue la de Mark Collier y Bill Manley, *How to Read Egyptian Hieroglyphs* (Londres: The British Museum Press, 2002), p. 154.

[5] Siegfried Júlio Schwantes, *Arqueología* (Itapecerica da Serra, SP: Seminario Adventista Latino-americano de Teología, 1988), p. 28.

[6] Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas* 2.9, 6, en W. Whiston, *Josephus: Complete Works* (Grand Rapids: Kregel, 1985), p. 57.

[7] Diodorus Sículus, *The Library of History* (Cambridge: Harvard University Press, 1933), 12 v.

[8] *ANET*, pp. 441-444 (énfasis añadido).

[9] John Wilson, en *ANET*, p. 441.

[10] John Van Seters, *The Hyksos* (New Haven: Yale University Press, 1966), pp. 103-120.

[11] E. Uphill, "Pithom and Ramses: Their Location and Significance", *Journal of Near Eastern Studies* 28 (1969), pp. 15-39.

[12] Edwin R. Thiele, *The Mysterious Numbers of the Hebrew Kings* (Grand Rapids: Zondervan, 1983).

[13] Citado por Randall Price en *The Stones Cry Out* (Eugene: Harvest House Publishers, 1997), p. 411, nota 16.

[14] *CBA*, t. 1, p. 1.116.

La conquista de Canaán

CAPÍTULO 11

El período de la conquista de Canaán por parte de los hebreos todavía es objeto de exacerbada discusión entre los especialistas. El material encontrado en los sitios arqueológicos produce interpretaciones diferentes y la reconstrucción de los hechos no es unánime.

Incluso los que creen en la veracidad del relato bíblico tropiezan con algunas cuestiones todavía sin resolver. La Biblia dice que, por ejemplo, en su trayectoria por la región de los amorreos, los israelitas fueron impedidos de pasar por orden del rey local llamado Sehón. Tal impedimento precipitó la guerra contra los amorreos descrita en Números 21:21 al 30. Los israelitas vencieron en batalla y tomaron todo el reino amorreo, incluyendo su capital, Hesbón.

El problema es que hoy no tenemos pruebas de que el lugar atribuido a la antigua Hesbón, la moderna Tell Hesbón (también conocida como Tell Hesbán), haya existido en los días de Josué. Una expedición hecha por la Universidad Andrews,[1] de los Estados Unidos, realizó una serie de excavaciones allí, desde 1968 hasta 1976, pero no llegó a ningún resultado conclusivo que arrojara luz sobre el asunto. Estrato tras estrato fue descubierto en ese *tell*. Comenzaron con el período árabe, que estaba en la superficie, y atravesaron todas las capas: bizantina, romana, griega y persa. Sin embargo, el nivel más bajo que encontraron (es decir, el nivel más antiguo de ocupación), correspondía al período de Hierro I, es decir, alrededor del año 1200 a.C., una fecha muy reciente para la conquista de los israelitas. Por lo tanto, la ciudad que está en ese sitio no pudo haber sido tomada por Josué, ¡pues no existía en su época!

Tampoco podemos descartar la posibilidad de que el verdadero lugar de la antigua Hesbón sea otro y no aquel supuesto por los arqueólogos actuales. Muchos supuestos lugares del pasado sufrieron correcciones de ubicación incluso después de haber sido por años señalados como estando en determinado lugar. Aunque no tenemos espacio para tratar aquí la polémica "ruta del Éxodo", es ilustrativo

decir que muy probablemente los arqueólogos reconozcan en un futuro próximo que el Monte Sinaí, identificado tradicionalmente con el *Gebel Musa*, en Egipto, no sea el auténtico monte en el cual Moisés recibió los Mandamientos. Otra hipótesis, más razonable, supone que la caravana de los hebreos se habría dirigido a Cades y de ahí al este del golfo de Aqaba, en la península Arábiga, donde enseguida doblaron al norte tomando el rumbo de Transjordania. ¡A los guías turísticos de Egipto no les gustará esa nueva ubicación!

Ciudades cananeas

A pesar de las divergencias técnicas, una cosa es cierta entre los arqueólogos, en cuanto a las ciudades cananeas: muchas de ellas muestran evidencias de que fueron destruidas por depredación o incendio. Este es el caso de Hazor, Bet Seán, Megido, Laquis y otras. En algunos casos, la capa de cenizas llega a medir 1,5 metros de espesor, lo que lleva a creer que hubo una devastación en serie, provocada por algún tipo de acción militar. Las evidencias de campo también sugieren que la mayoría de esas destrucciones resultó de ataques guerrilleros ocurridos durante el fin de la Edad de Bronce, es decir, un poco antes de 1200 a.C.[2]

Para la cronología que establece las conquistas de Josué entre, aproximadamente, 1400 y 1360 a.C., esto todavía puede representar una dificultad, pues tendríamos una brecha de aproximadamente medio siglo entre Josué y la fecha atribuida a las destrucciones. No obstante, es importante que recordemos la relativa oscilación de las cronologías que ya comentamos en este libro. Tomemos el caso de Laquis y Hazor: mientras que trabajos anteriores apuntaban a la destrucción de esas ciudades alrededor del siglo XII a.C. (Edad de Hierro I), la tendencia de los arqueólogos contemporáneos es retrocederla al siglo XIII (final de la Edad de Bronce), ¡cien años antes de la datación propuesta inicialmente![3] Excavaciones futuras podrían volver más claros esos puntos todavía oscuros.

El problema, como lamenta Alan Millard,[4] es que los guerreros de Josué no dejaron ninguna tableta que diga: "Nosotros, los israelitas, incendiamos esta ciudad llamada Bet-el". Además, durante la primera invasión, los israelitas no quemaban indiscriminadamente todos los poblados. Al fin de cuentas, ¡necesitaban tener un lugar donde pudieran vivir! Según la Biblia, solamente Jericó, Hai y Hazor fueron quemadas. Por lo tanto, es imposible, basados en los hallazgos actuales, saber con absoluta certeza si fue Josué el autor de todas esas destrucciones o solamente de una parte de ellas. Al fin y al cabo, ¡los israelitas no eran los únicos combatientes en ese

momento! Había otras milicias que trataban de apoderarse de Canaán. Los filisteos, por ejemplo, avanzaron desde el mar y conquistaron la región costera; los sirios también descendieron del norte e impusieron su hegemonía en las inmediaciones de Transjordania.

Pero esas dificultades no deben desanimar al lector de las Escrituras. Si, por un lado, tales hallazgos no "confirman" directamente las conquistas de Josué, por lo menos las colocan en una categoría de historicidad bastante plausible. Aunque la Biblia describe las batallas de los israelitas en Canaán, la arqueología demuestra que, de hecho, hubo (en el mismo momento) una destrucción generalizada de ciudades cananeas, ¡y eso no puede ser mera coincidencia!

El historiador Joseph Callaway,[5] aunque niegue la historicidad de las conquistas israelitas, descubrió algo que nos puede valer de argumento a favor del texto bíblico. Fue uno de los primeros investigadores en observar en las excavaciones de Hai y de Khirbet Raddana, en el territorio de Efraín, que los habitantes de esas pequeñas localidades situadas en las montañas usaban las mismas técnicas que los que vivían en los valles para perforar pozos, confeccionar herramientas, cultivar la tierra y construir casas con terrazas para la retención del agua de lluvia. Eso implica no solamente la continuidad cultural entre los poblados de los valles y de las montañas, sino también la idea de que muchas personas se trasladaron a Hai y Raddana a fin de huir de posibles guerrillas que estarían sucediendo en los poblados de los valles. Hubo, por lo tanto, una fuga en masa.

Ahora, las guerras de conquista emprendidas por Josué y después por los jueces encajan muy bien en ese perfil, aunque sea hipotético.[6] Los israelitas pudieron haber comenzado dominando las ciudades menores de los valles, para entonces alcanzar las fortalezas, que generalmente quedaban en la cima de las montañas. Los aldeanos que vivían en los valles buscaron refugio en esas fortalezas a fin de escapar del flagelo de los conquistadores. No es casualidad que entre 1400 y 900 a.C. el número de poblados de las montañas haya pasado de 23 a 114, lo que sugiere una significativa retirada de los valles.[7]

Otra posibilidad sería suponer que los hebreos atacaron primero las fortalezas de las montañas y establecieron sobre ellas las ciudades israelitas que sirvieron de refugio para otras ciudades que intentaban escapar de grupos conquistadores como los filisteos. Israel se volvió, entonces, en una especie de "protector" de las ciudades menores, equiparado militarmente con las mayores. De hecho, la Biblia muestra situaciones en las que Israel fue a socorrer ciudades como Gabaón, que, aunque fuera una gran fortaleza, pidió auxilio de Josué para enfrentar la confederación comandada por Adonisedec, rey de Jerusalén (Jos. 10:1-11).

Una estela erigida cerca del año 1230 a.C., por orden del faraón Merneptah, cita su victoria sobre los libios y sus aliados, que querían invadir Egipto, y menciona a Israel como "nación" al lado de Ascalón, Gezer, Hurru y otras. El texto, por supuesto, enaltece la victoria de los egipcios, pero es importante porque, además de ser la primera mención de Israel en fuentes extrabíblicas, muestra al investigador que los hebreos, lejos de ser un grupo nómada de pastores de ovejas, como acentúa Finkelstein, constituían un país establecido en las tierras de Canaán, ya por alrededor de 1200 a.C., y el Éxodo, claramente, ¡tuvo que haber ocurrido antes de eso![8]

Estela de las victorias del faraón Merneptah.

Dominio egipcio sobre Canaán

Después de expulsar a los hicsos de Egipto, los faraones de la 18ª dinastía temieron que otros grupos extranjeros intentaran nuevamente invadir su país. Así, quisieron conquistar el corredor sirio-palestino, a fin de establecer una hegemonía de protección sobre el sagrado delta del Nilo, que era lo que todo egipcio más temía perder. Ese plan fue realizado por Tutmosis III (1501-1447), que administraba todo desde Tebas, la nueva capital.

"No hay seguridad hasta llegar al Éufrates" era el lema del Nuevo Imperio.[9] La expulsión de los hicsos se transformó en una desesperada carrera para proteger el suelo egipcio recientemente conquistado y generó una guerra de conquista rumbo a Canaán. Un importante documento de comienzos de la 18ª dinastía, grabado en una inscripción de una tumba del Alto Egipto, indica ese cambio de aires en el comportamiento de los faraones.

Aun así, es necesario resaltar que los egipcios no eran un pueblo conquistador, mucho menos "colonizador". Ningún ciudadano común quería vivir fuera de las cercanías del Nilo. Morir y ser enterrado a lo largo del río sagrado, cerca de las pirámides faraónicas, era una gloria religiosa que ninguno de ellos quería perder. Las personas piadosas temían ser enterradas en tierras extranjeras, que no poseían ninguno de sus dioses ancestrales.

Por lo tanto, el dominio egipcio de Canaán (que duraría unos cuatro siglos) no debe ser visto desde la óptica de una superpotencia unificada, sino de una conquista más bien política y comercial. Los pueblos subyugados veían en el compañerismo con Egipto la protección que necesitaban contra eventuales ataques guerrilleros y la ventaja cosmopolita de adquirir bienes preciosos (como el papiro y el lino), que eran de producción exclusivamente egipcia. Egipto, por su lado, veía en los aliados una especie de barricada que aseguraría eventuales ataques provenientes, principalmente, del norte de Canaán, de la región de los hititas.

Aquí, nuestra mayor dificultad es conciliar ese dominio egipcio sobre Canaán con los movimientos militares de Josué. Si ambos fueron contemporáneos, ¿cómo podemos decir que los israelitas conquistaron la región? Al fin y al cabo, Canaán permaneció bajo el control de los faraones hasta alrededor de 1200 a.C. (época de Ramsés II). Solamente después de eso es que la jurisdicción egipcia sobre Canaán comenzó a declinar.

Es realmente difícil ver a Josué en ese contexto, a no ser que revisemos nuestros conceptos de "dominio" y "conquista". Hoy, el País Vasco es gobernado por autoridades locales que obtuvieron cierta autonomía, pero, oficialmente, el territorio pertenece a España y Francia, que no reconocen su total independencia. Lo mismo ocurría en el pasado. Oficialmente, Canaán (que no era un país, sino un aglomerado de ciudades-estado) pertenecía a los egipcios, pero, en la práctica, muchos territorios ya habían sido tomados por Josué y otros grupos conquistadores, como los filisteos.

Los hititas, o heteos, también merecen ser destacados, por ser otro grupo que minó las fuerzas faraónicas en la región de Siria. Desde 1380 hasta 1200 a.C., fueron, sin duda, la mayor soberanía desde el Egeo, al oeste, hasta Damasco, al sur. Mencionados en los documentos jeroglíficos con el nombre de *Khetas*, ese grupo logró exigir alianzas con los faraones (especialmente Ramsés II), que no solamente cedieron, sino que los trataron como iguales. Como se podrá ver, pues, aquel no fue un dominio pacífico, ¡y las tribus israelitas fueron un obstáculo para la hegemonía de los egipcios!

Cartas de Tel el-Amarna

Un archivo de correspondencias oficiales encontrado en Tel el-Amarna confirma lo que dijimos arriba. Son en total unas 377 tabletas cuneiformes escritas en acadio, que era la lengua de la diplomacia internacional.[10] Documentan muy bien la situación de Egipto en relación con sus gobernadores vasallos, desde el fin del reinado de Amenhotep III, hasta después del reinado de Akenatón

(alrededor de 1376-1350 a.C.). Ese último soberano, dicho sea de paso, intentó en vano promover el monoteísmo en Egipto con la abolición de todos los demás dioses y la transferencia de la capital de Tebas a Amarna.

Entre los remitentes de la correspondencia oficial había algunos gobernadores cananeos que pedían auxilio militar a Egipto contra los constantes ataques que venían sufriendo de un violento grupo seminómade, que estaba ganando cada vez más territorio en la región. Los peligrosos "invasores", según el texto de las cartas, son reconocidos por el nombre de *Habirus, o Hapirus*, que muchos relacionan semánticamente con el nombre "hebreos".[11]

A pesar de algunas lagunas lingüísticas que dificultan la equiparación exacta entre los nombres, son notables las semejanzas entre las dos versiones, lo cual nos incentiva a creer que se trataba de un mismo grupo. Note que ambos actúan militarmente en Canaán durante el tiempo del envío de las cartas. Al igual que los hebreos salidos de Egipto, los *hapiri* (plural de *hapirus)* tampoco tenían patria y son, a veces, descritos como esclavos.

Una estela encontrada en Bet Seán, producida por Seti I y Ramsés II, menciona a los *hapiri* como habitantes de la misma región de Canaán donde vivieron los israelitas en el tiempo de los jueces en el siglo XIII a.C.[12] La región mencionada es Jarmut, una colina de Galilea, conocida en la Biblia por el nombre de Jarmut (Jos. 21:29), que, en la división de territorios, fue adjudicada a la tribu de Isacar.

A pesar de haber sido neutro al inicio de sus investigaciones, Albright no pudo resistir a la evidencia de la estela de Bet Seán y declaró que la similitud entre los hebreos de la Biblia y los *hapiri* de Tel el-Amarna era tan grande que se vuelve prácticamente imposible dudar de su correlación.[13]

Los documentos de Amarna a veces se refieren a los *hapiri* por los nombres *sa-gas* (un ideograma babilónico que quiere decir "ladrones") y *shasu* (un ideograma egipcio que quiere decir "extranjeros [del desierto]"). En esa última referencia, es notorio que, aunque se tratara de un título genérico que los egipcios usaban para más de una etnia, los *shasu* son descritos como "pastores", y ese era el oficio identificativo de los hebreos en la tierra de Egipto.[14]

Sería interesante, a modo de ilustración, ver el contenido de algunas de esas cartas:

"Vea, Mamyawaza [un gobernador local] ha entregado todas las ciudades del rey, mi señor, a los *sa-gas* que están en la tierra de Cades y Ubi [Siria]. Pero, si tus dioses y tu sol fueren delante de mí, traeré de vuelta las ciudades al rey, mi señor, que fueron tomadas por los habiri [...] expulsaré a los sa-gas" (de Itakkama para el Faraón).

"Mi señor, vea, yo, juntamente con todos mis arqueros, mis

carruajes de guerra, mis hermanos los sa-gas que están conmigo [posibles desertores semitas que cambiaron de bando] y mis [...] estaremos a disposición de las tropas [egipcias] para lo que mi señor ordene que hagamos" (de Mamyawaza, que había sido acusado por Itakkama, en la carta anterior, de ser desleal y "descuidar" la seguridad, entregando ciudades a los *hapiri*. Mamyawaza intenta convencer a Faraón de su fidelidad).

"Todas mis ciudades que el rey ha puesto en mis manos, fueron a las manos de los *habiri*" (de Zimrida, rey de Sidón, para Faraón).

"Si [tus] tropas vienen este año, las tierras y los príncipes continuarán perteneciendo al rey, mi señor; pero si no vinieren, estas tierras y estos príncipes no continuarán perteneciendo al rey, mi señor" (de *Abdi-heba*, rey de Jerusalén, para Faraón).

Los *hapiri*, por lo tanto, bien podrían haber sido los hebreos que conquistaban la tierra bajo el mando de Josué.

Referencias

[1] Una serie de relatos fueron publicados por la Universidad de Andrews, presentando los resultados de cada expedición hecha en Tell Hesbán. En total son catorce tomos publicados por el Instituto de Arqueología de la Universidad Andrews.

[2] Amihai Mazar, "The Iron Age I", en Amnon Ben-Tor [ed.], *The Archaeology of Ancient Israel* (New Haven/Londres: coedición Yale University Press y The Open University of Israel, 1992), p. 260.

[3] Sobre la datación de Laquis, vea: David Ussishkin, "Excavations at Tel Lachish 1978-1983, second preliminary report", Tel Aviv 10/2 (1983), pp. 160-163. Para una vision más actualizada de sus consideraciones, vea: David Ussishkin, *The Renewed Archaeological Excavations at Lachish* (1973-1994) (Tel Aviv: Institute of Archaeology y Tel Aviv University, 2004), t. 5. Sobre Hazor, vea Yigael Yadin, "Hazor and the Battle of Joshua Is Joshua 11 Wrong?", en Biblical Archaeology Society Online Archive, disponible en: http://members.bib-arch.org/nph-proxy.pl/000000A/http/www.basarchive.org/bswbSearch.asp = 3fPubID = 3dBSBA&Volume = 3d2&Issue = 3d1&ArticleID = 3d2&UserID = 3d0&. Visitado el 31 de marzo de 2006.

[4] Allan Millard, *Descubertas dos Tempos Bíblicos: Tesouros Arqueológicos Irradiam Luz Sobre a Bíblia* (San Pablo: Editorial Vida, 1999), p. 92.

[5] Joseph A. Callaway, "The 1964 Ai (et Tell) Excavations", *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* (abril 1965), pp. 27, 28. "Village Subsistence at Ai and Raddana in Iron Age I", en H. Thompson, ed., *The Answers Lie Below: Essays in Honor of Lawrence Edmund Toombs* (Lanham: University Press of America, 1984).

[6] Es bueno dejar en claro que, en la propuesta de Callaway, los israelitas serían los pueblos de las montañas (niega que hayan venido de Egipto); y los cananeos, los habitantes de los valles. También dice que es prácticamente imposible distinguir entre esos dos pueblos en el período de asentamiento pacífico (no acepta hablar de "conquista"). Esa teoría, sin embargo, parece haber sido forjada con el propósito de atender la demanda política actual que procura crear hilos de pacificación entre judíos y palestinos, y no a través de un análisis frío de las evidencias encontradas.

[7] Algunos autores piensan que la retirada de los valles debió de haber comenzado alrededor del período de Hierro I, en 1200 a.C. Sin embargo, si recordamos que la declinación del poder egipcio sobre Asia Menor está íntimamente ligada con esa actividad migratoria (como muestran las cartas de Amarna), entonces tendremos justificado el retroceso a 1400 a.C., según sugerimos en este libro.

[8] Bimson, "Merneptah's Israel and Recent Theories of Israelite Origins", *Journal for the Study of the Old Testament* 49 (1991), pp. 3-29.

[9] Paul Johnson, *Historia Ilustrada do Egito Antigo*, p. 122.

[10] Para el texto de las cartas, vea *ANET*, pp. 482-490.

[11] Esa comprensión lingüística fue especialmente difundida por J. W. Jack, *The Date of the Exodus* (Edinburg: T & T Clark, 1925), pp. 142-168, 237-241.

[12] W. F. Albright, "The Smaller Beth-Shean Stele of Sethos I", *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 125 (1952), pp. 24-32. Para el texto de la estela, vea *ANET*, pp. 255-258.

[13] *Ibíd.* Otros argumentos para la identificación de los hebreos con los *hapiri* pueden ser encontrados en Douglas Waterhouse, "Who Are the Habiru of the Amarna Letters?", *Journal of the Adventist Theological Society* 12/1 (2001), pp. 31-42.

[14] Amihai Mazar, *Archaeology in the Land of the Bible: 10.000-586 B.C.E.* (Nueva York: Doubleday, 1990), pp. 237, 238.

Las victorias de Josué

CAPÍTULO 12

La Biblia dice que Dios mandó a Israel que eliminara algunos pueblos como los cananeos, los filisteos, los amalecitas y otros. Tal orden choca al lector moderno, que no logra entender por qué un Dios de amor ordenaría ejércitos para la guerra.

Dejando de lado las profundizaciones filosóficas de la problemática (que no caben en la propuesta de este libro), podemos detenernos en dos puntos que tal vez ayuden, si no a esclarecer, por lo menos a amenizar la cuestión. En primer lugar, entendemos que Dios es el dador de la vida y, por eso mismo, tiene el derecho cósmico de tomarla de vuelta como le plazca. Las personas suponen erróneamente que lo que está mal para nosotros está mal para Dios. Ahora, si así fuera, el Altísimo no podría aceptar la adoración de nadie, porque nos está prohibido aceptar la adoración de otro. Por otro lado, también podríamos suponer que lo que es cierto para nosotros debería igualmente ser cierto para Dios. Imagine, por lo tanto, ¿cómo aplicaríamos a Dios el mandamiento que dice "honra a tu padre y a tu madre"?

Norman Geisler, en una entrevista con el periodista y ex ateo Lee Strobel, escribió: "Está mal que yo le quite la vida, porque no la hice y no la poseo. Por ejemplo, está mal que yo entre en su jardín y arranque sus arbustos, los corte, los trasplante o los cambie de lugar. Puedo hacer eso en mi jardín porque soy el dueño de los arbustos de mi jardín. Pues bien, Dios es el soberano de toda vida y tiene el derecho de quitarla, si lo desea. De hecho, nosotros tenemos la tendencia a olvidar que Dios quita la vida de cada ser humano. Eso se llama muerte. La única cuestión es cuándo y cómo, cosas que debemos dejar que él resuelva".[1]

Un segundo punto que debemos tener en mente es el genio del idioma hebreo antiguo, que coloca a Dios como autor de cosas que, en realidad, solamente permite o tolera. Quien lidia con seres humanos, especialmente niños y adolescentes, sabe que cambiar la mente de las personas no es algo fácil. Un cambio de paradigmas lleva tiempo y enfrenta mucha resistencia mental. ¡Cuántas cosas

hacíamos en nuestra juventud y que, solamente al llegar a la adultez, reconocemos como cosas "idiotas" y sin sentido! Cuando un padre tolera ciertas "lógicas mentales" de un hijo de trece años, eso no significa que concuerde con ellas o que apruebe sus errores (si no, se transformaría en una crianza permisiva). El padre simplemente tolera, por ejemplo, que el hijo se afeite una barba que no existe y use una extraña remera estampada, porque sabe que es propio de la edad y que aquello pasará a medida que madure.

Traduciendo ese esquema a la historia bíblica, debemos entender que la cultura oriental de la época veía perfectamente normal que hubiera combates mortales por la posesión de un territorio. Si un grupo no hacía la guerra, era matado por el otro que veía la muerte como un mal necesario para la supervivencia. Era, por lo tanto, una cuestión cultural difícil de ser retirada. Dios podría cambiar instantáneamente la cultura del pueblo, pero si hiciera eso estaría interfiriendo con el libre albedrío humano y no seríamos nada más que autómatas de la voluntad divina.

Así, mientras tomaba tiempo para cambiar las estructuras mentales que regían a los israelitas, Dios permitía que hicieran la guerra para su supervivencia. Sin embargo, en los días del Nuevo Testamento, cuando el paradigma de guerra ya había tenido tiempo para ser quebrado, Jesús condenó la guerra santa, enalteciendo el perdón por encima de todo.

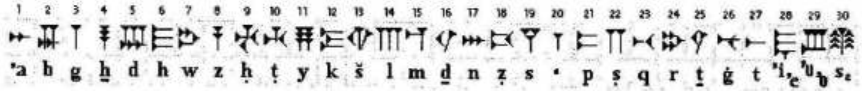
La religión cananea

Pero ¿quiénes eran los grupos que exterminó Israel? ¿Cuál era su perfil sociológico? ¿Cuáles eran los dictámenes de su cultura religiosa? La respuesta a esas preguntas también vino a través de otro hallazgo arqueológico.

En 1929, un grupo de arqueólogos franceses liderados por Claude Schaffer encontró las ruinas de la antigua ciudad portuaria de Ugarit, hoy llamada Ras Shamra. Habitada hasta alrededor del año 1200 a.C., Ugarit tuvo entre los años 1500 y 1360 a.C. su período áureo, que hizo de ella una ciudad grande en la época de la conquista.

Un archivo encontrado en las ruinas (y que se remonta a la misma época del florecimiento) reveló tabletas con escritura cuneiforme alfabética, redactadas en algún tipo de idioma cananeo (o ugarítico), muy importante para recuperar elementos perdidos del hebreo bíblico, como: vocabulario, expresiones idiomáticas, sintaxis, normas gramaticales, etc.

Letras del alfabeto cuneiforme ugarítico



Además, basados en los poemas mitológicos que había allí, fue posible conocer directamente la cultura y la religión practicadas por los cananeos, ¡y no eran nada elogiables!

Es casi un alivio que esos pueblos no existan más en el planeta Tierra. Construyeron naciones adeptas a la más alta crueldad y carnicería que se tenga noticia, mucho peores incluso que Roma con todos sus delirios.

Albright argumenta que "fue bueno para el monoteísmo que los israelitas de la conquista fueran un tanto salvajes, provistos de energía primitiva y ruda voluntad de sobrevivir, en vista de que el resultante exterminio de los cananeos evitó la fusión completa de los dos pueblos emparentados, lo cual habría, casi inevitablemente, hecho bajar el patrón israelita a un nivel desde el cual la recuperación habría sido imposible. De esa forma, los cananeos, con su orgiástica adoración naturalista, su culto a la fertilidad en la forma de una serpiente y su desnudez sensual, y su mitología grosera fueron sustituidos por Israel, con su simplicidad nómada y su pureza de vida, su elevado monoteísmo y su severo código de ética".[2]

De hecho, lo primero que percibimos es que Canaán tenía la más baja tergiversación de lo que alguna vez fuera el culto monoteísta de un Dios llamado "El". La semejanza con la nomenclatura bíblica (que también identifica a Yahweh como "El", o "Elohim") llevó a algunos a pensar, con alta posibilidad de acierto, que lo que Josué encontró en Canaán era el deterioro de aquella fe monoteísta que Abraham había dejado cuando murió allí en los tiempos patriarcales.

Así, la religión de los hebreos no sería una "innovación", sino una "reforma", un retorno a los orígenes abrahámicos de la fe. ¡Tal vez sea por eso que "El" haya caído tan bien como título cualitativo del Yahweh de los hebreos! Muchos salmos bíblicos parecen adaptaciones literarias de antiguos himnos cananeos, que fueron, esta vez, atribuidos al Dios único de Israel.

Vea, por ejemplo, Salmo 74:13 y 14:

"Dividiste el mar con tu poder; quebrantaste cabezas de monstruos en las aguas. Magullaste las cabezas del leviatán [serpiente del mar], y lo diste por comida a los moradores del desierto".

Ahora, compárelo con un himno cananeo en el que Baal se envanece de sus actos poderosos:

"Vean, yo dividí el Mar, el amado de El. Yo destruí los grandes

Código Nº 1001
BIBLIOTECA
CC. 6 - (3315) Leandro N. Alem - Misiones

ríos de El, yo aplasté a Tannin [el dragón del mar], sí, yo lo aplasté, yo despedacé la Serpiente Fraudulenta, el monstruo de siete cabezas".[3]

El es llamado "el padre de los hombres", "creador", "señor de la creación", etc. Todas esas características son atribuidas a Yahweh en el Antiguo Testamento.

Panteón cananeo

En la cima del panteón cananeo estaba, como dijimos, la figura de El, el mayor de todos los dioses. Habitaba en un tabernáculo (santuario) celestial, que quedaba en lo alto de una montaña sagrada (símbolo del cielo). La Biblia también habla varias veces del "monte santo del Señor" (Sal. 68:16; Isa. 2:2; Miq. 4:1) y repite la orden divina para que se hiciera un santuario (tabernáculo) para servir como morada de Dios entre los hombres (Éxo. 25:8).

Las correlaciones, sin embargo, entre El y Yahweh son limitadas. El culto al Dios único recibió muchas distorsiones politeístas. Según la literatura grosera de la religión cananea, El poseía tres esposas que también eran sus hermanas (según Filón de Alejandría).

Las tres consortes, por lo tanto, eran Astarté (también conocida como Astarot), Asera y Baaltis (probablemente Anat). La primera era representada por una mujer desnuda montada sobre un caballo al galope, la segunda por una prostituta semidesnuda y la tercera por una virgen con un insaciable deseo de sangre.

Baal, citado frecuentemente en el Antiguo Testamento, era el hijo (o nieto) de El y su sucesor en el trono celestial.[4] Era, a veces, llamado el "señor de los cielos" (Baal-Shamen) o, también, el "señor de la lluvia y de la tempestad", cuya voz podía ser oída, reverberando en el cielo en la forma de un trueno. Por lo menos dos mujeres de El (Astarté y Anat) aparecen como sus consortes, lo cual revela una relación incestuosa entre los dioses.

El príncipal enemigo de Baal era Mot, el dios de la muerte, que lo asesinaba todos los años en un proceso de muerte y resurrección. Así, se creía que, siendo Baal el señor de las lluvias y de los truenos, su fallecimiento afectaba grandemente la agricultura.

Al comienzo de cada estación seca, según el pensamiento de sus adoradores, Baal moría en el cielo y permanecía así hasta ser revivido por Shemesh (el dios sol) y Astarté (su consorte y diosa de la fertilidad). Con la resurrección de Baal, las lluvias volvían y la tierra florecía, porque Baal y Astarté copulaban generando vida en las semillas.

Baal era la figura más destacada en toda la poesía de Ugarit y,

en realidad, en toda la literatura religiosa. En los tiempos de Elías, cuando Israel se vio atraído por el culto a Baal, quedó demostrada claramente la impotencia de ese dios para suspender la sequía que duró tres años.

Junto a los dioses presentados, había además un ejército de otras divinidades cananeas con funciones de menor importancia y que, por lo tanto, no necesitan ser mencionadas. Aun así, es importante resaltar que todos eran adorados en rituales que involucraban un reflejo terrenal de su propia historia celestial: adulterio, fornicación, incesto, derramamiento de sangre para aplacar la ira divina, etc.

Al final, si los dioses practican esas cosas, ¿por qué sus adoradores no? Así, los cultos cananeos eran festividades, en la mayoría de los casos, llenas de orgías, que incluían homosexualismo, pedofilia, sacrificios de niños y mujeres vírgenes, automutilación, sadismo, tortura de animales, etc. ¡El mundo estaría mucho peor si tales religiones hubiesen continuado!

Las murallas de Jericó

El tell que hoy cubre la antigua Jericó fue identificado erróneamente por Edward Robinson como una colina de basura y nada más. Pasarían siete décadas hasta que una expedición austroalemana presentara las primeras prácticas de conocimiento científico del área que finalmente identificaron el lugar como las ruinas de Jericó.

En 1936, el arqueólogo británico John Garstang realizó nuevas excavaciones en el lugar y confirmó, a partir de un método de datación desarrollado por Albright, que hubo una destrucción de las murallas alrededor del año 1400 a.C., lo cual concordaba con la cronología bíblica.

"En una palabra, escribió Garstang, por todos los detalles materiales y por la época, la caída de Jericó ocurrió exactamente según la narrativa bíblica. Nuestra demostración, lo reconocemos, es limitada. Sin embargo, sobre la base del material observado, concluimos que las paredes cayeron, sacudidas por un terremoto, y la ciudad fue destruida por fuego alrededor del año 1400 a.C."[5]

El gran problema es que la colina mostraba una estratigrafía muy complicada. Fueron detectadas, por ejemplo, 18 capas superpuestas casi horizontalmente y huecos llenos de escombros de las excavaciones precedentes, que no tuvieron el mismo rigor técnico de las últimas investigaciones.

Entonces, después de la Segunda Guerra Mundial, Kathleen Kenyon, otra arqueóloga británica, reabrió las investigaciones en un área limitada y llegó a una conclusión diferente de la de Garstang que, aparentemente, invalidaba la narrativa bíblica. Usando un método estratigráfico desarrollado por Mortimer Wheeler, ella pudo lidiar con los complicados sedimentos de Jericó y concluir que la ciudad fue destruida y abandonada 150 años antes de Josué.[6] En otras palabras, no habría habido una ciudad habitada llamada Jericó en los días de la conquista israelita y, por lo tanto, la historia de la caída de las murallas al son de trompetas no podría haber sido real.

Ese fue un argumento muy fuerte usado por los minimalistas en libros y artículos que pretendían desmentir el relato bíblico. A fin de cuentas, nadie había hecho de nuevo el estudio de Kenyon. Lo que todos hacían era repetir sus conclusiones. Hasta que Bryant Wood, un doctor en Arqueología Siriopalestina de la Universidad de Toronto, estudió las notas de Kenyon, siguió sus pasos y llegó a otra conclusión: Garstang tenía razón: Jericó fue destruida, no cerca de 1550 a.C., sino más bien cerca de 1400 a.C., siguiendo la cronología bíblica.[7]

Wood se dio cuenta de que Kenyon, además de excavar en un sector bastante reducido del sitio, quedó condicionada al no encontrar en Jericó un tipo de cerámica chipriota común del final de la Edad de Bronce y el inicio de la Edad de Hierro. Ella supuso, a partir de esa ausencia, que la ciudad no pudo haber existido en ese período porque, de lo contrario, estaría repleta de esa cerámica importada por varias ciudades de la región.

Bryant Wood, por su lado, le dio más importancia a los objetos *in situ*, y descubrió, por ejemplo, que la ciudad poseía tumbas (ya señaladas en los trabajos de Garstang) en las cuales fueron encontrados sellos egipcios con el nombre de faraones que gobernaron entre 1500 y 1380 a.C. y, por lo tanto, la fortaleza tuvo que haber existido en esa época, pues el cementerio era utilizado con normalidad. Esa afirmación contradice la antigua conclusión de Kenyon de que la ciudad fue abandonada alrededor del año 1550 a.C.

Muchos, por supuesto, no aceptaron las nuevas conclusiones de Wood. Pero, al parecer, tenemos aquí algo más que una discordancia científica, aunque, por supuesto, eso no sea admitido por los minimalistas. Actualmente, Jericó está en territorio palestino, en el gran polvorín en el que se transformó Palestina. La declaración de que el sitio jamás fue tomado por los israelitas apacigua los ánimos, y aleja la posibilidad de que haya judíos extremistas que quieran reavivar la discusión y no entregar el territorio a las autoridades palestinas. Aunque sea bueno promover la paz y evitar la guerra, no creo que ocultar la historia bíblica sea el medio más coherente para hacerlo.

Además, existe otro problema con las interpretaciones de Kenyon. Su método de datación indicó que el muro interior de la ciu-

dad dataría de la Edad de Bronce Antiguo, entre 2300 y 2200 a.C. Eso lo colocaría por lo menos 800 años antes de Josué y, por lo tanto, no podría haber existido en su época.

No obstante, al realizar excavaciones en Jerusalén, el equipo de Kenyon encontró muros de la antigua ciudad de los jebuseos, que databan de 1800 a.C., ¡pero que todavía eran utilizados 900 años después, en los tiempos de Salomón! Su datación, por lo tanto, reveló cuándo fueron *construidos* los muros de Jericó, y no cuándo fueron *derribados*. Además, excavaciones en otras ciudades antiguas revelan que hubo muros sólidos que se mantuvieron firmes durante muchos siglos, protegiendo a la población.

Con todo, aunque todavía no se acepte datar la ciudad de Jericó dentro de una cronología bíblica, estamos obligados a admitir que su destrucción encaja muy bien con lo que se describe en Josué 6:1 al 27. Y eso no lo pueden negar los minimalistas.

La ciudad muestra señales de destrucción causadas por un temblor de tierra que derribó sus murallas *de adentro hacia afuera*.[8] Entonces, no fue un ataque militar común, que normalmente derribaría las murallas hacia adentro a partir del uso de un ariete, es decir, una máquina de guerra para derribar murallas con un pedazo fuerte de tronco. ¿Sería causada la caída, entonces, por las trompetas? Es probable. Por otro lado, sin embargo, un movimiento sísmico podría haber provocado la caída de los muros y, entonces, tendríamos un fenómeno puramente natural. Lo curioso es que, después de haber sido derribadas, las murallas y la mayor parte de la ciudad fueron quemadas, hecho que es difícil de explicar, a no ser que tuviéramos la presencia de un volcán por allí cerca, que no es el caso. Regresamos, pues, a la historia de las trompetas seguidas por el ataque israelita, que parece la teoría más razonable hasta el momento.

Las evidencias muestran que la destrucción de la ciudad ocurrió en una época de cosecha, pues había varios sacos de cereales entre los destrozos. Eso, nuevamente, corrobora la descripción bíblica de que el ataque de Josué a Jericó ocurrió en un período inmediatamente posterior a las cosechas (Jos. 2:6; 3:15; 5:10). Es más, la presencia de grandes sacos allí demuestra que el "extraño" interés de los invasores no era saquear, sino destruir el lugar. Exactamente según la orden divina de que nada debía ser llevado de las ruinas de la ciudad (Jos. 6:17, 18).

La derrota de Hazor

Hoy, Hazor es el mayor sitio arqueológico en Israel que está ligado directamente con la historiografía bíblica. La ciudad que yace

bajo sus montículos fue quemada originalmente por Josué (Jos. 11:11), conquistada por Débora y Barac (Juec. 4:24) y ampliada por Salomón (1 Rey. 9:15). Ubicada al norte del país (a cinco kilómetros de Rosh Pinnah), Hazor estaba situada estratégicamente en la ruta entre Egipto y Babilonia. Era, por lo tanto, una de las mayores metrópolis cananeas de ese tiempo.

Excavada inicialmente por Yigael Yadin, entre los años 1950 y 1960, reveló hallazgos que premiaron al equipo de excavadores. Una gran colección de piezas de la época anterior a Josué fue encontrada en los estratos, confirmando en muchos aspectos la historia contada en las Escrituras. De hecho, la ciudad fue casi totalmente incendiada en algún período anterior a 1200 a.C., lo cual, nuevamente, coincide con la época de la conquista y el relato de Josué 11:10 y 11:

"Y volviendo Josué, tomó en el mismo tiempo a Hazor, y mató a espada a su rey; pues Hazor había sido antes cabeza de todos estos reinos. Y mataron a espada todo cuanto en ella tenía vida, destruyéndolo por completo, sin quedar nada que respirase; *y a Hazor pusieron fuego*" (el énfasis es añadido).

En una entrevista concedida a Randall Price, el arqueólogo israelí Ben-Tor, que hoy dirige las excavaciones en el lugar, afirmó que, en Hazor, las evidencias de una destrucción en masa son tan grandes ¡que podría ser llamada "la madre de todas las destrucciones"! Solamente para tener una idea del incendio provocado por la milicia de Josué, se calcula que el fuego que destruyó la ciudad llegó a una temperatura de mil doscientos grados centígrados. Un fuego normal llega a unos seiscientos o setecientos grados centígrados. Fue realmente una intensa destrucción provocada por las llamas, exactamente como lo describe el texto de Josué 11:10 y 11.[9]

En Hazor, ya fueron excavados el templo, sus fortificaciones y un complejo sistema de aguas que permitía a los ciudadanos soportar varios meses de sitio, sin mayores sacrificios de su parte. La presencia de ídolos cananeos quebrados deliberadamente sugiere el ataque de alguna tribu israelita, posiblemente bajo el liderazgo de Débora y Barac.

Después de asumir la dirección de los trabajos en 1990, el profesor Ben-Tor excavó nuevos complejos no investigados anteriormente y encontró un altar cananeo, algunos predios públicos, casas y un enorme palacio real que reveló la existencia de varias tabletas cuneiformes datadas en el siglo XIII a.C. La gran esperanza del profesor Ben-Tor es localizar allí el archivo real o la biblioteca del palacio (de donde seguramente provenían las tabletas). Sus registros podrían revelar cosas increíbles y su descubrimiento sería tan espectacular como el hallazgo de los manuscritos del Mar Muerto.

Referencias

[1] Lee Strobel, *Em Defensa da Fé: Jornalista ex-Ateu Investiga as Mais Contundentes Objeções ao Cristianismo* (San Pablo: Vida, 2002), p. 166.

[2] W. F. Albright, *From Stone Age to Christianity* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1940), p. 214.

[3] Citado según la traducción de Finegan, p. 142.

[4] Algunas tabletas muestran a Baal como el hijo de El; otras lo presentan como el nieto, hijo de Dagón.

[5] John Garstang, "Jericho and the Biblical Story", en *Wonders of the Past* (Nueva York: Wise, 1937), p. 1222.

[6] K. M. Kenyon, *Digging Up Jericho* (Londres: Praeger, 1957).

[7] Bryant G. Wood, "Did the Israelites Conquer Jericho?", *Biblical Archaeology Review* 16 (1990), pp. 44-59. Una polémica posterior al artículo de Wood fue levantada por Piotr Bienkowski, "Jericho Was Destroyed in the Middle Bronze Age, Not the Late Bronze Age", *Biblical Archaeology Review* 16 (1990), pp. 45, 46, 69. La respuesta de Bryant G. Wood vino a través del artículo "Dating Jericho's Destruction: Bienkowski is Wrong on All Counts", *Biblical Archaeology Review* 16 (1990), pp. 45-49, 68, 69.

[8] Alfred J. Hoerth, p. 210.

[9] Randall Price, p. 150.

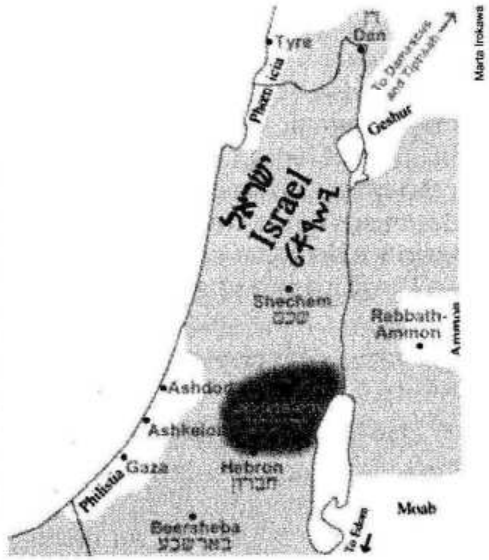
Reyes para Israel

CAPÍTULO 13

Cuando se habla del período de los reyes de Israel, el nombre "filisteos" es uno de los primeros que se nos viene a la mente. Robaron el arca del Pacto, contrataron a un gigante mercenario para amenazar a los hijos de Israel y, por sobre todo, insistían en que Dagón era más fuerte que Yahweh. La historia probó que estaban equivocados. Mientras que su celebración y culto se restringen hoy a un capítulo de la historia, el monoteísmo hebreo continúa firme, principalmente a través del cristianismo que se esparció por todo el planeta.

Según la Biblia, los filisteos (que no deben ser confundidos con los grupos semitas y, por lo tanto, no tienen parentesco alguno con los hebreos) fueron los principales enemigos de Israel desde el período de los jueces hasta los tiempos de la monarquía. Poderosos, se distribuían en cinco ciudades-estado (*pentápolis*) que dominaban toda la costa marítima de Canaán, desde el sur, donde está la famosa Franja de Gaza, hasta el norte, arriba de lo que hoy sería la ciudad moderna de Tel Aviv. Después de eso, comenzaba el territorio de los fenicios.

Los filisteos oprimieron a Israel durante cuatro largas décadas, durante las cuales negaron a los israelitas el acceso al hierro, que era una materia prima importante para la confección de armas y herramientas agrícolas (1 Sam. 13:19-23). Eso, evidentemente, produjo un gran retraso cultural para el territorio de Israel, que todavía subsistía con instrumentos y técnicas anticuados, propios de la Edad de Bronce. Sansón fue uno de los jueces que se rebeló contra los filisteos, pero sin



Mapa del territorio filisteo

resultados muy efectivos, y por eso los vemos desafiando a Israel incluso en los días del rey David.

A través de la fuerza de su *Pentápolis* y su posición estratégica junto al mar Mediterráneo, los filisteos siempre intentaron asediar a sus vecinos, con el fin de conquistarlos militarmente. Lograron controlar ciertas áreas pertenecientes a las tribus de Dan y Judá (Juec. 14:4; 15:11), obligando a muchos hebreos a mudarse al norte a fin de obtener seguridad (Juec. 18:11, 29).

Fue ese constante clima de amenaza lo que forzó la formación de la monarquía de Israel. Las tribus querían mayor protección y juzgaban que la figura de un rey traería más seguridad que la de un juez. Saúl, sin embargo, terminó siendo derrotado por las milicias filisteas y encontró la muerte en sus manos. David, por otro lado, peleó contra ellos, al igual que su hijo Salomón, y los derrotaron en pocas pero cruciales batallas, que pusieron en declinación su poder. Con la llegada de Nabucodonosor a la región en 597 a.C., los filisteos perdieron la poca fuerza que les quedaba. Su población fue transportada al cautiverio, y ese fue el fin de su nación.[1]

El nombre Filistea proviene de la palabra *pléset* (pueblo del mar), que dio origen a la palabra "Palestina". En el pasado, se creía que su establecimiento en la región de Canaán pudo haberse remontado hasta antes de Abraham.[2] Hoy, sin embargo, a pesar de algunas lagunas en relación con los orígenes de los filisteos, se sabe que su asentamiento en la costa marítima de Canaán no ocurrió sino hasta el período de Hierro I, cerca de 1200 a.C.[3] A pesar de eso, en Palestina pudieron haber vivido grupos de filisteos en el tiempo de Abraham e Isaac, como lo menciona la Biblia (Gén. 21:32, 34; 26:1, 8).

Algunos monumentos muestran que los filisteos ya habían sido expulsados de otros territorios (especialmente en el mar Egeo)[4] antes de invadir Canaán. Allí enfrentaron ataques del faraón Ramsés III (1195-1164 a.C.), que intentó hacerles resistencia al comienzo, pero no pudo impedir que se establecieran en la región, donde fundaron sus cinco ciudades-estado. En la tensa frontera entre su territorio y el israelita ocurrieron algunas memorables batallas, como la de David contra el gigante Goliat.

El rey-pastor

David constituye una de las figuras más importantes de la historia de Israel. Desde niños, nos acostumbramos a escuchar sus historias y memorizar sus salmos, que emocionan a todas las generaciones. "Jehová es mi pastor; nada me faltará"; ¿quién no se siente confortado con palabras tan animadoras?

Hasta recientemente, la falta absoluta de hallazgos que confirmaran la existencia de David llevó a muchos a dudar de su historicidad. Los minimalistas suponían que su historia era un mito creado por los sacerdotes para justificar la ascendencia monárquica de un determinado rey que "ellos" (y no necesariamente Yahweh) querían sobre el trono. Y no se trataba de un reino unificado, como supone la narrativa bíblica, sino de un puñado de clanes nómadas y sin expresión nacional alguna.

Así, según la tesis minimalista, era a través del mito y de la ascensión de cada nuevo rey, descendiente del "pastor-héroe", que los sacerdotes controlaban la política local sin la necesidad de exponer directamente su propia persona. Para representar a los posibles opositores, se creó incluso la legendaria figura de Saúl, un rey ilegítimo que no honró su llamado y por eso tuvo que ser retirado del poder.

Es claro que todo ese enredo se parece más una "novela policial" que a un análisis serio de los eventos históricos. ¡David, en verdad, existió! Pero, la fuerza de los cuestionadores estaba en que no había, fuera del texto bíblico o de la tradición popular, una mención antigua que testificara de su existencia.

Estela de Tel Dan

En 1993, sin embargo, una estela conmemorativa, escrita por enemigos de Israel, fue encontrada en el sitio arqueológico de Tel Dan por el Dr. Avraham Biran, profesor emérito del Hebrew Union College [Universidad Hebrea Unión], en Jerusalén. Aunque estaba bastante deteriorada, la piedra tenía los restos de una inscripción aramea producida posiblemente por orden de Hazael, rey usurpador de Siria, que gobernó entre 842 y 800 a.C.[5] Su gobierno, según el texto de 2 Reyes 8:7 al 15, fue marcado por una feroz animosidad contra Judá e Israel, lo cual explicaría la inscripción conmemorativa de sus victorias sobre ese pueblo.

Llama la atención, en el texto, una referencia especial que aparece en la línea 9. Después de hablar de su valentía contra Ocozías, el rey de Israel (ver 2 Crón. 22:1-6), Hazael menciona lo que sería otra victoria, esta vez, sobre la "casa de David", una expresión que aparece más de veinte veces en el Antiguo Testamento para referirse a la monarquía judaica y, en especial, al rey David, que sería su genitor después de la retirada de Saúl.

Los minimalistas intentaron objetar el hallazgo, argumentando que la fórmula aramea *Beyth-Dawid* (que Biran tradujo como "casa de David") originalmente no tenía vocales, de modo que, dependiendo de las letras que se añadieran, la w puede ser entendida

como una vocal y la expresión pasa a ser *Beyth-Dôd*, "casa del amado" o, también, "casa del tío".

El problema con esa teoría es que jamás fue encontrada alguna referencia a un lugar llamado "casa del amado", ni en la Biblia ni fuera de ella. Hay muchas ciudades como *Betânia* (Casa de los dátiles), *Bet-arán* (Casa de la montaña), *Bet-el* (Casa de Dios); pero ninguna *"Beyth-Dôd"*. Además, la inscripción de piedra tiene puntos para separar una palabra de la otra y no hay punto alguno entre *Beyth* y *Dawid*, lo cual nos hace pensar que se trata de una sola expresión técnica para referirse a la dinastía real de los judíos. El nombre David, por lo tanto, era reconocido y aceptado en el siglo IX a.C. como un personaje real, el originador patrio de los reyes de Israel. Hasta las tribus del norte reverenciaban su memoria.

Estela de Tel Dan, que contiene el nombre del rey David.

El ataque del faraón Sisac

Después de la muerte de David, su hijo Salomón asumió el poder en un reinado de grandes conquistas para el país. Entonces vino Roboam, que, contrariamente a su padre y a su abuelo, fue un completo desastre moral, administrativo y espiritual. Durante su gobierno, el pueblo se desvió tanto de los caminos de Dios que, después de una abierta idolatría, pasó a admitir la prostitución de culto en las ceremonias religiosas, es decir, sacerdotes y sacerdotisas especializados en prácticas sadomasoquistas usadas para reverenciar a los dioses cananeos que nada tenían que ver con la fe monoteísta (1 Rey. 14:24).

No quedó alternativa: la mano protectora de Dios fue retirada, y luego la furia de Egipto se hizo sentir sobre el pueblo. Según 1 Reyes 14:25 y también 2 Crónicas 12:2 al 6, quien lideró esa nueva opresión sobre Judá y Jerusalén fue el faraón Sisac, también llamado Sheshonq I, fundador de la 22ª dinastía.

Si visitáramos hoy Egipto, y fuéramos a las ruinas del templo restaurado de Amón en Karnak (antigua Tebas), podríamos encontrar, en el segundo relieve de la pared meridional, una serie de inscripciones con el relato detallado de las campañas militares de

Sisac en la región siriopalestina. Allí se amplía el relato bíblico, al mencionar cerca de 150 ciudades que el faraón habría conquistado, incluyendo ciudades de Israel, el reino del Norte. Cada una de ellas es representada por un judío aprisionado, en cuyo cuerpo está escrito el nombre de su ciudad de origen. El nombre "Jerusalén" no aparece entre los cartuchos jeroglíficos, pero uno de ellos tiene la expresión *Judah-melek*, que algunos identifican como el rey, o reino, de Judá, o la capital, Jerusalén.

En 1939, Pierre Montet descubrió en Tanis un extraordinario complejo de tumbas reales, casi intactas. El tesoro que estaba allí solamente es superado por el de Tutankamón, que es actualmente el más famoso de todos. De entre las momias encontradas, hubo una que muchos suponían que era la de Sisac II. No sabemos con certeza si ese era el nieto o el hijo del Sisac I mencionado en la Biblia; con todo, sus joyas y la máscara mortuoria hecha por completo de oro eran muy sofisticadas en comparación con los otros cuerpos. Es más, muchos de esos objetos preciosos que estaban en su sarcófago tenían el nombre de Sisac I, quien tal vez los haya regalado a su descendiente.[6] Parte de ese tesoro, por lo tanto, bien podría ser el que fue saqueado de Jerusalén, según el testimonio de 2 Crónicas 12:9.

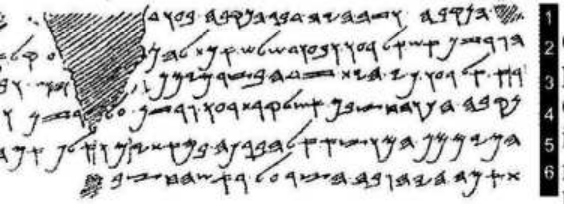
¿Y en cuanto al reino del norte y el rey Jeroboam? Bien, durante las excavaciones realizadas en Tell el-Mutesellim (sitio de la antigua ciudad de Megido), fue encontrado un sello muy bien esculpido, que tenía la figura de un león [símbolo de Judá (?)] con la boca abierta y el cuerpo tenso, como si estuviese atacando a alguien. Sobre él, había una inscripción que decía: "Para Shema, siervo de Jeroboam". ¿Será ese el mismo Jeroboam, el rey de Israel, citado en la Biblia? Es probable que sí. La fecha del estrato en que estaba el sello apunta a un período entre los siglos X y VIII a.C., lo cual favorece la identificación con el monarca bíblico. El sello debió de haber pertenecido a algún noble israelita que vivió bajo el reinado de Jeroboam, el primer monarca del norte, después de la división de Israel.

El túnel de Ezequías

En 1880, un grupo de jóvenes palestinos resolvió escaparse de clases para nadar en el estanque de Siloé, que puede ser visto todavía hoy en la parte sur de la ciudad de Jerusalén. Intentando evitar el castigo, pues fueron descubiertos, contaron que su atención fue atraída por un extraño juego de señales gráficas que estaba dentro del acueducto que une la fuente con el tanque milenario, donde las

FreeStock e E. Velázquez

A la derecha: entrada del Estanque de Siloé. Abajo: Copia de la inscripción encontrada dentro del túnel alusiva a su construcción en los días de Ezequías.



mujeres lavaban la ropa.

Conrad Schick, uno de los exploradores que estaba en la ciudad, oyó la historia y quedó interesado en saber lo que podrían ser aquellas señales. Atravesando el túnel con un farol, llegó al punto indicado por los niños y percibió que se trataba de una antigua inscripción, hecha en la época en la que fue construido el túnel. No había sido descubierta antes porque, además de la oscuridad del lugar, el agua que pasaba por allí dejaba depósitos calcáreos que cubrían las letras, impidiendo su visibilidad. Si no fuese por la curiosidad de los niños, nadie habría reparado en aquellos garabatos.

Schick limpió pacientemente el lugar y descubrió que había seis líneas escritas en el antiguo idioma hebreo, técnicamente llamado paleohebreo. Contaban algo sobre la construcción del canal en la roca maciza.

En la piedra, estaba escrito que las excavaciones fueron iniciadas en las dos extremidades del túnel. Por un pequeño error de cálculo, al estar cerca de encontrarse en el medio del túnel, se venían desviando poco a poco el uno del otro. Hasta que un grupo oyó la voz del otro y, gracias a eso, pudieron golpear con la piqueta en el lugar correcto y descubrir la roca que los dividía. Así, pasaron por ella las aguas que corrían por 540 metros, desde la Fuente de Gihón, o Fuente de la Virgen, hasta el estanque de Siloé (que significa "aguas enviadas").

Vea la traducción de ese texto:

"La excavación terminó y esta es la historia de la excavación. Cuando los trabajadores todavía estaban levantando sus piquetas, cada cual en la dirección de su compañero, y cuando todavía faltaba un metro y medio, cada cual pudo oír la voz del compañero que estaba del otro lado de la excavación, pues había una hendidura en la roca del lado derecho. Y, en el día en que la excavación terminó, los

excavadores se encontraron, piqueta contra piqueta. Y fluyeron las aguas para el pozo, a lo largo de 540; y la altura de la roca, por sobre nuestras cabezas, era de 50 metros".[7]

Un negociante de antigüedades, queriendo ganar dinero con el hallazgo, fue clandestinamente hasta el lugar y cortó la roca, dañando una parte de la inscripción. El Gobierno turco, que en esa época administraba Jerusalén, confiscó la piedra y, en virtud de eso, la inscripción está ahora en el Museo Arqueológico de Estambul, en Turquía.

La construcción de ese túnel confirma el relato de 2 Crónicas 32:2 al 4, que dice: "Viendo, pues, Ezequías la venida de Senaquerib, y su intención de combatir a Jerusalén, tuvo consejo con sus príncipes y con sus hombres valientes, para cegar las fuentes de agua que estaban fuera de la ciudad; y ellos le apoyaron. Entonces se reunió mucho pueblo, y cegaron todas las fuentes, y el arroyo que corría a través del territorio, diciendo: ¿Por qué han de hallar los reyes de Asiria muchas aguas cuando vengan?"

Ese evento ocurrió en el año 701 a.C., cuando el rey de Asiria estaba en camino a sitiar Jerusalén. La fuente de Gihón, que estaba fuera de la ciudad, confrontaba al rey Ezequías con un doble dilema: necesitaba garantizar el abastecimiento de agua de la población en el caso de que los asirios llegaran y, al mismo tiempo, evitar que el ejército enemigo tuviera acceso a la fuente. De allí la solución descrita en la Biblia: "Ezequías cubrió los manantiales de Gihón la de arriba, y condujo el agua hacia el occidente de la ciudad de David" (2 Crón. 32:30).

Los textos de 2 Reyes 18:13 al 18 e Isaías 36:1 al 3 completan ese relato diciendo que el rey de Asiria finalmente llegó hasta Jerusalén y acampó en la extremidad del acueducto del embalse superior que estaba junto al camino de la heredad del Lavador. Se trata exactamente del canal de Siloé, o túnel de Ezequías, que a esa altura ya estaba terminado.

Sin embargo, ni siquiera la inscripción encontrada allí convenció a los minimalistas, que insistían en decir que el canal mencionado había sido construido no en la época en que la Biblia apuntaba, sino quinientos años después. A fin de cuentas, en el texto traducido por Schick no constaba el nombre del rey Ezequías, quien, según la teoría minimalista, no tendría ingeniería suficiente para construir un acueducto tan sofisticado.

Finalmente, en 2003, tres científicos revelaron la verdadera fecha de la inscripción y la publicaron en la revista *Nature*, del 11 de septiembre de ese año. La investigación fue realizada con la ayuda de la radiometría y del carbono 14, que revelaron no la fecha propuesta por los minimalistas, sino la que concuerda con la Biblia:

el túnel fue construido cerca del año 700 a.C., exactamente en la época del sitio de Senaquerib a Jerusalén.

Los que realizaron la investigación que confirmó el relato de las Escrituras fueron los doctores Amos Frumkin, del departamento de Geografía de la Universidad Hebraica de Jerusalén; Aryeh Shimron, del departamento de Investigaciones Geológicas de Israel; y Jeff Rosembaum, de la Universidad Reading de Inglaterra.

Los sellos del rey

La arqueología también reveló dos clases distintivas de sellos monárquicos pertenecientes al rey Ezequías. La primera, denominada con la expresión *lamelekh* (que es la transliteración hebrea de "perteneciente al rey"), está marcada en varias asas de jarros hechos de arcilla que provienen del estrato que se formó debido a la destrucción provocada por Senaquerib. Esos jarros tal vez contenían el *stock* de comida que Ezequías mandó almacenar debido al inminente ataque o por causa de la administración centralizada de las contribuciones para el templo, que está registrada en 2 Crónicas 31:11. Nótese que, además de la marca real, muchos sellos contienen el nombre de una de las siguientes ciudades: Hebrón, Soco, Zif y *Mmst* que algunos sugieren ser Jerusalén. La función del sello era impedir que alguien abriera los jarros sin previa autorización oficial.[8]

La segunda clase de sellos, también encontrada en el mismo estrato, se encuentra en bulas y documentos oficiales pertenecientes al mismo rey Ezequías. Algunos contienen claramente el nombre del rey junto al mismo diseño encontrado en los jarros de barro, lo cual muestra a quién pertenecían en realidad. Uno de esos sellos, publicado por Robert Deutsh,[9] decía: "perteneciente a Ezequías, [hijo de] Acaz, rey de Judá". Y no podemos dejar de mencionar los sellos pertenecientes a las personas que se denominaban "siervo de Ezequías", como es el caso de algunos que, aunque fueron debidamente autenticados, no se encuentran en museos sino en colecciones particulares.[10]

Ruy Ernesto Schwantes

Sello del rey Ezequías con la expresión hebrea lamelekh, *que significa "perteneciente al rey".*

Lo curioso es que la marca del gobierno de Ezequías era, con algunas variaciones, un escarabajo con las alas abiertas, símbolo del dios sol de Egipto (a veces era el mismo disco solar con alas que aparecía en los sellos). ¿Por qué usaría Ezequías ese símbolo egipcio como logotipo de su gobierno? ¿Sería un caso más de apostasía?

La Biblia no describe algún desvío de conducta de Ezequías como lo hace con otros monarcas, por ejemplo, su padre, el débil rey Acaz. Por el contrario, hay elogios a su persona, diciendo que "hizo [...] lo bueno, recto y verdadero delante de Jehová su Dios" (2 Crón. 31:20). Sin embargo, algunos episodios muestran que, aunque fuera descrito como un hombre que "en Jehová Dios de Israel puso su esperanza" (2 Rey. 18:5), tuvo momentos de debilidad en que su corazón dudó de la providencia divina, prefiriendo rodearse de la protección humana. ¡Y pagó caro por esa vacilación!

La posición geográfica de Israel y Judá los hacía quedar prensados como un sándwich cuyos panes eran Asiria al norte y Egipto al sur. Cuando esas grandes potencias luchaban, los países menores quedaban en un verdadero fuego cruzado, difícilmente pudiendo alienarse de la situación.

El rey Acaz, que había antecedido a Ezequías, era aliado del temible Sargón II, rey de Asiria, mientras que Samaria, la capital del reino de Israel, se asoció con los egipcios. Como resultado, los asirios atacaron Samaria, llevando al reino del Norte al cautiverio en 722 a.C. Judá, evidentemente, fue perdonado debido al acuerdo de sumisión.

Pero, después la situación cambió y Sargón II cesó sus embestidas contra Canaán, pues se estaba preparando para reconquistar Babilonia. Los reyes vasallos vieron en eso una señal de debilidad y promovieron una rebelión conjunta, confiados en la ayuda militar prometida por los egipcios. Que esa ayuda fue prometida se vuelve claro por los textos asirios y por lo que está escrito en Isaías, capítulo 20. Además, si vamos a Isaías 18, veremos que los embajadores del rey etíope van a Ezequías con el fin de obtener su cooperación.

En Judá, las opiniones estaban divididas entre aceptar o rehusar la alianza. Inspirado por Dios, Isaías se opuso con vehemencia al proyecto, llegando a andar desnudo por las calles de Jerusalén solamente para mostrar simbólicamente que sería insensato confiar en los egipcios.

Al principio, Ezequías siguió las orientaciones del profeta, lo cual lo hizo prosperar (2 Rey. 18:5-7). Eso tal vez le haya traído una autoconfianza excesiva, al punto de desafiar a los asirios, no en el nombre de Yahweh, sino de sí mismo. Con la muerte de Sargón, en 705 a.C., se sintió aún más confiado. Supuso que Senaquerib, el nuevo rey, no tendría la misma fuerza que su padre y, haciendo caso omiso al consejo de Dios, creyó que el pacto con los egipcios

sería la seguridad que necesitaba para rebelarse contra la tributación a los asirios.

Probablemente por eso usó los emblemas en su sello real. Eran el símbolo de su nuevo acuerdo. Judá, entonces, se alió con el faraón, lo cual resultó ser un desastre, pues, conforme a lo predicho por el profeta, los egipcios no vinieron en su defensa. Fue por esa razón que su ánimo osciló tan rápido entre el coraje y la cobardía. Observe que, en público, Ezequías lideró al pueblo en la construcción del acueducto y lo llamó a la resistencia (2 Crón. 32:1-8). Pero, en la intimidad, sucumbió al oír que se aproximaba el ejército de Senaquerib y envió al enemigo el mismo oro del templo, que, por definición, pertenecía exclusivamente a Dios (vers. 9-20).

El resultado está escrito en el "prisma de Taylor", un obelisco asirio que data del año 686 a.C., en el que Senaquerib cuenta su victoria sobre Jerusalén. Aunque el texto confirme que Ezequías se rehusó a someterse a su yugo (que concuerda con 2 Rey. 18:7), también presenta su vejación. Lo que pudo haber sido un triunfo para el rey de Judá (si hubiera confiado en Dios), se transformó en una burla militar. Dice el texto: "En cuanto a Ezequías [...] lo confiné en Jerusalén como un ave en una jaula [...] los guerreros y tropas de elite que convocó para fortalecer su ciudad no comparecieron [los egipcios (?)]. Envió a mí a Nínive, mi ciudad real, treinta talentos de oro, ochocientos talentos de plata, el mejor antimonio, grandes bloques de piedra roja, camas decoradas con marfil, sillas decoradas con marfil, cuero y colmillos de elefante, ébano, madera de boj, preciosidades de todo tipo, y sus hijas, mujeres de su palacio, cantores y cantoras. Envió a su mensajero a pagar tributo y me prestó homenaje".[11]

El prisma de Taylor confirma el texto de 2 Crónicas 32:25, que dice: "Mas Ezequías no correspondió al bien que le había sido hecho, sino que se enalteció su corazón, y vino la ira contra él, y contra Judá y Jerusalén". ¡Ese fue el precio de confiar en los poderes humanos y no en Dios!

Pero, aun así, el Señor tuvo misericordia del rey. En 2 Reyes 19:35 y 36, está la descripción del fracaso de los asirios al intentar invadir Jerusalén. Lo máximo que hicieron fue sitiarla y, en seguida, se

Museu Britânico - divulgação

El "Prisma de Taylor", o los anales de Senaquerib (691-689 a.C.), que contiene referencias a Jerusalén.

fueron debido a una extraña molestia que costó la vida de 185 mil hombres.

Senaquerib, por supuesto, no contaría eso en su prisma. Sería absurdo registrar para la posteridad la historia de una epidemia que impidió que su ejército completara una conquista. Pero note que no dice haber invadido Jerusalén. Solamente menciona que confinó a su rey dentro de la ciudad.

Hay un dato más que hace suponer que el conquistador asirio no logró realmente ingresar a Jerusalén. En su palacio, en Nínive, fue descubierta una sala cuyas paredes estaban adornadas con relieves que ilustraban su campaña contra Judá. Curiosamente, las ilustraciones se concentran en la toma de Laquis, que es mencionada en 2 Reyes 18:14, pero nada dice sobre Jerusalén. Si Senaquerib hubiese tomado la capital de Judá, contrariamente a lo que dice la Biblia, ¡Senaquerib no se hubiera eximido de destacar ese hecho en las paredes de su palacio!

Referencias

[1] Un interesante artículo de André Lemaire muestra que fue la visión monoteísta y omnipresente de Yahweh lo que les permitió regresar del cautiverio y reconstruir su nación. Como los filisteos no tenían eso, terminaron siendo destruidos. Vea André Lamaire, "The Universal God How the God of Israel Became a God for All", *Biblical Archaeology Review* 31 (2005), pp. 57-59.

[2] Vea, por ejemplo, W. M. Smith, *Bible Dictionary* (Filadelfia: Universal Book and Bible House, 1948), p. 513.

[3] Amihai Mazar, pp. 262-278.

[4] La Biblia dice que los filisteos vinieron de Caftor (Amós 9:7), generalmente identificada con la isla de Creta. El nombre egipcio para Creta, *Keftyw*, favorece esa identificación.

[5] Ben-adad (852-843 a.C.) podría ser otra posibilidad. E. Puech, "La Stele Arameene de Dan: Biblical Archaeology Review Hadad II et la Coalition des Omrides et de la Maison de David", *Revue Biblique* 101 (1994), pp. 215-241.

[6] Bob Brier, "Treasures of Tanis", *Biblical Archaeology Review* 58 (2005), pp. 13-23.

[7] Se sigue aquí la traducción inglesa publicada en *ANET*, p. 321.

[8] Para una visión general sobre los sellos del tipo *lamelekh*, vea Yohanan Aharoni, *The Land of the Bible: A Historical Geography* (*Filadelfia:* Westminster, 1979), pp. 394-400. En Internet hay un sitio dedicado enteramente al estudio y la presentación de los diversos sellos del tipo *lamelekh* encontrados en Medio Oriente: http://www.lmlk.com/research/. Visitado el 11 de abril de 2006.

[9] Robert Deutsch, *Messages from the Past* (Tel Aviv: Archaeological Center Publications, 1999), p. 42. La primera edición en hebreo de ese libro salió en 1997; por eso, creo que esta fue la primera publicación científica del sello mencionado.

[10] Robert Deutsch, "Lasting Impressions", *Biblical Archaeology Review* 28 (2002), pp. 42-51, 60.

[11] El texto completo puede ser encontrado en Alan Millard, *Descubertas dos Tempos Bíblicos*, p. 124.

Instituto Juan Bautista Alberdi
Código Nº 1001
BIBLIOTECA
CC. 6 - (3315) Leandro N. Alem - Misiones

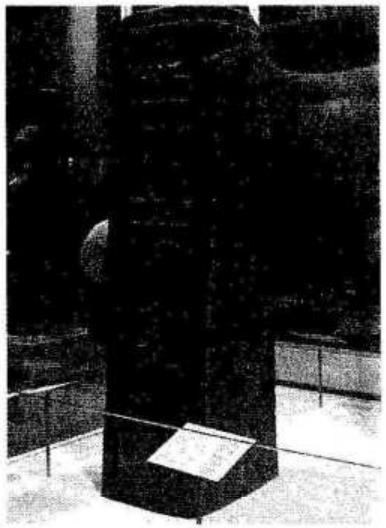
Portavoces de Dios

CAPÍTULO 14

Quien visita hoy el Museo Británico, en Londres, puede ver, cerca de la entrada de las exposiciones mesopotámicas, un gran obelisco negro repleto de imágenes que cuentan las victorias de Salmanasar III, que gobernó Asiria de 858 a 824 a.C.

En el primer cuadro de la segunda línea (contando de arriba hacia abajo), tenemos la figura de un hombre postrado ante el monarca asirio, humillándose como si intentara besar el suelo. Encima de la escena se puede leer la inscripción: "Tributo de Yaua, hijo de Humri". Ahora, Yaua es la forma asiria del hombre Jehú y Humri sería Omri. Ambos fueron reyes de Israel y, una vez más, vemos la vejación de un gobernante israelita, sujetándose por causa de su apostasía.

Jehú, en realidad, no era hijo de Omri, sino su sucesor. Su padre fue Josafat y, aunque hizo lo correcto al destronar la casa de Acab y combatir la adoración a Baal, "no cuidó de andar en la ley de Jehová Dios de Israel con todo su corazón" (2 Rey. 10:31). El resultado de su apostasía está hoy expuesta en el obelisco negro.



Autor

Obelisco negro con las victorias de Salmanasar III, en donde se muestraw la escena de Jehú, rey de Israel, postrándose ante el monarca asirio.

En general, la caída de esos reyes se daba por no seguir las orientaciones de Yahweh a través de sus profetas, y eso valía también para el pueblo. Además, el mismo sistema monárquico era ejemplo de una decisión que el pueblo tomó en detrimento de los oráculos divinos. "Queremos un rey", decían ellos, "¡para ser como los demás pueblos!" El profeta Samuel les presentó los problemas

que vendrían a causa de ese sistema, pero ellos insistieron, y Dios mismo habló al vidente: "Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos" (1 Sam. 8:7). De allí los desastres gubernamentales que siguieron. Desatender, entonces, la palabra de un profeta verdadero, ¡no era un error de pequeña magnitud!

Algunas profecías fueron dedicadas enteramente a la orientación, conducta o corrección de los ciudadanos de Judá y de Israel. Sin embargo, había también denuncias y amenazas contra naciones paganas que oprimían al pueblo de Dios. La Biblia contiene algunas de ellas, que veremos en este capítulo.

La caída de Tiro

Perteneciente a la región de Fenicia, Tiro era una importante ciudad situada en una isla que hoy está unida al continente, a modo de península. En el tiempo de Ezequías (siglo VI a.C.), Tiro era el puerto fenicio más importante. Su territorio, en realidad, incluía dos partes: una, en la costa del continente (que hoy forma parte de la moderna ciudad de Tiro [también conocida como Shur], la cuarta mayor metrópoli del Líbano); y la otra, principal, en la isla que, según el testimonio de Estrabón, distaba cerca de 5,6 km del continente.[1] La fortaleza marítima jamás había sido dominada por un rey extranjero. Ni Senaquerib o Assurbanipal, los mayores conquistadores de Asiria, logaron, de hecho, anexarla a su vasto imperio. Dicen los historiadores que la posición geográfica de Tiro era lo que la transformaba en una fortaleza prácticamente inexpugnable. No es por nada que el nombre Tiro significa "roca", o "muralla petrificada".

Contrariando, sin embargo, esa historia de invencibilidad, el profeta Ezequiel reveló que Tiro sería capturada por Nabucodonosor, rey de Babilonia. Ese oráculo está en Ezequiel 26:7 al 11 y fue escrito cerca del año 587 a.C.

Ese año, Nabucodonosor había completado su tercer y determinante ataque a Jerusalén, con lo que destruyó por completo la ciudad y su precioso templo. Las noticias de la masacre se esparcieron por todas partes, y llegaron hasta la ciudad de Tiro, donde los judíos se convirtieron en objeto de burla y desprecio. Por eso vino la sentencia del cielo, que anunciaba que Tiro sería destruida al punto de transformarse en una "peña lisa" (vers. 14).

Por los registros históricos actuales, eso se cumplió casi literalmente. Cuando Babilonia se transformó en la gran opresora de Medio Oriente, Tiro resistió por algún tiempo a los ataques del ejército

enemigo. Pero, el sitio prolongado luego hizo que la ciudad cayera en manos de los babilonios, cosa que ocurrió finalmente en 574 a.C., trece años después de que Ezequiel pronunciara su presagio. Se cumplió, entonces, el anuncio que dice: "Traigo yo contra Tiro a Nabucodonosor rey de Babilonia [...]" (vers. 7).

Hay, sin embargo, un detalle intrigante en el oráculo. Si prestamos atención a los versículos 4, 5 y 12 del mismo capítulo, notaremos que allí está escrito que la ciudad sería completamente destruida (lo cual incluye la isla). Sus muros y sus torres caerían, pedazos de su estructura serían lanzados al medio del mar y los pescadores extenderías sus redes encima de los escombros que sobrarían. Tiro se transformaría, en las palabras del profeta, en un "tendedero de redes" (vers. 14). Al principio, esa parte del anuncio parece haber fallado, pues, aunque Nabucodonosor haya invadido la ciudad en la parte continental, el sector de la isla se mantuvo como un importante puerto durante su gobierno. Y así, Tiro permaneció poderosa durante unos 250 años más.

Pero, note que el texto cambia el sujeto de la oración cuando señala los detalles mencionados arriba. No dice que "él" (singular, Nabucodonosor) destruiría la ciudad sino "ellas" (plural), es decir, las muchas naciones mencionadas en el versículo tres. El significado claro de ese plural es difícil de determinar. No obstante, tenemos una alternancia obvia de sujetos para acciones diferentes, que nos hace suponer que, según la profecía, Nabucodonosor sería el *conquistador*, pero no el *destructor* de la ciudad. La única cosa que derribó Nabucodonosor fueron los muros de Tiro, y nada más (vers. 9-11).

De hecho, se sabe que Nabucodonosor hizo campañas contra los fenicios, las cuales son conmemoradas por dos inscripciones grabadas en piedra. Pero no se hace ninguna mención específica a Tiro. Es Flavio Josefo, historiador judío del siglo I, quien completa la historia, al informar que el sitio de la ciudad duró trece años.[2] De hecho, Ezequiel 29:18 da a entender que el sitio de Tiro fue bastante penoso para los babilonios y que el despojo no compensó el sacrificio realizado. La parte continental de la ciudad, separada de la isla por un kilómetro de mar, fue la primera en sufrir las embestidas de Nabucodonosor, quien logró un acuerdo de rendición, según el cual los habitantes de Tiro pagarían un alto tributo a Babilonia para no ser destruidos. Pero, la isla parece haber quedado un tanto protegida por el mar que la circundaba.

Entonces, surge en escena el Imperio Macedónico y con él Alejandro Magno, que vino a terminar lo que Nabucodonosor había comenzado 256 años antes. Construyendo un terraplén que iba desde el continente hasta la isla, Alejandro y sus hombres llegaron hasta los portones de la ciudad de Tiro. El pueblo, sin embargo, menospreció el pequeño ejército, confiando nuevamente en la firmeza de sus muros (que habían sido reconstruidos) y en la seguridad de sus portones de hierro. Según Plutarco, el sitio duró siete meses, hasta que, finalmente, fueron derribados los muros, y la ciudad fue completamente arrasada.[3] En la secuencia de las acciones, los macedonios hicieron exactamente lo que está descrito en Ezequiel 26:12. Tomaron las riquezas y las mercaderías, e incluso derribaron los palacios y las casas lujosas que había allí. Lo que sobró de piedras y escombros, lo tiraron en el medio del mar, aumentando más todavía el terraplén recién construido.

Tiro conoció otras destrucciones y reconstrucciones. En la época de los seléucidas, recobró parte de su esplendor, así como su independencia (126 a.C.), que conservó durante la administración romana iniciada por Pompeyo. Después, pasó a formar parte del dominio Bizantino en el siglo IV; y del islámico, a partir del año 636 d.C.

El sitio arqueológico de la antigua Tiro de 587 a.C. solamente puede ser localizado por medio de las informaciones dadas por los antiguos historiadores. De los antiguos palacios, nada quedó, a no ser un monte de ruinas que todavía pueden ser vistas "puestas en medio de las aguas". Por esa razón, lo que en los tiempos de Ezequiel era una isla se transformó ahora en una insólita península unida por sus propios escombros al continente. Y, para completar, el lugar se transformó en un reducto de pescadores que usan las antiguas ruinas como tendedero para sus redes, ¡exactamente como lo predijo el oráculo proferido hace más de dos mil quinientos años!

Todo quedó reducido a una "piedra lisa". Además de las partes incrustadas en el istmo, poco o casi nada hay a la vista. Hasta la parte continental de la ciudad es difícil de ser excavada, pues los cimientos de la ciudad que conoció el profeta se encuentran hace milenios enterrados bajo otras construcciones de los períodos griego, romano, bizantino y actual. Tal exactitud profética no puede ser reducida a mera coincidencia.

La tragedia de Sidón

Tiro poseía una ciudad vecina, a cuarenta kilómetros de distancia, que era su ligazón diplomática más fuerte en la región. Se trataba de Sidón, cuyo nombre significa "fortaleza". Quien la fundó posiblemente fue un bisnieto de Noé que tenía el mismo nombre que posteriormente fue dado a la ciudad (ver Gén. 10:15).

En el Nuevo Testamento, Sidón es mencionada juntamente con Tiro, lo cual muestra cuán ligadas políticamente estaban las dos metrópolis (ver, por ejemplo, Mat. 15:21). Sin embargo, las dos

ciudades hermanas fueron objeto de diferentes profecías. Sobre Sidón, se dice: "He aquí yo estoy contra ti, oh Sidón, y en medio de ti seré glorificado; y sabrán que yo soy Jehová, cuando haga en ella juicios, y en ella me santifique. Enviaré a ella pestilencia y sangre en sus calles, y caerán muertos en medio de ella, con espada contra ella por todos lados; y sabrán que yo soy Jehová" (Eze. 28:22, 23).

Al contrario de Tiro, la profecía no menciona los detalles de una destrucción de la ciudad y sus muros, pero prevé dolencias y abundante derramamiento de sangre. Eso también sucedió. La historia registra que Sidón fue una de las ciudades más atacadas del mundo. Poco tiempo después de esa profecía, fue destruida casi completamente por los persas. Su rey, Tennes I, se rebeló contra Artajerjes III, rey de Persia. Enfurecido, el rey persa fue hasta la ciudad con un ejército de trescientos mil soldados y treinta mil hombres a caballo. Sidón fue incendiada y, en un solo día, murieron cuarenta mil personas, incluyendo el rey y su familia.

Pensando no sufrir más derramamiento de sangre, los sidonios resolvieron entregar la ciudad a Alejandro Magno. Pero, luego vinieron los romanos, los bizantinos y, finalmente, los árabes en 667 d.C., que terminaron dándole el nombre actual de Saida. Durante todo el período de las Cruzadas y también en las guerras otomanas, mucha sangre fue derramada dentro de sus puertas, haciéndola pasar por una serie de conflictos que duran hasta hoy en los bretes políticos entre el Líbano e Israel.

El castigo de Petra

Hubo, además, otra ciudad que tenía un nombre muy parecido al de Tiro. Era la fortaleza de Petra, cuyo significado, fácil de deducir, también es "roca maciza". Escenario de películas como "Indiana Jones y la última cruzada", las ruinas de Petra son un punto turístico espectacular, que atrae a miles de visitantes, todos los años. Sus palacios cavados en la roca enrojecida llaman la atención de todos los que tienen la oportunidad de visitar esa región que hoy pertenece a Jordania. Y, además de eso, Petra es un testimonio vivo de la verdad de la palabra de los profetas.

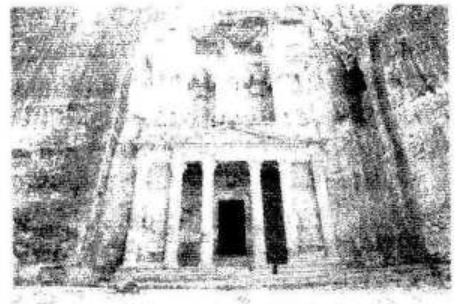
Imponente entre las rocas, Petra era una parada obligatoria en una de las principales rutas del comercio de incienso, vidrio, cerámicas y especies. El pueblo que vivía allí, los nabateos, se volvió rico con la venta de víveres y el alquiler de posadas para los viajeros que pasaban por allí. El Gobierno local también engordaba sus cofres con peajes e impuestos que eran cobrados a los comerciantes ricos que pasaban por allí.

Sin embargo, Petra también era una ciudad tremendamente impía. Por eso, varios profetas, especialmente Ezequiel y Jeremías, hicieron lamentos proféticos sobre lo que habría de suceder con esa próspera metrópoli. Los oráculos amenazadores están en Jeremías 49:16 al 18 y Ezequiel 35:3 al 9. Allí no se encuentra el nombre Petra, pero sí Edom y el monte de Seir, pues constituían la región arábiga de la cual Petra era la capital.

Según los oráculos proféticos, ese lugar, otrora muy frecuentado, quedaría desolado y nadie más moraría allí. Petra se convertiría en un desierto en todos los sentidos. Y fue justamente eso lo que sucedió.

Después de que los romanos conquistaron la ciudad en el año 106 d.C., Petra perdió su independencia. Sin embargo, todavía continuó habitada y famosa por algunos centenares de años más. Hasta que en el siglo IV d.C. desapareció de los anales de la historia. Los constantes terremotos y la súbita salida de los moradores hicieron que los edificios quedaran abandonados y olvidados. Hasta que, con el tiempo, no quedaba nada en pie, salvo las ruinas del antiguo palacio, el templo, algunos edificios públicos y varias tumbas esculpidas en la roca.

Olvidada por más de mil quinientos años, Petra fue descubierta recién en 1812, cuando un explorador llamado Johann Burckhardt la encontró por accidente, en una expedición por el lugar. Aun así, pasó más de un siglo hasta que los arqueólogos, dirigidos por W. F. Albright, resolvieron excavarla en 1934. Hoy, salvo algunos animales del desierto y buitres, nadie más vive en sus palacios completamente abandonados. Cuando tuve la oportunidad de conocer Petra, fue como si los oráculos proféticos sonaran por el cielo afirmando que la mano de Dios un día juzgó esa ciudad. ¡Una advertencia clara a los que juegan con las advertencias de Dios!



Ruinas actuales de la antigua ciudad de Petra.

Referencias

[1] *Geografía* 16.2.

[2] *Antigüedades* 10.1.1.

[3] Plutarco, *Vidas Paralelas: Alexandre* 24.5, traducción de Júlia Rosa Simões (Porto Alegre: L&PM, 2005).

Descubriendo el cautiverio

CAPÍTULO 15

¿Ha visto alguna vez a algún académico respetado, en un canal de televisión, diciendo que no cree en la veracidad de determinado pasaje de la Biblia? ¿Cómo lo hace sentir? A fin de cuentas, se trata de alguien con respaldo científico y no siempre tenemos pruebas que corrijan inmediatamente su descreimiento, pues, como dijimos, una gran parte del tesoro arqueológico todavía está por ser descubierto. Pero, observe lo que sucedió en 1930 y extraiga sus propias conclusiones.

C. C. Torrey era profesor de la famosa Universidad de Yale, en los Estados Unidos. En una de sus entrevistas, anunció la publicación de un estudio que desmentiría por completo el libro de Ezequiel y el contexto histórico que lo circundaba. El título de la obra, *Pseudo-Ezekiel and the Original Prophecy* [El falso Ezequiel y la profecía original], ya daba una buena idea de su contenido minimalista.

Muchos corrieron para adquirir el *best seller*, pues Torrey ya era conocido por publicar otros libros polémicos sobre la Biblia. Tanto él como sus seguidores ya habían lanzado dudas sobre el sitio de Nabucodonosor a Jerusalén, desacreditando, incluso, que hubiera ocurrido un "cautiverio babilónico" y un retorno de los judíos bajo el gobierno de Ciro.

Antes de él, otros escépticos, provenientes del Racionalismo y del Iluminismo alemán, ¡habían puesto en duda la existencia de la misma ciudad de Babilonia![1] A pesar de que historiadores extrabíblicos como Beroso y Herodoto la mencionaran en sus escritos, la cultura racionalista del siglo XVIII parecía tener una fascinación por usar su no descubrimiento como argumento para negar pasajes de la Biblia que hablaban de la gran ciudad. Fue necesario más de un siglo de espera hasta que, en 1898, el arquitecto y arqueólogo alemán Robert Koldewey desenterrara la ciudad bajo la colina de Hillah y probara no solamente su existencia, sino también su gigantesco tamaño en relación con las proporciones de la época.

En el caso de Torrey, sin embargo, bastaron ocho años después de la publicación de su libro para que se verificara la impropiedad

de lo que él decía (¡a pesar de ser profesor de Yale!). Un equipo británico estaba excavando la impresionante elevación de Tell Duweir, situada entre Hebrón y Ascalón, cuando se dieron cuenta de que se trataba de la antigua ciudad de Laquis, mencionada más de veinte veces en el Antiguo Testamento.[2] Su evidencia histórica ya había sido afirmada desde el hallazgo de los relieves de conquista del palacio de Senaquerib, en Nínive. Pero su ubicación todavía era una incógnita.

La fortaleza encontrada en Tell Duweir indicaba claramente que, además del ataque asirio de Senaquerib en 701 a.C., la ciudad también sufrió, juntamente con otras ciudadelas de Judea, un masivo ataque secuencial ocurrido en los días de Nabucodonosor, lo cual aumentaba la posibilidad de haber sido realmente los babilonios los que saquearon la región, según el relato bíblico. La evidencia estaba tanto allí como en otras ciudades excavadas en la región, como Eglón, Bet-semes, En-gadi, Gabaá y Arad.

El hallazgo más importante, sin embargo, todavía estaba en el futuro. Uno de los estratos de Laquis (el nivel 2), datado en alrededor del siglo VI a.C., mostraba que la ciudad fue finalmente destruida en 586 a.C. y que permaneció abandonada hasta alrededor del año 450 a.C., cuando, entonces, comienza el estrato del nivel 1. Eso indica una brecha de 136 años que cubre sobradamente el período de setenta años en que el pueblo judío estuvo cautivo en Babilonia y su tierra prácticamente deshabitada.

El estrato también presentaba marcas de que toda la región fuera saqueada y destruida por el fuego. Sus muros quemados y vasos partidos eran un recuerdo vívido del ataque de los babilonios mencionado en Jeremías 34:7: "Y el ejército del rey de Babilonia peleaba contra Jerusalén, y contra todas las ciudades de Judá que habían quedado, contra Laquis y contra Azeca; porque de las ciudades fortificadas de Judá éstas habían quedado".

Junto a los restos de una torre contigua al portón principal, los arqueólogos encontraron, en el mismo estrato del nivel 2, un total de 18 o 20 cartas escritas en hebreo antiguo, muchas de las cuales fueron datadas en 589 a.C., tres años antes de la destrucción de la ciudad. Estaban entre la basura existente en el recinto y constituían un tipo de correspondencia llamada *ostracon*, u *ostraca* (en plural).

Las *ostraca* eran pedazos de cerámica que las personas usaban para escribir billetes, notas comunes, ejercicios de caligrafía o informes oficiales en tiempos de guerra. Como el papel era muy caro y escaso, a alguien se le ocurrió que los textos de todos los días podían ser reproducidos en trozos de barro de las vasijas quebradas, que existían en abundancia en la región. ¡Ese tal vez haya sido uno de los más antiguos ejercicios de reciclaje del mundo! Y fueron

justamente estos trozos de arcilla lo que ayudó a desmentir la tesis del famoso profesor de Yale.

El texto de las cartas

Los primeros textos fueron descubiertos en 1938 y tenían declaraciones personales de militares que estaban en medio del ataque de Nabucodonosor. Lamentablemente, solo un tercio del material estaba en condiciones suficientes para ser leído; el resto estabanbastante deteriorado, y su reconstrucción fue dudosa. No obstante, lo poco que se encontró arroja bastante luz sobre el texto de las Escrituras.

La carta número 4, remitida desde alguna ciudad adyacente, es la que confirma que ese es el sitio de la antigua Laquis. También tiene, al final, una referencia a la ciudad de Azeca, con la cual decían estar preocupados, pues no había noticia sobre lo que le habría sucedido. Anteriormente citamos el pasaje de Jeremías 34:7, que también menciona Azeca como una de las ciudades que, junto con Laquis, cayó en manos de los babilonios.

El texto, además, nos lleva a creer que se comunicaban por señales de humo: "Estamos aguardando las señales de fuego de Laquis, siguiendo todas las indicaciones que mi señor me ha dado".[3] Tal vez sea eso lo que quiso decir Jeremías al escribir, ante el inminente ataque: "Huid, hijos de Benjamín, de en medio de Jerusalén, y tocad bocina en Tecoa, y *alzad por señal humo* sobre Bet-haquerem" (Jer. 6:1).

Las cartas número 2, 4, 5, 8 y 9 tienen el nombre de Dios grabado en la forma del antiguo tetragrámaton YHWH (o Yahweh). Además de eso, muchos de los nombres propios que aparecen en las inscripciones tienen su terminación vinculada con el nombre divino, a través de la abreviatura "Yah", o "Iah", lo cual indica un fuerte dominio del culto *yahvista*. Eso, claramente debió haber sido fruto de la reforma religiosa de Josías, ocurrida cuarenta años antes, que expulsó a los dioses y a los idólatras del país. Contraria a esa disposición, la evidencia encontrada en las excavaciones de Samaria, durante el gobierno de Acab, mostraba una tendencia de nombres propios más ligados a Baal que a Yahweh. En las cartas de Laquis, no fue encontrado ningún nombre propio ligado a ningún dios pagano.

Uno de los detalles más significativos en los textos es la posible referencia real al profeta Jeremías. Se encuentra al final de la carta 3, que dice: "En cuanto a la carta de Tobías, siervo del rey, la cual vino a Shallum, hijo de Jadua, a través del profeta, diciendo: '¡Cuidado!', tu siervo la envió a mi señor".[4]

Aquí el escritor, llamado Hosaia (que además parece ser el autor de prácticamente todas las misivas), da satisfacción al destinatario de que una carta que contenía el aviso del profeta fue pasada de mano en mano, pero, finalmente, fue entregada por él mismo a su señor. Lamentablemente el texto no dice quién era ese profeta. Pero define su mensaje como una alerta, tal como lo fue el mensaje de Jeremías. No obstante, la carta número 16 hace mención de un profeta [tal vez el mismo (?)] y completa su nombre, cuyas primeras letras son imposibles de ser leídas, debido al estado dañado en el que fue encontrada la carta. Solamente conocemos la última parte de su nombre: se trataba de alguien cuyo nombre terminaba en "iah". Algunos piensan que podría ser una referencia a Urías (mencionado en Jer. 26:20-23), pero también existe una posibilidad de que se trate del mismo Jeremías, que era el vidente de Dios en ese momento.[5] Ambos nombres hebraicos terminan con la sílaba *iah*, pues, como dijimos, eran vinculados al tetragrámaton sagrado de Yahweh.

Crónicas babilónicas

Como si no fueran suficientes las evidencias encontradas en Laquis y las ciudades vecinas, otro importante testimonio contra el escepticismo de Torrey llegó a la luz en los sótanos del Museo Británico, de Londres.

Allí había varias cajas repletas de tabletas cuneiformes que fueron llevadas a Inglaterra a fines del siglo XIX, pero que quedaron sin ser traducidas hasta 1956. Muchas todavía tenían la tierra original y se amontonaban en una miscelánea de cartas, oraciones, recibos y, principalmente, relatos de victorias, lo que evidencia una avasalladora propaganda política y militar.

Una de esas crónicas mencionaba el avance de Nabucodonosor sobre Judea. Decía:

"En el séptimo año, en el mes de kislimo [nov./dic.], el rey de Acad [Babilonia] reunió sus tropas y marchó hacia Hatti [región siriopalestina]. Acampó contra la ciudad de Judá [Jerusalén] y en el segundo día del mes de addaru [16 de marzo (?)][6] tomó la ciudad y capturó al rey. Nombró un rey de su propia elección, tomó sus pesados tributos y regresó a Babilonia".[7]

Sobre el rey nombrado por Babilonia, tenemos un indicio en un antiguo sello de impresión escrito en hebreo, que fue encontrado en las excavaciones. Decía: "Perteneciente a Gedalías, que está [gobernando] sobre esta casa".[8] Ahora, Gedalías, hijo de Ahicam, era justamente el gobernador (según la Biblia) nombrado por los babilonios, para administrar el remanente de Judá que quedó en el

territorio después del inicio del cautiverio (2 Rey. 25:22).

En realidad, Nabucodonosor se apoderó tres veces de Jerusalén, todas de forma muy violenta. En las dos primeras (605 y 597 a.C.) no intentó destruir la ciudad. Solamente llevó cautivos a unos cuantos miles de judíos, algunos de los cuales escogió con el fin de trabajar para él en su palacio. Hasta que, finalmente, en 586 a.C., la audacia de Sedequías lo impulsó a apoderarse nuevamente de la ciudad y, esta vez, destruirla por completo. Todo eso hoy está perfectamente documentado en los textos cuneiformes encontrados en Irak.

Daniel es confirmado

Fue en una de esas incursiones de Nabucodonosor (casi con certeza, la primera) cuando el profeta Daniel y sus compañeros se volvieron cautivos de Babilonia. Fueron obligados a viajar cerca de mil quinientos kilómetros hasta la capital del Imperio, despidiéndose para siempre de su tierra natal.

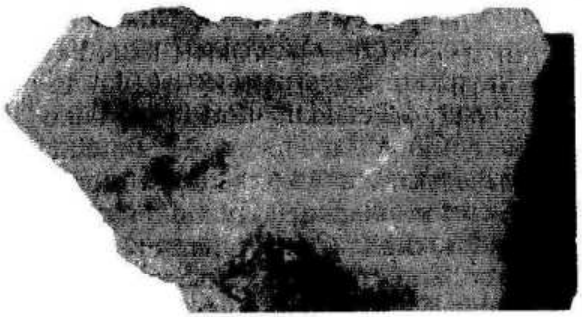
El libro de Daniel comienza recordando el primero de los tres ataques babilónicos a la región: "En el año tercero del reinado de Joacim rey de Judá, vino Nabucodonosor rey de Babilonia a Jerusalén, y la sitió" (Dan. 1:1). ¿Tenemos evidencias de la historicidad de esos reyes?

¡La respuesta es que sí! Sellos de inscripción encontrados en Debir y Bet-Semes contenían el nombre de Joacim, señalado textualmente como *rey de Judá*.[9] Además de eso, un buen número de tabletas cuneiformes desenterradas en las ruinas del palacio de Nabucodonosor fueron traducidas por el profesor Ernst F. Weidner, quien descubrió que eran una lista de provisiones alimentarias hechas por el Gobierno para empleados, extranjeros y nobles exiliados que residían en los límites de Babilonia. Entre los beneficiarios está el nombre de Joaquín, hijo de Joacim, rey de Judá, y sus cinco hijos.[10] Eso prueba no solamente su existencia, sino también que él y su familia eran cautivos de Babilonia en la época en que las tabletas fueron escritas (cerca de 592 a.C.).

Nabucodonosor, el rey del sueño olvidado (Dan. 2), fue otro cuya historicidad fue negada por los críticos. Incluso después de ser obligados a reconocer la existencia de Babilonia, pues Koldewey la había encontrado, algunos autores sugirieron que había sido fundada por una reina llamada Semiramis y no por Nabucodonosor. Ese rey, insistían ellos, ¡jamás existió!

El desciframiento, sin embargo, de los caracteres sumerios, iniciado por Henry Rawlinson, ayudó a descifrar la antigua escritura neobabilónica y, gracias a eso, fue posible leer el contenido de varias tabletas, al igual que centenares de inscripciones encontradas en las paredes de edificios públicos que tenían, con algunas variaciones, afirmaciones de loor al gran administrador e idealizador de esa obra: Nabucodonosor, el rey de Babilonia.

El autor de este libro tuvo la oportunidad de recibir uno de esos ladrillos con inscripciones cuneiformes venido directamente del sitio arqueológico de la antigua Babilonia. El objeto ya estaba en el Brasil, hacía más de veinte años, en una colección particular, sin que su propietario supiera el significado de las letras grabadas allí.



Antigua tableta babilónica que contiene el nombre de Nabucodonosor.

Roy Ernesto Schwantes

Con la ayuda de un léxico acadio, fue posible traducir la inscripción y descubrir que contenía el siguiente texto: "Yo soy Nabucodonosor, rey de Babilonia, proveedor de los templos de Eságila y Ezida, el hijo primogénito de Nabopolasar, rey de Babilonia". Comprendiendo la importancia histórica del objeto, su anterior propietario, Prof. Paulo Barboza, lo donó al Museo de Arqueología Bíblica del Centro Universitario Adventista de San Pablo, donde permanece hasta hoy, expuesto a la visitación pública.

¿Y en cuanto a Belsasar?

El redescubrimiento de Belsasar constituye otro glorioso capítulo en la historia de la arqueología bíblica. Aunque los escépticos tuvieron que reconocer su error al negar la historicidad de Babilonia y también de Nabucodonosor, tenían a su favor que las listas monárquicas de Babilonia jamás incluyeron un rey por nombre Belsasar.

Tanto Jenofonte[11] como Herodoto[12] (los escritores más antiguos en contar la caída de Babilonia) no decían cuál era el rey presente allí cuando las tropas medopersas llegaron. Además, las listas monárquicas de Beroso y Ptolomeo señalaban, al igual que los textos cuneiformes, que Nabonido fue el último rey de Babilonia. No había mención alguna de cualquier regente por nombre Belsasar. Eso llevó al crítico Ferdinand Hitzig a escribir, en 1850, que Belsasar era

"una fantasía nacida en la imaginación del escritor judío".[13]

¿Sería este un caso en el que la arqueología y la historia desmentirían a la Biblia? A fin de cuentas, mientras que las primeras decían que el último rey babilonio fue Nabonido, la otra señalaba a un tal Belsasar, cuyo nombre no era mencionado por nadie más, a no ser por el texto bíblico mismo.

La luz esclarecedora comenzó a llegar en 1861, cuando el asiriólogo W. H. F. Talbot publicó la traducción de una tableta cuneiforme titulada "La oración de Nabonido", que H. C. Rawlinson había descubierto siete años antes, pero que quedó archivada en los sótanos del Museo Británico. En el texto, el rey pide al dios Sin (dios Luna) que proteja a su hijo primogénito, cuyo nombre estaba claramente grabado como *Bel-shar-usur*, o Belsasar.[14] Entonces, hubo alguien en la familia real con ese nombre, y era hijo de Nabonido.

Pero la Biblia menciona que Belsasar era "hijo de Nabucodonosor". Esto, sin embargo, no sería un problema, si entendemos que era normal, en los antiguos listados, titular a cualquier sucesor al trono como "hijo" del rey más brillante de la genealogía, aunque este fuera, en realidad, su tataranieto o no tuviera relación sanguínea con él. Jesús, por ejemplo, cuando fue aclamado por algunos para ser el rey de Israel, fue correctamente llamado "Hijo de David". Una antigua inscripción asiria, ya mencionada en este libro, señala que Jehú era "hijo de Omri", cuando, en realidad, Jehú era hijo de Josafat. Omri ascendió al trono treinta y tantos años antes que Jehú. Entonces, la palabra "hijo", aplicada en esa situación de realeza, simplemente significaba un sucesor al trono y no necesariamente debía ser un pariente del rey ni su sustituto inmediato. Bastaba ser legítimamente coronado.

La entronización de Nabonido se dio después del asesinato de dos sucesores directos de Nabucodonosor. Nabonido no era descendiente del rey ni tenía sangre real; sin embargo, logró hacer suficientes alianzas para colocarse en el poder y mantenerse firme por muchos años.

Sus inscripciones muestran que intentó pregonar que su ascenso al poder, aunque sin el derecho sanguíneo, se dio por la voluntad de los dioses de Babilonia.[15] Nabonido también era un excelente soldado y tenía edad suficiente como para tener un hijo maduro como Belsasar.

Por lo tanto, aunque renuentes, los críticos tuvieron que aceptar la historicidad de Belsasar, cuyo nombre comenzó a aparecer en otros textos de Nabonido, a medida que eran traducidos. Pero, todavía restaba el argumento de que ninguno de esos documentos lo señalaban como "rey", tal como lo hace el relato bíblico.

No obstante, Teófilus G. Pinches escribió una nota, en 1882, en

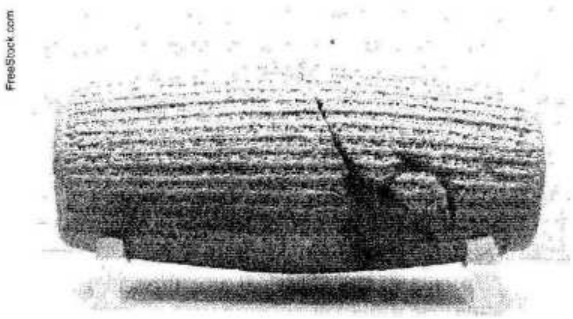
la que citaba un pasaje de las "Crónicas de Nabonido" (otra colección de tabletas que fue encontrada), que mencionaba a Belsasar como una especie de "rey".[16] El pasaje referido está en las líneas 18 a 21 de la segunda columna de las Crónicas de Nabonido (Tableta 38, 299). Allí dice: "Él confió el país a su [hijo] primogénito, las tropas en todo lugar del país ordenó que obedecieran su [mando]. Y él mismo salió en un viaje largo".

Según la comprensión de Pinches, al "confiar" el país y el ejército a su hijo, Nabonido hizo de él una especie de general o jefe de estado interino durante sus constantes ausencias de la capital del reino. Por eso recibía un tratamiento monárquico, aunque, oficialmente, no fuera el rey.

Otro pasaje, mencionado por Stephen L. Caiger,[17] confirma el entendimiento de Pinches: "En el séptimo año [549 (?)], Nabonido estaba en la ciudad de Tema [su nueva residencia de verano construida en Siria]. El hijo del rey [Belsasar], el gran hombre y sus tropas estaban en la tierra de Acad [nombre dado al imperio babilónico]. El rey mismo no vino a Babilonia [la capital]".

Ahora tiene sentido el hecho de que Daniel lo llame "rey". También se vuelve perfectamente claro que en su ofrecimiento de honra para quien descifrara la escritura en la pared, Belsasar ofreciera el tercer lugar en el reino y no el segundo, como hizo Faraón en la historia de José (comparar Dan. 5:29 con Gén. 41:40-44). A fin de cuentas, él mismo ya ocupaba el segundo lugar y, por lo tanto, solo podía ofrecer el puesto inmediatamente inferior al suyo; en este caso, el tercero.

La caída de Babilonia



Cilindro de Ciro que describe la conquista de Babilonia (siglo VI a.C.).

Las crónicas babilónicas confirman que no fue Nabonido quien estaba al mando de la capital cuando los medopersas atacaron la ciudad, tal como lo describe el capítulo 5 de Daniel. En varias partes el texto cuneiforme, que menciona los principales años del gobierno de Nabonido, da la impresión de que era un monarca ausente,

que prefería la paz del oasis de Tema a los quehaceres burocráticos de la capital de su reino. La expresión repetida constantemente que nos lleva a pensar así es: " [...] el rey [Nabonido] [permaneció] en Tema, pues el príncipe de la corona [Belsasar], sus oficiales y su ejército [estaban] en Acad [Babilonia]".[18]

A continuación, el texto menciona que los ejércitos de Ciro y de un tal Gobryas [Darío (?)] "entraron en la ciudad de Babilonia *sin batalla*",[19] lo cual tiene mucho sentido si recordamos que, según el libro de Daniel, todos estaban borrachos, pues había una fiesta en homenaje a los dioses. Es más, el relato sigue diciendo que Gobryas entró al palacio en el undécimo día, a la noche, y mató, según la traducción hecha por Pinches, "al [mismo] hijo del rey".[20]

En ese ingreso a Babilonia en el "undécimo día", es posible ver una concordancia con la afirmación bíblica que dice: "En aquella misma noche fue muerto Belsasar, rey de los caldeos" (Dan. 5:30).

Referencias

[1] *Cf.* Frederico A. Arborio Mella, *Dos Sumérios a Babel: A Mesopotámica, História, Civilizaçao, Cultura* (San Pablo: Hemus, s.f.), p. 11; C. W. Ceram, *Deuses, Túmulos e Sábios* (San Pablo: Melhoramentos, 1972), p. 193.

[2] Ejemplo: Josué 10:3, 5, 31-35; 12:11; 15:39; 2 Rey. 14:19; 18:14, 17; 2 Crón. 11:9; 25:27; 32:9; Neh. 11:30; Isa. 36:2; Jer. 34:7, etc.

[3] *ANET*, p. 322.

[4] *Ibíd.*

[5] W. F. Albright, "The Oldest Hebrew Letters", *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 7 (1938), p. 17; Stephen L. Caiger, *Bible and Spade*, apéndice II.

[6] Fecha sugerida en http://www.bible-history.com/map_baylonian_captivity/map_of_the_deportation_of_judah_archaeology_and_the_babylonian_captivity.html, visitado el 4 de mayo de 2006.

[7] *ANET*, p. 564.

[8] Alfred J. Hoerth, p. 369.

[9] W. F. Albright, "The Seal of Eliakim and the Latest Preexilic History of Judah With Some Observations on Ezekiel", *Journal of Biblical Literature* 51 (1932), pp. 77-106.

[10] W. F. Albright, "King Joiachin in Exile", *The Biblical Archaeologist* 5 (1942), pp. 49-55.

[11] *Cyropaedia*, 7.5.28-30.

[12] *As Histórias*, 1.191.

[13] Citado en Allan R. Millard, "Daniel and Belshazzar in History", *Biblical Archaeology Review* (1985), pp. 72-78. Vea también Edwin M. Yamauchi, "The Archaeological Confirmation of Suspect Elements in the Classical and Biblical Traditions", *The Law and the Prophets*, J. Skilton, ed. (Filadelfia: Presbyterian and Reformed, 1974), pp. 54-70.

[14] William Shea, "Nabonidus, Belshazzar, and the Book of Daniel: An Update", *Andrews University Seminary Studies* (1982), pp. 133-149; C. Mervyn Maxwell, *God Cares: The Message of Daniel* (Mountain View: Pacific Press, 1981), pp. 86, 87.

[15] R. F. Harper, *Assyrian and Babylonian Literature* (Londres: Appleton and Co., 1901), pp. 163-168.

[16] Theophilus G. Pinches, *Transactions of the Society of Biblical Archaeology* (1882), t. 7, p. 150. Vea también William Shea, "An Unrecognized Vassal King of Babylon in the Early Achaemenid Period, III", *Andrews University Seminary Studies* 10 (1972), pp. 88-117 [especialmente pp. 95-111].

[17] Stephen L. Caiger, *Bible and Spade*, p. 51.

[18] *ANET*, p. 306.

[19] *Ibíd.*

[20] El texto es oscuro, pues está dañado en esa parte. Pinches lo traduce como: "Y el hijo del rey murió", pero el *ANET* sugiere que sería: "y la [espo]sa del rey murió".

¿Podemos confiar en el texto bíblico?

CAPÍTULO 16

Aunque la Biblia sea la legítima Palabra de Dios aceptada por muchas personas, existe una parte de su estudio que requiere un esfuerzo más técnico y científico. La historia de una producción literaria que refleje una época y una cultura distantes puede, a veces, ser misteriosa. Por eso, se creó la Ciencia Bíblica, más comúnmente conocida como Hermenéutica o, en algunos casos, Exégesis.

La disciplina está dividida en muchas ciencias auxiliares y especialidades que pueden beneficiar al lector común en su estudio de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, es claro que en vista de los límites y de la precariedad de cualquier ciencia humana, esta no está exenta de posibles errores. Además, no debe ser un fin en sí misma, ni enarbolar cualquier superioridad con respecto al texto mismo de la Biblia.

Y, al hablar sobre el texto bíblico, destacamos la importancia de la Crítica Textual, una disciplina que intenta restaurar el texto original de un documento antiguo que fue alterado en el proceso de copia y recopia a lo largo de la historia.

Como usted sabe, antes de la invención de la imprenta, los libros eran escritos y reproducidos a mano, y eso ocasionaba errores y discontinuidades en las copias en relación con el original. Imagine que un escriba estuviera copiando una epístola y, en un momento de "descuido", escribiera "Bernardo", cuando el texto original decía "Mercado". Eso podría crear un error sistémico, pues otro escriba que usara su copia como texto reproduciría el error, pasándolo a un nuevo documento, y así sucesivamente. Alguien incluso podría confundir "Bernardo" (que ya era un error) con "Abelardo", y ahí la cosa quedaría más complicada: tendríamos dos errores en lugar de uno.

Eso, sin embargo, no sería un problema si tuviéramos el autógrafo en nuestras manos, es decir, el texto original que salió de las manos del autor. Bastaría solamente con compararlo con las demás copias y ver cuál sería correcta y cuál, o cuales, estarían equivocadas. Pero es aquí donde comienza el problema hermenéutico de las

Escrituras: no poseemos el autógrafo de ningún libro de la Biblia. Solamente tenemos copias más o menos exactas.

Todos los originales de Pablo, Juan, Pedro, Lucas y otros se perdieron con el tiempo. Y, para peor, las copias preservadas son tardías, datan de por lo menos tres o cuatro siglos después de Cristo, salvo, por supuesto, algunos fragmentos más antiguos que contienen apenas unos pocos versículos, como es el caso del Papiro John Rylands (p^{52}), comúnmente datado en torno al año 130 d.C. y que contiene, de un lado, el texto de Juan 18:31 al 33 y, del otro lado, Juan 18:37 y 38. ¿Quién garantiza, entonces, que los autógrafos no fueron modificados drásticamente a lo largo del tiempo?

La indagación se vuelve todavía más seria si recordamos que los libros del Antiguo Testamento son más antiguos que los del Nuevo, y la brecha entre estos y la colección disponible es aún mayor. La copia hebrea de Isaías, por ejemplo, producida por copistas judíos de la Edad Media (llamados *masoretas*), distaba más de mil años de su original.

Que hubo cambios durante ese tiempo es claro por el hecho que prácticamente no existen dos copias exactamente iguales de los manuscritos de la Biblia. Tanto es así que las diferencias ya fueron catalogadas en las ediciones críticas y recibieron el nombre técnico de "variantes textuales". Un ejemplo simple puede ser visto en el pasaje de Apocalipsis 22:14. Algunos textos dicen "bienaventurados los que guardan sus mandamientos", mientras que otros transcriben "bienaventurados los que lavan sus vestiduras". A grandes rasgos, es posible decir que esa variante surgió por la semejanza entre las palabras "mandamientos" (*entolas*) y "vestiduras" (*stolas*), que son muy parecidas en griego, incluso en su forma acusativa plural. Aquí queda claro que hubo un descuido del copista, aunque sea difícil, en este caso, saber con exactitud cuál era el texto original.

La cuestión, entonces, es saber cuál fue el grado de modificación sufrido por los textos. ¿Fue periférico o afectó el contenido de manera sustancial? ¿Se vería perjudicado el mensaje bíblico por las variantes?

En realidad, son pocos los textos con un elevado grado de incertidumbre, como es el caso de Apocalipsis 22:14. La gran mayoría ya fue analizada científicamente, de modo que la Biblia es el libro mejor investigado en términos de crítica textual. Les gana por lejos a todos los otros clásicos antiguos de la humanidad. Para tener una noción de lo que eso significa, basta decir que, solamente del Nuevo Testamento, existen más de cinco mil trescientas copias antiguas, además de unas ocho mil de la Vulgata Latina y cerca de nueve mil trescientas en otras versiones primitivas, como la versión en copto o la versión siríaca. Eso contrasta mucho con el segundo

libro más autenticado del mundo, *La Ílíada*, de Homero, de la cual existen solamente 643 copias manuscritas.

Observe, en el cuadro de abajo, un pequeño ejemplo de la "ventaja" textual del Nuevo Testamento sobre algunos clásicos antiguos de la humanidad.[1]

Autor	Cuándo fue escrito	Copia más antigua que poseemos	Intervalo entre el original	Número de copias
Julio César (*La guerra de las Galias*)	100-44 a.C	900 d.C.	1.000 años	10
Tito Livio (*Anales del pueblo romano*)	59 a.C.-17 d.C.	300 d.C.	360 años	20[2]
Sófocles	496-406 a.C	900 d.C.	1.400 años	193
Platón (*Tetralogías*)	427-347 a.C	900 d.C.	1.200 años	7
Tácito (*Anales e historias*)	100 d.C.	1100 d.C.	1.300 años	8
Herodoto (*Historia*)	480-400 a.C.	900 d.C.	1.300 años	8
Plinio el joven (*Historia*)	61-113 d.C	850 d.C.	750 años	7
Homero (*La Ilíada*)	900 a.C.	400 a.C.	500 años	643
Demóstenes	383-322 a.C.	1100 d.C.	1.300 años	200
Aristóteles	384-322 a.C.	1100 d.C.	1.400 años	49
Suetonio (*Historia*)	75-160 d.C.	950 d.C.	800 años	8
Nuevo Testamento	50-100 d.C.	130 d.C.	Menos de 100 años	Más de 5.300

Como se puede ver, solamente el Nuevo Testamento en griego posee casi cinco veces más copias que la suma de todos los demás clásicos. Y esa comparación textual no para aquí. Bruce Metzger,[3] uno de los más renombrados especialistas en Crítica Textual, hizo una esmerada comparación entre *La Iliada* de Homero, el *Mahabharata* (libro sagrado de los hindúes) y el Nuevo Testamento. Su conclusión fue que, de las casi 20 mil líneas que componen el Nuevo Testamento, solamente 40 permanecen dudosas en cuanto a su original. Entonces, el 99,5% del texto es críticamente confiable. De *La Iliada*, sin embargo, se pudo constatar que de sus 15.600 líneas, 764 eran cuestionadas por los especialistas, ¡19 veces más que la cantidad bíblica! Y, finalmente, del *Mahabharata*, que es 8 veces más grande que *La Ilíada*, tendríamos por lo menos 26 mil líneas cuya originalidad también puede ser puesta en duda, un número mucho mayor que el porcentaje bíblico.

Corresponde observar que ninguno de esos pasajes dudosos del Nuevo Testamento presenta peligro para la fe cristiana. Son cerca

de 400 palabras dudosas, como las que aparecen en el texto de Apocalipsis 22:14 y que mencionamos arriba. Nótese también que ninguna doctrina fundamental del cristianismo se asienta sobre pasajes cuya lectura es disputada entre los especialistas. La doctrina de la Trinidad, por ejemplo, no se sustenta en el texto de 1 Juan 5:7, cuya autenticidad es seriamente cuestionada por los especialistas.

Existen otros argumentos excelentes a favor de la confiabilidad textual de la Biblia. Pero, no los reproduciremos aquí por cuestión de espacio y porque escapan a los objetivos de este libro. No obstante, veamos una confirmación más, esta vez acerca de la integridad textual del Antiguo Testamento: se trata del descubrimiento sensacional de los Rollos del Mar Muerto.

El hallazgo

Hasta el descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto, la copia más antigua en hebreo que poseíamos del texto completo del Antiguo Testamento databa de 1008 d.C. Era el *Codex Babylonicus Petropolitanus*, que fue producido 1.400 años después de que el Antiguo Testamento fuera completado, una brecha muy complicada para establecer la confiabilidad textual de las Escrituras. Estaba, por supuesto, el *Papiro Nash*, una porción hebrea de Deuteronomio 6:4 y 5, que fue encontrado en 1902 y datado en torno al siglo I a.C., pero su contenido, como se puede notar, era muy pequeño para grandes conclusiones.

Así, con copias de manuscritos tan tardías a disposición, los especialistas en Teología Bíblica se enfrentaban constantemente con el problema de probar que no hubo graves alteraciones anteriores a las copias que poseíamos. ¿Se imagina si algún capítulo hubiera sido aumentado o suprimido deliberadamente?

En 1939, Sir Frederic Kenyon,[4] director del Museo Británico, expresó su pesimismo al decir que no creía en la posibilidad de encontrar siquiera un manuscrito del texto hebreo que fuera anterior al período de la formación del texto masorético (copiado probablemente entre los años 500 y 1000 d.C.).[5] La "imposibilidad" se tornó milagrosamente "posible", en un hallazgo bastante providencial. Y Kenyon vivió lo suficiente como para ser testigo del hallazgo.

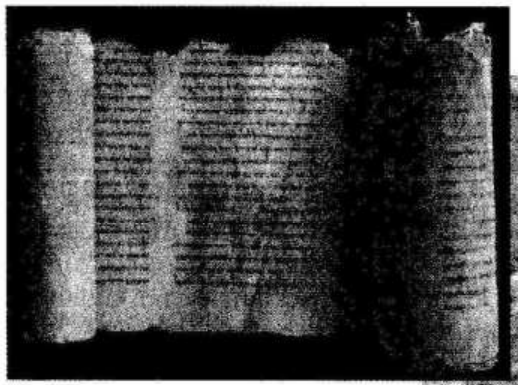
Todo sucedió en 1947 cuando, según una de las muchas versiones, un niño beduino llamado Muhammed Ahme el-Hamed (conocido como "edh-Dhib", el lobo), salió en busca de algunas cabras perdidas y se encontró con una gruta en la región de Qumrán, que queda cerca del Mar Muerto, en el sur de la antigua Judea. Curioso, tiró una piedrecitas en la hendidura (tal vez para verificar si los

animales estaban allí adentro) y lo que oyó fue el ruido de jarros que se quebraban.

Corriendo al campamento de su tribu (los *ta'amireh*), llamó a un adulto y lo llevó hasta el lugar del hallazgo, con la esperanza de que se tratara de un gran tesoro. Juntos, escalaron la pared (pues la cueva quedaba en un resbaladizo terreno en el borde de la meseta) y se sorprendieron al encontrar, dentro de la cueva, grandes jarros de barro con tapa, lo cual aumentó la idea de que contuvieran oro o piedras preciosas.

Para su frustración, sin embargo, lo que encontraron en las vasijas eran rollos de manuscritos envueltos en tejido. Algunos dicen que vendieron los jarrones (siete en total) a un comerciante en Belén, que llegó a adornar su tienda con los antiguos pergaminos. Otros afirman que los vendieron a un zapatero cristiano sirio, que los compró con el fin de usar el cuero para remendar zapatos. Sea como fuere, pareciera que algunos miembros del grupo se dieron cuenta de que los manuscritos podrían ser valiosos para coleccionadores, e investigaron por cuenta propia otras cavernas en busca de nuevos pergaminos. Hasta que, finalmente, fueron detenidos por el Departamento de Antigüedades de Jordania, que prohibía excavaciones clandestinas. El Estado de Israel (reconocido formalmente recién el 14 de mayo de 1948) solo ocuparía Cisjordania después de la Guerra de los Seis Días, en 1967; por eso, la región todavía estaba bajo el dominio de Jordania.

Con las pistas dadas por los beduinos y la ayuda de los arqueólogos de la École Biblique [Escuela Bíblica] de Jerusalén, de la American School of Oriental Research [Escuela Americana de Investigaciones Orientales] (hoy Museo Rockefeller), se descubrieron, investigaron y catalogaron once cuevas que contenían manuscritos antiguos. Entre los rollos, había muchas copias de textos del Antiguo Testamento, que datan de aproximadamente trescientos



FreeStock

Autor

A la izquierda: El rollo del profeta Isaías. Abajo: Una de las cuevas donde fueron encontrados los Rollos del Mar Muerto.

años antes de Cristo,[6] ¡lo que significa cerca de mil años más antiguas que las copias masoréticas! Solo para recordar: la copia masorética más antigua que disponemos data del año 850 d.C.[7]

Cuando se comparó, por ejemplo, la copia de Isaías encontrada en Qumrán con el texto que hoy poseemos, se verificó que, de hecho, Dios protegió la integridad del texto, pues si hubiera cualquier cambio más comprometedor quedaría en evidencia. A fin de cuentas, el texto qumránico fue producido mucho antes, incluso, de que existiera el cristianismo.

En realidad, se encontraron en las cuevas copias de todos los libros del Antiguo Testamento, menos de Ester, que tal vez estuviera en un estado fragmentario y terminó perdiéndose junto con centenares de otros pergaminos de todos los tamaños que fueron manipulados indebidamente por los beduinos o ya estaban deteriorados por la acción del tiempo.

La cueva 4 reveló ser la más importante de todas. Aunque ningún manuscrito completo haya sido encontrado allí, el recuento oficial afirma que, como mínimo, unos 15 mil fragmentos fueron recogidos allí.[8] Era un verdadero rompecabezas gigante que correspondía a un total de aproximadamente 584 textos. De esos, 127 son bíblicos; y los restantes, culturales. Todos fueron muy importantes para el estudio crítico-textual del Antiguo Testamento y también para el conocimiento del sustrato cultural de muchas ideas del Nuevo Testamento. Un ejemplo es el fragmento de un apocalipsis arameo que tiene las expresiones "Hijo de Dios" e "Hijo del Altísimo" aplicadas al Mesías venidero: "[Él] será denominado Hijo de Dios, y lo llamarán Hijo del Altísimo. [...] Su reino será un reino eterno, y todos sus caminos en verdad y rectitud. La tierra [estará] en la verdad, y todos construirán la paz. Cesará la espada en la Tierra, y todas las ciudades le rendirán homenaje. Él es un Dios grande entre los dioses [?]. [...] Su dominio será un dominio eterno".[9]

¿Quién conservó los textos?

La actitud de esconder objetos sagrados debido a una amenaza inminente no era extraña en los tiempos bíblicos. En 2 Crónicas 34:14 al 30, está la descripción del momento en que, en medio de la reforma del Templo, Hilcías encontró los originales de Moisés que sacerdotes piadosos habían escondido durante el idolátrico reinado de Manasés. El arca que contenía los Diez Mandamientos, por lo que se sabe, fue escondida un poco antes del ataque de Nabucodonosor a Jerusalén y allí permanece oculta en algún lugar todavía no descubierto hasta el día de hoy.

Los Rollos del Mar Muerto también pudieron haberse originado en ese procedimiento. Por lo menos es lo que dicen, con algunas diferencias, autores como Karl Heinrich Rengstorf,[10] de la Universidad de Münster, en Alemania, y Norman Golb, un famoso profesor de la Universidad de Chicago.[11] Ambos creen que los manuscritos fueron traídos a toda prisa de Jerusalén (posiblemente de la biblioteca del Templo), para ser guardados en las cuevas como medida de precaución debido al avance de los romanos sobre Jerusalén.

Otra teoría más popular sugiere que algunos manuscritos fueron copiados en el lugar. Por lo menos es lo que sugiere la localización de los restos de una comunidad judaica que había en la meseta. Ellos poseían allí una escuela posiblemente sectaria que contenía habitaciones, comedores, lugar de culto y hasta un *scriptorium*, es decir, un ambiente especial para el trabajo de los copistas. El hallazgo de algunos tinteros y plumas corrobora esa opinión.

Pero ¿quiénes serían los habitantes de esa comunidad? Bien, Josefo habla de tres segmentos judaicos de su época: fariseos, saduceos y esenios.[12] El tercer grupo es descrito como el más "extraordinariamente interesado en antiguos escritos".[13] Además de eso, el historiador Plinio, en su *Historia natural*, menciona la región del Mar Muerto, entre En-gadi y Masada, como el hogar de los esenios que moraban en el desierto. Los restos de Khirbet Qumrán ¡están perfectamente encuadrados en esa ubicación!

Además, autores como Todd Beall[14] y Magen Broshi[15] hicieron una detenida comparación entre las creencias esenias (recuperadas de antiguas descripciones como las de Josefo) y los textos de Qumrán. No solamente es sorprendente la semejanza, sino también es admirable el hecho de que no haya allí nada que desentone con el pensamiento del grupo. Lo mismo no puede ser dicho ni de los fariseos ni de los saduceos, que poseían muchas divergencias doctrinarias con los manuscritos encontrados.

Sin embargo, existen objeciones también a esa teoría, suponiendo que la comunidad fuese otro grupo separatista aún desconocido, que habría roto con el sistema del Templo y, por eso, creó una comunidad aislada en el desierto. Otra idea más reciente sugiere que Qumrán era originalmente una escuela de sacerdotes que se formó en Jerusalén, pero que fue obligada a migrar al desierto por causa de las persecuciones de Antíoco Epífanes.

Sea cual fuere la teoría aceptada, el hecho es que los manuscritos mostraron al mundo entero la integridad textual de más del noventa por ciento de la Biblia hebrea; y eso, por sí solo, ya sería suficiente para conmemorar.

Especulaciones y sensacionalismo

Como siempre sucedió en toda la historia de la arqueología bíblica, nuevamente aquí, los tabloides sensacionalistas no perdieron tiempo en comenzar a divulgar ideas de un supuesto complot para impedir que el contenido de los manuscritos saliera a luz. Estos contendrían, según algunos periodistas, una serie de informaciones que comprometerían la historia del cristianismo.

De hecho, hubo una cierta demora en la publicación de los textos, que dio combustible para la hoguera de las especulaciones. El problema era que el trabajo de montaje de miles de fragmentos, a veces midiendo poco más de un centímetro, no era algo tan simple.

En la mente laica de los sensacionalistas, los manuscritos habrían sido encontrados como si fueran libros polvorientos en un estante de poco más de cincuenta años. Bastaba con leerlos y decir su significado. El trabajo meticuloso de los equipos no era ni por lejos parecido a eso.

Los miles de fragmentos debían ser desdoblados y separados (pues, a veces, estaban pegados unos a otros). Entonces venía la delicada tarea de limpieza, que exige bastante pericia y soluciones muy costosas. Luego llegaba la hora de clasificarlos por grupo y comenzar el lento trabajo de montaje del rompecabezas.

Dado que faltaban muchas partes, a veces era prácticamente imposible reconstruir el párrafo o incluso un texto entero, aunque estuviera agrupado por el color del pergamino y por el formato de la letra. Toda esa identificación requirió dinero, tiempo, paciencia y un alto grado de habilidad. Por eso hubo demora.

Posteriormente, otras razones de orden técnico y político (debido a las guerras de Medio Oriente) resultaron en un atraso para las publicaciones, que debían ser lanzadas al público entre 1960 y 1970. Hoy, sin embargo, pasada toda esa efervescencia, los manuscritos están en su mayoría publicados en ediciones críticas y populares, incluso en español.[16] Contrariamente a la predicción de los minimalistas, no hubo nada, ni una coma siquiera, que pudiese debilitar el mensaje y el entendimiento que tenemos acerca de Jesucristo. Por el contrario, se amplió la comprensión del contexto histórico de su movimiento.

Los manuscritos del mar Muerto trajeron a luz una gran cantidad de datos que detallan de forma inédita el judaísmo practicado en el siglo I antes y después de Cristo. Sea o no correcta su identificación con los esenios, el hecho es que presentan una innumerable cantidad de información sobre un grupo específico de judíos que, como los primeros seguidores de Jesús, tampoco estaban contentos

con muchas cosas que ocurrían en la gran ciudad de Jerusalén.

Todo eso, por supuesto, es secundario al hecho de que presentan de forma clara la confiabilidad textual de las Sagradas Escrituras, la verdadera y legítima Palabra de Dios.

Referencias

[1] Este cuadro comparativo fue adaptado de varias fuentes: F. F. Bruce, *The New Testament Documents: Are They Reliable?* (Downers Grove: InterVarsity, 1960), p. 16; Norman L. Geisler, "New Testament Manuscripts", en *Baker Encyclopedia of Christian Apologetics*, ed. Norman Geisler (Grand Rapids: Baker, 1999), p. 532; Richard M. Fales, "Archaeology and History Attest to the Reliability of the Bible", en *The Evidence Bible*, ed. Ray Comfort (Gainesville, FL: Bridge-Logos Publishers, 2001), p. 163; y Paul D. Wegner, *The Journey from Texts to Translations: The Origin and Development of the Bible* (Grand Rapids: Baker, 2002), p. 235.

[2] De esa obra de Tito Livio, es importante resaltar que solamente 35 de los 142 tomos de la obra original sobrevivieron hasta nuestros días. Y de los 20 manuscritos solamente uno (un fragmento con tres párrafos) puede ser datado en el siglo IV; los demás son mucho más tardíos. Ver F. F. Bruce, p. 16; Paul D. Wegner, p. 235.

[3] Bruce M. Metzger, "Trends in the Textual Criticism of *The Iliad*, the Mahabharata, and the New Testament", *Journal of Biblical Literature* 65 (1946), pp. 339-352.

[4] Frederic G. Kenyon, *Our Bible and Ancient Manuscripts* (Nueva York: Harper & Brothers, 1941).

[5] Julio Trebolle Barrera, *La Biblia judía y la Biblia cristiana: Introducción a la historia de la Biblia* (Madrid: Editorial Trotta, 1993), p. 318. Hay, sin embargo, autores que colocan la producción del texto masorético recién a partir del año 750. Vea Josef Scharbert, *Das Sachbuch zur Bibel* (Aschaffenburg: Paul Pattloch Verlag, 1965), p. 160.

[6] La datación radiométrica más reciente, llamada espectrometría con acelerador de masas, registró que algunos manuscritos de Qumrán tendrían cerca de 200 años más que la fecha hasmonea dada por los paleógrafos (300 a.C. y no 100 a.C.). Vea la información en G. Bonani *et. al.*, "Radiocarbon Dating of the Dead Sea Scrolls", *Atiqot* 20 (1991), pp. 27-32; "Radiocarbon Dating of Fourteen Dead Sea Scrolls", *Radiocarbon* 34/3 (1992), pp. 843-849.

[7] Hasta el descubrimiento de los manuscritos de Qumrán (Mar Muerto), los manuscritos más antiguos y más importantes del Antiguo Testamento en hebreo eran los siguientes:

* Manuscrito Oriental n° 4.445 del Museo Británico: se trata de una copia del Pentateuco (Gén. 39:20 a Deut. 1:33), cuyo texto se remonta al año 850 d.C.

* El Códice de los profetas anteriores y posteriores de la sinagoga caraíta de El Cairo. Fue escrito en Tiberíades, en 895 d.C. Los profetas anteriores son: Josué, Jueces, Samuel y Reyes. Los posteriores son: Isaías Jeremías, Ezequiel, los doce (Profetas Menores).

* El Códice Petropolitano, escrito en 916 d.C. (o 930 d.C.), proviene de Crimea. Contiene solamente los profetas posteriores. Está en la biblioteca de Leningrado (Rusia).

* El Códice de Alepo, de cerca de 980 d.C., contiene todo el texto del Antiguo Testamento. Era guardado celosamente por la sinagoga sefardita de Alepo. Fue llevado de contrabando en años recientes de Siria a Israel. Será utilizado como la base de la nueva Biblia Hebrea, que está siendo preparada por la Universidad Hebraica, de Jerusalén.

* El Códice de San Petersburgo (B 19a). También está en la biblioteca de Leningrado. Fue escrito cerca del año 1000 d.C. Fue copiado en el año 1008-9 d.C., en El Cairo. Ese, por un tiempo, fue el manuscrito completo más antiguo del Antiguo Testamento con fecha conocida. Es la base de la actual Biblia Hebraica Stuttgartensia.

[8] R. de Vaux y J. T. Milik, "Qumrân grotte 4.II: Archéologie; II: Tefilin, Mezuzot et Tergums (4Q128-4'157)", en Benoit, ed., *Discoveries in the Judaean Desert* (Oxford: Clarendon, 1977).

[9] 4Q246, en Florentino García Martinez, *Textos de Qumrán* (Petrópolis: Vozes, 1995), p. 179.

[10] Karl-Henrich Rengstorf, *Kirbert Qumran un die Bibliothek vom Toten Meer* [*colección*: Studia Delitzchiana] (Stuttgart: Kolhammer, 1960).

[11] La tesis de Norman Golb puede ser encontrada en portugués bajo el título *Quem Escreveu os Manuscritos do Mar Morto?* (Río de Janeiro: Imago, 1996).

[12] *Guerras Judaicas* 2. 8. 2.

[13] *Antigüedades* 18. 2.

[14] Todd S. Beall, *Josephus' Description of the Essene Illustrated by the Dead Sea Scrolls*, Society for New Testament Studies Monograph, Series 58 (Cambridge: University Press, 1988).

[15] Citado por Randall Price, *Secrets of the Dead Sea Scrolls* (Eugene: Harvest House, 1996), p. 105.

[16] La primera y más importante publicación de los manuscritos de la edición completa de todos los manuscritos en microfichas que permitían al lector ver los originales y visualizar los textos fue hecha en 1993. Emanuel Tov y Stephen Phann, eds., *The Dead Sea Scrolls on Microfiche: A comprehensive Facsimile Edition of the Texts from the Judaean Desert* (Leiden: IDC- E. J. Brill, 1993). En español, sin embargo, la publicación de los textos traducidos fue apareciendo poco a poco. El libro de Antonio González Lamadrid, *Los descubrimientos del Mar Muerto* (Madrid: BAC, 1971), aporta en traducción esmerada un buen número de textos, pero todavía insuficientes, porque no era su objetivo divulgar los documentos. Más tarde, apareció en tamaño de bolsillo el libro preparado por J. Jiménez y F. Bonhomme *Los documentos de Qumram* (Madrid: Cristiandad, 1976). Contiene los principales documentos conocidos en aquellos años, pero la traducción está hecha sin ningún afán crítico o científico; los editores solo pretendieron facilitar la lectura de algunos documentos difíciles, que habían suscitado un enorme interés en esa época. Más recientemente, se publicó en español una de las traducciones más completas: Florentino García Martínez, *Textos de Qumram* (Madrid: Trotta, 1992).

La arqueología y Jesús

CAPÍTULO 17

En el siglo XVIII, Alemania pasó por un período de fuerte sobrevalorización del racionalismo en detrimento de la fe, especialmente esa "fe cristiana" que se basa en los evangelios. Fue el llamado Iluminismo Alemán (Aufklärung), que surgió como resultado obvio de un espíritu crítico-racionalista que dominaba toda Europa.

La pretensión básica de los iluministas alemanes era crear una religión cristiana más racional y menos sentimentalista. Se sentían presionados a no ceder al extremo de un dogmatismo infundado, como juzgaban ser las creencias oficiales de la iglesia, ni caer en la negación completa de Cristo, como hicieron los pensadores franceses. Entonces, comenzaron a surgir varios teólogos que pretendían exponer teorías sobre quién habría sido Jesucristo. Sus nuevas ideas acerca del fundador del cristianismo contradicen totalmente la visión tradicional de la iglesia acerca del Hijo de Dios. Hacían una distinción entre el Jesús Histórico (*historischer Jesus*) y el Cristo de la fe (*geschichtlicher Christus*).[1] El primero, si existió, constituyó el Jesús históricamente real, mientras que el segundo sería un ser mitológico "inventado" y "mantenido" por la iglesia a través de los tiempos.[2]

¿Existió Jesús?

La gran pregunta suscitada por los críticos europeos era: ¿podemos conocer históricamente a Jesús? ¿Podemos tener la certeza de su existencia y de la confiabilidad histórica de los cuatro evangelios?

De todas las ramas científicas disponibles en ese momento, la arqueología bíblica, recién inaugurada, fue, con certeza, la mejor opción para responder a esa problemática. Muchas cosas ya habían sido descubiertas que confirmaban la historicidad de varias secciones del Antiguo Testamento. Faltaba ahora saber si el mismo método tendría algo que decir con respecto a Jesús.

Las respuestas comenzaron a surgir con las ya mencionadas excavaciones en Palestina (hoy Israel), y también con el redescubrimiento de varios documentos romanos y judíos que confirmaron la primera de todas las cuestiones: la existencia histórica de un hombre llamado Jesús de Nazaret.

Flavio Josefo (*c.* 37-100 d.C.), un historiador judío que se alió con los romanos, escribió un clásico tratado sobre la historia de los judíos, desde sus comienzos hasta el siglo I d.C., período en el que él mismo vivió. Menciona nominalmente a Jesús en por lo menos tres ocasiones, aunque la última sea reconocidamente una interpolación tardía y, por lo tanto, no merece ser valorada.

En una designación muy clara del ministerio de nuestro Salvador, Flavio Josefo escribió:

"Por aquel tiempo existió un hombre sabio, llamado Jesús, si es lícito llamarlo hombre, porque realizó grandes milagros y fue maestro de aquellos hombres que aceptan con placer la verdad [cosas extrañas].[3] Atrajo a muchos judíos y muchos gentiles. Era [considerado o llamado][4] el Cristo. Delatado por los principales de los judíos, Pilato lo condenó a la crucifixión. Aquellos que antes lo habían amado no dejaron de hacerlo [de proclamar que],[4] porque se les apareció al tercer día resucitado; los profetas habían anunciado este y mil otros hechos maravillosos acerca de él. Desde entonces hasta la actualidad, existe la agrupación de los cristianos".[5]

Note que Josefo reconoce los hechos extraordinarios de Cristo, lo que podría ser una evidencia testimonial de los milagros. No era seguidor del Nazareno y, por lo tanto, no tendría por qué repetir el testimonio de sus hechos, a menos que fuesen suficientemente "históricos" como para ser mencionados. Josefo, muy probablemente, no habría visto en persona ninguno de los milagros (pues nació después de la muerte de Jesús), pero conoció testigos presenciales de los fantásticos acontecimientos relacionados con el ministerio del Hijo de Dios, incluso su muerte y resurrección. Hablando del golpe de Estado realizado por el sumo sacerdote Anán (o Hananías), después de la muerte de Festo (62 d.C.), Josefo también dice que el sacerdote saduceo "reunió al Sanedrín. Llamó a juicio al hermano de Jesús, que se llamó Cristo; su nombre era Jacobo, y con él hizo comparecer a varios otros. Los acusó de ser infractores de la ley y los condenó a ser apedreados".[6]

A partir del siglo XVI, muchos autores pusieron en duda la autenticidad de esos párrafos que, si pertenecen a la obra, datarían del año 93/4 d.C. Algunos más escépticos intentaron argumentar que esas partes serían interpolaciones hechas posteriormente por escribas cristianos que vivían enclaustrados en monasterios produciendo copias de manuscritos. Sin embargo, su conjetura carece de

mayor atestación textual, pues todas las traducciones más antiguas y todos los manuscritos griegos de Josefo (desde los mejores hasta los menos confiables) tienen, con pequeñas variaciones, ese contenido.[7]

La obra *Las guerras de los judíos* contiene un largo pasaje, atestado solamente por una antigua versión eslava que, definitivamente, parece ser una interpolación tardía no digna de crédito. Por eso, como ya dijimos, no la mencionaremos aquí.

Fuentes romanas

Mencionaremos, a modo de ilustración, dos menciones históricas romanas acerca de Cristo. La primera viene del historiador Tácito, que, al describir en el año 115 d.C. el incendio de Roma ocurrido en el año 64 d.C., mencionó la persecución de Nerón a los cristianos y el nombre de Cristo, que, para su entendimiento, no era un título, sino un nombre propio:

"Ningún esfuerzo humano, ni el poder del emperador, ni las ceremonias para aplacar la ira de los dioses, hicieron cesar la opinión infame de que el incendio [de Roma] había sido mandado. Por eso, con el propósito de tapar el rumor, Nerón presentó como culpables y condenó a tortura a aquellas personas odiadas por su propia torpeza, que la población llamaba 'cristianos'. Tal nombre viene de Cristo, a quien, en el reinado de Tiberio, el procurador Poncio Pilato entregó al suplicio. Reprimida en ese momento, esa execrable superstición hizo irrumpir nuevamente, no solo en Judea, cuna de aquel mal, sino también en Roma, donde converge y donde se esparce todo lo que hay de horrendo y vergonzoso en el mundo. Se comenzó, pues, por perseguir a aquellos que confesaban; después, por denuncia de ellos, a una multitud inmensa, y ellos reconocieron ser culpables, salvo del crimen del incendio [...]. A su ejecución añadió burla, cubriéndolos con pieles de animales para que murieran debido a la mordedura de perros de caza, o los clavaba en cruces para que, al terminar el día, fuesen usados como antorchas nocturnas y así fueran consumidos".[8]

La segunda mención a Cristo parece venir de Suetonio (cerca de 69-122 d.C.). Él también fue un historiador romano que presentó, cerca del año 120 d.C., dos registros históricos encomendados por Roma: uno sobre la vida de Claudio y el otro sobre la vida de Nerón. En ambos, menciona algo que puede ser una referencia a Jesucristo.

En el primer texto, Suetonio comenta la expulsión de los judíos de Roma alrededor del año 49 (ver Hech. 18:2), durante el reinado

Código Nº 1001
BIBLIOTECA
CC. 6 - (3315) Leandro N. Alem - Misiones

de Claudio, y allí menciona una estrecha unión entre los judíos y un tal "Chresto", que podría ser una grafía equivocada del nombre de Cristo.

"Como los judíos estaban provocando continuos disturbios bajo la instigación de Chresto, los expulsó de Roma".[9]

Al hablar de las represiones rigurosas provocadas por el gobierno de Nerón, Suetonio comenta:

"[...] se prohibió vender en las tabernas ningún manjar cocido, a excepción de las verduras y las legumbres, cuando antes se servía todo tipo de comidas; se entregó al suplicio a los cristianos, gentes dadas a una superstición nueva y peligrosa; se prohibieron los juegos de los conductores de cuadrigas,[10] *a los que una antigua costumbre autorizaba a vagar por toda la ciudad para divertirse, y se relegaron a la vez las pantomimas*[11] *y sus facciones".*[12]

Contexto histórico

La venida de Jesús al mundo fue circundada por una serie de detalles contextuales que nos ayudan mucho a comprender el ambiente en el cual vivió. James H. Charlesworth llegó a referirse a la expresión "Investigación de Jesús" (*Jesus Research)* como un término técnico para representar los estudios científicos más recientes (posteriores a 1980) que giraban en torno a la vida de Jesús de Nazaret.[13]

Como ocurrió con los estudios del Antiguo Testamento, algunos autores mantienen también aquí una visión minimalista del asunto. Un ejemplo puede ser visto en el modo en el que algunos encaran la historicidad del juicio de Cristo. De hecho, si miramos con atención la secuencia de los hechos y el modo en el que se llevó a cabo el proceso, detectaremos una serie de irregularidades técnicas. Desde el punto de vista judío, la Mishnah determinaba que, "en casos de crimen capital, el juicio debe ser hecho durante el día y se debe llegar a un veredicto también durante el día".[14] Esa era una regla muy antigua, que ciertamente debería estar en vigor en los días de Jesús. Además, la misma Mishnah también determina, en el mismo pasaje, que los juicios no pueden ser realizados en la víspera de un sábado, ni en la víspera de una fiesta (recordemos que aquella fue la víspera de la Pascua judía). A eso se añade el hecho de que los judíos no tenían, en ese momento, poder legal de sentenciar a alguien a muerte; solamente los romanos podían hacerlo. Por lo tanto, el juicio de Jesús fue un acontecimiento bastante irregular.

Esas condiciones fueron suficientes para que autores como Haim Cohn[15] concluyeran que el relato de los evangelios del juicio de Cristo es casi totalmente fantasioso. Ellos reconocen que hubo una con-

denación a muerte, pero no fue como los evangelios la presentan. Ahora, si aplicáramos ese principio a toda la historia de los juicios, es decir, dudar del hecho basados en su irregularidad forense, cuestionaríamos la historicidad de varios procesos reconocidamente reales, pero que fueron muy irregulares en su conducción. Casos como el de Juana de Arco y Juan Hus ilustran bien esa situación.

En términos arqueológicos, podemos mencionar por lo menos cuatro hallazgos relacionados directamente con el contexto histórico de Jesús de Nazaret:

1. El Osario de Caifás: En noviembre de 1990, profesionales de la construcción civil que trabajaban en la construcción de un parque acuático en *Peace Forest*, al sur de la antigua ciudad de Jerusalén, encontraron una tumba sellada desde la guerra romana del año 70 d.C.

Los arqueólogos de la universidad hebrea corrieron al lugar y encontraron doce osarios (cajas para huesos hechas de piedra caliza). Dentro de ellas estaban los restos mortales de por lo menos 63 individuos, todos posiblemente emparentados entre sí, pues se trataba de un panteón familiar.

Uno de los osarios, el más ornamentado de todos, sorprendió a todos. Según la costumbre de la época, algunos de esos cajones tenían en la tapa, o al costado, el nombre de quien estaba sepultado allí. La inscripción aramea estaba suficientemente bien preservada para ser leída por los especialistas. Decía: *Yehoseph bar Kapha* o "José hijo de (o de la familia de) Caifás". Ese era exactamente el nombre completo del sumo sacerdote que prendió a Jesús. La Biblia se limita a llamarlo Caifás, pero el resto de su nombre está bien documentado en los escritos de Josefo, que así se refiere a su persona.[16]

En el interior del osario existían los restos de un hombre de aproximadamente sesenta años, lo que aumenta las probabilidades de que sea el mismo Caifás descrito en el Nuevo Testamento. Ese memorable hallazgo provee, por primera vez, los restos físicos de alguien mencionado en las Escrituras.

2. Barca de Galilea:[17] En el invierno de 1986, después de varios años de sequía, el nivel del agua del Mar de Galilea había bajado varios metros y la línea costera había retrocedido considerablemente. Dos jóvenes estaban caminando a lo largo de la playa al sur del kibutz de Ginnosar, situado en la margen occidental del lago, y vieron los contornos de una estructura de madera enterrada en el lodo. Nuevamente los especialistas fueron llamados para examinar el descubrimiento y concluyeron que se trataba de los restos de un antiguo barco. Se decidió, entonces, excavar el lugar inmediatamente, antes de que subiera el nivel del agua.

Fue necesario el uso de técnicas modernas y sofisticadas para

desenterrar y transportar el barco. En primer lugar, fue construido un dique macizo que rodeaba el lugar, a fin de impedir que el lago lo inundara. También usaron bombas, para quitar las aguas subterráneas. Al mismo tiempo, sin embargo, era preciso mantener la madera mojada en cuanto el lodo era removido del casco, que fue entonces reforzado con fibra de vidrio y rellenado con poliuretano, una sustancia sintética que también contribuyó para la preservación de la estructura.

Después de cavar algunas zanjas y de reforzar los costados del barco, los técnicos finalmente terminaron el empaquetamiento de la frágil estructura. Era el momento, entonces, de bombear agua en las zanjas permitiendo que el barco flotara nuevamente después de casi dos mil años de estar enterrado en el lodo del lago. Varias personas fueron a presenciar la escena, que fue digna de aplausos y hasta lágrimas por parte de algunos miembros del equipo.

El trabajo, sin embargo, no había terminado. Una vez que el barco fue retirado cuidadosamente de las aguas, los técnicos lo llevaron a un tanque construido especialmente en el kibutz, donde pudieron, con mucha calma y paciencia, retirar el envoltorio de poliuretano y sumergirlo nuevamente en agua con productos químicos que ayudarían a preservar la madera, hasta que fuera revestida de cera sintética y finalmente expuesta para la visitación pública en el mismo museo del kibutz, llamado Yigal Allon Center [Centro Yigal Allon].

Por las técnicas de construcción y los dos vasos de cerámica encontrados en las proximidades, los arqueólogos consideran que el barco era del período romano. Las pruebas de carbono-14 confirmaron que el barco fue construido entre los años 100 a.C. y 70 d.C.

En total, el barco mide 8,2 metros de largo, 2,3 metros de ancho y 1,2 metros de profundidad. Fue construido según el conocido modelo de "casco primero", con encajes de tablas de cedro y armazones de roble. Buena parte de su madera era de "segunda mano", habiendo sido removida de barcos más viejos y obsoletos. Otros fragmentos de madera fueron descubiertos en las proximidades, lo cual prueba que el lugar donde fue encontrado el barco era un astillero.

La embarcación tenía tamaño suficiente para transportar quince pasajeros, incluyendo una tripulación de cinco personas. Aunque aparentemente haya sido usado para la pesca, tal vez haya servido también para el transporte de personas y mercaderías.

La importancia de ese hallazgo está en el hecho de que las pocas informaciones que poseíamos con respecto a barcos en el Mar de Galilea durante la época de los romanos eran provenientes de fuentes escritas, como Flavio Josefo y el Nuevo Testamento, o de

mosaicos con diseños de barcos. El descubrimiento de ese barco milenario en el Mar de Galilea despertó, por lo tanto, la atención mundial. Lo curioso es que algunos minimalistas llegaban a dudar de la realidad de algunos episodios en que Cristo era visto en el barco con sus discípulos. A fin de cuentas, suponían que era inconcebible que hubiera, en ese tiempo, algún tipo de barco pesquero (evidentemente de pequeño porte) que tuviera capacidad para trece personas (Jesús y sus doce discípulos). Bien, aunque la Biblia no afirme "cuántos" discípulos estaban con Jesús en esos episodios, está claro, por ese hallazgo de Galilea, que los barcos de pesca tenían condiciones de llevar a Jesús y a los Doce, e incluso sobraba lugar para algunos más. Los críticos, por supuesto, no hicieron ningún tipo de observación más.

3. El osario de Santiago: Este es un hallazgo que ha despertado una gran polémica entre los especialistas en paleografía y arqueología. Unos defienden su autenticidad, mientras que otros la rechazan. Si fuera verdadero, ese hallazgo contiene la mención más antigua a Jesús fuera de las páginas de la Biblia.

Según lo que ya fue dicho más arriba, esas urnas de piedra acostumbraban tener una inscripción que identificaba los restos mortales de quien estaba sepultado allí. En el caso específico de ese osario, tenemos los siguientes epitafios grabados en arameo, una lengua parecida al hebreo y muy esparcida en los tiempos de Cristo: "Santiago, hijo de José, hermano de Jesús".

Quien anunció por primera vez ese descubrimiento fue el paleógrafo André Lamaire, que la publicó en un extenso artículo de la *Biblical Archaeology Review*.[18] Llamó la atención al hecho de que la expresión "Santiago, hijo de José" podría indicar muchas cosas, pues era la fórmula común de aquellos días ("fulano, hijo de zutano"). Sin embargo, el complemento "hermano de Jesús" sería algo completamente inédito, pues no se colocaba el nombre de otro pariente más que el padre. A menos, razonó Lamaire, que ese pariente fuera lo suficientemente famoso como para merecer tal destaque.

A partir de allí, Lamaire siguió con un juego de probabilidades combinadas. ¿Cuál es la probabilidad matemática de que hubiera dos Santiagos en Jerusalén en el siglo I que tuvieran un padre llamado José y un hermano famoso llamado Jesús? Prácticamente ninguna. Por lo tanto, Lamaire consideró la fuerte probabilidad de que ese Santiago fuera el mismo mencionado en Mateo 13:55 y Marcos 6:3. Es decir, el hermano del Salvador que se transformó en uno de los primeros líderes de la iglesia después de la resurrección de Cristo.

A favor de esa identificación, tenemos el hecho de que Josefo también lo menciona en su obra historiográfica acerca de los judíos. Cita su apedreamiento, que habría ocurrido en algún período entre

la muerte de Festo y la llegada de Albino, su sucesor (62 d.C.): "Festo había fallecido y Albino todavía estaba en camino; entonces él reunió al Sanedrín. Llamó a juicio al hermano de Jesús, que se llamó Cristo; su nombre era Jacobo, y con él hizo comparecer a varios otros. Los acusó de ser infractores de la ley y los condenó a ser apedreados".[19]

Hoy, la cuestión está dividida en las siguientes teorías: Para unos, todo no pasa de una grosera falsificación hecha por algún comerciante de antigüedades (pues el cajón no fue encontrado en un sitio arqueológico sino entre las piezas de un coleccionador). Los especialistas también se contradicen. Unos creen en la autenticidad del osario, pero niegan la inscripción, que a su parecer habría sido producida más tarde (para algunos, en el siglo III o IV d.C.; para otros, en el siglo XX). Y otros incluso piensan que la primera parte, "Santiago, hijo de José", sería verdadera, mientras que la segunda, "hermano de Jesús" sería falsa.

Sea como fuere, tal vez estudios futuros podrán iluminar mejor la cuestión o dejarla todavía abierta, dado que hubo cuestiones políticas y judiciales que también formaron parte del episodio. Por otro lado, aunque no se pueda afirmar más allá de cualquier duda la autenticidad de ese objeto, se sabe que ya poseemos evidencias más que suficientes para afirmar la autenticidad de algunos relatos bíblicos. Lo que pueda añadirse será beneficioso y, si nada más fuera encontrado, tampoco estaremos en perjuicio.

4. Pilato: Además del palacio en Jerusalén, Pilato poseía otra residencia oficial localizada en Cesarea Marítima. Era una especie de Palacio de Verano donde el procurador se retiraba en algunos prolongados descansos. Cesarea Marítima fue por mucho tiempo el mayor puerto romano del este del Mediterráneo. De allí partían las grandes navegaciones en dirección a Roma. Pablo embarcó varias veces en ese lugar, incluso en su último viaje, cuando finalmente fue llevado preso para comparecer ante el tribunal de César.

Réplica de una estela conmemorativa que

En 1961, unos arqueólogos italianos que excavaban el teatro romano de la ciudad localizaron una placa de piedra que fue utilizada para lo que los arqueólogos llaman "uso secundario"; es decir, su lugar original fue demolido en el pasado y los escombros fueron usados posteriormente como fundamento de un nuevo edificio.

Así, alguien de "vista más

atenta" vio que entre las piedras reutilizadas en la reconstrucción del anfiteatro había una piedra dispuesta entre los pisos de una escalinata que parecía contener una inscripción en latín. Al ser removida la piedra, la inscripción parcialmente destruida pudo ser descifrada. Decía: "Poncio Pilato, Prefecto de Judea". Todo indica que Pilato había mandado construir en Cesarea un *Tiberium*, es decir, una estructura en homenaje al Emperador y, por lo tanto, colocó allí su nombre como el ejecutor de la obra. ¡Un personaje bíblico más cuya existencia es confirmada en la historia!

Referencias

[1] También llamado Cristo querigmático.

[2] La distinción entre el binomio *Jesús + historische y Christus + geschichtler* solo fue sistematizada, de hecho, a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, con la obra de M. Kähler, *Der Sogenannte Historische Jesus und der Geschichtliche Biblische Christus* [traducida al inglés por Carl E. Braaten con prefacio de Paul Tillich bajo el título: *The So-Called Historical Jesus and the Historical Biblical Christ* (Filadelfia: Fortress, 1964)]. Sin embargo, al presentar que los autores alemanes anteriores a Kähler distinguen entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe, decimos que lo hicieron en sentido práctico. El teólogo posterior solamente tiene el crédito por una tarea ya comúnmente hecha por los escritores iluministas sobre Jesús. Aun así, la nomenclatura inaugurada por Kähler solamente encontró mayor divulgación después del trabajo de Bultmann, en la década de 1950. La bibliografía sobre este asunto es bastante vasta, pero podemos citar algunas excelentes obras: Joachim Jeremias, *Das Problem des Historischen Jesus* (Stuttgart: Katholisches Bibelwerk, 1969); M. Borg, *Jesus: a New Vision* (San Francisco: Harper & Row, 1987); C. C. Anderson, *Critical Quest of Jesus* (Grand Rapids: Eerdmans, 1969); J. Meier, *Un judío marginal* (Estella: Verbo Divino, 1997), t. 1; D. M. Baillie, *God Was in Christ* (New York: Charles Scribner's Sons, 1948); J. E. M. Terra, *Jesus Histórico e Cristo Querigmático* (San Pablo: Loyola, 1978); R. Fabris, *Jesús de Nazaret* (Salamanca: Sígueme, 1992).

[3] La oración griega es ambigua (*ton hêdonê palethê dechomenon*). Puede suponer tanto que algunos recibieron la predicación de Jesús con sincera alegría, como con ingenuo entusiasmo. Pero esa ambigüedad es propia del estilo de Josefo, que quería agradar a todos los lectores, ya sea judíos, romanos o griegos.

[4] Ese parece ser el significado de *epausanto*, pero hay otras posibilidades: "No dejaron de amarlo"; "No dejaron de existir (como movimiento)". Ver W. Goodwin y C. Gulik, *Greek Grammar* (Boston: Ginn & Co. 1985), p. 333.

[5] *Antigüedades* 18.3. 3.

[6] *Antigüedades* 20.9. 1.

[7] Hasta el mismo historiador Eusebio, en el siglo IV, al citar ese pasaje de Josefo que menciona a Cristo, demuestra que ya en ese tiempo el texto estaba tal como lo tenemos en nuestros días (*Hist. Ecl.* 2.23, 22). Algunos autores entienden que la versión más próxima del texto original de Josefo fue una traducción referida por Apio en su *Historia universal* en lengua árabe. Esa también no presenta diferencias sustanciales de contenido. Menciona incluso la resurrección. William Whiston presenta una defensa precrítica de la autenticidad total de los textos flavianos mencionados en "The Testimonies of Josephus Concerning Jesus Christ, John Baptist, and James the Just Vindicated", en *Josephus: Complete Works* (Grand Rapids: Kregel, 1960), pp. 639-647. Vea también S. Pines, *An Arabic Version of the Testimonium Flavianum and its Implications* (Jerusalén: Publications of the Israel Academy of Sciences and Humanities, 1971); A. M. Dubarle, "Le Temoignage de Josèphe sur Jésus d'Après la Tradition Indirecte" en Josephus, *The Jewish War* [ed. De Cornfield] (Grand Rapids: Zondervan, 1982), pp. 481-513.

[8] *Anales* 15. 44. Vea J. P. Lémonon, *Pilate et le Governement de la Judée: Textes et Monuments* (Paris: Gabalda, 1981), p. 173.

[9] *La vida de Claudio* 25. La información es poco clara; parece referirse al tal Chrestos como si fuera un agitador presente en Roma durante los acontecimientos relatados. Así, algunos descreen que sea una referencia efectiva a Jesús. Sin embargo, teniendo en cuenta la fecha en que escribe (120 d.C.), es probable que haya tenido los datos en forma un tanto distorsionada. Meyer y Brown presentan dos argumentos más en favor de la identificación entre ese Chrestos y Jesús de Nazaret y no con un agitador judío de origen romano: 1) Un estilo latino correcto requeriría una conjunción (*quodam*) después del nombre Chrestos, si se trataba de un personaje nuevo o desconocido hasta entonces. Y, segundo, que entre varios centenares de nombres de judíos romanos descubiertos en catacumbas judaicas, jamás se encontró el nombre Chrestos o uno parecido. Ver J. Meier, p. 107, y R. Brown y J. Meier, *Antioch and Rome* (New York: Paulist Press, 1983), p. 100. Por el texto, vea: J. C. Rolfe, ed., Suetonius, Col. Loeb Classical Library (Cambridge, Londres: Harvard University Press y Heinemann, 1914). El texto en latín dice: *Iudeos impulsore Chresto assidue tumultuantis Roma expulit.*

[10] Conjunto de cuatro caballos que tiran de un carro.

[11] Pantomimos eran artistas circenses que vivían en las plazas a la noche alegrando al pueblo con mímicas, teatro de sombras y cosas parecidas.

[12] Suetonio, *Vida de los Césares: Nerón*, VI.

[13] James H. Charlesworth, "Jesus Research and Archaeology: A New Perspective", en *Jesus and Archaeology*, James H. Charlesworth, ed. (Grand Rapids: Eerdmans, 2006), p. 11.

[14] *Sanhedrin* 4. 1.

[15] Haim Cohn, *The Trial and Death of Jesus* (Nueva York: Konecky & Konecky, 2004). En principio, la tesis del ex juez Cohn es presentar elementos técnicos que terminen con el antisemitismo creado en términos de la acusación del deicidio perpetrado por los judíos, que hace siglos son responsabilizados por la muerte de Cristo. Esa es, en realidad, una distorsión que debe ser corregida, pero no al precio de descartar la historicidad de los evangelios a fin de pasar a los romanos (que no dejaron descendientes para reclamar su inocencia) toda y cualquier responsabilidad por la crucifixión de Jesús de Nazaret.

[16] *Antigüedades* 18. 2. 2; 4. 3.

[17] Parte de la descripción del hallazgo sigue el texto publicado en http://www.mfa.gov.il, visitado el 29 de agosto de 2006.

[18] André Lemaire, "Earliest Archaeological Evidence of Jesus Found in Jerusalem", *Biblical Archaeology Review* 28 (2002), pp. 25-33, 70. Por una posición de especialistas en paleografía que creen que la primera parte de la inscripción es verdadera y la segunda forjada, ver Rochelle I. Altman, "Official Report on the James Ossuary", en http://www.bibleinterp.com/articles/Official_Report.htm, visitado el 20 de agosto de 2003. Un informe sobre el debate realizado en Toronto el 22 de

noviembre de 2002 puede ser encontrado en Paul Flesher, "*The Experts and the Ossuary: A Report on the Toronto Sessions about the James Ossuary*", en http://www.bibleinterp.com/articles/The_experts.shtml, visitado el 20 de agosto de 2003. Otros informes fueron hechos por el Israel Antiquities Authority [Autoridad Israelí de Antigüedades]. Algunas posiciones continuaron inconclusas aunque había una tendencia a desacreditar la legitimidad del hallazgo. Actualmente, Hershel Shanks, editor de la *Biblical Archaeology Review*, continúa siendo el más ardoroso defensor del hallazgo, ofreciendo hasta un valor en dólares a quien logre recrear una copia de la "farsa", una forma irónica de desafiar a los que afirmaron que se trata de una falsificación moderna.

[19] *Antigüedades* 20. 9. 1.

En los pasos del Maestro

CAPÍTULO 18

La vida de Jesucristo en la Tierra fue marcada por momentos de alegría, tristeza, peligro, meditación, ansiedad. En fin, por una gama de sentimientos semejantes a los que experimentamos en nuestra vida diaria. No es por menos que la doctrina de la encarnación ofrece una tremenda singularidad al cristianismo: Dios nos habló en dialecto humano, pero, más que eso, ¡él se hizo uno de nosotros!

Siguiendo la trayectoria dada por los evangelios, Cristo pasó por algunas localidades muy conocidas hoy por todos los que tienen la oportunidad de visitar Israel y los territorios palestinos. Veamos brevemente un resumen arqueológico de algunos de esos lugares:

Belén

Belén de Judá, hoy localizada en la moderna Belén, que está en territorio palestino, era una aldea conocida desde los tiempos del Antiguo Testamento. Génesis 35:19 y 48:7 la menciona a través de su antiguo nombre: Efrata. Esa designación también aparece en la profecía de Miqueas 5:2.

Ese también fue el hogar de Rut y del gran rey David (1 Sam. 16), que, en algún tiempo de su gobierno, la perdió temporariamente frente al ejército de los filisteos (2 Sam. 23:14). Sin embargo, Roboam la transformó en una fortaleza, después de la separación de la tribus del norte (2 Crón. 11:5, 6).

Hoy, la arqueología de Belén está prácticamente reducida a las excavaciones relacionadas con la antigua Iglesia de la Natividad. En el subsuelo de la iglesia hay una gruta que, desde el siglo II, es identificada como la que abrigó a María en el momento de dar a luz al Hijo de Dios. Quien sustenta esa tradición es el escritor Justino, que murió como mártir cerca del año 165 d.C. Basado en esa afirmación patrística, Constantino construyó una basílica en el lugar

que, a pesar de muchas demoliciones y restauraciones, permanece parcialmente original hasta nuestros días.

En realidad, es difícil hacer alguna afirmación adicional a ese testimonio. Las estructuras excavadas son, en su gran mayoría, del periodo bizantino, fruto del esfuerzo del emperador Constantino y de su madre en demarcar lugares santos que, como ya vimos, son bastante dudosos.

Nazaret

Según los evangelios, Nazaret fue el hogar de Jesús y sus padres desde el regreso de Egipto hasta mudarse a Capernaum, a los treinta y pocos años de edad. Sus padres vivieron allí antes de su nacimiento y Jesús mismo, con certeza, tenía parientes entre los habitantes de la aldehuela.

En los períodos romano y bizantino (hasta el siglo IV), Nazaret fue una aldea insignificante, habitada en su mayoría por judíos pobres e incultos que se dedicaban a la producción de vino y aceite. Eso por lo menos es lo que nos revelan las excavaciones de Berlamino Bagatti, iniciadas en 1955, que trajeron a la luz un considerable número de prensas para aceitunas y uvas, además de depósitos de agua, vino y pan.[1]

Como se puede ver, el oficio de José no era la especialidad local, de modo que es acertado suponer que la familia de Jesús fuera la única dedicada a la carpintería constructora. El tamaño ínfimo de la ciudad nos lleva a creer eso.

Confirmando la insignificancia de la aldea donde vivió Jesús, tenemos el hecho de que ni el Antiguo Testamento ni Josefo o siquiera el Talmud mencionan su nombre en ninguna parte de sus textos. Por eso es comprensible el comentario de Natanael, preservado por Juan: "¿De Nazaret puede salir algo de bueno?" (Juan 1:46). De hecho, la ubicación de 23 sepulturas al norte, oeste y sur nos ayudan a descifrar el contorno y el modesto tamaño de la aldea, pues los cementerios se encontraban fuera de las ciudades. Nazaret, por lo tanto, tendría entre setecientos y novecientos metros de extensión, con una población estimada de quinientos habitantes.[2]

Todavía no se ha localizado con precisión la sinagoga de Nazaret mencionada en Lucas 4:16. Pero hay dos posibilidades: que esté en el mismo lugar donde hoy está ubicada la iglesia de Bagatti (la sinagoga fue transformada en un lugar de reuniones cristianas o bajo el actual cementerio musulmán, también llamado "lugar del fuerte". Las evidencias en favor de este último son que los romanos destruyeron las sinagogas judías en el período de Adriano, y construyeron fortalezas sobre sus escombros; por eso el nombre "lugar del fuerte". Más tarde, vinieron los musulmanes con la costumbre de colocar tumbas sobre todos los lugares judíos considerados sagrados, pues así pensaban impedir la llegada del Mesías, que, como sacerdote, no podría pisar los cementerios.

Varios autores han pensado que, con el pasar de los años y el constante avance de la predicación apostólica, algunos de los parientes de sangre de Jesús pretendieron hacer de Nazaret el centro administrativo de la iglesia cristiana.[3] Algunas pistas históricas han llevado a algunos a creer que al mismo tiempo que los apóstoles predicaban el evangelio en Jerusalén, Samaria, Antioquía y Asia, una pequeña comunidad judeocristiana, formada principalmente por familiares de Cristo, fue establecida en Nazaret, sobreviviendo hasta mediados del siglo III. Esa comunidad estaría separada administrativamente del grupo de los Doce y, en principio, habría tenido desavenencias con ellos debido a los asuntos problemáticos de la circuncisión y de la predicación a los gentiles. Al parecer, la postura de Santiago al apoyar el ministerio a los gentiles no agradó mucho a los demás hijos de José.

A favor de esa tradición tenemos dos antiguos testimonios. El primero, de Julio Africano (160-240 d.C.), que afirmaba que Nazaret era el centro de la actividad misionera judeocristiana.[4] El segundo nos llega de un tal Conon, martirizado durante el reinado de Decio, quien habría confesado ante la corte romana: "Yo soy de Nazaret [situada] en Galilea, soy de la familia de Cristo, al cual rindo culto desde la época de mis antepasados".[5] Sin embargo, un punto vulnerable de esos testimonios es el completo silencio del libro de Hechos con respecto a un centro misionero con sede en Nazaret. También es digno de notar que el autor canónico no pretendía escribir una minuciosa historia del cristianismo primitivo. Hay otras tradiciones importantes como la crucifixión de Pedro y la decapitación de Pablo que también están ausentes en el texto producido por Lucas. No por eso, sin embargo, serían menos dignas de confiabilidad histórica.

Hay todavía otra evidencia, esta vez venida de la arqueología, que también parece sustentar la historicidad de la *organización nazarena*.[6] Al excavar algunos estratos debajo de la antigua iglesia bizantina de Nazaret, Bagatti encontró los restos de otra iglesia del siglo III, construida en el mismo formato de una sinagoga judía. La presencia de símbolos cristianos, como el pez, certificó que se trataba de una estructura de la comunidad judeocristiana que vivió en el lugar alrededor del año 200.[7]

Hoy, los restos de esa "iglesia-sinagoga" y de la iglesia bizantina posterior pueden ser vistos en un sitio que se extiende desde

afuera hasta adentro de la moderna Iglesia de la Anunciación. Algunos estudiosos también creen que allí fue el lugar de la casa donde vivió María, pero para esa posición nos faltan elementos sólidos que permitan una alegación concluyente con respecto al asunto.

Capernaum

Aunque el Antiguo Testamento no hace mención alguna a esa ciudad, hay una tradición judía que la identifica, tal vez por causa de su nombre, como el pueblo donde vivió el profeta Nahum. De allí provendría el nombre hebreo *Kefar* (o *Kaper*) + *Nahum*: "pueblo de Nahum".

El sitio arqueológico de Capernaum está ubicado cerca de las ciudades de Tabgha (3 km) y Tiberíades (16 km). A solamente 5 km de allí es posible alcanzar el cuso del río Jordán.

Dos edificios excavados allí llaman la atención del visitante: los restos de una sinagoga y los de una casa con fuerte probabilidad de haber sido la residencia del apóstol Pedro, mencionada en los sinópticos como el lugar donde Jesús descansaba y a veces dormía. También fue allí que el Maestro curó a la suegra del apóstol, episodio referido en Mateo 8:14 y 15.

Sinagoga

La sinagoga fue la primera de las ruinas reconocidas allí, gracias al relato del explorador estadounidense E. Robinson, en 1838. Estudios más recientes revelaron que, en realidad, sería una construcción del siglo III o IV d.C. En el lugar fueron encontradas cerca de treinta mil monedas del período romano tardío, además de varias cerámicas y restos de una arquitectura bizantina, elementos que confirman una datación tardía del edificio.

Sin embargo, bajo las ruinas de la sinagoga, más específicamente bajo la nave central, hay una sección de suelo hecho de piedras de basalto, diferente del encontrado en otros sectores del lugar; junto a él hay cerámicas, ciertamente pertenecientes a un periodo anterior al bizantino. Según la opinión de algunos estudiosos serios, esa sección sería del siglo I y bien pudo haber pertenecido a la misma sinagoga de los días de Jesús, mencionada en Mateo 8:5 al 13 y Lucas 7:1 al 10.[8]

Como evidencia de eso, existe además un manuscrito del siglo XII en el que un diácono llamado Pedro, basado en el *Itinerarium de Egeria* del siglo IV, afirma que la sinagoga mencionada en el Nuevo Testamento estaba en el mismo lugar donde ahora (es decir, en su tiempo) estaría la monumental sinagoga bizantina.

La costumbre oriental de construir edificios de culto nuevos siempre sobre los restos de otro edificio de culto anterior nos explica el porqué de que haya dos sinagogas de diferentes períodos que están ocupando el mismo lugar. Allí, por lo tanto, podría haber sido el lugar donde Cristo estuvo muchos de los sábados del tiempo en que vivió en la ciudad de Capernaum.

La casa de Pedro

A treinta metros de la sinagoga, están los restos de la que habría sido la casa de Pedro, también hecha de basalto. Allí, Jesús pasó muchas horas comiendo, conversando, descansando o preparándose para sus viajes misioneros.

Hoy, quien visite el lugar verá una iglesia moderna inaugurada en 1990, erigida por sobre las ruinas. Pero lo que interesa está debajo. Cerca de la superficie, antes de llegar a las ruinas de la residencia del apóstol, están los restos de una iglesia del siglo V llamada Iglesia Octogonal, debido al formato de su construcción. Debajo de ella estarían los restos de la casa de Pedro.

Pero ¿cómo se llegó a esa conclusión, es decir, que se trataban de los restos de la casa de Pedro? Bien, para responder a esa pregunta, es necesario retomar un poco la historia de las excavaciones en el lugar. Casi un siglo y medio después de la publicación de las notas de E. Robinson, los arqueólogos G. Orfali y A. Gassi desenterraron los restos de la iglesia octogonal, descubriendo así un mosaico que identificaron como un tanque bautismal cristiano perteneciente al siglo V.

Sin embargo, fue solamente a partir de 1968, con el reinicio de las excavaciones, que fueron descubiertos los demás niveles de la construcción. Debajo de los restos de la iglesia octogonal había dos estratos más antiguos que no habían sido debidamente identificados. Uno era las ruinas de otra iglesia cien años más antigua; y el otro, la base de una casa particular de mediados del siglo I.

En el suelo más profundo (perteneciente a la casa particular), fueron encontrados dos anzuelos de pesca, enterrados junto con vasijas domésticas y lámparas de aceite, que ayudaron en la datación del estrato y en la identificación con la propiedad de un simple pescador de Galilea. Pero, hasta ese momento, lo que se podía afirmar, basados en la evidencia arqueológica, era que allí estaban los restos de una casa particular del siglo I que perteneció a algún pescador. Identificarla con la casa de Pedro era otra historia.

Sin embargo, la pieza clave para completar el rompecabezas

vino de un pasaje del ya mencionado *Itinerarium de Egeria*: "La casa del príncipe de los apóstoles fue transformada en una iglesia; sin embargo, las paredes [de la casa] todavía están en pie como eran originalmente". Esa era una de las llamadas *domus ecclesia* (hogar iglesia), muy común entre los cristianos de los primeros siglos, que se reunían en casas particulares con el fin de llevar a cabo sus cultos (especialmente el de la Santa Cena). En ese tiempo, existía el temor de construir edificios de oración que fueran confundidos con alguna secta de judíos zelotes. Además, el cristianismo se había vuelto ilegal en varias partes del Imperio, lo cual obligó a los creyentes a reunirse en lugares más discretos.

Así, cuando uno de los miembros poseía una casa más grande, con mejor ubicación o que fuera menos sospechosa para los romanos y los judíos, los demás cristianos se reunían allí, separando ese lugar como lugar de reuniones. La casa, entonces, era apodada *minim*, que en latín bárbaro pareciera significar "diminuta", o "pequeñita".

Con la conversión de Constantino y la peregrinación de Helena por las tierras bíblicas, muchas de esas iglesias domésticas fueron transformadas en capillas o basílicas, dependiendo del mayor o menor dominio romano sobre la región. De ese modo, se preservó bajo el suelo de algunas iglesias latinas el lugar de antiguos sitios del cristianismo.[9]

¿Testimonio de la cruz?

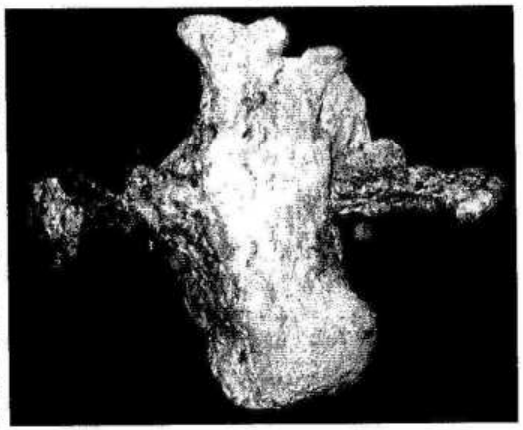
En junio de 1968, un año después de la Guerra de los Seis Días, las tropas israelíes ocuparon Jerusalén y desde allí dirigieron las nuevas construcciones de la parte central del país. A poco más de dos kilómetros de la ciudad, había un lugar llamado *Givat ha mivtar* [Colina de la frontera] que el Gobierno mandó aplanar con el fin de construir un conjunto habitacional para colonos judíos, que venían de todas partes. Entonces, accidentalmente, las máquinas golpearon algunas rocas que resultaron ser 15 tumbas judías con los esqueletos de 25 personas.

Vassilios Tzaferis, director del departamento de Antigüedades y Museos del Estado de Israel, fue al lugar y constató, después de algunas investigaciones, que esas tumbas podrían ser fechadas como del período entre los años 70 a.C. y 70 d.C. Sin embargo, le llamó la atención un osario que contenía el esqueleto de un niño y un joven adulto. Afuera estaba el nombre arameo *Yehohanan* [Juan], que, muy probablemente, se refería al más viejo de los esqueletos, pues, según las costumbres de la época, un niño jamás tendría la preeminencia en esa situación.

BIBLIOTECA
CC. 6 - (3315) Leandro N. Alem - Misiones

Lo más interesante, sin embargo, es que el esqueleto del adulto poseía un clavo que atravesaba los calcañares, lo cual interesó mucho al investigador Niqu Haas, un judío rumano que, en esa época, era director de la Sección de Anatomía en la Facultad de Medicina de la Universidad Hebraica. Él pidió permiso para examinar el esqueleto, y no solamente confirmó la muerte por crucifixión, sino también concluyó que se trataba de un joven de entre 20 y 30 años, con 1,65 metros de altura, que usaba barba y jamás realizó trabajos arduos (lo cual indica que pertenecía a una familia acaudalada). Su única deformidad física era que tenía el paladar un poco torcido y una protuberancia en el cráneo debido, tal vez, a problemas de parto.

Ese es el primer y único esqueleto casi entero que fue encontrado de un hombre muerto por crucifixión (hay otros, pero con huesos muy fragmentados). A través de él, se reconstruyó la forma probable en que Jesús debió de haber muerto.



Hueso del talón de un crucificado encontrado en Givat ha Mivtar, Jerusalén. La presencia del clavo romano y de fragmentos de madera fue esencial para la identificación de la causa de la muerte del individuo.

El condenado era desnudado y asentado con una de las nalgas apoyada sobre un taburete (*sedicula*). Los clavos eran generalmente clavados en el antebrazo, entre el cúbito y el radio. La Biblia, sin embargo, dice que los de Jesús fueron colocados en sus manos.

Con los brazos suspendidos en forma de V, la víctima tenía que apoyarse sobre las piernas para poder respirar mejor, lo cual provocaba un sufrimiento terrible, con daños directos en el nervio ciático. Con todo, la tortura no sería inmediatamente mortal para el condenado. La persona que era crucificada podía quedar días agonizando sobre el madero. Por eso, Pilato se admiró de que Jesús hubiera muerto tan rápidamente (Mar. 15:44).

Cuando, por alguna razón, querían apresurar la muerte del individuo, los romanos le daban un golpe de misericordia llamado *crurifragium*. Consistía en un golpe certero en las piernas, que quebraba la tibia y mataba al condenado por asfixia. Fue exactamente eso lo que hicieron los soldados con los ladrones. Como Jesús ya estaba muerto, no fue necesario quebrarle las piernas (Juan 19:32, 33).

Es sorprendente que una dantesca escena de condenación se

haya transformado en la mayor demostración de amor que la historia pudiera registrar: ¡El propio Hijo de Dios muriendo para dar vida a los pecadores!

Referencias

[1] Sobre las excavaciones y las consiguientes conclusiones de este arqueólogo, vea sus notas en B. Bagatti, *The Church from the Circumcision* (Jerusalén: Franciscan Printing House, 1971).

[2] Berllamino Bagatti, *Excavations in Nazareth: From the Beginning till the XII Century* (Jerusalén: Franciscan Printing House, 1969), t. 1, p. 28; Richard A. Horsley, *Archaeology, History and Society in Galilee: The Social Context of Jesus and the Rabbis* (Valley Forge, PA: Trinity Press International, 2000), p. 102.

[3] Vea, por ejemplo: J. Murphy-O'Connor, *The Holy Land: An Oxford Archaeological Guide from Earliest Times to 1700* (Nueva York: Oxford University Press, 1998), p. 374.

[4] Ver Julio Africano, "The Extant Writings", en *ANF*, t. 6, pp. 125-139.

[5] Citado por J. Murphy-O'Connor, p. 374.

[6] Ver Ray A. Pritz, *Nazarene Jewish Christianity: From the End of the New Testament Period Until Its Disappearance in the Fourth Century* (Jerusalén: Magnes Press, The Hebrew University Press, 1992).

[7] Berlamino Bagatti, *The Church from the Circumcision* (Jerusalén: Franciscan Printing House, 1971), p. 12 en adelante.

[8] Vea H. Shanks y J. F. Strange, "Synagogue Where Jesus Preached Found at Capernaum", *Biblical Archaeology Review* 9 (1983), pp. 24-32; V. Tzaferis, "New Archaeological Evidence on Ancient Capernaum", *Biblical Archaeologist* 46 (1983), p. 201; S. Loffreda, "Ceramica Ellenistico-Romana nel Sottosuolo della Sinagoga di Cafarnao", *Studia Hierosolymitana* 3 (1982), pp. 313-357.

[9] Es necesario decir que no todas las iglesias latinas erigidas por Helena son testimonios seguros de ubicaciones históricas relacionadas con Cristo. Muchas de ellas fueron fruto de especulaciones y exceso de pietismo religioso.

Conclusión

Acabo de regresar de otro viaje arqueológico por Israel y, en una breve estadía en los Estados Unidos, pude adquirir libros nuevos, recientemente publicados, que servirán para actualizar mi acervo. Déjeme hablar de dos en especial: El primero, titulado *A Century of Biblical Archaeology* [Un siglo de arqueología bíblica], fue escrito por R. S. Moorey, curador del Ashmolean Museum, de Oxford, contiene un breve resumen de la relación entre la arqueología y la Biblia desde los años 1890 hasta 1990, momento en el que la relación parece haber entrado en una especie de ocaso. El otro libro, titulado *The Future of Biblical Archaeology* [El futuro de la arqueología bíblica], es una recopilación de varios artículos y ensayos monográficos producidos por respetados especialistas como James K Hoffmeier y Alan Millard, que debaten las directrices de la arqueología bíblica para las próximas décadas.

Con la lectura de esas publicaciones, uno puede obtener una visión del pasado y una perspectiva del futuro. Mirando hacia atrás, siento que muy poco fue hecho; y mirando hacia el futuro, veo un largo camino por recorrer. Grandes tesoros todavía están por ser descubiertos, si es que ya no fueron destruidos por ladrones de tumbas o coleccionistas inescrupulosos.

Por otro lado, sin embargo, estoy contento porque, si con lo poco que fue encontrado pudimos iluminar tantos pasajes bíblicos, imagina si la Providencia divina permite el hallazgo de otras cosas más. Y no puedo dejar de ver aquí una lección de humildad y grandeza de Dios: el Altísimo podría haber utilizado grandes y variados descubrimientos para dar testimonio de sí mismo, pero es tan grandioso que solamente necesitó algunos pequeños trozos de cerámica para silenciar a los grandes críticos de su Palabra.

Y, de tiempo en tiempo, tal vez en el momento preciso señalado por Dios, la pala de los arqueólogos nos revela verdaderas "novedades de la antigüedad". En el momento exacto en que termino de redactar este libro, acaba de ocurrir un descubrimiento fantástico en Israel: la tumba del rey Herodes, el grande, el mismo monarca que intentó matar al niño Jesús, cuando era un bebé de aproxima-

damente dos años.

En realidad, ese era un hallazgo aguardado con ansiedad desde que Ehud Netzer inició, en 1973, las excavaciones del *Herodium*, el palacio que el rey mandó construir como memorial de su nombre, en pleno desierto de Judea. El historiador Flavio Josefo ya había dado, en el siglo I d.C., la información de que en el *Herodium* estaría la tumba del siniestro rey, pero nadie sabía exactamente dónde. Netzer había encontrado la cámara mortuoria y estaba listo para excavar el lugar, en 1997, cuando las amenazas de terroristas lo obligaron a suspender las excavaciones. Ahora, finalmente, la tumba fue encontrada y, curiosamente, está vacía y bastante dañada, pues las milicias romanas la parecen haber saqueado cerca del año 70 d.C.

Otra investigación, todavía inconclusa, pero que promete excelentes resultados, es la expectativa creada por las excavaciones de la arqueóloga israelí Eilat Mazar de que la estructura excavada por ella en los alrededores de la ciudad vieja de Jerusalén sean los restos del palacio de David, rey de Israel. Todavía es muy pronto para arrojar conclusiones taxativas, pero las posibilidades no dejan de ser fantástica. A menudo me pregunto: ¿Qué tesoros históricos permitirá Dios que sean encontrados en el sagrado suelo de Medio Oriente? Solamente esa expectativa ya es una aventura emocionante.

Espero haber mostrado un poco de esa fantástica saga en los capítulos que compusieron este libro. Pero, como dijimos al principio, hay un largo camino por recorrer y las dificultades acompañan de manera creciente cada kilómetro de la historia en este mundo tenebroso. El viaje, sin embargo, tendrá un fin y coincidirá con el día en que los arqueólogos podrán guardar definitivamente las herramientas de trabajo, pues la gloria de Cristo dominará el gran día de la llegada de Dios. Ha de venir así como prometió y, aunque yo no pueda usar la arqueología para "probar" esa promesa, puedo verificar en los rastros del pasado las evidencias y los pasos de un Dios que se aproxima. ¡Vislumbrar su rostro entre las nubes y los ángeles del cielo será, sin duda, el mayor de todos los hallazgos!